Los fenicios

Fernando Prados Martínez



Marcial Pons **Historia**

FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ

LOS FENICIOS

Del monte Líbano a las columnas de Hércules

Marcial Pons Historia

A mis padres Luis y Victoria

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud, en primer lugar, a los que fueron mis directores de investigación, el Dr. Manuel Bendala Galán y el Dr. Juan Blánquez Pérez, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, quienes desde un inicio, partiendo de intensas y fructíferas jornadas de excavación en la ciudad púnica y romana de *Carteia* y a través de sus atenciones, tanto a nivel académico como personal, me provocaron el interés científico por el mundo fenicio y púnico. Al profesor M'Hamed H. Fantar, del Instituto Nacional de Patrimonio de Túnez, por las calurosas e inolvidables mañanas de excavación y las apacibles tardes de debates y conferencias en Kerkouane y a mis colegas y amigos de la Universidad de Túnez Mohamed Grira y Hosni Abid. También a los profesores e investigadores que me ayudaron durante las estancias en centros extranjeros y con los que tuve la oportunidad de tratar sobre diversos aspectos de la religión y la cultura material fenicia y púnica: Sergio Ribichini, en el ISCIMA de Roma; Thierry Petit, en la Université de Strasbourg; Jean Paul Morel, en el Centre Camille Jullian de Aix en Provence, y, ya en nuestro país, Feliciana Sala e Ignacio Grau, en la Universidad de Alicante, y Fernando López Pardo, en la Universidad Complutense. También deseo hacer público mi agradecimiento a los colegas del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.

Gracias también a mis compañeros de peripecias arqueológicas de Madrid, Cádiz y Sevilla y a muchos amigos, arqueólogos o no, siempre dispuestos a atender mis dudas y a aportar brillantes sugerencias. También quiero mencionar a quienes en la actualidad y durante esta etapa postdoctoral están siendo

fundamentales en el desarrollo de mi investigación, es decir, los profesores Pierre Moret (Casa de Velázquez) y Luis Berrocal (UAM) así como los compañeros de la *Unité Toulousaine d'Archéologie et Histoire* (Université de Toulouse).

Por último expresar mi cariño y agradecimiento a mi familia, que me da el aliento necesario cuando las fuerzas flaquean, y en especial a Noemi, mi inseparable compañera; tan tuyo como mío es el fruto recogido.

Prefacio

> «Sobre el territorio de Europa se eleva el cabo que, según he indicado, es llamado Sagrado por los habitantes. Un estrecho brazo de mar, que antiguamente se llamó Herma o también "vía Hercúlea", separa ambos lugares. Euctemón, habitante de la ciudad de Anfípolis, dice que tiene una longitud no superior a ciento ocho millas, y que los dos costados distan tres millas.
>
> Aquí se yerguen las Columnas de Hércules —sobre las cuales he leído que son tenidas como límite de ambos continentes—. Son, pues, dos rocas iguales que se elevan, Abila y Calpe. Calpe está en suelo hispano, Abila es de los maurisios, pues el pueblo fenicio llama Abila lo que es una montaña alta en lengua bárbara, es decir, en lengua latina, según testimonio del escritor Plauto, y Calpe, a su vez, se dice, en Grecia, de una forma cóncava y de aspecto cilíndrico y terminado en punta [...] Más allá de estas Columnas, en la costa de Europa, los habitantes de Cartago poseyeron, en otro tiempo, aldeas y ciudades, pero tenían esta costumbre, que construían embarcaciones con el fondo más llano, para que la nave dotada de mayor anchura pudiera deslizarse por el mar menos profundo».
>
> Avieno, *Ora marítima,* vv. 333-380.

Esas dos montañas que cita Avieno en su inmortal obra (hoy el Djebel Musa y el Peñón de Gibraltar, respectivamente) son Abila y Calpe, las columnas del Melkart fenicio, del Heracles griego, del Hércules latino, tres nombres para el más inmortal de los hombres. Abila y Calpe, la tierra que el más grande de todos los héroes de la Antigüedad apartó con la fuerza de sus *hercúleos* brazos, para abrir la comunicación entre el mar y el océano. La mayor muestra de poder y vigor del más divino entre los humanos, el mejor símbolo de la lucha del

hombre contra la magnitud y fiereza de los elementos, contra la propia *Naturaleza*. Hércules, símbolo de bondad, de generosidad, de inteligencia, de habilidad y de lucha constante contra el mal, abrió la tierra, y con su esfuerzo permitió el paso a los hombres y a sus barcos, a los mortales, a aquellos que supieron imitarle en el esfuerzo, en el empuje y en la lucha contra la *Naturaleza*, y que, como él, fueron dotados de ingenio y de habilidad por los dioses, pero que, como humanos, perdieron la generosidad, la bondad, y surcaron las aguas, atravesaron el canal abierto con el sudor del héroe para comerciar, para obtener beneficios y para lucrarse causando el mal a sus iguales en numerosas ocasiones, creyéndose por ello dioses.

Ésta, como todas las historias reales, es una historia de hombres; de un grupo de seres humanos con condiciones extraordinarias, pero hombres al fin y al cabo. Unos hombres recordados con un nombre que no es el suyo —*fenicios*— y a los que acompañará para siempre el castigo de aquellos que no supieron aprovechar y hacer buen uso de los dones concedidos por los dioses. Hombres a los que Prometeo concedió la navegación, pero que, como él, fueron castigados. Unos hombres condenados a soportar los más terroríficos insultos, acusados de piratas, saqueadores, mentirosos y blasfemos. Obligados a dejar su tierra y a vagar por el mar sin patria. Unos hombres que soportaron la maldición de *Yahveh* y que vieron sus ciudades destruidas por la *ira de dios*.

> «... cuando te haya convertido en ciudad arruinada, como las ciudades que ya no se habitan; cuando haya hecho subir contra ti el abismo y te cubran las grandes aguas, te hundiré con los que han descendido a la fosa, hacia la gente de antaño, y te haré habitar en los países subterráneos, entre las ruinas eternas, con los descendidos a la fosa, a fin de que no vuelvas a ser restablecida en el país de los vivientes. Te haré objeto de espanto y ya no existirás más; serás buscada y no serás hallada...».
>
> Ezequiel, 26; 21-26.

Una historia de los fenicios, que, pese a perderlo todo, supieron sobrevivir, reponerse como corresponde a su condición y, con su inteligencia humana,

llevar la civilización hasta los más recónditos rincones. Hombres que perdieron hasta su nombre y a los que debemos gran parte de lo que somos. Adentrémonos, pues, en su mundo; bajemos a los *subterráneos,* a las *ruinas eternas* y tratemos de hallarles como eran, sin condicionantes, busquemos en sus raíces las nuestras; comprendamos en su universo las claves de nuestra propia cultura.

1

Introducción al mundo de los fenicios. Origen, precedentes históricos y surgimiento de la escritura alfabética

«Los fenicios fueron una raza inteligente, que prosperó en paz y en guerra. Fueron excelentes en escritura, literatura y otras artes; en navegación, en el arte de la guerra naval y en dominar un imperio».

Pomponio Mela (I, 12), siglo I d. C.

El interés en el conocimiento del pueblo fenicio supone, por fuerza, echar un vistazo atrás en el tiempo con la intención de conocer algo más de nosotros mismos, los actuales pobladores de las márgenes del mar Mediterráneo, ese «mar nuestro» que nos une y que ha significado mucho más que un vínculo geográfico. Este mar que se transformó, perdurando hoy día, en la principal vía de comunicación y de trasvase de cultura entre todos los pueblos, en el sentido más amplio del término. Un marco geográfico fundamental en torno al cual fueron surgiendo las principales civilizaciones del pasado, que dejaron un poso excepcional del que aún gran parte de los ciudadanos del viejo continente nos alimentamos, y del que, por la expansión colonial de las principales potencias desde el siglo XVI, han bebido también otros muchos pueblos alejados de ese «mar nuestro» que, desde luego, pese a no ser acariciados por sus aguas, han sentido muy cercano.

Así pues, nada mejor para conocer nuestra propia historia y nuestra peculiar idiosincrasia que la de fijarnos en el Mediterráneo, escrutarlo, analizarlo y centrarnos en el pueblo fenicio como su principal valedor. Un pueblo fenicio que lo recorrió constantemente y que lo transformó en su medio de vida. Esa misma necesidad vital facilitó la extensión de los avances tecnológicos que se desarrollaban en Oriente y que pasaron al resto del Mediterráneo tamizados por el exquisito filtro de los fenicios.

Con este libro pretendemos acercarnos al conocimiento de la cultura fenicia desde la historia apoyándonos en las fuentes textuales, arqueológicas y epigráficas. Así pues, realizaremos un recorrido por los aspectos más interesantes de esta cultura que absorbió aquello que le pareció más destacado de todos los pueblos con los que se relacionó directamente, unificándolo, para después desarrollarlo en gran medida por los lugares en los que se fueron asentando por todo el Mediterráneo. De esta forma fueron fomentando ese fenómeno «orientalizante» tan estudiado y discutido en la historiografía tradicional. Curiosamente, un pueblo que jamás tuvo una población numerosa ni contó nunca con el enorme territorio y el poder militar de otros grandes pueblos coetáneos de Oriente Próximo ha suscitado, por el contrario, un enorme interés por el papel tan destacado que jugó en la Historia: algo tan importante como ser transmisor y nexo de unión entre los dos extremos del Mediterráneo, además de aportar otros avances técnicos y culturales, de entre los que deberíamos de destacar, sin lugar a dudas, el desarrollo de la escritura alfabética.

Dada la amplitud del tema, el libro se aproximará al mundo fenicio con un serio objetivo: la brevedad, pero resaltando los fenómenos más importantes con toda la eficacia, nitidez, sencillez y rigor histórico posible, en lo que ha de convertirse en un instrumento divulgativo sobre una época clave de nuestro pasado común mediterráneo. Lógicamente, para la realización de esta obra de síntesis se ha tenido que manejar una cantidad ingente de bibliografía. Pensando,

precisamente, en la naturaleza de esta obra en cuestión, a medida que íbamos avanzando en el trabajo, desistimos de incluir referencias continuas a libros y a artículos de revistas españolas o extranjeras, más propias de otro tipo de publicaciones aptas para un público especializado. Con esta premisa, hemos recogido los trabajos más interesantes así como las obras más recientes publicadas sobre el mundo fenicio en una bibliografía general que se ubica al final del libro.

Para obtener datos sobre la existencia y los avatares históricos del pueblo fenicio debemos acudir, fundamentalmente, a un conjunto de fuentes; en primer lugar, a los historiadores clásicos grecolatinos, que a menudo versaron sus escritos sobre este pueblo comerciante, aunque con un trato desigual, es decir, algunos loaron el gran nivel técnico y la perfección de los artesanos para desempeñar sus labores, el hecho de ser expertos navegantes y hábiles comerciantes; pero, al mismo tiempo, otros muchos les acusaron de infames, de mentirosos, de piratas y de efectuar ritos sanguinarios con sus iguales.

En segundo lugar, debemos acudir a las fuentes estrictamente arqueológicas, es decir, a las excavaciones efectuadas a lo largo del siglo XX en los principales yacimientos que fueron fundaciones fenicias, tanto en Oriente como en el Mediterráneo central u occidental. Como tendremos ocasión de ver de cerca, se han manejado unos bloques de información a menudo bastante desiguales, ya que no todos los lugares en los que se establecieron los fenicios han sido objeto de investigaciones con la misma intensidad, además, por citar un ejemplo llamativo, en el Líbano, la cuna de este pueblo, las intervenciones arqueológicas quedaron detenidas desde el comienzo de la guerra civil, en 1976, lo que ha provocado, sin lugar a dudas, un conocimiento mayor del mundo fenicio fuera de su foco original, en lugares alejados como la Italia insular o la Península Ibérica. También debemos detenernos en el amplio volumen de fuentes escritas conservadas que citan aspectos diversos sobre este pueblo, aunque de entre ellas

las escritas en lengua fenicia no alcanzan un 25 por 100 del total. Inscripciones procedentes de otros lugares vecinos (cuneiformes y egipcias) han aportado más datos que las halladas en Fenicia o en asentamientos fenicios esparcidos por el Mediterráneo. Por último, no podemos olvidar la Biblia como documento clave para el conocimiento de los fenicios y de otros muchos pueblos de la Antigüedad.

Pese a la escasez de documentación, sí se puede hacer mención de la existencia de una cultura literaria fenicia, de la que tenemos constancia principalmente a través de las menciones de los autores griegos y romanos. Sabemos que existieron unos anales de los reyes de Tiro que dio a conocer el historiador judío Flavio Josefo, así como también un personaje que vivió hacia el siglo I llamado Filón de Biblos, quien escribió una *Historia Fenicia,* traducida de un texto de época de Moisés, de la que se han extraído buena parte de las menciones a la religión y a las tradiciones sagradas fenicias.

Una vez llegados aquí, a este punto, nos hacemos una pregunta que marca el comienzo de nuestro recorrido, nuestro punto de partida: ¿quiénes eran los fenicios?, la realidad es que el término con el que se designa a este pueblo es un concepto eminentemente lingüístico, que hace alusión a las poblaciones que, desde finales del segundo milenio a. C., ocuparon la franja costera entre las elevadas montañas de la Cordillera del Líbano y el Mediterráneo, las cuales hablaban y escribían la lengua fenicia. El término «fenicio» se cita por vez primera entre los siglos IX-VIII a. C. en la *Odisea* de Homero (IV, 83) en relación con la púrpura, una sustancia extraída mediante el aplastamiento de conchas putrefactas de múrex que proporcionaba un tinte de color rojizo, que se conocía como «phoinix». Ese término derivó, pues, del griego *phoinos,* que designaba el color rojo de la sangre. La explicación tradicional para el vocablo con el que los griegos bautizaron a estas poblaciones es que eran las principales productoras y exportadoras de púrpura en la Antigüedad.

También se le pueden buscar otro tipo de explicaciones que tienen que ver con el especial gusto —tanto estético, como ritual— de los fenicios por este color, que decoró a menudo sus viviendas y con el que tiñeron a veces sus cabellos, como se desprende de los análisis efectuados sobre cráneos que aparecían en los enterramientos decorados con pigmentos rojizos, y que, en principio, se pensaba que habían sido decorados *post mortem* de manera ritual, y que eran resultantes, por el contrario, de un colorante capilar muy fuerte que era capaz de penetrar por los poros del cuero cabelludo instalándose como manchas informes directamente sobre el hueso. La explicación que se ha defendido tradicionalmente es que estas decoraciones sobre los cráneos se habían realizado penetrando en el interior de las tumbas, como una especie de rito y homenaje a los antepasados. Este hecho, como veremos más adelante, no se corresponde con la ritualidad funeraria fenicia, que se caracteriza por el «miedo a los muertos» que queda demostrado a través del sellado de las tumbas con enormes bloques de piedra, una vez depositados los cuerpos y con la ubicación de las necrópolis separadas de los asentamientos, al otro lado de un curso de agua que sería una barrera que impediría el paso de las almas y que las purificaría.

Por otro lado, se ha pensado que estos tintes del cabello los llevarían los miembros de la casta sacerdotal, lo que no queda demostrado a través de los análisis practicados en los hipogeos de la ciudad púnica de Kerkouane (Cabo Bon, Túnez) donde se demuestra una clara democratización e igualitarismo social y donde a menudo se exhuman cráneos con manchas de pigmentos rojizos pertenecientes a varios miembros de una misma familia. Todo ello nos lleva a pensar en la utilización de los colorantes capilares por simple estética o con algún interés ritual, pero, eso sí, en vida. ¿Por qué no podemos pensar en que fuese un aspecto estético externo, como el teñido de los cabellos, una de las causas por las que los griegos denominaron «los rojos» a los fenicios?

El término *phoinix* también se pone en relación con la mitología y con el

personaje de Phoinix, un mítico rey de Tiro que recogió Plinio, y al que se le atribuyó el invento de la púrpura para teñir los tejidos, todo de forma casual, cuando un perro mordió un molusco y quedó manchado su hocico de color rojo y el animal fue llevado por su amo ante el rey, el cual rápidamente tomó el color como símbolo real y lo instauró para vestir a los miembros de la monarquía. La figura mítica del perro quedó recogida *a posteriori* en los tipos representados sobre algunas monedas acuñadas en la ciudad fenicia de Tiro. A este mismo monarca se le atribuyó, como veremos más adelante, la invención del alfabeto, las afamadas *phoinikeia grammata* de los griegos.

Por otra parte, el término griego *phoinix* designó también un tipo de árbol: la palmera datilera. Otro dato curioso es que en la lengua micénica el término «ponikija» era empleado para designar la púrpura y en los textos de las pirámides el término «phenju» designaba a los leñadores que trabajaban en los frondosos bosques, ¿de cedros?, de la costa libanesa. Esta última hipótesis es la que están aplicando en los últimos años algunos filólogos que defienden un origen egipcio del término. Lo único que está demostrado es que ese término de «fenicios» no fue empleado jamás por ellos mismos.

El término «fenicio» aparece también en numerosos documentos homéricos asociado al de «sidonios», es decir, los habitantes de la ciudad de Sidón. Quizá la explicación esté en que en época homérica la ciudad más influyente de la órbita fenicia era ésta. Esto además nos serviría para comprobar que el concepto de fenicio abarcaba a todos los habitantes de una misma región costera, con independencia de la ciudad de origen, fuese ésta Sidón, Tiro, Biblos o Beirut, por citar algunas.

Muy probablemente, los «fenicios», término que pasó a ser la designación griega de estas poblaciones, se denominaron a sí mismos «cananeos». Como Canaán se conocía a ese mismo territorio desde el tercer milenio a. C. El término, tan sucintamente citado en los textos bíblicos, sí tiene una raíz semítica

y no indoeuropea. Este vocablo es referido ya en el Génesis (9:18, 25) cuando se dice que *Canaán era el hijo de Cam y el padre de Sidón,* o, lo que es lo mismo, de los fenicios. Los textos bíblicos en griego denominan *kananaioi* a los habitantes del territorio de Canaán, que sería la franja costera de la que ya hemos hablado. Otro testimonio se recoge de un geógrafo griego del siglo VI a. C. llamado Hecateo de Mileto, quien utilizó el término «Cnhnaa» para designar el territorio costero que habitaban los fenicios. Los estudios filológicos también ponen el término *kn'n* o *cana'an* en relación con la púrpura, además de ser un topónimo. También Filón de Biblos nos dejó sus estudios etimológicos sobre el héroe Phoinix, del que dijo que su nombre era una adaptación al griego de Chnaan, con lo cual, el héroe mitológico sería el mismo personaje citado en la Biblia como hijo de Cam.

De todas formas, a nosotros nos ha llegado la denominación griega de este pueblo, que posteriormente fue empleada por los historiadores latinos que han marcado el origen de los estudios sobre la Protohistoria del Mediterráneo. Del término *phoinix* derivó el latino *poeni* y su adjetivo *poenicus,* con el que posteriormente se conocería a los fenicios que se establecieron en Cartago, una vez conquistada la ciudad de Tiro por los asirios.

El factor cultural y la identidad original cananea fue tan fuerte y arraigada que las poblaciones púnicas del norte de África no lo perdieron con el paso del tiempo. A pesar de los siglos transcurridos desde la fundación de la ciudad de Cartago por los tirios, pese al potente sustrato cultural beréber del norte del continente africano y pese al contacto con griegos y romanos, algunos campesinos contestaron en lengua púnica a San Agustín de Hipona durante una de sus «campañas» de evangelización (a finales del siglo IV d. C.) a su pregunta: vosotros ¿qué sois?, de una forma sencilla: «somos cananeos».

> «Unde interrogati rustici nostri quid sint punice respondentes Chanani».
>
> San Agustín, *Epistola ad Romanos inchoata, Expositio* 13.

Los historiadores, principalmente desde el siglo XIX, han utilizado estos términos instaurando una serie de convencionalismos que aún son empleados. Un claro ejemplo es la utilización del término «cananeo» o «Período Cananeo» para delimitar cronológicamente a la cultura existente en la zona fenicia anterior a las convulsiones del año 1200 a. C., donde las principales ciudades sufrieron enormes crisis económicas y la destrucción por parte de los «pueblos del mar» (aquellos *pheleset* o filisteos que cita la Biblia). La necesidad de marcar un hito diferenciador entre dos períodos distintos en un mismo lugar y con idénticos protagonistas es lo que nos obliga a emplear un «Período Cananeo» anterior al 1200 y un «Período Fenicio» para la época posterior al mismo año. También convivimos con otros convencionalismos para los fenicios a la hora de estudiar el desarrollo de su colonización en Occidente; así pues, leeremos fenicios, púnicos y cartagineses para designar muchas veces a un mismo pueblo. El convencionalismo más generalizado por la comunidad científica, y que emplearemos a lo largo del libro, es el de denominar como «fenicios» a las poblaciones de Oriente, habitantes del foco originario, y a los ciudadanos de las fundaciones fenicias del Mediterráneo central y occidental anterior al siglo VI a. C., y como «púnicos» a los fenicios de Occidente desde la destrucción de Tiro y el auge de Cartago, en esa misma fecha. En este libro nos centraremos en los fenicios tal y como se ha explicado, desde el concepto cultural, histórico, y como una realidad geográfica, así pues, estudiaremos las poblaciones que ocuparon la franja litoral oriental y los que realizaron la empresa comercial por todo el Mediterráneo. Tan sólo entraremos en el último capítulo en el mundo púnico o cartaginés, que ocupó todo el protagonismo desde el siglo VI a. C.

Desde este capítulo introductorio, donde estamos aproximándonos a algunas de las características generales de los fenicios, debemos detenernos en los precedentes históricos directos. Los más hondos antecedentes culturales debemos buscarlos en el tercer milenio a. C., en los inicios de la Edad del

Bronce, cuando todos los grupos poblacionales gravitaron en torno a una serie de espacios con gran desarrollo urbano, como Biblos, Tiro y Meggido, que mantuvieron una gran implicación en los intercambios comerciales que se efectuaban con Egipto y Mesopotamia.

Existen desde la Antigüedad distintas versiones sobre el origen de este pueblo. Herodoto (I, 1; VII, 89) apuntó que procedían del Sur, del mar Rojo; por su parte, Estrabón (XVI, 3, 4) mantuvo que eran originarios del Golfo Pérsico, mientras que Filón de Biblos afirmó que eran de origen autóctono, es decir, de la costa levantina mediterránea. Esta última aportación ha sido comprobada gracias a la arqueología, pues, a partir de los datos obtenidos en las intervenciones en los distintos yacimientos, se sabe que ya habitaban el territorio definido como Canaán desde el tercer milenio a. C. En las teorías más tradicionales se suele afirmar que los fenicios formaban parte de unos grupos de antiguos semitas que llegaron a las costas del Mediterráneo hacia el tercer milenio a. C. por unas causas que generalmente se explicaban por la huída de los conflictos bélicos. Tras su asentamiento, esos cananeos primitivos padecieron constantes presiones de los pueblos del entorno, los cuales fueron reduciendo con los años su territorio, terminando al final habitando una franja costera no demasiado extensa (el actual Líbano). Estos cananeos sedentarios fueron variando los sistemas económicos para abandonar paulatinamente el pastoreo y la agricultura y, a partir de ahí, irse ocupando de la artesanía y, sobre todo, del comercio. Todas estas teorías que hablan de una llegada en oleadas desde Arabia y el Golfo Pérsico quedan refutadas por los testimonios arqueológicos recogidos en Biblos. Por ejemplo, el profesor Harden defendía en su obra clásica sobre la historia de los fenicios estas cuestiones:

> «Los fenicios no eran autóctonos de la zona, y la fecha de su entrada en el país ha sido discutida. Habitualmente se reconoce la existencia de varias oleadas de emigrantes semitas que venían, por lo que se cree, de Arabia o el Golfo Pérsico».
>
> D. Harden, 1967, 27.

La ciudad de Biblos ofrece los testimonios arqueológicos más antiguos. Ya desde finales del quinto milenio a. C. se detectan imponentes asentamientos neolíticos en sus proximidades. Además, se documentan actividades económicas como la agricultura, el pastoreo y la pesca, donde empezamos a vislumbrar ya la especial vocación marinera. Por otro lado, también aparece un precedente de lo que será la posterior producción e intercambio de tejidos. A lo largo del cuarto milenio a. C. el volumen de intercambios entre la costa y Mesopotamia aumentó enormemente. Biblos, además, es una de las ciudades que primero aparece citada en las fuentes, por lo que se la considera una de las más antiguas del Mediterráneo. Se hace alusión a los intercambios comerciales entre ella y otras ciudades en algunas tablillas encontradas en las excavaciones de Ebla. De esta documentación se extrae la importancia de Biblos como punto comercial costero y como centro político, ya que se aprecia cómo pactó en igualdad de condiciones con Ebla, capital de Siria en ese momento. Evidentemente, tenemos en la ciudad de Biblos una referencia histórica clave, ya desde el tercer milenio a. C., para comprender el desarrollo posterior de otras grandes «ciudades-Estado» costeras que compondrán, más adelante, el *puzzle* fenicio.

El territorio, como veremos cuando nos acerquemos al marco geográfico, provocó un hábitat disperso con algunos centros poblacionales que adquirieron mayor volumen, pero que se encontraban aislados unos de otros, lo que trajo consigo un crecimiento desigual. También se conocen aportes de población semita occidental en todo el territorio costero desde el segundo milenio (en particular los amorreos) que hablaban un dialecto similar al cananeo. A lo largo de los primeros tiempos y en la denominada época cananea los aportes de población se fueron sucediendo, llegando al país del cedro hurritas, arameos y filisteos, que penetraron violentamente desde el mar hacia el 1200 y que, según parece, jamás entablaron relaciones «amistosas» con los fenicios. Lo que parece evidente es que, a través de estos contactos directos con estos pueblos y con las

relaciones exteriores que mantuvieron con otros tantos, la cultura fenicia se fue enriqueciendo paulatinamente, conformando una unidad cultural con otros pueblos del Próximo Oriente. También, como veremos más adelante, el asentamiento de estas poblaciones en el territorio cananeo y lo accidentado del terreno provocaron que los fenicios jamás se establecieran como nación unitaria pese a compartir infinidad de rasgos comunes tales como la lengua, la religión y la organización sociopolítica.

La aparición del fenómeno urbano o «revolución urbana» en Canaán, desde la Edad del Bronce Antiguo (siglos XIV-XIII a. C.), se relaciona comúnmente con la riqueza del territorio y el aprovechamiento y explotación de la misma. Gran parte del agotamiento de los recursos naturales que provocó la salida de los fenicios hacia Occidente para sustituirlos, como se verá, tiene su origen en el gran desarrollo de algunas actividades (principalmente la tala de árboles) desde esas fechas tan remotas. Históricamente, hasta finales de la Edad del Bronce, no existió una Fenicia con entidad propia, aunque es necesario tomar como punto de partida y como precedente directo la evolución de los pueblos cananeos desde el tercer milenio a. C.

Otra de las cuestiones primordiales que tenemos que ver en este capítulo es la de la escritura. Ya el historiador griego Herodoto señaló que «estos fenicios, que llegaron a Grecia con Cadmo [...] introdujeron también entre nosotros el alfabeto [...] que, según creo, los griegos no poseían» (Herodoto, V, 58). También Diodoro de Sicilia refirió la opinión de los cretenses, quienes mantuvieron que «... los sirios inventaron las letras del alfabeto y los fenicios, una vez aprendidas de ellos, las comunicaron a los griegos, los cretenses». Pues bien, si aceptamos esta y otras muchas consideraciones, podemos decir que la escritura alfabética fue invención de los fenicios —o, al menos, los fenicios fueron el principal hilo conductor de su posterior difusión—. Veamos con qué documentación se cuenta para mantener esta teoría.

En primer lugar, contamos con un aspecto clave: el hecho de que todos acepten un papel destacado de los fenicios tanto en el desarrollo de la escritura como en la difusión de ésta hacia Occidente. La lengua, además, es de origen semítico antiguo y es complicado conocer si realmente fue inventada en Biblos, donde se tiene constancia de escritura desde el segundo milenio a. C. a través de unas inscripciones no alfabéticas que no han sido descifradas aún, o en otro lugar de Fenicia. Evidentemente, sí que tenemos que contemplar que las inscripciones más antiguas proceden de Biblos y de Fenicia, aunque no podemos olvidar que el área semítica era más extensa. La interpretación tradicional que se le da es la de una derivación directa de las formas de escritura semítica de las jeroglíficas de Egipto, una vez traducidas a la lengua semítica, colocando nombres a los signos. La derivación de la escritura semítica del jeroglífico se apoya, además, en la no existencia de vocales entre sus signos. Probablemente los signos de la escritura fenicia representaron también pinturas. El signo *aleph* (que equivale a la letra «a») representaba la cabeza de un buey (tanto por que el signo se le asemejaba, como por que *aleph* significa «buey»). Lo que no se discute es que el primer alfabeto, si entendemos como tal un sistema de signos que expresan sonidos individuales del habla, es el alfabeto griego, que ellos mismos definieron como fenicio (Φοι'νικεια γρα'μματα). Éste tiene un claro origen semita, y, como fuere que los fenicios llevaron a cabo su expansión comercial, difundieron su escritura por todo el Mediterráneo a través de los tratados comerciales y el uso de sus numerales. Los signos griegos, tanto por el orden que mantienen como por su propio nombre, indican una clara procedencia semita. Así, los *alfa, beta, gamma* o *delta* griegos se corresponden con los *aleph, beth, gimel* o *daleth* semíticos. Las dudas se plantean cuando se quiere saber con exactitud de qué sistema semítico tomaron los griegos el alfabeto. De todas formas esas dudas se van disipando poco a poco cuando sabemos que tan sólo hubo un pueblo semita que se lanzó a la conquista de las rutas de navegación y a

establecer relaciones de ultramar, por lo que dio a conocer su sistema de escritura por otros lugares del Mediterráneo. Ése no es otro pueblo que el fenicio. Ese mismo pueblo al que vamos a acercarnos ahora desde una serie de aspectos diversos.

En primer lugar, trataremos el espacio geográfico original que ocuparon en Fenicia, es decir, en su *madre patria;* desde ahí, ocuparemos dos capítulos en el análisis histórico del mundo fenicio para, a continuación, centrarnos en las creencias religiosas. Después, un capítulo que nos acercará a las dos ciudades clave de la civilización fenicia para, por último, volvernos a centrar en la evolución histórica, ya con las últimas invasiones y con el final de su hegemonía, para concluir con la fundación de Cartago como la vía de escape.

A partir de aquí, fijando nuestro principal interés en la divulgación pero sin renunciar a la objetividad y rigor científicos, nos adentramos en el mundo de los fenicios para aportar todo nuestro esfuerzo al conocimiento de su historia, tan lejana en el tiempo pero a la vez tan cercana, como antepasado directo de nuestra propia cultura. Ésa es nuestra ambición, conocer este pueblo precursor de las relaciones mediterráneas para conocernos un poco más a nosotros mismos y comprender que ya antes de la romanización, en el entorno del mar Mediterráneo, surgieron estrechos vínculos culturales que aún perviven.

Comencemos, pues, nuestro viaje a través del Mediterráneo, nuestro largo recorrido desde las estribaciones del monte Líbano hasta los confines del mundo, hasta las columnas de Hércules, en la patria de Argantonio rey de Tartessos, en el lugar donde cada día se pone el sol.

2

La tierra del cedro: marco geográfico

> «Marché hasta el monte Líbano y corté troncos de cedro, ciprés y enebro. Con los troncos de cedro construí el tejado de este templo; hice de cedro las hojas de las puertas y las recubrí con unas planchas de bronce...».
>
> Inscripción de Balawat (s. IX a. C.).

La célebre afirmación del rey Asurnasirpal II que encabeza este capítulo detalla en pocas palabras la principal característica del territorio que ocuparon los fenicios. En ella se hace alusión a una de las principales fuentes de riqueza, es decir, la madera proveniente de los bosques de los montes sagrados del Líbano. También queda reflejado, en pocas palabras, la importancia de esta madera que se empleó en la construcción de edificios tan importantes como el templo citado en el texto o el templo de Salomón en Jerusalén.

Los fenicios ocuparon una estrecha franja costera paralela al Mediterráneo, cuya dimensión oscilaba en función de la cordillera montañosa que discurre en dirección norte-sur y que se acerca en algunos puntos al mar hasta en unos doce kilómetros, mientras que en otros puntos, se separa en unos cincuenta. Esta misma abrupta alineación montañosa penetra en el mar directamente en algunas zonas, lo que, evidentemente, dificultó las comunicaciones dentro del territorio en la Antigüedad. Este hecho, como otros que iremos viendo a lo largo del capítulo, provocó el peculiar desarrollo de las ciudades fenicias y su vocación marinera. Como ha sucedido muchas veces a lo largo de la historia, el ambiente

geográfico impulsó a este pueblo a evolucionar de la forma en que lo hizo. Con ello podemos afirmar cómo los fenicios, al igual que otros muchos pueblos, han padecido un auténtico y a veces despiadado determinismo geográfico.

La configuración de *Fenicia,* del «país del cedro» —nombre que he elegido para titular el capítulo en un intento de honrar un árbol que, además de que fue una de las mayores fuentes de riqueza que proporcionó este territorio, es un auténtico símbolo aún hoy para el Líbano, figurando en la bandera— giró en torno a la proyección marítima más que a la terrestre, por motivos obvios derivados de la dificultad de conexión entre los territorios del interior. A pesar de esto, no podemos, de todas formas, ignorar la existencia de un comercio fructífero de gran magnitud entre las ciudades fenicias costeras y Mesopotamia, pese a lo accidentado del terreno. Por otro lado, las conexiones entre las principales ciudades fenicias se realizaron por mar, lo que desde luego tuvo gran implicación en el desarrollo de las técnicas de navegación que caracterizaron siempre a este pueblo.

La posición intermedia entre las dos grandes culturas de la Antigüedad, Egipto y Mesopotamia, y su particular habilidad mercantil ocasionaron también que los fenicios partieran con ventaja en las disputas por los nuevos contactos comerciales entre las provincias del Próximo Oriente a partir del siglo XII a. C. Las ciudades fenicias se ubicaron en una situación central de la costa sirio-palestina, desde la ciudad de Arados (Arvad o Arwad), como límite septentrional, hasta Jaffa, como límite meridional, con una amplitud de unos 250 kilómetros de costa. La anchura del territorio era variable, como hemos visto, dependiendo de la proximidad de las montañas. Los límites septentrional y meridional son, evidentemente, bastante más difusos que el occidental (mar) y el oriental (montañas), sobre todo porque jamás existió un territorio unitario ni, por lo tanto, un concepto de frontera. Se suelen citar las ciudades de Arados y Jaffa como los puntos más alejados, si bien más al norte estuvo la ciudad de

Ugarit, un claro precedente de la civilización fenicia pero que sucumbió en el año 1200 a. C., fecha en la que se marca el comienzo del mundo fenicio como tal. Por el sur, el territorio propiamente fenicio seguramente jamás alcanzó a llegar hasta Jaffa, pero en un momento de la evolución histórica de Fenicia esta ciudad fue tomada por los sidonios y se aprovecha este hito, generalmente, para ubicar un límite geográfico meridional al país.

La ocupación más densa del territorio se realizó junto a la costa, en la fértil y rica plataforma litoral, donde fueron erigidas las ciudades más importantes, algunas de las cuales, como es el caso de Biblos (la antigua Gubal cananea), habían alcanzado con anterioridad un gran desarrollo urbano y cierto renombre. Las ciudades más importantes, además de Biblos, fueron Sidón, Tiro y Arados; otras ciudades destacadas fueron Beritus (hoy Beirut, la actual capital del Líbano), Trípoli, Amrit, Aczib y Akko. Todos estos núcleos urbanos ocuparon el borde del mar, mientras que el exiguo espacio existente entre la costa y la cadena montañosa fue aprovechado para las actividades agrarias, ganaderas y sobre todo para la explotación de los recursos forestales.

La costa, tremendamente abrupta en algunas zonas, proporcionó lugares resguardados y magníficos fondeaderos donde crecieron algunos de los centros urbanos citados. Aprovechando los numerosos cabos, promontorios e islotes próximos a la costa, se practicó un modelo de asentamiento muy típico que, como veremos una vez iniciada la empresa comercial hacia Occidente, pusieron a menudo en práctica. Estos modelos de construcción de ciudades o factorías comerciales se desarrollaron con mayor intensidad en el occidente, principalmente porque se erigían *ex novo,* es decir, sobre territorios vírgenes sin ningún tipo de establecimientos anteriores. En cambio, en Fenicia, muchos de los lugares tenían ya una tradición urbana de varios siglos que dificultaba la erección de nuevos tipos de asentamiento con carácter urbano. Ésta será una de las razones que provocarán un mejor conocimiento del mundo fenicio a través

de los yacimientos del Mediterráneo occidental, además de que, posteriormente, las grandes ciudades históricas fenicias fueron sucesivamente ocupadas por griegos, romanos y, más tarde, árabes, lo que imposibilita hoy día obtener datos claros de un urbanismo fenicio original en su propia patria.

La zona interior es una gran plataforma que decrece en altura vertiginosamente hasta el nivel del mar y que presenta un territorio accidentado con numerosas elevaciones y pequeños valles perpendiculares a la costa, entre las prolongaciones de la cordillera del Líbano, que alcanzan el mar directamente. Este estrecho espacio se ve atravesado por torrentes y arroyos con caudales bastante desiguales que se secan durante los meses de estío. Este terreno, tremendamente fértil, tiene, como ya hemos mencionado, unos cincuenta kilómetros de anchura en los lugares más amplios por tan sólo unos doce en los más reducidos. La mínima extensión del terreno habitable hizo que el aumento constante de la población provocase en pocos decenios de años una tremenda densidad, la cual era difícil de mantener si pensamos en el pequeño terreno cultivable que quedaba libre, y todo ello pese a que se trataba de unas tierras muy propicias tanto por la fertilidad del suelo, como por los cursos del agua y el excelente clima.

La cordillera del Líbano, que alcanza los 3.000 metros en algún punto y que tiene numerosas elevaciones que superan los 2.700 metros, mantiene en las faldas de las montañas unos terrenos fértiles que se caracterizaron en época antigua (y no tanto hoy día desgraciadamente) por una gran vegetación forestal de una riqueza y frondosidad que trascendió a lo largo de todo el Mediterráneo. Los bosques de cedros, pinos y cipreses, sumados a las altas y escarpadas cumbres de las montañas, conformaron una barrera defensiva natural que protegió siempre a Fenicia de las incursiones desde el este, desde la llanura asiria. La abundancia de los recursos forestales facilitó una temprana relación comercial con Egipto debido a la escasez de recursos de este tipo en el país del

Nilo.

Desde el punto de vista físico, la cadena montañosa del Líbano es una prolongación natural de los montes de Nosaïri que discurren paralelamente al mar. Su elevación máxima es el monte Qurnat al-Sawda, de 3.083 metros de altura (éste es el nombre actual). Entre esta cordillera y la denominada como Antilíbano, cuya máxima elevación es el Monte Hermón (2.815 metros), existe una gran fosa denominada depresión del Ghor, la cual se extiende hacia el sur hasta el mar Muerto. A lo largo de esta enorme depresión discurren los dos ríos más importantes del país, el Orontes y el Litani. Los otros ríos, que descienden hacia el Mediterráneo directamente, tienen, como ya se ha adelantado, unos caudales bastante más irregulares, ya que padecen profundos estiajes. Entre estos cursos destacan el río Ibrahim (que desemboca junto a Biblos) y el Awwali (que alcanza el Mediterráneo al lado de la ciudad de Sidón). Los topónimos que se han citado son los que actualmente se emplean.

Esta cadena montañosa impide la penetración de masas de aire húmedo hacia el interior, funcionando como una barricada natural que separa la fértil tierra fenicia del desierto de Siria. La cordillera tiene aproximadamente unos 160 kilómetros de longitud por unos 40 de anchura. Los suelos están compuestos por margas y calizas con afloraciones basálticas. El relieve que presenta este macizo es muy abrupto, con profundas gargantas excavadas por los ríos, como el valle de Becharre, lo que dificulta en gran medida el tránsito. De todas formas, la ruta más utilizada desde la Antigüedad, que unía Beirut con Damasco, aprovechó un paso natural conocido como Mughitteh, a 1.585 metros de altura, el cual se mantiene en uso hoy día ya que por ahí discurre la carretera que une las dos capitales.

La barrera natural que supone la existencia de esta cordillera, tan cercana a la costa, facilita la existencia de un clima típicamente Mediterráneo por el régimen fluvial, por las precipitaciones y por las temperaturas moderadas que

prácticamente no han variado desde la Antigüedad. Los inviernos son bastante lluviosos y las precipitaciones se alargan hasta el mes de marzo. En esta fecha comienza una estación muy seca que dura hasta septiembre. Abundan, además, los acuíferos naturales, ya que las lluvias penetran hasta alcanzar el suelo arcilloso. Este hecho provoca la existencia de un rico nivel freático que fue aprovechado con la construcción de pozos desde época fenicia.

Este clima que goza la franja costera sirio-palestina es completamente distinto al que tienen otros territorios cercanos que desde antiguo lo envidiaron. La magnífica posición geográfica de Fenicia fue, sin duda, uno de los motivos por los que siempre hubo interés en ocuparla (interés que, desgraciadamente, se mantiene vivo). Además de tener un terreno muy fértil y propicio para la agricultura, hay que pensar en la mayor abundancia de precipitaciones y en que la acción de las brisas marinas impide la gran amplitud térmica (con temperaturas extremas diurnas y nocturnas) que padecen los vecinos del interior.

La agricultura se desarrolló en el estrecho espacio existente entre las montañas y la línea de costa. Pese a la escasez de terreno, la producción fue muy rica y variada, ya que las fuentes de agua eran abundantes. Las fuentes textuales nos hablan de enormes planicies cerealísticas en el norte del país, junto a Tell Sukas. Por otra parte, en el centro y en la franja sur abundaron los cultivos de olivos, viñedos y árboles frutales, de entre los que destacaron las higueras, los granados y las datileras. También se explotaron los nogales, además de por el fruto, por la extracción de resinas, que también se aprovecharon en otros tipos de árboles. La obtención de especias, perfumes exóticos y miel también está ampliamente constatada en el mundo fenicio. Pero, de entre todos los recursos naturales, destacó por encima de todos la explotación forestal de los bosques de pinos y cipreses, y el aprovechamiento del cedro, cuya madera —sagrada— fue empleada para la construcción de edificios religiosos y tumbas.

El cedro, árbol de la familia de las abietáceas, símbolo del país, tiene un gran

desarrollo, viviendo más de dos mil años. La madera es rojiza, algo quebradiza, muy aromática y prácticamente incorruptible, por lo que adquirió esa fama de pertenecer a un árbol «de los dioses». El aprovechamiento del cedro no sólo se limitó a la madera del tronco, ya que las piñas femeninas, de forma ovoide y de maduración bianual, proporcionaban unos piñones con abundante resina que fue utilizada como aislante arquitectónico y como adherente en la construcción naval. Hoy los bosques prácticamente han desaparecido de las montañas y gran parte de estos cultivos han sido sustituidos por una explotación prácticamente intensiva del naranjo.

En cuanto a la fauna terrestre, los fenicios se sirvieron de la abundancia de animales salvajes para comerciar con ellos; en los bosques del Líbano era fácil encontrar osos, hienas, chacales, panteras y lobos, que, evidentemente, harían las delicias de cualquier príncipe oriental en alguna de las cacerías organizadas. También mantenían una explotación ganadera con animales domésticos tales como los bueyes, los asnos y las cabras, principalmente. De la fauna marina destacamos el múrex, una de las bases económicas de este pueblo, como ya hemos visto, aunque no podemos dejar de lado el desarrollo de la pesca en un pueblo de eminente vocación marinera. Además, tenemos testimonios de una actividad industrial muy característica que tuvo una amplia repercusión en las colonias fenicias de occidente, sobre todo en las proximidades de las columnas de Hércules, ésta no es otra que las factorías de salazones de pescados donde se conservaban las capturas y se elaboraban productos alimenticios con los despojos.

Los recursos mineros también hicieron de este país un apetitoso manjar para los grandes imperios que lo rodeaban. Sabemos del gran desarrollo tecnológico del pueblo fenicio en cuanto a la metalurgia, que desde luego se corresponde con la riqueza de las minas de hierro, cobre y lignito del entorno. También existieron explotaciones de otros minerales (canteras de mármol y arenas finas

para el vidrio) y piedras preciosas que fueron empleadas por los artesanos fenicios para elaborar joyas que lucieron los monarcas y los altos dignatarios de las ciudades-Estado.

El determinismo geográfico del que venimos hablando provocó un fraccionamiento del territorio que tuvo como consecuencia directa la aparición de las ciudades-Estado y jamás, ni en caso de guerra, la existencia de un ideal de conjunto «nacional». Desde luego no tiene que ver con lo que sucedió en Grecia algunos siglos más tarde, donde se tiene constancia también de una formación de entidades urbanas independientes por culpa de la geografía y de la dificultad de las comunicaciones, pero con unos vínculos nacionales que unían a las diferentes *poleis* en contra de un enemigo exterior común. En el caso fenicio ni siquiera el hecho de compartir una misma lengua, una misma religión y, en definitiva, una misma cultura, provocó jamás un sentimiento unitario, lo que achacamos sin duda a la gran rivalidad, antagónica en algunos casos, de los diferentes centros urbanos fenicios. Tampoco el ataque de enemigos externos trajo consigo la organización de una defensa «nacional».

La dificultad de las comunicaciones en el interior del país es una de las causas directas que se suelen mencionar a la hora de hablar del gran desarrollo de las técnicas de navegación de los fenicios. La navegación fue clave, pues, para garantizar y facilitar la comunicación entre las ciudades fenicias que se ubicaban en la costa. Se puede afirmar que la historia de Fenicia es la historia de todas y cada una de las ciudades; y es la arqueología, gracias a más de un siglo de investigaciones, misiones científicas de reconocimiento y excavaciones, la que ha puesto de manifiesto la existencia de numerosos elementos comunes que son los que conforman una «civilización fenicia», nada menos que la madre, en muchos aspectos, de la propia civilización mediterránea.

En todas las ciudades fenicias, tanto en la «madre patria» como en las fundadas con posterioridad a lo largo de la expansión mediterránea, se ha

desarrollado un conjunto de patrones de asentamiento comunes a todas ellas. Entre estos patrones destacan la ubicación costera, bien en promontorios cercanos al mar, bien en cabos o en pequeños islotes muy próximos a tierra firme. También es otro detalle habitual la existencia de dos puertos, uno al norte y otro al sur o, en su defecto, la utilización de una bahía resguardada o una laguna interna para la protección de los barcos. Esta laguna puede ser natural o artificial, como en el caso de los puertos de Cartago o del *cothon* de Mozia (Sicilia).

El mismo determinismo geográfico afectó también al mundo de los difuntos, ya que, dada la escasez de terreno libre para los cultivos, las necrópolis se colocaron en las laderas de las montañas o en lugares con afloraciones pétreas, siempre en zonas estériles desde el punto de vista agrícola. Estas plataformas rocosas fueron taladradas, quedándose prácticamente huecas para la construcción de hipogeos funerarios o tumbas excavadas en la roca. Algunas de estas sepulturas presentaban en su interior una estructuración compleja que constaba de varias cámaras mortuorias y que, dada la escasez de terreno, aprovechaban incluso los huecos de las escaleras para ubicar los enterramientos.

Vamos a terminar con un breve apunte sobre la imponente apariencia de las altas montañas del Líbano. Éstas tenían, a menudo, sus cumbres recubiertas de nubes, por lo que la superstición popular veía en ellas la morada de los dioses (como por ejemplo el dios Baal Saphon, que, según la tradición cananea, habitaba en el monte Casius, de 1.778 metros de altura, al norte de la ciudad de Ugarit).Desde luego, se trata de unas creencias bastante similares a las de los griegos en relación al monte Olimpo. En la apariencia sagrada de estas montañas, además, estaba su riqueza forestal, las fuentes de agua y el hecho de funcionar como una enorme muralla que protegió a las ciudades fenicias. Con todos estos datos podemos ver cómo es evidente, pues, que la peculiar geografía del Líbano determinó la vida, las costumbres y hasta las creencias religiosas de

los fenicios.

3

Las ciudades-Estado: marco político y social

> «... de todo esto resulta, pues, manifiesto, que la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es por naturaleza un animal social, y que el insocial por naturaleza y no por azar o es mal hombre o más que hombre, como aquel a quien Homero increpa:"sin tribu, sin ley, sin hogar" porque el que es tal por naturaleza es además amante de la guerra, como una pieza aislada en los juegos...».
>
> Aristóteles, *Política,* I, 2.

Un claro precedente de las ciudades-Estado en Fenicia, que algo después tendremos ocasión de analizar, es Ugarit (hoy situada en Siria), un auténtico centro de mercado en la próspera tierra de Canaán. La ciudad de Ugarit, ubicada al norte del país del cedro, compartió numerosas similitudes con las posteriores ciudades fenicias. Es más, muchos de los datos de corte económico, social y religioso que conocemos sobre las distintas ciudades de Fenicia han sido extraídos de la documentación epigráfica obtenida a lo largo de las excavaciones en el *Tell* de *Ras-Shamra*, la antigua Ugarit.

Los condicionantes históricos y los convencionalismos cronológicos a los que a menudo nos vemos sometidos los historiadores hacen que la fecha de 1200 a. C., ese período de amplias convulsiones sociales, crisis económicas, destrucciones por catástrofes naturales e invasiones militares, marque una barrera entre el mundo ugarítico y el mundo fenicio. El hecho de que aceptemos esa fecha de 1200 como inicio del mundo fenicio, como separación del anterior

mundo cananeo, no implica, en ningún modo, que numerosos preceptos que conocemos a través de las inscripciones fundamentalmente en cilindros-sello ugaríticos no tengan validez con posterioridad. Como ya se ha dicho, gran parte de los conocimientos que se tienen sobre los dioses, las manifestaciones religiosas y los ritos de época fenicia han sido extraídos de la documentación de Ugarit. Además, teniendo en cuenta el enorme conservadurismo del pueblo fenicio, podemos remarcar el caso de la ciudad de Ugarit como precedente directo de las posteriores ciudades-Estado fenicias, aunque fuese destruida en el 1200 a. C.

La ciudad de Ugarit, como otras tantas de la Antigüedad, fue ocupada y abandonada sucesivamente desde el Neolítico, lo que provocó que el ingente volumen de sedimentos conformara una auténtica «montaña artificial», un *Tell,* que ha sido excavado a lo largo de numerosas campañas desde 1929. Los niveles más recientes de la ciudad, es decir, aquellos posteriores al siglo XV a. C., son los que más interesan, como modelo y punto de partida de las ciudades fenicias y como núcleo urbano destacado dentro de la órbita cananea.

La ciudad de la «Colina de los Hinojos», que es lo que significa *Ras-Shamra,* adquirió una gran importancia, principalmente, por el contacto constante con Egipto, sobre todo durante la ocupación hicsa (1730 a. C.), que, como es bien sabido, tenía un importante componente cultural cananeo. Por otra parte, la ciudad también sufrió los constantes ataques de sus beligerantes vecinos del norte, los hititas, además de padecer también las incursiones de los aqueos, venidos desde el mar Egeo. Al igual que sucedió algo después en las ciudades-Estado fenicias, Ugarit tuvo que pactar constantemente, apoyarse en la soberanía de otros reinos potentes y lanzarse al comercio marítimo, como únicas salidas posibles. Se tiene constancia de la existencia de súplicas de los monarcas de Ugarit, solicitando la ayuda de los ejércitos del faraón, que jamás fueron atendidas, ya que han aparecido escritas en tablillas que fueron exhumadas en las

excavaciones arqueológicas, mezcladas entre los niveles de escombro, destrucción y arrasamiento de la ciudad.

Ugarit, importante puerto mediterráneo y centro de comercio en el que confluían gentes procedentes de muy dispares culturas, adquirió un enorme desarrollo cultural debido, principalmente, a ese mestizaje que siglos después se vio en los principales puertos fenicios. El alfabeto surgido en Ugarit, uno de los primeros de los que se tiene constancia, ha sido muy bien estudiado, ya que las excavaciones han proporcionado miles de tablillas y sellos que se ubicaron en las bibliotecas y en los archivos de la ciudad. Entre estos documentos se pueden leer textos religiosos, mitos y leyendas principalmente, aunque también apareció correspondencia oficial, contratos y listados de productos. La mayoría de esta documentación se fecha entre los siglos XIV y XII a. C. También han aparecido tablillas que se interpretan como pizarras para ensayar escritura, pertenecientes a una escuela de escribas.

La posición geográfica de Ugarit facilitó el control de rutas de comercio y proporcionó a la ciudad una enorme riqueza económica al ubicarse en el centro de las rutas comerciales que unían Anatolia con Egipto. Pese a tratarse de un pequeño reino, Ugarit mantuvo relaciones internacionales con los grandes imperios vecinos, gracias a una hábil política diplomática. Desde luego, parece evidente que la experiencia de Ugarit fue determinante para la posterior evolución política de las ciudades fenicias.

Las similitudes de la mencionada ciudad con los núcleos urbanos fenicios también son muchas en relación con la estructura de la ciudad, la disposición de los puertos e incluso la ubicación de los espacios sagrados y las necrópolis. También todos los aspectos arquitectónicos son similares, manteniendo idénticas técnicas constructivas y tipologías. Los edificios más importantes serán también el palacio y el templo.

Organización política: las ciudades-Estado

Como ya habíamos visto en el capítulo dedicado al marco geográfico, la peculiar orografía del territorio provocó la aparición de un conjunto de ciudades independientes que fueron creciendo y enriqueciéndose de forma aislada. El determinismo geográfico a que se vio sometido el mundo fenicio tuvo como consecuencia directa que los principales centros urbanos del país estuviesen prácticamente incomunicados por el interior y que éstos fuesen creciendo a diferentes ritmos, manteniendo un desarrollo político diferente por causa de esa escasa relación. Una de las razones que, a menudo, se citan para explicar la gran vocación marinera de los fenicios y el enorme volumen de avances técnicos relacionados con las técnicas de navegación que pusieron en práctica es, precisamente, las dificultades de comunicación entre las ciudades. Estos problemas en las conexiones por el interior se vieron, pues, suplantados por un animado y constante trasiego de embarcaciones de pequeño y mediano tamaño que iban navegando junto a la costa de norte a sur, conectando entre sí, comercial y sobre todo culturalmente, los principales núcleos urbanos de la órbita fenicia.

La falta de contacto entre las ciudades y, al mismo tiempo, la riqueza que fueron obteniendo por el aprovechamiento de los ricos recursos naturales del territorio, más el olfato comercial, trajeron como desenlace la formación de ciudades-Estado que dominaban su territorio más próximo. Este concepto de ciudad-Estado se aplica a menudo para definir estructuras estatales y territoriales en Próximo Oriente y Mesopotamia, así como también se emplea para definir las *poleis* griegas. En el caso fenicio, los reinos costeros autónomos dominaban un territorio pequeño en comparación con las potencias extranjeras vecinas. Aun así, no reconocieron la supremacía de estos imperios que amenazaron constantemente su soberanía.

La historia de Fenicia, pese a la independencia y a la autonomía de las

ciudades-Estado, es la historia de las ciudades que alcanzaron una posición hegemónica sobre el resto. A lo largo de la evolución histórica de este pueblo, Biblos, Sidón y Tiro se colocaron en una posición destacada sobre el resto, principalmente de la mano de los pactos comerciales, económicos y políticos con las potencias extranjeras, esto es, Egipto, Israel y el imperio asirio fundamentalmente.

La sociedad se organizó en torno a la ciudad. Desde la capital del pequeño Estado se coordinaron todos los asuntos del territorio. Como ya hemos visto, la propia riqueza del territorio facilitó el autoabastecimiento de muchos de los productos necesarios para la población. Por otra parte, el dominio de las técnicas de navegación y la existencia de flotas estatales en cada uno de los pequeños reinos, completó las necesidades vitales de la masa de población. Las ciudades, como es el caso de Tiro, tenían dos puertos ubicados al norte y al sur del entramado urbano, desde los que partían los barcos comerciales que eran los encargados de mantener vivas las relaciones entre las distintas ciudades. Cada ciudad, además, disfrutó de un *estatus* de independencia distinto desde el punto de vista político, en relación con las potencias del entorno. Este hecho, sin duda, trajo consigo la desigual situación de las ciudades y su crecimiento heterogéneo.

Tan sólo con la superpoblación del territorio (aproximadamente desde el siglo IX a. C.) y la exigencia constante de tributos por parte de los asirios, se alcanzó un punto sin retorno en el que ese tan rico espacio natural no fue suficiente para dotar a la población de las necesidades mínimas. Ésa fue, sin duda, una de las razones principales de la expansión comercial hacia el Mediterráneo occidental; no sólo una búsqueda de nuevos mercados y nuevos territorios para la obtención de materias primas, por parte de los burgueses enriquecidos y los nobles, sino una vía de escape para la salida de fenicios de las clases inferiores, llegados desde el entorno rural, para habitar como colonos esas nuevas y desconocidas tierras.

El modelo político que se desarrolló en Fenicia no era desconocido para las poblaciones cananeas que allí habitaban; tenían el ejemplo de las ciudades mesopotámicas que sobrevivieron siglos con ese tipo de organización de ciudad-Estado y sobre todo, mucho más cercano, tenían el ejemplo de Ugarit, que vivió fructíferos años en cuanto a lo político, lo económico y lo cultural. Al igual que sucedió siglos después en Fenicia, las ciudades de Canaán jamás constituyeron una entidad política unitaria. Cada ciudad tenía su propio palacio y su templo, sedes de la monarquía local. Tanto la ciudad que albergaba la muralla (construida por iniciativa del rey, y con una funcionalidad sagrada y propagandística, además de la lógicamente defensiva) como el territorio que la circundaba se encontraban dominados por la autoridad monárquica y religiosa de la ciudad, la cual residía en una zona elevada a veces también amurallada en sí misma (acrópolis). El mundo cananeo mantuvo importantes diferencias organizativas y productivas en las ciudades. Los centros urbanos del norte del país, más próximos a Ugarit, se dedicaron al comercio con Siria, Chipre y Egipto, mientras que las poblaciones del sur explotaron más su riqueza agrícola y pastoril. Los monarcas cananeos mantuvieron oprimido, en gran medida, al pueblo. La imagen que se tiene en los textos y en las representaciones artísticas de la figura del monarca es la de un rey duro, justo aunque vengativo. Probablemente, la imagen propagandística que se generó de la monarquía cananea vino determinada por la escasa representación externa que tenía. Al demostrar con vigor su poder dentro de su territorio paliaba, en parte, la situación desfavorable que tenía frente a los monarcas de Egipto, por ejemplo. Algunos monarcas cananeos eran considerados «hazanu» (alcaldes) por los egipcios y funcionaban dentro de la administración egipcia como auténticos «lacayos» del gobernador egipcio que habitó, durante años, la ciudad de Gaza.

La nueva sociedad y el nuevo orden internacional que se generó a partir de la crisis de 1200 a. C., tras la destrucción de todo el antiguo sistema económico

vigente a lo largo de toda la Edad del Bronce, y tras el serio declive del comercio regional en todo el Levante mediterráneo, tuvieron como consecuencia, por otro lado, la aparición de un territorio fenicio como tal, que, aunque se vio reducido en comparación con el espacio ocupado anteriormente por los cananeos, inició un gran despegue económico pasados unos años. En un primer momento, la crisis produjo un período «oscuro» sin apenas actividad comercial y política, pero, pasadas dos o tres generaciones, se inició un despegue económico sin igual que colocó a las ciudades-Estado fenicias a la cabeza del comercio regional e internacional. Este territorio fenicio surgido desde el caos, desde la más profunda crisis, estaba unido culturalmente y no políticamente. Se compartían las creencias y los ritos sagrados y, sobre todo, el idioma, que adquirió desde entonces un gran desarrollo, al extenderse por medio de los contactos comerciales. Tras el resquebrajamiento de la sociedad, los monarcas fenicios supieron adaptarse pronto a los nuevos tiempos y de nuevo volvieron a tener presente la obligación de recuperar un equilibrio social, mediante la aplicación de justicia. El problema fue que el poder absoluto que habían disfrutado hasta entonces se esfumó con la llegada de nuevas oligarquías urbanas con gran poder político y enriquecidas por el comercio. La presencia de estos grupos en las asambleas equilibró, en gran medida, el poder del rey.

Las dos ciudades que primero y mejor supieron adaptarse a la nueva situación fueron Biblos y Sidón, que rápidamente se hicieron con el dominio del comercio y con el control político de todo el territorio fenicio (1150-900 a. C.). Mientras que, por una parte, se rompió con las viejas tradiciones como las antiguas instituciones palatinas, que organizaban todo el comercio, por otra, se mantuvieron vigentes las tradiciones comerciales de la Edad del Bronce. Las nuevas ciudades-Estado fenicias democratizaron el comercio rompiendo con las actividades mercantiles «entre iguales», es decir, entre príncipes, que habían regido el comercio hasta la crisis del fin del milenio. Ese régimen comercial de

dones y contradones ha sido interpretado como un indicador de relaciones mercantiles arcaicas, en las que las clases dirigentes intercambiaban regalos, por lo que ese modelo comercial tan sólo dependía de la riqueza y de la posición social de los que lo llevaban a cabo. Este comercio eminentemente aristocrático fue sustituido por otro sistema que las ciudades fenicias rápidamente supieron adoptar.

Como se verá más adelante, la ciudad-Estado, este nuevo ámbito urbano, facilitó la privatización del comercio y el desarrollo de un sistema de mercado cuyo principal interés estaba en la obtención del mayor número de beneficios para una nueva clase urbana: la burguesía mercantil de carácter oligárquico.

Algunos documentos literarios de esta época hacen alusión a la situación por la que pasaban las ciudades fenicias; pese a que la situación exterior atravesaba momentos complicados y aunque la historiografía más tradicional veía a Fenicia en este período en plena lucha por su independencia, la realidad que se refleja en fuentes como el texto conocido como el «Viaje de Wen Amón» (ha. 1076 a. C.) o las inscripciones reales del monarca asirio Tiglatpileser I (1114-1076 a. C.) nos aportan datos sobre el creciente desarrollo económico de las ciudades-Estado de la costa fenicia y sobre la independencia de las mismas. En el primer documento, una recreación literaria del viaje de un sacerdote egipcio de Amón que fue enviado a Fenicia para buscar madera sagrada de cedro para la construcción de la barca del dios, se aprecian numerosas alusiones a la espléndida situación económica de la ciudad de Biblos. El sacerdote alcanzó la ciudad una vez visitado Tiro, y mantuvo una dura negociación con el rey Sabarkaal, quien, tras puntualizar sobre la situación de independencia de su reino, finalmente accedió a entregar la madera necesaria pero a cambio de otros objetos. De este dato se desprende que la posición del rey fenicio, respecto a los grandes sacerdotes egipcios, es de igualdad: el rey reclama un «contradón» a cambio de ceder un «don», la tan apreciada madera. En lo que concierne al

segundo texto, el monarca asirio relata su viaje por Fenicia, en el que cortó cedros, cobró impuestos a algunas ciudades y paseó en barco. También se hace alusión a algunos regalos que se le hicieron al monarca durante su estancia. Es evidente que no se trató de una invasión militar, sino de una expedición con carácter comercial del gran monarca asirio. Durante la estancia, Tiglatpileser I fue agasajado por los reyes fenicios, los cuales no tuvieron ningún problema a la hora de pagar tributos, ya que la situación económica de sus reinos era bastante desahogada.

Las instituciones políticas y sociales: el palacio y el templo

Los edificios más importantes de la ciudad, los dos que llevaron el peso de la dirección política y económica, fueron, sin duda alguna, el palacio y el templo. Ambas estructuras, además, estuvieron interrelacionadas en las ciudades fenicias, debido al origen divino de los monarcas y a la legitimidad divina que era obligatoria para cualquier clase de poder político. El binomio que ambas instituciones conformaron al frente de la sociedad fenicia no supuso, en modo alguno, ninguna novedad, ya que desde antaño este sistema de organización de la sociedad en el Próximo Oriente era bastante habitual. Desde el segundo milenio a. C., las actividades mercantiles estaban supeditadas a la autoridad estatal, refrendadas por la legislación y garantizadas por un amplio conjunto de acuerdos y pactos comerciales de carácter internacional. El papel del templo como legitimador y sancionador de los intercambios era clave. Desde los primeros momentos, el rey-sacerdote al estilo oriental organizaba el comercio, que, básicamente, quedaba reducido a intercambios locales. Más adelante el rey-sacerdote, desde el palacio (a la vez centro político y religioso), se ocupó del cobro y del reparto de los excedentes de la producción.

Más adelante, ya avanzado el segundo milenio a. C., los poderes sagrado y político se fueron separando, aunque la monarquía mantuvo siempre su carácter

sagrado y jugó como una baza política y económica, más su papel de sumo sacerdote. Desde la formación de las ciudades-Estado fenicias, el tradicional Estado palatino, con el palacio como centro redistribuidor y en estrecha unión con el templo, fue sucedido por un nuevo concepto de comercio y de política mercantil. Los antiguos monarcas, pertenecientes a dinastías que habían sido legitimadas por la divinidad, se transformaron paulatinamente en grandes mercaderes, los cuales financiaban exploraciones, mantenían grandes flotas y emprendían aventurados negocios a gran escala en busca de beneficios y prestigio.

En este nuevo sistema, el templo jugó una importante baza, al transformarse en algo similar a una entidad financiera, que, además, aprovechaba su carácter sagrado, legitimador y sancionador de las transacciones. Con tales dones, el templo se enriqueció y alcanzó un papel destacado dentro de la política mercantil. No podemos olvidar, una vez llegados a este punto, cómo la fundación de templos en honor a divinidades nacionales en las colonias fenicias se convirtió en un acto bastante habitual. Recordemos, por ejemplo, el papel que jugó el templo de Melkart de Gadir en el ámbito de las transacciones comerciales en las costas de Occidente. Además, la fundación de estos nuevos espacios sagrados trasladó desde Oriente a sacerdotes que no sólo se dedicaron a las labores de «evangelización» o a realizar los actos religiosos en el templo, sino que tomaron parte activa dentro de la empresa comercial fenicia, siendo unos mercaderes más, aunque con «bula divina», lo que les ahorraba el pago de impuestos.

Palacio y templo impulsaron, pues, la colonización apoyándose en gran medida en el culto al dios Melkart. Ésta era la principal divinidad nacional de Tiro, protectora del comercio y de la navegación, además de señor y patrono de la ciudad (*Melek-Kart* = señor de la ciudad). Los templos garantizaban la limpieza de las transacciones comerciales efectuadas bajo la tutela del dios. De esta

manera cumplían, como ya se ha comentado, una doble función religiosa y económica. Al mismo tiempo que el templo se vinculaba al comercio, el palacio, donde habitaba la realeza y desde donde se dirigía políticamente la ciudad-Estado, también se vinculó al comercio de la mano del culto al dios Melkart. Esta divinidad era una especie de antepasado de los monarcas tirios y, como tal, era un intermediario entre el rey y la comunidad. Se trataba de un dios «urbano» de gran aceptación por los ciudadanos. Los monarcas participaron en los cultos públicos del dios, en el ritual de la *egersis,* asegurando la fertilidad y la continuidad del ciclo vital. Además, muchos miembros de la familia real adoptaron muy pronto el papel de sacerdotes del dios, acercándose también a la nueva vía económica abierta entorno a la divinidad y al comercio de Occidente.

El culto a Melkart adquirió una gran importancia en Occidente. Muchos testimonios de este culto han sido detectados en diversos asentamientos fenicios. Melkart es el símbolo de la ciudad, como hemos visto antes. El propio nombre del dios indica su estrecha vinculación con la ciudad y con todo lo relacionado con las fundaciones de nuevos centros poblacionales; *Mel* (señor) y *Kart* (ciudad) nos proporcionan un nombre que se traduce como «el señor de la ciudad». Recordemos que el prefijo semita *kart,* aparece siempre unido a las denominaciones de las ciudades, así, como ejemplo más ilustre, tendremos la *Ciudad Nueva* o *Kart-Hadasht* (Cartago). También existen otros ejemplos de la existencia y pervivencia del prefijo semítico en otras ciudades de origen feniciopúnico como Cartennae (hoy Ténès, en Argelia), Carmo (Carmona, Sevilla), Cartago Nova (Cartagena, Murcia) o Carteia (junto a San Roque, Cádiz).

Se sabe, a través de los datos extraídos de las fuentes arqueológicas, que en muchas de las fundaciones de origen comercial fenicio existía un templo dedicado a la divinidad nacional tiria. Este símbolo de la identidad ciudadana fenicia y, a la vez, del control estatal de las nuevas fundaciones está muy bien documentado en Gadir (Cádiz), en Abdera (Adra, Almería) y en Lixus

(Marruecos). En los casos peninsulares, además de las múltiples referencias textuales sobre los templos, existieron acuñaciones de monedas con la representación del templo de Melkart en el anverso. Con todos los datos que acabamos de comentar, no nos queda ninguna duda del papel de la religión en el campo económico y comercial, sobre todo a la hora de poner en marcha los nuevos proyectos en territorios lejanos y abrir los nuevos circuitos.

La rentabilidad manifiesta de las colonias occidentales supuso la total inversión económica de los príncipes fenicios en el comercio de ultramar. Los principales beneficiados fueron, como es evidente, los palacios y los templos, si bien la empresa comercial se fue poco a poco democratizando y muchos mercaderes emprendieron también este tipo de negocios. Estos pioneros del comercio constituyeron, al asentarse en las colonias, una nueva clase social, algo así como una «burguesía criolla», si se me permite la expresión. Las enormes rentas que producían las colonias provocaron que éstas se fueran transformando en establecimientos permanentes dejando atrás unas estructuras urbanas de escasa entidad —escalas o factorías— para irse transformando en asentamientos de carácter urbano que adoptaron las nuevas técnicas y tipologías arquitectónicas orientales, que eran empleadas por primera vez en Occidente.

Todos estos argumentos que acabamos de ver, en cuanto a la dualidad palacio/templo, en las ciudades fenicias se reflejaron en las colonias, donde algunos mercaderes de origen principesco o algunos de esos burgueses enriquecidos se hicieron con el poder político y religioso a la vez. La escala social de estos nuevos centros de abastecimiento de materias primas repitió, como veremos algo más adelante, el esquema de las metrópolis, las ciudades de Fenicia.

Desde las dos instituciones principales se organizó toda la sociedad, aunque el volumen de datos económicos y mercantiles que manejamos es muy superior al de datos sociales o políticos. No debemos olvidar que la organización política no

revistió demasiadas complicaciones, ya que las ciudades eran a la vez los centros administrativos de unos territorios unitarios y de escaso tamaño que, como se ha visto, funcionaban como reinos autónomos.

La administración de política estaba en las manos de los sufetas o jueces, que debieron ser bastante similares a los existentes siglos después en Cartago, bastante mejor conocidos, ya que se mantuvieron, en algunas ciudades, hasta después de la conquista romana, por lo que han llegado numerosos textos hasta nosotros que los mencionan. En el caso de los sufetas cartagineses, éstos tenían tanto poder en sus manos que podían juzgar y condenar a poderosos caudillos militares, tal y como sucedió con Aníbal, el más célebre de los generales de Cartago. Desde el mundo cananeo se mantuvo la figura del gobernador y la de un comandante militar que ejecutaba las órdenes del monarca. La nobleza (muy próxima al entorno familiar del rey) conformaba un consejo de ancianos que se ocupaba de tomar las decisiones cuando el rey estaba ausente. Dentro de este consejo de ancianos fue creciendo paulatinamente el grupo de la burguesía urbana y comercial, adquiriendo cada vez más poder ejecutivo. Parece que en las últimas décadas de la ocupación helenística de la ciudad de Tiro existió una asamblea de notables conocida como los «ciento uno» que se hizo con el poder, eliminando totalmente a la realeza.

Del Derecho civil en las ciudades fenicias, por el contrario, se tienen escasos datos. Se tiene conocimiento a través de algunas inscripciones de que se podía liberar a esclavos por el testamento. Esto difiere del caso cartaginés, ya que en Fenicia no hubo grandes propietarios latifundistas como en Cartago. El caso púnico es bien conocido, sobre todo desde el tratado de agronomía de Magón, en el que, además de las referencias a los tipos de cultivo y a los pasos a llevar en las labores de campo, también se hacen referencias a cómo se ha de organizar la producción agrícola desde los señoríos y cuál ha de ser el papel de los grandes propietarios de tierras en la sociedad. Este texto, realizado por un noble

cartaginés, fue recogido por los más célebres agrónomos latinos, Columela y Varrón, que definieron a Magón como el padre de la ciencia agronómica.

Las instituciones políticas en el ámbito de las colonias tampoco son bien conocidas. Algunos investigadores, desde el análisis pormenorizado de los restos arqueológicos exhumados y, fundamentalmente, desde los ajuares de las tumbas de algunas necrópolis fenicias, han visto una estructura jerarquizada en los diferentes asentamientos comerciales, con funciones especializadas y con interdependencia económica a la vez que dependencia política. Sobre la organización del comercio y su jerarquización en el mundo de las colonias también se han formulado varios postulados que pasaremos a comentar más adelante.

La política internacional de las ciudades fenicias se conoce gracias a los tratados firmados entre los gobernantes de los territorios vecinos y los reyes de las ciudades fenicias. De todos los tratados destaca, por el completo volumen de datos, el pacto del rey Baal de Tiro con Asahardón, en el año 675 a. C. Se trata de un documento clave para conocer la falta de autoridad de los monarcas fenicios ante los asirios. Otros datos relativos a cuestiones políticas internas han sido extraídos de documentos en los que aparecían las tarifas de los sacrificios.

Los textos clásicos griegos y latinos han permitido, asimismo, un mejor conocimiento de las instituciones políticas fenicias. Fue fundamentalmente Aristóteles quien se ocupó de comentar los aspectos políticos y jurídicos de las ciudades-Estado fenicias. Aun así hemos de decir que el texto del filósofo de Tracia (*Política,* II, 8) hace alusión a la ciudad de Cartago, aunque bien puede aplicarse al conjunto de las ciudades fenicias. A lo largo del documento, Aristóteles alaba la constitución de la ciudad, que es equiparable a la espartana en muchos puntos, como en la aceptación absoluta de la carta por parte de la población; las comidas públicas; la existencia de la magistratura de los «Ciento Cuatro», que se correspondería con los éforos; la existencia de una *gerusía,* es

decir, un consejo de ancianos, y la figura del rey. También el maestro de Alejandro Magno y fundador del Liceo de Atenas critica otros puntos de la constitución de la ciudad de Cartago:

> «La referencia de algunas cuestiones y no de otras a la asamblea popular está en manos de los reyes; una vez lo han consultado con la asamblea de ancianos, en el caso de que estén unánimemente de acuerdo, estas cuestiones se consultan también con el resto del pueblo; y cuando los reyes presentan un asunto a la asamblea, el pueblo no debe simplemente estarse sentado y escuchar las decisiones que hayan sido tomadas por los gobernantes, sino que es el pueblo quien tiene la decisión soberana, y cualquiera que lo desee puede hablar en contra de las propuestas presentadas, derecho que no existe en las demás constituciones. La designación de la junta de los Cinco, que ejerce señoría sobre muchas y muy importantes cuestiones, por cooptación, y la designación de los Cien, confiada a estos mismos Cinco, los Cien de la más alta magistratura, igual que su conservación de la autoridad por más tiempo que los demás mandatarios [...] son aspectos oligárquicos de esta constitución: el hecho de que no reciban paga, de que no sean elegidos por suerte y otras disposiciones semejantes debe ser considerado como algo de cuño aristocrático, y así debe ser considerado el hecho de que los miembros de la junta de los Cinco actúen como jueces en todos los pleitos, en vez de ser los diferentes tribunales los que juzguen los diversos procesos [...]. También puede considerarse algo malo el que una misma persona ocupe varios cargos, cosa que en la ciudad de Cartago es considerada una distinción. La mejor regla de eficiencia es "un hombre, un negocio", y el legislador debe procurar que esto quede garantizado así, y no designar al mismo hombre para que toque la flauta y haga zapatos...».
>
> Aristóteles, *La Política,* Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

Del caso cartaginés, como se ha adelantado, contamos con más datos y puede servir como ejemplo, aunque conviene no olvidar el salto cronológico respecto a las ciudades fenicias. Para conocer la organización política cartaginesa es necesario tener en cuenta el pensamiento aristotélico relacionado expresamente con su idea de Estado y de ciudad (*polis*) como comunidad natural de desarrollo del ser humano. Como es bien conocido, la ciudad, para Aristóteles, tiene el extremo de toda suficiencia y es naturaleza, y como el hombre es un animal social, debe vivir en relación con los demás, en el marco de la ciudad. Para alcanzar el bienestar del hombre en ese marco, es necesario que esté organizado y que sea justo; la justicia, dice Aristóteles, es cosa de la ciudad, ya que es el orden de la comunidad civil y consiste en el discernimiento de lo que es y no es

justo (*Política,* I, 1252-1253). Tomando en consideración estas premisas, el filósofo se ocupó expresamente de algunos de los modelos organizativos más característicos del Mediterráneo, entre los que figuró la *polis* de Cartago, como paradigma urbano desarrollado. Aristóteles, demostrando su buen conocimiento de la idiosincrasia políticosocial de la capital púnica, la admitió, sin reparo alguno, en el marco de las sociedades urbanas mediterráneas de corte democrático.

Aristóteles describió en su *Política* (1273a; II, 11) la constitución de Cartago tras haber abordado el caso de Esparta y Creta. Gracias a la información que nos aporta el sabio filósofo griego conocemos que Cartago estaba gobernada por sufetas (a los que Aristóteles llama «reyes»), por un colegio de ancianos, un cuerpo denominado de los «Cientocuatro magistrados» y por la asamblea del pueblo. Dentro de todo el sistema organizativo existieron dos instituciones que, por encima del resto, habían adquirido una gran importancia: se trataba de las *hetairías* y las *pentarquías*. Las primeras de éstas eran unas asociaciones de oficios con un marcado carácter político, las cuales tenían la capacidad de deliberar en función de los temas que se hubiesen tratado en la asamblea. Por su parte, las *pentarquías* eran unos colegios de cinco miembros que elegían a los ciento cuatro magistrados.

Organigrama político de Cartago
(según la Política de Aristóteles)

*Sufetas (jueces)**
Colegio de Ancianos

Asamblea de los «Cientocuatro magistrados» - Pentarquías (cinco entre los magistrados)
Asamblea del pueblo - Hetairías (=sindicatos)

* Elegidos siempre dentro de una misma familia.

Existe una distinción en la concepción que Aristóteles tenía de la Constitución de Cartago; si en el libro II la alaba y admira, en el libro V se dirige a la misma en un tono mucho más crítico (*Política,* V, 7, 4: 1307a, 4). En algún caso se ha creído ver en esta distinción un mejor conocimiento por parte del filósofo del caso cartaginés, aunque en realidad no se sabe el orden exacto de los textos de Aristóteles, por lo que difícilmente se pueden comparar textos de cada uno de los distintos libros que conforman la obra «política». A lo largo del texto incluido en el libro II, Aristóteles introduce también una crítica a la conformación de la sociedad cartaginesa y señala la acusada falta de equilibrio entre los distintos estamentos. Además, menciona que la clase que compone los sufetas es elegida siempre dentro de una misma familia, casi como si se tratase de una especie de monarquía hereditaria.

Los principales defectos de la democracia cartaginesa son comunes a los que tiene el resto de constituciones mediterráneas analizadas por Aristóteles: uno de ellos es la posibilidad de que los ciudadanos puedan intervenir en la asamblea siempre que lo deseen y no sólo cuando los asuntos que han planteado los sufetas están en desacuerdo con la opinión de los ancianos. El otro, mucho más grave, es la aparición de una oligarquía conformada por personas enriquecidas por encima de una aristocracia organizada en función de los méritos personales. Esto sucedía porque los *Cientocuatro* magistrados supremos conformaban una institución completamente pervertida, según el filósofo; los magistrados eran elegidos por las pentarquías cuyos miembros ejercían la función mucho más tiempo que cualquier otro de los magistrados, disfrutando, por lo tanto, de un gran poder, prácticamente oligárquico.

Aristóteles critica fuertemente que el sistema se basara en el poderío económico más que en la virtud de los magistrados. De esta forma se sucedía un proceso de compra-venta de dignidades que provocaba enormes diferencias

sociales. Pese a ello, el Senado trataba de paliar estas diferencias porque veía en la igualdad las claves de un normal desarrollo de la ciudad y sus territorios; por ello, para fomentar la existencia de un sistema mixto de oligarcas enriquecidos y aristócratas, favorecía el enriquecimiento de los ciudadanos enviándolos, unos tras otros, a las colonias mediterráneas. Dentro de este proceso se pueden entender los habituales trasvases de población entre el norte de África y, por ejemplo, la Península Ibérica, culpables incluso, para algunos investigadores, de la fundación y crecimiento de algunas ciudades como la propia *Carteia*. Aristóteles también alabó la constitución en aquello relacionado con la representatividad de todos los grupos sociales (salvo los esclavos) en el gobierno de la *Megalópolis*. Este dato parece que se confirma, tal y como veremos algo más adelante, al estudiar algunas de las necrópolis.

> «... Los cartagineses están bien gobernados, de manera superior al resto; su constitución es bastante similar a la de los laconianos; en hecho, estos tres regímenes, el de los laconianos, los cretenses y los cartagineses son bastante cercanos entre sí y bien distintos a otros. Muchas instituciones en Cartago son buenas, este es el signo de una constitución bien establecida que con el elemento popular que tiene, Cartago está protegida y no ha tenido, hasta la fecha, ni tirano ni sedición alguna [...] Hace falta tener riqueza además de méritos para ostentar cargos; un ciudadano indigente no puede ser buen magistrado. Una persona puede tener varias magistraturas, esto sucede en Cartago [...] Pese a este gobierno oligárquico, los cartagineses evitan el enriquecimiento de los ciudadanos; periódicamente trasladan la población y, gracias a este remedio, aseguran la estabilidad de su constitución...».
>
> Aristóteles, *Política,* II, 11, 1272b.

En una similar línea el gran geógrafo Eratóstenes, siguiendo a Aristóteles, consideraba que no había que incluir a los cartagineses entre los pueblos bárbaros precisamente porque gozaban de unas instituciones políticas dignas de admiración.

Es evidente que la constitución comentada por Aristóteles pertenece a una cronología más reciente y que, pese a que podemos extraer valiosos datos del texto, debemos tener en cuenta que se trata de un documento político muy

evolucionado con respecto a los que se debieron manejar en las ciudades fenicias orientales.

La existencia de la monarquía hereditaria en Fenicia significó una natural continuación de la tradición oriental. La escasez de documentación histórica que dejaron los monarcas de las ciudades fenicias se ve paliada, en cambio, por la abundancia de inscripciones religiosas. Existen fuentes que citan los nombres de los monarcas y los cargos del gobierno, aunque faltan las atribuciones. Otras fuentes extranjeras, como las egipcias o las asirias, tampoco se detienen en explicar las funciones de cada una de las instituciones políticas fenicias.

Los monarcas fenicios estaban legitimados por los dioses, al más puro estilo de las monarquías orientales históricas. La figura del rey, un *semidios,* se elevaba sobre el resto de la población al igual que venía sucediendo en los territorios próximo-orientales, desde el tercer milenio a. C. El rey era justo, infalible y siempre actuaba desde la virtud que los dioses le habían concedido para tomar decisiones. Él tenía la potestad de construir y restaurar templos y palacios, y podía delegar en su esposa numerosos poderes. La figura de la reina no queda, pues, atrás en importancia, podía regir el Estado y compartir las funciones de sumo sacerdote junto con su marido. En los tiempos remotos, el rey tenía un poder y un control absoluto, que se fue diluyendo en función de la aparición de grandes y poderosos comerciantes que paulatinamente se fueron independizando del poder real para poner en marcha sus políticas comerciales de carácter privado. Los monarcas fenicios, hasta el siglo IX a. C., controlaban la totalidad de la economía del país. Además, la evolución fue conjunta en todas las ciudades costeras de Fenicia. El proceso de individualismo y descentralización del comercio se manifestó de una forma idéntica y progresiva en las principales ciudades fenicias. Un texto bíblico nos proporciona un detallado análisis de la figura del rey; cuando Samuel se dirigió a los ciudadanos de Israel que pedían un monarca como el que tenían sus vecinos:

«Cuando Samuel fue anciano, designó a sus hijos como jueces de Israel [...]

Pero sus hijos no siguieron su camino, sino que se inclinaron por la venalidad, aceptando regalos y torciendo la justicia [...]

Reuniéronse todos los ancianos de Israel y vinieron a Samuel, a Rama, y dijéronle: ten en cuenta que tú ya estás viejo y tus hijos no marchan por tus vías. Ahora bien, desígnanos un rey para que nos gobierne, como hacen todos los pueblos [...]

Refirió, pues, Samuel todas las palabras de Yahveh al pueblo que le había reclamado un rey y dijo: "Este será el derecho del monarca que reinará sobre vosotros: tomará a vuestros hijos y los empleará en su carroza y sus caballos; correrán, pues, delante de su carroza. Les nombrará a su servicio jefes de mil y jefes de cincuenta, usándolos también para la labranza, segar sus mieses y fabricar armas de guerra y el atalaje de sus carros guerreros. Tomará a vuestras hijas como perfumistas, cocineras y panaderas. Y se apoderará de vuestros campos, vuestros viñedos y vuestros olivares mejores, y los dará a sus servidores. Exigirá, además, el diezmo de vuestras sementeras y vuestros viñedos y los dará a sus eunucos y a sus servidores. Cogerá a los mejores de vuestros esclavos, de vuestras siervas y de vuestras jóvenes, así como vuestros asnos, y los empleará para sus trabajos. Percibirá el diezmo de vuestro ganado mejor, y vosotros mismos vendréis a ser sus siervos..."».

I Samuel, VIII, 11-1.

El texto es conciso y, desde luego, clarificador; la descripción que realiza Samuel de la figura del monarca es cristalina; además, bien puede valer para cualquiera de los monarcas de las ciudades fenicias próximas al territorio de Israel y es por esta razón por lo que lo hemos traído a colación.

Junto a la figura de este monarca totalitario y posesivo aparecieron otros altos dignatarios, que ya hemos tenido ocasión de citar, que funcionaron como gobernadores y jefes militares. Las asambleas populares que pudieron aparecer tuvieron, sin duda, un campo de actuación muy reducido. De todas formas, los esquemas organizativos de la vida política de cada una de las ciudades fueron similares y las diferencias, desde los escasos datos que se manejan actualmente, son casi inapreciables.

Como se ha visto, las ciudades mantuvieron un funcionamiento independiente salvo en los momentos de hegemonía de unos territorios sobre otros (primero Biblos, luego Sidón y Tiro). Las únicas muestras de unión política de las diferentes ciudades-Estado fenicias se organizaron en una época tardía,

durante la ocupación persa de los territorios, cuando en la ciudad de Trípoli se estableció un gran consejo federal en el que participaron las principales ciudades de Fenicia, enviando representantes. El problema de esta institución fue que se manifestó más como un sistema de control político por parte del invasor que una asamblea en la que las ciudades fenicias expusiesen sus cuestiones particulares y generales con total libertad. Al mantener reuniones temporales con los representantes de las ciudades, los asirios se aseguraban un control total desde el punto de vista político-social. Desde luego, parece que las ciudades fenicias no supieron unirse y funcionar como una sociedad homogénea ni siquiera en los momentos difíciles.

La estratificación social

No son demasiados los datos que conocemos sobre la organización de la sociedad fenicia. Pese a los problemas que se plantean vamos a tratar de afrontar estas carencias textuales partiendo del papel que jugó la ciudad-Estado como marco en el que se desarrollaron las relaciones humanas. Muchos de los datos sobre los que vamos a construir nuestra exposición vienen determinados por un amplio volumen de hipótesis que se han ido formulando a lo largo del pasado siglo XX, como consecuencia de las intervenciones arqueológicas en los yacimientos fenicios de Occidente. Un hecho primordial es que muchas de estas intervenciones se han efectuado sobre las necrópolis, es decir, el tipo de yacimiento más llamativo y que más bondad ofrece en cuanto a los materiales. La intervención casi sistemática en el área funeraria ha proporcionado, además de hermosos objetos para colecciones y museos, numerosos datos de gran valor desde el punto de vista social. Los estudios sobre los cementerios fenicios del Mediterráneo Occidental, en particular, han completado en gran medida los conocimientos sobre la sociedad fenicia en general.

Como veremos a lo largo de esta obra, han sido muchas las ocasiones en las

que las referencias extraídas a partir de los yacimientos occidentales han sido aprovechadas para cubrir enormes lagunas en cuanto al conocimiento del mundo fenicio originario. Desde luego, pese a no existir un camino seguro al éxito, es absolutamente lícito cotejar datos de uno y otro lugar sin olvidar nunca que nos movemos en el campo de la hipótesis; un punto de partida de un trabajo metodológicamente riguroso, objetivo y, a mi parecer, correcto.

Por otra parte, algunas de estas excavaciones se han realizado en el último cuarto del siglo XX, lo que implica que se han visto inmersas, casi por obligación, en las nuevas corrientes del pensamiento y metodología arqueológicos que se conocen como «Nueva Arqueología». Estas tendencias y nuevos postulados han proporcionado a la ciencia arqueológica una visión más amplia, han mejorado el método y sobre todo han dejado atrás viejos conceptos en los que la figura del arqueólogo, eminente estudioso de carácter individualista, celoso de sus descubrimientos y auténtico «ratón de biblioteca», ha desaparecido para abrir esta ciencia histórica al trabajo multidisciplinar, siempre desde tareas que se organizaban en equipo. De esos trabajos en equipo, en los que han participado arqueólogos, biólogos y antropólogos, químicos y médicos, geólogos e informáticos entre otros muchos, nos hemos beneficiado todos. Es por esto que se han planteado nuevos fundamentos de lo que se ha llamado «Arqueología Social» y de esas nuevas formulaciones teóricas bebemos muchos de los arqueólogos e historiadores que centramos nuestros estudios en el mundo fenicio y púnico.

Las aportaciones de los métodos estadísticos también han supuesto una auténtica revolución en el campo de la arqueología social. Para el mundo fenicio y púnico, por ejemplo, se han realizado nuevas interpretaciones a partir de datos estrictamente cuantitativos. Un ejemplo lo tenemos en la democratización y el igualitarismo social en el área de Cartago desde el siglo IV a. C., que se ha detectado a partir de los análisis demográficos realizados en las necrópolis y una

vez puestos en relación con la población estimada en las ciudades en las mismas fechas. Un caso peculiar y llamativo es el de la ciudad de Kerkouane (Cabo Bon, Túnez) donde la totalidad de la población que se estima que habitaba en el área urbana tiene reflejo en el número de individuos enterrados en los panteones familiares excavados en la roca de las necrópolis del entorno de la ciudad (Arg el Ghazzouani o Jebel Mlezza). Teniendo en cuenta el «logro social» que supone para los ciudadanos en la Antigüedad tener derecho a una sepultura, además, dada la riqueza constructiva de las tumbas de Kerkouane, queda patente un igualitarismo social y una especie de «democratización de la muerte», por así decirlo. Además, en el caso de las necrópolis del Cabo Bon, se ha podido determinar, en muchos casos, la profesión del cabeza de familia o de algunos individuos enterrados mediante el análisis detallado de los ajuares o gracias a los epitafios conservados en los accesos a los hipogeos funerarios. Estas profesiones se alejan, desde luego en muchos casos, de la idea de príncipes o altos dignatarios políticos o religiosos que tenemos, por ejemplo, para los individuos inhumados en los hipogeos funerarios fenicio-púnicos de la Península Ibérica.

También resulta curioso que en los mencionados epitafios que aparecen grabados en las paredes de las tumbas, justo al lado del vano de acceso, aparecen nombres de procedencia itálica o griega, los cuales pertenecen a extranjeros que compartieron panteón con otros individuos norteafricanos. Aquí también se ha querido ver una más que probable tolerancia y una capacidad de permitir el mestizaje de la sociedad. Esta cuestión no se puede hacer extensible a las necrópolis fenicias arcaicas de la Península Ibérica, en las que jamás se detectan elementos indígenas mezclados entre los importados de procedencia fenicia. Además, se mantiene el criterio teóricointerpretativo por el cual los arqueólogos, a la hora de analizar las tumbas, determinarán su pertenencia a una familia fenicia si en el ajuar correspondiente no aparece ningún objeto de procedencia

indígena y sólo se compone de materiales fenicios (importados o de manufactura local).

Por el contrario, toda aquella sepultura en la que se mezclen elementos indígenas (cerámicas realizadas a mano, por ejemplo) con elementos orientales importados se interpretará como perteneciente a un individuo indígena. La explicación radica en que la presencia de elementos importados denotan prestigio social y, fundamentalmente, diferenciación social y cultural. Precisamente, la no aparición de objetos de procedencia tartésica en las tumbas fenicias de la Península Ibérica indica un alto grado de interés colonial en mantener la diferencia y, de esa manera, determinar de una forma categórica su supremacía tecnológica y artesanal. También, como es lógico, debemos pensar que el pueblo fenicio es uno de los más conservadores en cuanto a las tradiciones y a las formas artísticas en general. Desde el punto de vista artístico, se trata de una sociedad con gustos bastante rígidos que perduran varios siglos. Tal es el caso de la utilización de recipientes de alabastro decorados con epígrafes egipcios (cartuchos con nombres de faraones) fechados hacia el siglo XI-X a. C. y que aparecen formando parte del ajuar funerario de tumbas fenicias cuya cronología oscila entre finales del VII y principios del VI a. C. (por ejemplo, la urna hallada en la tumba 17 de la necrópolis Laurita, en Almuñécar, Granada).

Es evidente que mediante el análisis estadístico en las necrópolis se ha podido determinar que el concepto ideológico de muerte no era el mismo en las dos orillas del Mediterráneo. En el caso peninsular, los hipogeos son minoritarios y, dada la riqueza de los ajuares, es lógico pensar que los restos humanos pertenecen a las clases elevadas, bien principescas, bien dirigentes de la empresa comercial. Parece que, en ámbitos geográficos apartados del área nuclear cartaginesa, las tumbas de cámara fueran empleadas exclusivamente para enterrar a príncipes o miembros de las clases sociales enriquecidas, pertenecientes a las familias de ricos comerciantes que dirigían las empresas

comerciales.

Los planteamientos que aluden a la organización de la sociedad fenicia parten de los análisis de las necrópolis —como ya hemos visto— y de algunas estructuras aparecidas en las excavaciones de las ciudades y poblados que han dejado entrever síntomas de una organización del trabajo y especializaciones laborales en algún caso. Como se puede ver, los datos que manejamos han llegado hasta nosotros a través de fuentes arqueológicas ya que, como ya hemos adelantado, apenas contamos con inscripciones u otro tipo de fuentes textuales referentes a este tema. A partir de los datos extraídos de excavaciones, planteamos un modelo interpretativo y teórico sobre la sociedad fenicia oriental meramente hipotético, que no se puede completar con referencias literarias y que, en cambio, sí podemos ampliar una vez apoyado en los datos obtenidos en los yacimientos occidentales.

En la sociedad fenicia occidental se aprecian claramente las diferencias sociales. Todo parece indicar que los grupos de población que arriban a nuestras costas eran diversos, siendo mayoritarios los colonos agricultores, artesanos y marineros. Se detecta la presencia (a partir de las tumbas «principescas» y de algunos modelos habitacionales complejos) de grupos minoritarios de población, miembros de las clases enriquecidas (comerciantes fundamentalmente). Estos grupos sociales minoritarios parece ser que ocuparon unos modelos de vivienda tal y como aparecen en el yacimiento de Chorreras (Algarrobo, Málaga) donde se aplicó un modelo arquitectónico con unas viviendas escalonadas enfrente del mar, dispuestas de manera que no se quitaban la luz solar unas a otras. También en el yacimiento de Toscanos (Málaga), junto a la desembocadura del río Vélez, se documentó un gran edificio (llamado almacén «C» por sus excavadores, miembros del Instituto Arqueológico Alemán) con planta tripartita, muy similar a otros muchos aparecidos en yacimientos fenicios (por ejemplo en Mozia, Sicilia).

Este modelo constructivo parece tener su origen en los almacenes de la zona sirio-palestina, los cuales, ubicados junto a los accesos de las ciudades, presentaban plantas de tres naves con la central más ancha (a veces empedrada, para introducir carros y cargarlos de mercancías). Desde luego, este modelo parece que alude más a un centro de mercado regido por una autoridad política o religiosa que a un simple almacén. La presencia de materiales diversos entre los restos exhumados de estos almacenes determina su complejidad. No se trata de un simple almacén repleto de ánforas de transporte, ya que se constata la presencia de figurillas de tipo votivo, adornos y otros objetos de lujo. A veces en el interior de estos almacenes aparecen pequeños talleres metalúrgicos, textiles o de coroplastia. Estos mismos indicios se pueden apreciar en algunos templos y santuarios urbanos, tanto fenicios (Monte Sirai, Cerdeña), como púnicos (Kerkouane, Túnez) o ibéricos (La Qúejola, Albacete; El Oral, Alicante).

Estas razones nos hacen pensar que no estamos ante simples almacenes industriales y sí, por el contrario, ante unos centros de mercado regidos por la autoridad (política y/o sagrada, con funcionarios o sacerdotes) con ciertas reminiscencias de los modelos palaciales orientales, los cuales presentaban siempre almacenes (muchos de ellos de planta tripartita, como en Tell Hazor, Israel) dedicados a la captación, almacenamiento y repartición de excedentes, controlando un comercio siempre bajo la sanción del rey-sacerdote, figura legitimadora de cualquier transacción.

La aparición, pues, de este modelo constructivo sumado a las viviendas con plantas complejas nos indican la presencia de estos grupos sociales minoritarios en número, pero, desde luego, mayoritarios en lo que concierne al poder, pues son los que dirigen la empresa comercial. Las tumbas llamadas «principescas» pertenecieron, sin duda, a estos grupos sociales.

También se documentan estructuras arquitectónicas y sepulturas mucho más modestas, que parecen indicar la presencia de un elevado grupo poblacional de

artesanos, militares y agricultores fenicios. Las tumbas son simples hoyos excavados en los que se deposita la urna con los restos de la cremación. Las estructuras domésticas presentan plantas cuadrangulares de pequeño tamaño, realizadas con zócalos de mampostería y alzados de adobes o tapial. El yacimiento de Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga) ha permitido observar este tipo de viviendas pequeñas, relacionadas con pequeños talleres metalúrgicos.

También la aparición en las ciudades excavadas de pequeños sectores o barriadas dedicadas exclusivamente a algunas labores industriales nos indica una especialización y división en los trabajos. Aparecen barriadas dedicadas a la metalurgia, otras con lagares y almacenes de ánforas de vino, talleres cerámicos, etc. Así, parece que estamos ante una sociedad compleja y organizada en diferentes gremios (si se me permite el símil medieval).

Evidentemente, en esta sociedad la presencia de indígenas sería de vital importancia. Pese a los datos que se manejan, hemos de pensar en una sociedad fenicia en la que resultaría llamativa, a primera vista, la diferencia entre hombres libres y esclavos, al igual que en el resto de sociedades del pasado. Se conoce algún dato disperso sobre los esclavos, ya que existen textos en los que se menciona que gozaban de algún estatuto jurídico, pues podían contraer matrimonio, que les era reconocido por la ley.

El grupo social mayoritario, los hombres libres, se encontraría estrictamente jerarquizado, con diferentes categorías en función de la riqueza y de la actividad profesional. Dentro de los hombres libres existirían dos grupos antagónicos, por un lado, la aristocracia rural, que habitaría fuera de las ciudades, dirigiendo enormes explotaciones agrarias, y, por otro, la oligarquía comercial urbana, que tenía su base de actuaciones en las grandes ciudades portuarias. Este grupo urbano, probablemente, estuvo conformado en origen por miembros del funcionariado político y por sacerdotes, que se enriquecieron aprovechando las

ventajas que les suponían sus cargos para iniciar negocios por cuenta propia.

Resulta evidente que los sacerdotes pertenecientes a los templos de Melkart y Astarté, los cuales desempeñaron un destacado papel en las colonizaciones de los territorios de ultramar, partieron desde una posición avanzada en toda la empresa comercial. El enorme desarrollo que alcanzó la actividad comercial, que además se vio acompañada por una creciente demanda desde las colonias de productos manufacturados en las metrópolis, aumentó, aún más si cabe, las arcas de estos miembros de las oligarquías urbanas. A medida que estos grupos fueron ampliando su poder y su riqueza, fue disminuyendo el poder de la monarquía. La principal razón de esta pérdida de poder y riqueza estaba en la «democratización» del comercio, es decir, la pérdida del monopolio comercial original que estaba en manos de las dinastías gobernantes.

Con el aumento de la demanda de productos artesanales, amplios grupos de población rural se fueron trasladando a las grandes ciudades, con lo que muchas explotaciones agrarias quedaron abandonadas. No podemos afirmar que ésta fuera una de las causas claves de la apertura de la sociedad fenicia hacia el Mediterráneo; hemos de tener en cuenta numerosos factores que analizaremos en detalle más adelante, tales como el crecimiento demográfico, la búsqueda de materias primas y esclavos y la presión del imperio asirio que, en una actitud constantemente beligerante y amenazante, exigía el pago de ingentes cantidades de dinero a las ciudades-Estado fenicias.

El campesinado, que estaba compuesto fundamentalmente por pequeños propietarios de modestos terrenos, se encontraba bajo una amenaza constante por las incursiones de los grandes ejércitos extranjeros que acechaban desde las montañas. Al mismo tiempo, padecían las obligatorias prestaciones militares y, sobre todo, económicas que les hacían desprenderse de enormes porcentajes de su producción para pagar impuestos estatales al palacio y a los templos, aparte de los gravámenes constantes a los que se veían obligados al realizar cualquier

actividad mercantil (recordemos que las transacciones se hacían en zonas sagradas, junto a templos o santuarios que sancionaban y legalizaban los pactos).

Estos grupos de población rural fueron los que conformaron el grueso de los colonos que ocuparon los nuevos terrenos, emigrando hacia las columnas de Hércules, hasta los confines del Mediterráneo. La vocación marinera de los fenicios y el deseo de mejorar una situación insostenible provocó una salida masiva de colonos desde la antigua tierra de Canaán hacia nuevos lugares tales como Chipre, en un primer momento, y Cartago o la Península Ibérica, después.

4

Las ciudades fenicias: Biblos, Sidón y Tiro

«Y se me dirigió la palabra de Yahveh, diciendo: "Hijo del hombre, di al príncipe de Tiro: Así ha dicho Yahveh":

Por cuanto se ha enorgullecido tu corazón y has dicho: "Un dios soy, una residencia divina habito en medio del mar", cuando eres un hombre y no un dios, y has equiparado tu corazón al corazón de dios».

Ezequiel, 28, 1-2.

«Me jacto de haber nacido en Sidón, que abunda en bronce, y soy hija del opulento Aribante. Me robaron unos piratas tafios un día que volvía del campo y, habiéndome traído aquí, me vendieron al amo de esta morada, por un buen precio».

Homero, *Odisea,* XV, 423-426.

Biblos, Sidón y Tiro, las tres grandes metrópolis históricas fenicias. Las tres grandes ciudades que compitieron por la posición hegemónica de la costa levantina mediterránea. Veremos cómo a pesar de mantener una independencia estatal y política, todas las ciudades fenicias tuvieron un desarrollo similar y padecieron fluctuaciones demográficas y económicas parecidas, muy acusadas en algún caso. Todas ellas tuvieron momentos de auténtico esplendor cultural y económico y, al tiempo, profundas crisis e invasiones de sus territorios. La excelente ubicación geográfica de todas ellas, la riqueza natural y los navíos que fondeaban en sus puertos provocaron una mezcla de ira y envidia constante por parte de los estados vecinos, algunos de los cuales apenas tenían salida al

Mediterráneo. La incesante provocación, la incansable amenaza y el constante empuje de estos reinos trajo consigo, por un lado, la salida desde estas ciudades de colonos en busca de fortuna y, por otro, sucesivas convulsiones dinásticas en los palacios.

La agitada evolución histórica de estas ciudades-Estado provocó una sucesión constante de hegemonías. Si en un primer momento fue Biblos, la gran capital del norte, la que se situó a la cabeza, desde el siglo IX a. C. serían Sidón y Tiro los dos centros neurálgicos de Fenicia.

La hegemonía de Biblos

Biblos, ubicada como tantas ciudades fenicias en un promontorio muy próximo al mar, está delimitada al norte y al sur por dos pequeños cauces fluviales que, además de abastecer a la ciudad de agua, proporcionaban una barrera aprovechada desde época remota como defensa natural. La ciudad se encuentra a unos 40 kilómetros al norte de Beirut, la capital actual del Líbano. El entramado urbano se extendió sobre una plataforma calcárea que descendía en ligera pendiente hacia el mar. La ocupación sucesiva del entorno y la monumentalización que disfrutó la ciudad en época romana nos dificultan hoy, en gran medida, el conocimiento de la antigua urbe fenicia.

La antigua *Gubal* de los cananeos fue un centro cultural, económico y social de primera importancia a lo largo de varios milenios. Las leyendas y los mitos más arraigados en las culturas mediterráneas nos mencionan Biblos como la ciudad más antigua del mundo. En sus raíces míticas está la fundación de la misma por el gran dios semita identificado como Cronos (padre de Zeus, según la tradición griega). Esta urbe, que fue el gran mercado del papiro, dando nombre así a la Biblia, fue ya la ciudad más activa de toda la costa levantina mediterránea desde la Edad del Bronce Antiguo (3100-2200 a. C.).

Los primeros testimonios de la ocupación de Biblos se han fechado por

radiocarbono en el séptimo milenio a. C. Aparecen testimonios de mayor entidad datados en el período Calcolítico, ya que se tiene constancia de la ocupación del entorno costero de la ciudad desde el cuarto milenio a. C. La ocupación se caracteriza por la construcción de pequeños poblados en el entorno de la ensenada, con viviendas de reducido tamaño y planta circular. A escasos metros de la zona de hábitat, aparecen los cementerios, con los individuos depositados en contenedores cerámicos. Pese a que cronológicamente ubicamos esta fase en el Calcolítico, lo cierto es que se documenta una mayor utilización de la plata que del cobre.

Desde los primeros años de la Edad del Bronce se detecta, en todo el entorno de la ciudad, un tipo de asentamiento, que algunos autores han definido como «preurbano», dado el volumen creciente y constante de la erección de viviendas que poco a poco van invadiendo el espacio. Estas viviendas tienen ya un tipo de planta rectangular, siempre levantadas sobre zócalos de mampostería, sin apenas cimentación, y rematadas en alzado con adobes o tapial, técnicas constructivas típicas del área mediterránea desde el Neolítico. Las cubiertas de estas viviendas se realizaron con elementos vegetales, perecederos por lo tanto, de los que tan sólo han llegado hasta nosotros las improntas de los mismos sobre algunas piezas de barro caídas en el interior de las viviendas.

El crecimiento constante de la población y la aparición paulatina de ámbitos domésticos diseminados en toda la ensenada provocaron que, poco a poco, se fueran agrupando, conformando así el primer núcleo urbano. Uno de los detalles que nos confirma, además, la aparición de este asentamiento, ya como entidad urbana, es la construcción de una fuente y un santuario (en el lugar en que siglos después se levantó el templo de Baalat Gubal, la Gran Señora de Biblos). Este santuario se caracterizó por constar de un gran patio en el que fueron colocadas estatuas colosales que representaban tres divinidades y de las que han aparecido fragmentos en las excavaciones. Además, desde el 2800 a. C.,

Biblos se amuralló completándose así su configuración urbana.

Una de las bases de su crecimiento económico y de su esplendor cultural fue su excelente relación con Egipto, con quien mantuvo contactos comerciales constantes desde fases antiguas. Su magnífica posición geográfica y la presencia de infraestructuras, tales como la existencia de dos puertos, hicieron de la ciudad un punto intermedio entre las rutas comerciales que unían las grandes potencias del norte (imperio hitita) y el este (reinos mesopotámicos) con la gran potencia del sur (Egipto). Se tiene constancia, gracias a las fuentes, que Biblos era el principal puerto del Mediterráneo debido, precisamente, al amplio volumen de mercancías que a través de él se comercializaban.

Contamos con numerosos ejemplos que nos ilustran el enorme poder que alcanzaron los monarcas de la ciudad de Biblos, tanto en documentos contemporáneos, tales como los relieves conservados en templos egipcios, como por los restos arqueológicos que aún perviven visibles en la ciudad. Dichos restos dejan constancia de lo que debió de ser una poderosa monarquía, ya que aún es admirable la monumentalidad de templos y palacios, además de la enorme riqueza de los ajuares exhumados en las tumbas de los grandes aristócratas de la ciudad. Desde luego, el gran poderío económico de la ciudad de Biblos y el hecho de que se convirtiese en la primera flota del Mediterráneo, se deben mucho, o todo, al apoyo de los faraones egipcios, que promovieron el comercio con la costa fenicia de materias primas para la construcción, dada la escasez de madera en Egipto (donde abundaba la madera de palmera, que no era útil para la construcción).

A partir del año 2300 a. C. la ciudad de Biblos fue asolada por la invasión amorrea en varias ocasiones, iniciándose una fase de retroceso económico, demográfico y urbano. El núcleo poblacional fue ocupado por una dinastía *amorrita* que tomó los títulos de los antiguos reyes cananeos de Biblos y que continuó las relaciones comerciales con Egipto. Gran parte de las ciudades

cananeas quedaron destruidas tras este período de invasión, pero Biblos y Ugarit, los dos grandes centros costeros, resurgieron con gran fuerza.

Durante el período de ocupación *amorrita* de la ciudad, Biblos adoptó numerosos influjos culturales, religiosos y políticos de Egipto. Este trasvase cultural se aprecia bastante bien en las necrópolis reales, auténticas mastabas egipcias que incluían ajuares importados y sarcófagos para la deposición de los cadáveres. Desde este momento, la influencia egipcia en Fenicia se dejó sentir bastante y, dado el inmovilismo y el conservadurismo fenicio en lo que concierne a las formas artísticas, podemos afirmar que jamás se despegaron de ese estilo «egiptizante», tan propiamente fenicio. Los talleres artesanales de Biblos trabajaron incansablemente produciendo todo tipo de figuritas y exvotos, además de adornos personales y joyas que a menudo fueron exportadas.

Uno de los principales monumentos de la ciudad de Biblos y uno de los más conocidos es el llamado Templo de los Obeliscos, que se ubicó directamente sobre el templo del tercer milenio, dando claras muestras de una pervivencia de la sacralidad del espacio. El templo, dedicado a una divinidad masculina (muy probablemente Reshef), mantuvo el mismo esquema hasta época persa. La estructura tenía un acceso a un patio interior abierto en el que se habían depositado sucesivamente más de treinta estelas-betilo u obeliscos, algunas de las cuales conservan aún hoy visibles las inscripciones votivas. En la zona central del patio se acotó un espacio cuadrangular que hacía las veces del *temenos* griego (un espacio sagrado, delimitado por cuatro muros, a cielo abierto). En el centro de esta gran *cella* se colocó un gran betilo junto a dos elementos de culto, un contenedor de líquido y una mesa o altar para realizar sacrificios o colocar las ofrendas. El culto betílico, típicamente oriental, fue expandido por los fenicios a través de todo el Mediterráneo. El término deriva de la expresión Beit-El (la «casa de El», una divinidad solar). Una de las cuestiones más interesantes de este monumento es la enorme cantidad de exvotos (unos mil trescientos) y otros

objetos que a lo largo de los años fueron depositados como ofrendas (puñales de oro, estatuillas de bronce y oro, armas, etc.). Muchos de estos depósitos votivos aparecieron bajo las grandes losas que recubrieron el suelo del patio.

Durante la invasión hicsa (desde 1740 a. C.) que desde el norte de Mesopotamia alcanzó Egipto, algunas zonas de la ciudad de Biblos fueron arrasadas, pero esto no significó el inicio de un período de crisis, ya que se tiene constancia de la reforma y ampliación de la muralla de la ciudad, lo que se puede interpretar más como un método de protección de la riqueza de la ciudad frente a los enemigos externos que a un momento de declive.

Entre los siglos XVI y XII a. C., la ciudad de Biblos formó parte del imperio egipcio, aunque apenas se sabe nada de este momento de no ser por las fuentes y no hay restos materiales en la ciudad que se puedan identificar con esta época. En el 1200 a. C. Biblos fue destruida por los llamados «pueblos del mar» al igual que otras muchas ciudades de la costa sirio-palestina. A partir de ese período se inició en todo el mundo fenicio una etapa de declive que se ha venido conociendo como «época oscura». A pesar de esto, algunos núcleos urbanos pudieron reiniciar sus actividades mercantiles y recuperarse económicamente. Éste fue el caso de Biblos y también de Sidón, que aprovecharon el momento de retroceso para colocarse al frente de la escena política.

Biblos se erigió como el gran mercado de la madera y como el primer exportador de cedros a Egipto, recuperando de este modo las antiguas relaciones comerciales. A cambio de este material, la ciudad fenicia recibió ingentes cantidades de papiro egipcio que se ocupó de redistribuir, funcionando como intermediario y desempeñando un papel que tenía bien aprendido desde hacía siglos. El volumen del mercado del papiro adquirió tal desarrollo que se empezó a conocer a la ciudad con el término griego de «byblos», con el que se designaba el papiro. De esta forma fue perdiéndose el tradicional nombre cananeo de Gubal. Una de las referencias más válidas de este período lo

tenemos en el texto conocido como «viaje de Wen-Amón a Fenicia» (fechado hacia 1076 a. C.), que ya hemos tenido oportunidad de mencionar, en el que se narra el periplo de un enviado egipcio (un sacerdote de Amón) de la XXI Dinastía a la Corte de Biblos para adquirir madera sagrada de cedro para construir una barca para el dios Amón. Éste no es un texto histórico, sino una recreación literaria que ofrece magníficos datos de las costas de Fenicia. Uno de los datos que se extraen a partir del texto es el inicio de la independencia económica y política de Biblos.

Las intensas relaciones comerciales de la ciudad con Egipto no impedían que a la vez se entablaran relaciones con algunas ciudades del Egeo y con Chipre. Se tiene constancia de indicios que nos demuestran este comercio, como, por ejemplo, en la aparición de vasos cerámicos creto-micénicos en ámbitos funerarios *gublitas*, es decir, de Biblos.

A partir de ese período la ciudad cayó en declive, coincidiendo con el momento de mayor esplendor de la ciudad de Tiro (desde el siglo X a. C.). La fase de apogeo fenicia es, precisamente, la peor conocida de la ciudad de Biblos, debido a la construcciones romanas que aprovecharon gran parte de las estructuras previas como cimentación. La necrópolis real, en cambio, se mantuvo en uso y de ella extraemos datos valiosísimos para completar la historia de esta gran ciudad. Una tumba de esta necrópolis, la V, fechada en el siglo IX a. C., aportó uno de los objetos fenicios más célebres; se trata del llamado sarcófago de Ahiram, dedicado al rey por su hijo, tal y como se nos describe en la inscripción grabada. La tumba, además del sarcófago, ofreció numerosos objetos pertenecientes tanto al ajuar como a los ritos funerarios celebrados en honor a los difuntos (incluido un vaso egipcio de alabastro con el nombre de Ramsés II grabado). Ahiram, que gobernó Biblos entre 1000-990 a. C., fue célebre, fundamentalmente, por este magnífico objeto, en el que se conserva una inscripción completa en la tapadera de comienzos del siglo X a. C., realizada por

su hijo Itthobaaal I. En la inscripción se recoge la práctica totalidad de los signos alfabéticos fenicios y se alude al castigo y a las desgracias que caerán sobre cualquier persona que se atreviese a profanar el real sepulcro del rey Ahiram (la traducción de este texto la hemos incluido en el capítulo de documentos). La pieza, por el contexto arqueológico en el que se encuentra, no debió pertenecer, en origen, a este rey, sino a otro anterior de tiempos de Ramsés II (hacia 1250 a. C.) por lo que parece, pues, se trataba de un sarcófago reutilizado.

El sarcófago de Ahiram no era, además, el único depositado en la cámara, ya que en los laterales aparecieron otros dos sarcófagos menores. El sarcófago, un espectacular paralelepípedo de caliza de 3 metros de longitud por 1,5 de anchura, se fecha en el siglo XII a. C., aunque la inscripción que lo acompaña hace alusión a un monarca del siglo IX a. C. Todo el bloque se sujeta por cuatro leones tumbados en actitud vigilante. Los frisos que recorren los laterales de la pieza están decorados con sendos relieves que representan escenas procesionales: un rey (o divinidad) sentado en un trono con esfinges, delante de una mesa hacia la que caminan una serie de personajes oferentes y orantes (levantando los brazos). En los lados menores aparecen representadas plañideras que se golpean el cuerpo y se tiran del cabello en actitud de lamento. La tapa del sarcófago tiene talladas las figuras de dos leones tumbados junto a otros dos personajes que sostienen dos flores de loto. El caso del sarcófago de Ahiram se muestra como un *unicum* hasta el momento, ya que para encontrar este tipo de sepulcro en el ámbito fenicio hemos de fijarnos en fechas bastantes mas recientes, hacia el siglo VI-V a. C., cuando se realizan también majestuosas piezas en la ciudad de Sidón (como los sarcófagos de Tabnit y de Eshmunazar, de claras concomitancias con los egipcios) o los célebres sarcófagos gaditanos masculino y femenino (hallados en Punta de Vaca y en la calle Ruiz de Alda respectivamente) probablemente realizados en algún taller sidonio e importados desde Gadir por los miembros de una adinerada familia fenicia.

Desde el siglo VI y como fue común al resto de ciudades fenicias, Biblos fue tomada por los persas aqueménidas y, aunque gozaron de cierta independencia, nunca más disfrutaron de la misma libertad y, como es natural, de la misma posición económica y política que habían tenido a lo largo de la Edad del Bronce. La ciudad acabó formando parte del gran imperio helenístico de Alejandro Magno (332 a. C.) sin ofrecer resistencia. Durante la romanización de la costa de Siria, la ciudad de Biblos fue reconstruida y su urbanismo fue remodelado. Se reconstruyeron también los puertos, aunque nunca volvió a ser una ciudad comercial puntera. A lo largo de la época bizantina llegó incluso a albergar una diócesis cristiana y con la invasión árabe se transformó en un pequeño puerto pesquero sin importancia. Actualmente, la ciudad de Djebeil es una de las más visitadas por los turistas, ávidos de reencontrarse con los restos ruinosos de lo que fue la gran urbe fenicia.

La ciudad de Sidón y otros enclaves urbanos fenicios

No hemos de olvidar que la historia de Fenicia es la historia de todas y cada una de sus ciudades. Fenicia fue, ante todo, una sociedad con una extensa vocación marinera, pero por encima de todo fue una sociedad urbana, heredera de un concepto socioeconómico y cultural que podemos definir como «oriental» en el sentido más amplio del término. Todo el territorio fenicio aglutinó y tomó como propias numerosas cuestiones culturales de muy diversa índole. De esta forma, Fenicia creció como cultura urbana al igual que lo habían hecho sus vecinos, los grandes imperios de Oriente y Egipto, la potente nación del Nilo.

Pero Fenicia, además, matizó ese carácter urbano, tan típicamente oriental, con un importante elemento, el factor mediterráneo. La experiencia «pionera» de grandes metrópolis como Ugarit o Biblos debió ser fundamental. No se podía despreciar ese camino abierto de par en par; los siglos de esfuerzos por subsistir, por parte de las dos míticas ciudades, no pudieron haber sido, ni mucho menos,

en balde.

Sidón, al igual que Biblos y manteniendo un patrón de asentamiento habitual en el mundo fenicio, cuyo reflejo en los asentamientos de Occidente veremos algo más adelante, se fundó sobre una colina elevada, junto al mar, presidiendo todo un rosario de pequeños islotes que se disponen paralelos a la línea de la costa. Ésta fue la gran *capital* fenicia del sur, y como es habitual en la práctica totalidad de las antiguas ciudades fenicias, la investigación arqueológica está dificultada por la continuidad en la ocupación del espacio. Además, sobre los restos de esta urbe se levanta hoy Saïda, una de las ciudades más importantes del Líbano.

También Sidón tuvo asegurado el abastecimiento hídrico, ya que dos ríos rodearon el núcleo central del asentamiento. Los primeros indicios de ocupación de la zona se remontan al cuarto milenio a. C. y pertenecen a un pequeño poblado de la Edad del Cobre de escasa entidad, caracterizado por unas pequeñas cabañas de planta ovalada rodeadas de una espesa muralla. El estudio del poblamiento del entorno próximo de la ciudad ha arrojado numerosos datos del asentamiento durante la Edad del Bronce, habiéndose documentado numerosas tumbas de pozo y de cámara, talladas directamente en la roca virgen. Entre los ajuares exhumados destaca la aparición de hachas de bronce, amuletos y escarabeos egipcios, sellos cilíndricos y cerámicas, tanto de talleres locales como procedentes de Chipre y Grecia. Tanto para las fases antiguas de la ciudad de Sidón como para las más recientes, el trabajo arqueológico desarrollado en las necrópolis ha sido fundamental, ya que los restos urbanos conservados no permiten una reconstrucción fidedigna del proceso histórico.

Las necrópolis «reales» de Sidón están talladas directamente sobre la plataforma caliza. Las sepulturas más antiguas serían las de pozo simple; después, a partir del siglo VI a. C., se realizarían tumbas con cámaras abovedadas y, en la época mas reciente, se construirían las grandes tumbas de cámara, en las

que se depositaron los célebres sarcófagos, muchos de los cuales eran de manufactura local. Sabemos al respecto que en Sidón se encontraba una de las mejores escuelas escultóricas y uno de los mayores centros de producción artesanal de toda Fenicia. Han aparecido sarcófagos inacabados en los talleres, donde, probablemente, desempeñaban su labor escultores venidos de Grecia que trabajaban sobre mármol traído desde el Egeo. Los sarcófagos sidonios, fundamentalmente aquellos de época tardía (desde finales del siglo V a. C., en adelante), presentan numerosos rasgos de corte griego, aunque sin abandonar cierto aire egipcíaco, adquirido desde varios siglos atrás. Es sencillo detectar la evolución formal y estilística de estas piezas, partiendo desde las más antiguas, las cuales, de no ser por las leyendas alfabéticas, bien podrían ser inscritas dentro de la manufactura de un taller del Delta del Nilo, mientras que las de fechas más recientes presentan claras concomitancias formales y estilísticas con las piezas escultóricas que en esas mismas fechas se realizaban en las costas del Egeo.

Del asentamiento urbano de Sidón se tienen escasos datos, dado el grado de destrucción y saqueo de la ciudad en el 350 a. C. Sí se conoce la acrópolis de la ciudad, ubicada en la parte más alta, cercana a uno de los dos puertos de la ciudad (el puerto sur). En ella son visibles algunos restos fechados hacia el siglo XIII-XII a. C., aunque los mejor conservados son los pertenecientes a la época helenística y romana. Se ha pensado, tradicionalmente, que Sidón fue residencia de los monarcas asirios en Fenicia durante la invasión del territorio (siglos IX-VII a. C.). Desde luego está confirmado el pago de tributos por parte de la ciudad de Sidón al monarca Asurnasirpal II (883-859). Estos tributos se componían, fundamentalmente, de los productos artesanales fenicios típicos (tejidos, maderas, marfiles y objetos metálicos).

Según leemos en los *Anales de Tiro* que menciona el historiador latino Flavio Josefo (*Antiquetates Iudaicae,* VIII, 315-324), hacia finales del siglo IX a. C., Sidón y Tiro estaban unidas políticamente, habiendo heredado, sin duda alguna, la

posición hegemónica que Biblos había mantenido durante siglos. Además, de estas mismas fuentes clásicas se desprende la teoría de que, tras la destrucción de Tiro por los pueblos del mar (1200 a. C.), fue la ciudad de Sidón la que acarreó con los gastos de su reconstrucción.

Al igual que habíamos visto en el caso de Biblos, parece que la ciudad de Sidón salió también beneficiada tras la gran convulsión generalizada de 1200. La explicación hemos de buscarla en una política ágil de sus monarcas, los cuales emprendieron una rápida reconstrucción de la ciudad, a la vez que iniciaron un despegue comercial, aprovechando, por un lado, la destrucción del sistema palacial en otras ciudades fenicias y, por otro, la fama y la calidad de su manufactura artesanal como queda reflejado en los textos de Homero:

> «... ofreció otros premios para la carrera de caballos, una crátera de plata que contenía seis medidas, y su belleza superaba a cualquier otra, que los sidonios, artesanos insignes, la habían fabricado. Los fenicios la habían transportado por el mar fabuloso, y enseñado en los puertos».
>
> Homero, *Ilíada,* XXIII, 740-745.

Curiosamente en algunos textos clásicos (Justino, 18: 3, 5) se apunta que Tiro fue fundada por Sidón (sabemos que se refieren a que fue «refundada»). Incluso en las leyendas de las monedas acuñadas en Sidón, ya en fechas más recientes, se puede leer «Sidón, madre de Tiro, Cartago, Hippo y Citium».

No queda duda de que Sidón se alzó durante los primeros siglos de la Edad del Hierro (1175-900 a. C.) al frente de los centros fenicios. Traemos también aquí a colación el texto del «Viaje de Unamon» (o «Wen-Amóm»), donde, tras Biblos, Sidón aparece como la segunda gran potencia de Fenicia, al menos en lo que concierne a las relaciones comerciales con Egipto.

Si podemos dudar acerca de la existencia de una residencia de los monarcas asirios en la ciudad de Sidón, lo que no se puede negar, en cambio, es que la ciudad fue sede de un gobernador persa aqueménida, el cual construyó un palacio en la parte alta de la misma. De este palacio han aparecido algunos restos

arquitectónicos tremendamente fragmentados, pero que mantienen intactos los rasgos decorativos tan típicamente persas como los capiteles con doble prótomo de toro, al estilo del palacio de Persépolis.

En las afueras de la ciudad de Sidón aparecen algunos de los escasos restos arqueológicos que podemos ubicar con certeza durante la época fenicia: se trata de un barrio industrial dedicado a la manufactura textil (donde se llevó a cabo el teñido y la fabricación de tejidos para la exportación) y el magnífico templo dedicado a Eshmun. El edificio se estructura en terrazas asemejándose a un *zigurat* babilónico. Se fecha a lo largo del siglo VI a. C. durante un período de ocupación neobabilónica de todo el territorio, lo que explica la tipología de su planta y su disposición aterrazada. Durante el período aqueménida se reorganizó todo el espacio interior del templo con la construcción de un enorme basamento o podio en el patio. Desde el siglo V a. C. se añadieron otras estructuras arquitectónicas (helenísticas y romanas) que hoy confunden la planta original del edificio, concluyéndose con la fundación de una capilla cristiana en el siglo IV d. C.

Muy próxima a la ciudad de Sidón, a tan sólo unos quince kilómetros al sur, se encontró la ciudad de Sarepta, bajo la actual localidad de Safarand. Se trata también de un asentamiento costero, evidentemente de menor entidad que su vecino, que presenta señales de ocupación humana desde la Edad del Bronce. Pese a que la mayor parte de los restos conocidos de la ciudad pertenecen a las épocas romana y bizantina, en la zona alta han aparecido una serie de edificios que, datados en época fenicia, nos indican la existencia de un pequeño núcleo urbano de carácter portuario y comercial.

La importancia de este centro urbano radica, fundamentalmente, en las menciones que de él se hacen en diversos textos. Los más antiguos, fechados en el siglo XIV a. C. y procedentes de Ugarit (la próspera ciudad del norte), nos ponen en relación ambos centros. Otra documentación procedente de Egipto y

fechada un siglo más tarde cita la ciudad de Sarepta junto con Sidón y Tiro, lo que denota que lo que a la luz de los restos conservados parece un pequeño centro urbano tuvo que ser, por fuerza, una importante ciudad que jugó un papel destacado en el conjunto de las relaciones entre Fenicia y Egipto poco antes del «desastre» del 1200 a. C. Asimismo, los anales asirios mencionan que la ciudad de «Sariiptu» fue tomada por Senaquerib en el 701 a. C.

Un hermoso texto bíblico menciona la ciudad fenicia de «Sareptah» como perteneciente a Sidón y como refugio del profeta Elías, tal y como Yahvé le ordenó:

> «... levántate y vete a Sareptah
> que pertenece a Sidón, y habita allí. He aquí
> que he dado orden a una mujer viuda para que
> te abastezca. Fue, pues, él; marchó a
> Sareptah; y cuando llegó a la puerta de la ciudad,
> he aquí que había una mujer viuda...».
>
> I Reyes, 17, 8-10.

Entre las estructuras exhumadas en la ciudad destaca la presencia de un barrio industrial con numerosos talleres cerámicos, metalúrgicos y artesanales, así como otros recintos asociados a la manufactura del aceite de oliva y a la industria de la púrpura. En la zona baja de la ciudad y muy próximo a dos estructuras religiosas, identificadas por los arqueólogos como capillas, aparece un conjunto de talleres cerámicos. De las dos capillas mencionadas, una de ellas ha llegado hasta nosotros en un perfecto estado de conservación, siendo además la más antigua de las dos. Dicha estructura, que estuvo en uso entre los siglos VIII y VI a. C., presenta una planta rectangular de 6,50 x 2,50 metros, orientada este-oeste con el acceso en una esquina. Presenta en su interior un banco corrido y una mesa para colocar las ofrendas en el centro, con una oquedad sobre el pavimento para la ubicación de algún elemento en disposición vertical (un betilo o un quemaperfumes). Toda la estructura parece haber formado parte de un

edificio más complejo, bien un palacio o un templo de mayores proporciones, siendo ésta una pequeña capilla adyacente. En la excavación arqueológica de este espacio sagrado aparecieron numerosas ofrendas tales como terracotas votivas, amuletos, ampollas de alabastro fabricadas en Egipto y plaquitas de marfil con epígrafes fenicios.

Sarepta alcanzó su máximo desarrollo cultural a lo largo del siglo VIII a. C. En este período la ciudad se convirtió en un importante centro artesanal dedicado a la producción de cerámicas de engobe rojo —típicamente fenicio— que se exportó por todo el Mediterráneo y que, como veremos, llegó a las costas de Iberia.

Al norte de Sidón y Sarepta, y muy próximo a la ciudad de Biblos, se encuentra otro importante centro urbano fenicio de eminente carácter comercial. Se trata de Berytos, la actual ciudad de Beirut, convertida en la capital del Líbano en la actualidad. La dificultad que tenemos para el conocimiento de esta antigua ciudad es evidente; además, la actividad arqueológica en la ciudad ha quedado prácticamente detenida desde el inicio de la guerra a mediados de los años setenta del pasado siglo. Por otra parte, los constantes bombardeos en el centro de la ciudad han terminado de destruir muchos de los escasos restos arqueológicos conocidos. Tan sólo algunas meritorias actuaciones de la organización SOLIDERE (Société Libanaise pour le Développement et la Reconstruction), de la Universidad Americana de Beirut (bajo la dirección de la doctora H. Sader) y el desarrollo de un proyecto de la UNESCO desde abril de 1993 han permitido obtener datos clarificadores sobre la historia de la ciudad, fundamentalmente de sus fases romana y medieval. La propia situación de la actual ciudad, colocada directamente sobre los restos de la ciudad antigua y la fundación fenicia, ha imposibilitado también la identificación de la primitiva trama urbana. Así, resulta prácticamente imposible cotejar los múltiples datos recogidos de los textos antiguos con las evidencias arqueológicas. Si, además, en

los últimos años se había vuelto a una cierta normalidad en el campo de las investigaciones arqueológicas en el Líbano, el último conflicto desarrollado en 2006 ha detenido, de nuevo, los trabajos científicos.

Pese a la escasez de datos de la ciudad fenicia, construida sobre una península, se conserva una monumental muralla con un glacis realizado con mampostería de pequeño tamaño trabada con barro. Un sector de esta muralla (1000-500 a. C.) es hoy visible aún en la zona comprendida entre la calle Cadmo y la Avenida Georges Haddad. Junto a esta estructura defensiva se conservan restos de viviendas que se han fechado ya en época persa (en torno al 500-300 a. C.). De época helenística y, principalmente, romana, período en el se reconstruyó por completo, tomando el nombre de *Iulia Augusta Felix,* la ciudad conserva sus monumentos más espectaculares (una basílica, las termas, el circo de Herodes Agripa y el templo de Júpiter).

Continuando nuestro camino hacia el norte del país, nos encontramos con el establecimiento portuario de Amrit (hoy perteneciente a Siria), que se localiza en una franja costera estrecha, de difícil acceso, ubicada entre dos ríos, el mar y una elevación rocosa hacia el este. Amrit se encuentra en la costa fenicia septentrional y se corresponde con la antigua ciudad de *Marathos,* ubicada justo enfrente de la isla de Arvad (la antigua *Arados*), entre Ugarit y Trípoli. La franja costera donde se ubica la ciudad está limitada al este por pequeñas elevaciones de rocas y consta de dos cursos de agua. En la zona norte de la parte rocosa se yerguen los restos del asentamiento fenicio (Tell Amrit), debajo, en la zona delimitada por las dunas costeras, se encuentra el área sagrada de la ciudad, donde se sitúa el santuario llamado Ma'bed. Al sur de la parte rocosa, por último, se ubica la necrópolis.

Parece ser que el nombre de la ciudad, cuyas fases más antiguas se remontan al tercer milenio a. C., fue mencionado en las listas del faraón egipcio Tutmosis III, correspondientes con la campaña militar llevada a cabo por el faraón en las

costas del Próximo Oriente. La ciudad parece que mantuvo una vinculación directa con la ciudad de Arwad (Arados), ubicada, como hemos adelantado, sobre un islote algo más al norte, pero a muy escasa distancia. Ambos lugares fueron establecimientos portuarios que se beneficiaron desde época antigua de los contactos comerciales de las ciudades del sur con la gran metrópolis norteña, Ugarit. Los puntos comerciales se identifican, generalmente, con las diferentes localizaciones de los lugares en los que las flotas comerciales egipcias y gublaítas cabotaban. La ciudad de Amrit se caracteriza por la existencia de un conjunto de santuarios emplazados al norte y al sur del núcleo urbano. El santuario septentrional presenta un conjunto de pasillos porticados en torno a un estanque de agua, que brotaba de una fuente cercana. El edificio estaba construido en sillares, rematado en la parte superior con una gran cornisa de tipo de gola egipcia. Este santuario, probablemente, estaba dedicado al dios Eshmun, y algunas de las cámaras internas del mismo contenían numerosos objetos votivos. Otro de los restos de época fenicia más llamativos, de los recuperados en la ciudad de Amrit, han sido las tumbas de cámara excavadas en la roca, que son las únicas de todo el mundo fenicio que han mantenido intactos los monumentos que señalizaban en el exterior las cámaras funerarias subterráneas. Se trata de un grupo único de monumentos-estela, de los que uno de ellos, el llamado Meghazil «B», fue calificado por uno de los primeros investigadores que lo estudió, E. Renan, como una «obra maestra de proporción, elegancia y majestuosidad». Como hemos mencionado anteriormente, la zona de *Marathos* es muy rica en agua y uno de los dos cursos que rodean la ciudad es el que conforma el estanque donde se alza el templo de Ma'bed (palabra árabe que significa «altar»), edificado en honor a Melkart-Herakles. El Ma'bed es un manantial sagrado que está rodeado de una construcción monumental compuesta por unas galerías porticadas que cubren tres de sus cuatro lados. En el centro se erigía un santuario esculpido en la roca y adornado en la parte

superior con un templete decorado con almenas escalonadas de tipo asirio, muy parecidas a las que aparecen en los Meghazils. El término «Meghazil» alude a la forma de huso de los monumentos; éste es el nombre con el que se los conoce por las gentes del lugar. Por otra parte, no hay mejor pista para los saqueadores de tumbas que la existencia de monumentos en la superficie que indiquen la ubicación exacta de las cámaras. Así pues, la riqueza arquitectónica de las tumbas no es comparable con los restos encontrados en su interior; las cámaras presentaban un revoltijo de fragmentos de cerámicas y huesos; evidentemente, habían sido saqueadas ya en la Antigüedad.

El área fenicia, por su ubicación geográfica, estuvo siempre abierta a recibir aportes culturales externos de forma constante y, a su vez, a propagarlos, como hemos ido viendo a lo largo de estas páginas. En esta zona es bastante antigua la tradición de señalizar con estelas figuradas la imagen del difunto personificado, como por ejemplo se ve en Ugarit. En las tumbas más antiguas de Fenicia no han aparecido los monumentos que las señalizaban pero en cambio sí han aparecido pequeños cipos sin decoración realizados combinando formas geométricas (generalmente cubos y pirámides) fechados en todos los casos con anterioridad al siglo V a. C. Es bastante probable que, en los períodos más antiguos, los sepulcros no estuviesen señalados con monumentos en el exterior, por el miedo a que fuesen violados por ladrones de tumbas. Es posible que la falta de monumentos pertenecientes a las fases más antiguas se relacione con el material en que los elementos señalizadores verticales estaban realizados. Así pues, podemos pensar en monumentos funerarios realizados en madera u otros elementos constructivos de carácter perecedero en el área fenicia, con anterioridad al siglo VI a. C.

Tell Sukas, ubicada en la frontera sur del reino de Ugarit, es la última gran ciudad fenicia conocida. La principal característica del asentamiento es la variedad de grupos étnicos que residieron en él. Esta riqueza cultural viene

determinada por la cantidad de cultos religiosos detectados entre los restos de la ciudad y las necrópolis. Aparte del elemento fenicio original, del que queda constancia en algunas tumbas y en la existencia de un tofet (fechado entre los siglos XIII y X a. C.) o campo sagrado en el que se depositaron sacrificios infantiles, al estilo fenicio occidental (que analizaremos en detalle algo más adelante), aparecen restos que denotan una importante presencia griega (templetes *in antis,* de tipo griego, caracterizados por presentar restos cerámicos griegos del siglo VIII a. C. entre su registro arqueológico). Un enclave próximo fue la factoría comercial de Al Mina, que se caracterizó por el mestizaje de la población. Éste fue uno de los principales puertos de Siria y, pese a encontrarse fuera de la órbita fenicia, mantuvo siempre un importante elemento poblacional de procedencia fenicia, junto con otros griegos y chipriotas. Al Mina fue un núcleo clave en el traspaso de avances tecnológicos hacia Grecia, así como del alfabeto fenicio. El puerto de esta factoría estuvo, a menudo, frecuentado por barcos griegos y fenicios que intercambiaron productos (principalmente metales) desde las últimas décadas del siglo IX a. C. Históricamente se ha considerado Al Mina como un puerto internacional donde convivieron barcos de las dos grandes flotas mercantes de la Antigüedad: las de las ciudadesEstado fenicias y las de las *poleis* griegas.

Muy cerca del ámbito original, surgió un conjunto de enclaves urbanos fenicios de entidad: las ciudades fenicias de Chipre. Estos asentamientos estuvieron vinculados históricamente, ya desde su fundación, como es natural, a las ciudades de Fenicia. Las razones de la temprana ocupación de la isla hemos de buscarlas en la vocación marinera de los fenicios, por una parte, y, por otra, en la proximidad geográfica de ambos territorios, sin menospreciar la abundancia de materias primas que la isla ofrecía.

La enorme riqueza minera de la isla debió llamar ya la atención de las poblaciones cananeas, las cuales iniciaron una maniobra política y económica de

ocupación de la isla. Los contactos comerciales entre ambos territorios, en cambio, se pierden en la noche de los tiempos. Ya desde mediados del segundo milenio a. C. aparecen materiales continentales en Chipre y viceversa, lo que denota que las relaciones entre ambas regiones venían ya desde mucho antes de la ocupación fenicia. Con estos datos podemos explicar cómo, en muchos aspectos, el desarrollo urbano de los asentamientos de la isla de Chipre discurrió en paralelo al del resto de las ciudades de Fenicia.

Las dos ciudades fenicias de Chipre más importantes fueron Kitión e Idalión (aunque existieron muchas más, como Limassol, Lapitos o Paphos). Kitión, la moderna ciudad de Larnaca, al este del país, mantiene una relación visual, en los días claros, con la costa de Oriente. Éste fue, sin duda, uno de los puntos en los que los cananeos y los chipriotas establecieron sus primeros contactos en fechas tan remotas como la segunda mitad del segundo milenio a. C. Desde esos momentos la isla se transformó en un nexo cultural entre las poblaciones del Egeo y las de Fenicia.

La mitología concede el honor de la fundación de Kitión, la ciudad fenicia de Chipre por excelencia, a Belo, un rey de Sidón que ayudó al aqueo Teucroma a tomar Salamina. La que fue última escala de los navegantes fenicios al regresar de las empresas comerciales en el lejano Occidente es mencionada en la Biblia como *Kittim* (un término que designa tanto a la ciudad como a la isla de Chipre en su conjunto). Sabemos que la ciudad estuvo bajo la órbita de Tiro por unos textos que mencionan cómo el rey Hiram I tuvo que *apaciguar* una serie de revueltas.

Desde el punto de vista arqueológico, las investigaciones demuestran que la ciudad tuvo un enorme desarrollo en los últimos años de la Edad del Bronce. Ya en el siglo IX a. C. se detecta una gran reconstrucción de la ciudad y del gran templo monumental (que consta de unas dimensiones de 33,5 x 22 metros) que, parece ser, había sido destruido por un terremoto. Se piensa que este gran

centro religioso estuvo dedicado a Astarté por algunos materiales y ofrendas dedicadas a la diosa que han sido exhumadas junto al templo. Se trata de un enorme edificio de planta rectangular sostenido por pilares cuadrangulares dispuestos en cuatro hileras de siete. Con estas dimensiones monumentales, el edificio es el mayor templo fenicio conservado junto al de Pafos, ubicado también en la isla de Chipre. Este templo mantuvo la misma disposición que uno anterior, que fue erigido durante la Edad del Bronce. Junto a este gran templo de Kitión, se construyó otro en honor a Melkart. Entre los rituales que se celebraban en estos espacios sagrados estaban las ofrendas de cabello de las que tenemos constancia en algunas inscripciones. Incluso un *ostrakón* de época clásica menciona la existencia de barberos sagrados. Otra de las manifestaciones religiosas que se llevaban a cabo era la prostitución sagrada (las *hieródulas* o prostitutas sagradas ofrecían sus cuerpos a los extranjeros para santificar a la divinidad).

La otra gran urbe fenicia de Chipre fue Idalión, que estuvo habitada ya desde la Edad del Bronce. La ciudad tuvo dos acrópolis en las que se erigieron sendos templos dedicados a Anath (deidad asiria que personificaba la naturaleza femenina, en su aspecto procreativo, semejante a Ishtar) y a la gran divinidad femenina fenicia, Astarté. Junto a estos dos templos se encontraba un recinto sagrado que presentaba en su culto un curioso sincretismo religioso: una divinidad que con el aspecto de un Melkart chipriota representaba un Apolo griego y un Resef fenicio. En este último santuario ha aparecido un amplio conjunto de epígrafes en fenicio y griego que demuestran la universalidad de este centro. Entre los materiales más espectaculares recogidos en las excavaciones arqueológicas de la ciudad destaca un conjunto de objetos artesanales chipriotas tales como los *naiskoi* o pequeños templetes de arcilla cocida o unas figuritas humanas representadas junto a toros.

La zona oriental de la isla de Chipre se mantuvo bajo el gobierno fenicio hasta

la pérdida de la autonomía de las metrópolis al caer bajo el poder de Asiria, primero, y de los persas, después. Pese a ello, la dinastía fenicia se mantuvo al frente del gobierno de Kitión hasta la llegada de las tropas de Alejandro Magno. El último monarca fenicio de la Isla, Pumayyaton, fue asesinado por Ptolomeo I en el 312 a. C.

Tiro, la gran metrópoli comercial y «madre mediterránea»

Muchos de los textos clásicos que se han manejado a la hora de escribir acerca de las grandes ciudades de Fenicia, apenas nos son útiles para el caso de la ciudad de Tiro. La que sería gran metrópoli comercial y «madre» de la expansión comercial por el Mediterráneo no es mencionada en los textos anteriores al siglo IX a. C. y si es citada, se da el caso de que aparece relegada a una segunda línea, bajo la órbita de Sidón. La historia cambiará, dará un giro de 180º y Tiro, desde la llegada al Trono del gran Hiram I, se pondrá al frente de la historia de Fenicia, como gran potencia comercial y política, tal y como veremos con detalle en el siguiente capítulo.

Tiro se asentó sobre un islote muy próximo a la costa. La tradición indica que fueron dos peñones que estaban unidos entre sí por las raíces de un olivo los que configuraron el espacio sobre el que se fundó la ciudad. Este islote quedó unido a tierra firme por la construcción de un gran dique, por parte de Alejandro Magno, en el año 332 a. C. Este dique ha sido el causante de la acumulación de sedimentos, por lo que la fisonomía actual de la ciudad en nada se asemeja a la de la época de la que venimos hablando. El aspecto actual de Tiro es el de una península unida a la costa por un estrecho istmo. La ciudad romana y la moderna, además, dada la falta de espacio sobre el islote, fue ocupando paulatinamente todo el terreno costero a ambos lados del istmo.

> «¡Oh tú, la asentada a la entrada del mar,
> que comercias con los pueblos

> por numerosas costas!...».
>
> Ezequiel 27, 4-6.

La especial vinculación de Tiro a la ciudad de Sidón viene determinada, al menos en parte, por la proximidad geográfica entre ambas, separadas por escasos 40 kilómetros. La ciudad, como asentamiento humano de carácter permanente, tiene su origen, al igual que la mayoría de los centros urbanos fenicios que hemos ido viendo, en la Edad del Bronce. La riqueza de la ciudad y el enorme poderío que llegó a alcanzar desde el siglo IX a. C. vinieron propiciados, fundamentalmente, por el enorme tránsito comercial de sus dos puertos. Los dos antiguos puertos de la ciudad fueron tallados directamente sobre la roca aprovechando toda la cadena de arrecifes que tenían delante para protegerles de los vientos y las fuertes mareas. Ya Estrabón (16: 2, 23) menciona la existencia de dos puertos, uno natural, llamado «sidonio» por estar al norte de la isla, dentro de las murallas, y otro artificial, llamado «egipcio» en el sur. El puerto artificial fue erigido en el siglo IX a. C. por el rey Ithobaal I (887-856 a. C.) Ambos puertos estuvieron conectados por un canal que cruzaba la ciudad por el centro.

> «... Tiro está en una isla, organizada de forma muy similar a Arados. Está unida a la tierra firme por el espolón que ordenó construir Alejandro Magno durante el asedio. Tiene dos puertos, uno cerrado y el otro abierto, que llaman el egipcio. Se dice que sus casas tienen varios pisos y que son más altas que las de Roma; es por esto que los terremotos que ha padecido casi han destruido por completo la ciudad...».
>
> Estrabón, *Geographia,* XVI, 2.

La ciudad de Tiro tenía un tamaño pequeño (cuatro kilómetros de diámetro), por lo que fue superpoblada rápidamente. De ahí que pronto se expandiera por tierra firme. Se piensa que la ciudad estuvo ocupada por unas 30.000 personas, dando una elevada densidad de población. El asentamiento continental de Tiro aún no ha sido encontrado, aunque sí lo han sido sus necrópolis. Desde esta zona continental se aseguraba el abastecimiento hídrico a la isla hasta la llegada

al trono de Hiram, que se ocupó de construir cisternas. Junto a la zona de Ushu (la Tiro continental) desembocaba el río Ras el-Ain. Esto demuestra que el patrón de asentamiento de muchas de las colonias tirias por todo el Mediterráneo se mantuvo fiel al de la metrópolis, es decir, buscaron lugares costeros que por su disposición mantuvieran una situación similar y casi idéntica a la de la «madre patria». Evidentemente, si este modelo les era efectivo y conocían de él sus posibilidades, no tuvieron por qué variar el patrón. Además, parece que una de las cuestiones vitales para la habitabilidad de un islote, que es tener cubierto el suministro de agua, hasta durante los asedios, estaba garantizado en el caso de Tiro, ya que estaba conectado mediante una serie de galerías subterráneas, ligeramente inclinadas, con el curso del río Ras el-Ain.

De la Tiro fenicia apenas queda rastro en la ciudad actual. La total reforma realizada durante la ocupación helenística varió, incluso, los ejes urbanos y transformó por completo la fisonomía del islote. Al igual que en el resto de ciudades fenicias vistas, el registro arqueológico ha permitido detectar una ocupación del islote de Tiro ya desde el tercer milenio a. C. También parece que la ciudad fue abandonada entre el 2000 y el 1600 a. C., lo que se explica por un grueso sedimento arenoso, estéril en lo que concierne al material arqueológico, que rellena la zona de ocupación urbana y separa estratos con materiales pertenecientes a las fechas mencionadas.

La arqueología ha permitido en Tiro obtener numerosos restos parciales de lo que debieron ser edificaciones monumentales de época fenicia, principalmente construcciones de carácter público. Las fuentes nos hablan de un magnífico templo dedicado a Melkart en el islote más grande de los dos. Este y otros templos de la ciudad fueron construidos durante un período de monumentalización del espacio urbano durante el reinado del monarca Hiram I (del que hablaremos más tarde) a lo largo del siglo IX a. C. De las sólidas murallas que rodearon la ciudad desde el siglo IX tenemos constancia en las

representaciones en las puertas de bronce de Balawat (conservadas en el British Museum); allí la ciudad de Tiro está representada por un islote rodeado de murallas rematadas con merlones y con dos grandes puertas. Las representaciones de los bajorrelieves del palacio de Sargón II en Khorsabad (siglo VIII a. C.) también reflejan los islotes de Tiro en medio del mar, completamente amurallados con grandes y poderosas torres defensivas, y, sobre ellas, se yerguen majestuosos los tres grandes templos de la ciudad.

En la zona continental de la ciudad (la llamada Ushu por las fuentes egipcias y asirias, o Paleotiro de época clásica) se ubicaban los talleres artesanales, los astilleros y las necrópolis (algunas de ellas excavadas en la última década por un equipo dirigido por la profesora española María Eugenia Aubet).

La ciudad tuvo una importante fase de ocupación helenística y romana y también fue un importante puerto bizantino, transformándose en base militar durante el período de las cruzadas. El enclave hoy se conoce con el nombre árabe de Sur y se encuentra, como se ha dicho, a 40 kilómetros al sur de Saïda (Sidón) y a 45 al norte de San Juan de Acre (la antigua ciudad fenicia de Akko). Su nombre fenicio fue Sur-ry y el nombre de Tiro procede de la trascripción griega del nombre fenicio.

El que fue, sin duda alguna, el puerto más importante del Mediterráneo alcanzó su posición hegemónica con la llegada al trono de Hiram I (969-936 a. C.). El Antiguo Testamento se convierte aquí, por derecho, en una de las fuentes documentales fundamentales para el conocimiento del despegue de Tiro y su expansión por el Mediterráneo. A ello dedicamos todo un capítulo a continuación.

5

Hiram I de Tiro y la expansión comercial

> «Construyó asimismo el rey Salomón una flota en Eyson-Géber, situada junto a Elath, en la costa del mar Rojo, en el país de Edom. E Hiram envió en la flota a sus servidores, navegantes, conocedores del mar, en compañía de los servidores de Salomón. Llegaron a Ofir, de donde tomaron oro en cantidad de cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón».
>
> I Reyes, 10, 26-28.

> «... Gadir, la primera, domina el mar con su inquebrantable ciudadela y levanta su cabeza entre las columnas. Gadir se llamaba al principio Cotinusa, con un nombre antiguo, y, después, colonos de Tiro la llamaron Tarteso; la lengua bárbara emplea todavía el nombre de Gades, pues los púnicos llaman "gadir" a todo lugar cercado por los lados y con un dique de tierra levantado delante.
>
> Los tirios, esparcidos ampliamente por los inhóspitos mares, así que ocuparon las costas de esta región, levantaron sus moradas, dedicaron también el mayor templo al hijo de Anfitrión y veneraron esta divinidad como protectora».
>
> Avieno, *Descriptio orbis Terrae,* vv. 610-620.

El monarca tirio Hiram I es una de las personalidades de la historia fenicia de la que más datos biográficos se conocen, principalmente por protagonizar uno de los episodios más célebres del Antiguo Testamento, al emparentarse con la familia real de Israel y firmar numerosos tratados y pactos tanto con David como con Salomón. El hecho de que tengamos conocimiento de este monarca, a través de varias fuentes documentales, ha permitido que hoy contemos con

numerosas referencias a su personalidad. Como ya habíamos adelantado, las informaciones que sobre este personaje y sobre el período histórico que nos ocupa obtenemos de la Biblia son fundamentales. Las referencias tanto a la figura del gran monarca como a la ciudad de Tiro son constantes. Otros testimonios históricos, claves para la comprensión de este período, los obtenemos de los Anales de Tiro, fundamentalmente los referidos a los pactos comerciales y políticos establecidos entre el monarca de Tiro y Salomón, rey de Israel.

Los pactos comerciales con el rey Salomón de Israel: el control sobre el mar Rojo

Hiram I de Tiro (*Hrml Hyrwm*) gobernó entre los años 969 y 936 a. C. y sucedió en el trono a su padre, Abi Baal (990-970 a. C.). Durante el reinado de Hiram I, la ciudad de Tiro alcanzó la hegemonía comercial y económica superando a Sidón, ciudad a la que, hasta entonces, se encontraba directamente vinculada. La expansión comercial fenicia hacia Occidente se inició durante la fase en la que Sidón y Tiro formaban un único reino. De todas formas, parece que la voz cantante la llevó siempre esta última, siendo además la que desarrolló en mayor medida la empresa comercial. La habilidad del gobernante le llevó a realizar numerosos pactos internacionales que, a continuación, pasaremos a explicar. Además de beneficiarse económicamente y comercialmente de los pactos firmados, dichos acuerdos le libraron de la amenaza constante de los filisteos que asaltaban constantemente las rutas comerciales tirias.

Uno de los pactos más conocidos fue el que realizó con el rey Salomón de Israel en relación con la construcción del templo y el palacio del rey en la ciudad de Jerusalén. Hiram envió maderas sagradas (cedros y cipreses) y a algunos de sus mejores arquitectos para erigir el gran templo; a cambio, el fenicio fue recompensado durante años con cantidades regulares de trigo y aceite. También, por un préstamo de 129 talentos de oro que hizo a Salomón, Hiram recibió

veinte poblados de la zona de Galilea, al norte de Israel, los cuales, una vez saldada la deuda, devolvió pacíficamente, como no podía ser de otra manera en un monarca hábil y precavido.

Salomón (972-931 a. C.) fue rey de Israel y de él ha quedado para el recuerdo histórico su magna sabiduría. Fue el primogénito de David y Betsabé y accedió al trono apoyado por su madre en contra de su hermano Adonías, que era un sucesor ilegítimo que trataba de hacerse con el poder. Además de la gran cantidad de menciones bíblicas a la figura de este monarca, hemos de comentar que llevó a cabo una política defensiva firme, destacando bajo su reinado la construcción y ampliación de un grueso volumen de fortalezas que protegieron el país, tales como las de Hazor, Gezer o Meggido. Pese a su especial preocupación en la defensa del país de Israel, desarrolló una política pacífica, sin participar en ningún conflicto bélico, principalmente por su especial habilidad diplomática, algo similar a lo que se acaba de ver con la figura de Hiram de Tiro. Aparte de los tratados firmados con el rey fenicio, Salomón firmó pactos también con los faraones egipcios de la XXI Dinastía.

Los pactos firmados entre Hiram I y Salomón no sólo se limitaron a aquello relacionado con la construcción del templo y el palacio de Jerusalén, sino que fueron mucho más allá; además de firmar un pacto de no agresión entre los territorios, se fijaron las fronteras y se establecieron normas en las transacciones comerciales. Entre estas normas, algunas beneficiaron enormemente a los tirios, fundamentalmente porque abrieron nuevos mercados comerciales en la zona del mar Rojo. Conocemos bien que uno de los intereses comerciales de la ciudad de Tiro, durante el reinado de Hiram, era el aprovechamiento de las materias primas y los esclavos procedentes de las costas del mar Rojo.

Una de las empresas más celebres llevadas a cabo por el rey Hiram I fue la monumentalización de la ciudad de Tiro. Evidentemente, la gran metrópolis comercial y cabeza de la expansión comercial de Occidente debía de tener un

mejor aspecto y una serie de edificios oficiales en los que se diseñara la empresa marítima. Entre estos edificios de carácter oficial, no podían faltar los templos, que, como ya es sabido, fueron fundamentales en la organización de la presencia fenicia en Occidente (primordialmente los dedicados al dios Melkart). Hiram instauró para la capital los ritos de la «egersis», es decir, el despertar de Melkart, en honor a este dios, el cual patrocinaba y sancionaba las transacciones y los grandes viajes hasta las columnas de Hércules. Hiram I llegó a ocupar la isla de Chipre, una vez sofocada una rebelión en contra de Kitión, de esta manera, además, consolidó la presencia fenicia en la isla.

Para el crecimiento económico y político de la ciudad-Estado de Tiro, además de la habilidad del monarca Hiram, se tuvo que dar una serie de connotaciones políticas y sociales en todo el marco mediterráneo que favorecieron el auge y el despegue de este centro urbano. La crisis del Estado egipcio, desde la llegada de los «pueblos del mar», la derrota posterior de los filisteos (un pueblo que, según parece, formó parte de esa misma oleada ofensiva que arrasó las costas hacia el año 1200 a. C.) a manos de las tropas del rey David de Israel y el estancamiento en que se encontraba el imperio asirio favorecieron que algunos puertos con una buena situación geográfica —como era el caso de Tiro— aprovecharan la situación y mediante una hábil política económica y mercantil (donde ya entraría la figura del rey) se alzaran a la cabeza del comercio mediterráneo a pequeña y media escala, primero, para, a partir del siglo IX a. C. y tras una serie de contactos (denominados por los investigadores como «precoloniales») y expediciones de reconocimiento y valoración de los territorios y los recursos que éstos ofrecían respectivamente, iniciar una política comercial y expansionista a gran escala y de larga distancia.

La Biblia, una vez más, nos da la clave del enriquecimiento de la ciudad de Tiro; según el texto del Antiguo Testamento (II Crónicas, 8 y 9, y I Reyes, 5 y 9) Hiram, mediante sus pactos con el rey Salomón, obtuvo el monopolio comercial

de las rutas que recorrieron las costas sirio-palestinas. El crecimiento paralelo de la gran potencia vecina, Israel, y la magnífica relación diplomática que ambos Estados tuvieron a lo largo de los gobiernos de Hiram y Salomón repercutieron, asimismo, en el despegue económico del puerto fenicio. Según los textos bíblicos, el rey tirio ya había mantenido una estrecha amistad con el padre de Salomón, David, y a la muerte de éste, Hiram deseó mantener en pie esa buena relación. El intercambio comercial entre ambos territorios fue fructífero, ya que mientras, por un lado, los fenicios dotaban a Israel de tecnología avanzada (como el caso de los arquitectos fenicios que fueron demandados por el rey israelí para la construcción del templo y de su palacio), materiales de construcción nobles (cedros y cipreses) y objetos de lujo, los judíos llenaban las arcas del palacio fenicio con plata y oro, y enviaban productos agrícolas a los almacenes del palacio. Evidentemente, este tipo de intercambios beneficiaba a ambos lugares y en el caso de Tiro, se aseguraba el suministro alimentario a la vez que, mediante los tratados fronterizos, los tirios monopolizaban el tránsito de mercancías hacia el interior de Mesopotamia, evitando los peligrosos pasos montañosos del Líbano y del Antilíbano. Por otra parte, la opulentas Cortes del rey Salomón o de la reina de Saba (uno de los reinos ubicados en el sur de Arabia) debieron suponer una magnífica salida para los productos de lujo y los objetos de boato manufacturados en Fenicia.

La incansable mentalidad empresarial de Hiram fue rápidamente contagiada a Salomón. De esta manera, ambos iniciaron una empresa comercial conjunta con una clara finalidad: abrir nuevos mercados hacia el sur; hacia el mar Rojo y hacia el océano Índico. El principal beneficio que Tiro e Israel alcanzaron con este nuevo mercado era el acceso directo a las fuentes de riqueza de donde procedían materiales tan interesantes como el oro o el marfil, sin tener que negociar con la potencia que había funcionado como intermediario desde la Edad del Bronce, Egipto. El enorme enriquecimiento de Israel y de Tiro se hizo palpable en la

monumentalización de las ciudades por parte de los dos monarcas, que actuaron como auténticos *evergetas* al más puro estilo romano, es decir, gastaron ingentes sumas de oro en embellecer sus ciudades; buena prueba de ello son la construcción del templo de Melkart en Tiro y la del templo de Jerusalén. La riqueza y belleza de la magna construcción de Hiram fue descrita siglos después por Heródoto:

> «... navegué también hasta Tiro de Fenicia, al enterarme de que allí había un santuario consagrado a Hércules (Heracles-Melkart). Lo vi ricamente adornado y, entre muchas ofrendas, en él había dos estelas, la una de oro puro y la otra de esmeraldas, que de noche brillaba extraordinariamente...».
>
> Herodoto, *Historia,* II, 44.

Una vez superadas ciertas convulsiones políticas y familiares por la herencia del trono de Tiro, con una sucesión de asesinatos fraticidas, aparece la figura de Ithobaal I (887-855 a. C.), que continuó la obra de Hiram. Con la llegada al trono de este monarca se completó la política comercial tiria alcanzando, durante este período, su mayor desarrollo. Además, el rey Ithobaal es ya citado en los textos bíblicos como rey de los sidonios:

> «... Ajab, hijo de Morí, hizo lo malo a los ojos de Yahveh más que cuantos le habían precedido; y lo de menos fue seguir los pecados de Jeroboam, hijo de Nebat, pues tomó por esposa a Jezabel, hija de Ithobaal, rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal y se prosternó ante él».
>
> I Reyes, 16, 30 y 31.

Las fuentes biográficas que aluden a la figura de este rey de Tiro se centran, fundamentalmente, en su aparición en la Biblia, ya como señor de las dos ciudades (Tiro y Sidón). Este hecho, interpretado desde una perspectiva política, demuestra el despegue comercial, económico y político de la ciudad de Tiro, que, aparte de las primeras fundaciones de ciudades por el Mediterráneo, inició una conquista de territorios por la costa oriental. Ithobaal fue padre de Jezabel, y, por tanto, suegro de Acab (Ajab), el séptimo rey de Israel, tal y como hemos

tenido oportunidad de leer en la cita bíblica extraída del Primer Libro de los Reyes. Este monarca tirio gobernó durante unos treinta y dos años, por lo que tuvo tiempo de asentar y consolidar la posición de Tiro dentro del concierto internacional. Estos años de gobierno permitieron a Ithobaal la formación de un Estado unitario que englobó los antiguos territorios de Tiro y Sidón, con capital en Tiro. Además, las fuentes mencionan la fundación de algunas colonias fenicias durante este reinado.

La búsqueda constante de materias primas fue una de las causas que provocaron este interés constante, por parte del monarca tirio Ithobaal I, de poner en marcha nuevas rutas comerciales. A esto, además, hemos de sumarle una hábil política diplomática, fundamentada en las relaciones con Israel. Uno de los mejores ejemplos de esta habilidad diplomática lo tenemos de nuevo en los textos bíblicos, esto es, recordemos que Ithobaal I casó a su hija Jezabel con el rey de Israel. Además, desde el punto de vista arqueológico, la aportación «sanguínea» de la Corte fenicia en Israel se documenta también en la creciente influencia fenicia en el arte y en la organización de las instituciones políticas y públicas judías. El Antiguo Testamento, evidentemente, condena la actitud de los israelíes que hacen acopio de materiales de lujo fenicios (marfiles fundamentalmente).

> «el resto de los hechos de Ajab, todo lo que hizo, el palacio de marfil que construyó y todas las ciudades que edificó, ¿no están escritos en el Libro de las Crónicas de los Reyes de Israel?...».
>
> I Reyes, 22, 39.

Aparte de la llegada de objetos de lujo fenicios a Israel (tan criticado en la Biblia, ya que supone una pérdida de los valores tradicionales de austeridad), la política comercial que se llevó a cabo desde Tiro se centró, principalmente, en la importación de productos agrícolas. Evidentemente uno de los productos fenicios de mayor difusión fue el marfil, unido a otros elementos manufacturados de lujo. A este período (a finales del siglo IX y principios del VIII

a. C.) pertenecen los célebres marfiles fenicios hallados en los palacios de Samaria, Nimrud y Khorsabad.

Este período, sin duda, fue el de los inicios de la empresa comercial fenicia a gran escala. Se sabe que en los últimos años del siglo IX a. C. se asentó un amplio grupo de colonos fenicios de Tiro en la isla de Chipre, con la cual, hasta entonces, se habían mantenido intensas relaciones comerciales. Así, desde ese momento, la isla quedó incorporada al reino formado por el territorio unificado de las dos grandes ciudades, Tiro y Sidón. Uno de los sucesores de Ithobaal fue Pigmalión. Este personaje entronca ya directamente con la historia mítica de una de las fundaciones fenicias que más trascendieron: Cartago.

La búsqueda de materias primas: la expansión por el Mediterráneo y la organización del comercio

Con la llegada al trono asirio del rey Asurnasirpal II se trastocó la relación cordial de los monarcas de Tiro con el poderoso imperio asirio. Hasta ese momento, los reyes de Tiro habían preferido pagar tributos que enfrentarse militarmente al gran imperio oriental. Además, la política pacífica y sumisa de Tiro le había llevado a enriquecerse y a aprovechar la situación límite a la que habían llegado algunos territorios de Mesopotamia, tras el enfrentamiento con los asirios, para erigirse en su principal recurso. Asurnasirpal II vio, en las ciudades fenicias y en sus estratégicos puertos, la clave para el control definitivo de su principal enemigo, Egipto. Así, el rey asirio dedicó un gran esfuerzo a la mejora y ampliación de la flota asiria, con un interés claro: el control de los principales puertos fenicios (entre los que se encontraban las ciudades de Tiro y Sidón). Parece ser, por tanto, que las ingentes cantidades de oro, bronce, joyas, marfiles, tejidos teñidos con púrpura y las tan afamadas fieras de los montes de Fenicia (leones, monos...) no eran suficientes para evitar la presión constante del imperio asirio y la inminente ocupación de los territorios. Este hecho, además de

la incipiente privatización del comercio —que ya habíamos mencionado con anterioridad—, debilitó enormemente a la monarquía tiria.

Con el enriquecimiento de esta nueva clase social «comerciante», las antiguas escalas comerciales ubicadas en las rutas de las materias primas y esclavos fueron adquiriendo mayor entidad e importancia. Además, hemos de tener en cuenta que la inestabilidad de la situación política y económica de las metrópolis fenicias provocó la salida y el exilio de amplios grupos de colonos y comerciantes enriquecidos que rápidamente se hicieron con el poder en las colonias mediterráneas.

El comercio a gran escala llevado a cabo desde la ciudad de Tiro suscitó, ya desde antiguo, la aparición de numerosas referencias. En el capítulo que se dedica a los «documentos» se incluirán algunos de los textos bíblicos más célebres, los proféticos, que, desde luego, no auguraron un futuro demasiado prometedor ni a la ciudad de Tiro ni a su empresa comercial.

Al igual que habíamos visto en otras ciudades fenicias, el comercio de Tiro se organizó, en un primer momento, desde el Estado, con unas miras claras y concisas (pensemos en la bicefalia política fenicia templo-palacio). A medida que la situación política se fue agravando, con la consabida crisis de poder en los palacios y, por lo tanto, en los templos, y con el surgimiento de una nueva clase social enriquecida a partir de la financiación de empresas comerciales, la organización estatal del comercio varió, privatizándose paulatinamente. Sobre la cuestión de la privatización del comercio existen diversas teorías defendidas por investigadores españoles y extranjeros. Para algunos, el comercio fenicio se mantuvo siempre bajo la órbita estatal; además, estos mismos defienden que cuando aplicamos conceptos tales como los de leyes de mercado, oferta y demanda o libre comercio, en realidad extrapolamos conceptos mercantiles del presente a una sociedad de la Protohistoria. Pese a ello, nos inclinamos a pensar que el comercio fenicio se vio inmerso dentro de una auténtica economía de

mercado y evolucionó hasta desvincularse del Estado y, también, que el enorme crecimiento de la demanda de productos provocó la caída del mismo en manos de la iniciativa privada, que, como ya se ha comentado, aprovechó la inestabilidad del poder político para alzarse al frente de la empresa comercial. Así, el comercio pasó, en cuestión de un par de siglos, de un intercambio de dones y contradones de productos de lujo entre iguales, entre príncipes, pasando por una empresa «nacional» centrada en la búsqueda de nuevos mercados y materias primas, a una empresa organizada desde familias enriquecidas.

A este crecimiento del comercio fenicio a gran escala, además, se le suelen sumar otros factores admitidos por algunos historiadores y desechados por otros, tales como el retroceso de la actividad agrícola en Fenicia por el agotamiento de las tierras, el pánico a la amenaza constante de los ejércitos asirios y el aumento de la presión demográfica. Evidentemente estos factores, sumados a la rentabilidad de las colonias fenicias de Occidente, debieron provocar la salida constante de amplios grupos de población (marineros, soldados, campesinos, arquitectos, artesanos, etc.) para comenzar una nueva vida. Los intereses económicos de los fenicios a la hora de emprender los viajes hacia las costas del Mediterráneo occidental fueron, sin duda, primordiales. Pese a ello, no olvidemos que ya durante el reinado de Hiram I de Tiro, cuando se realizaron los pactos con el rey Salomón, se requirieron alimentos y tierras a cambio de objetos manufacturados y trabajadores especializados; una clara muestra de la situación de la agricultura Fenicia, con los campos de cultivo agotados y con escaso terreno debido al enorme crecimiento de la población.

Las rutas y las técnicas de navegación

A la hora de iniciar este largo camino, desde luego, algo tuvo que ver la especial vocación marinera y en cierto modo «aventurera» de los fenicios. Tal y como hemos ido viendo a lo largo de estas páginas, la excelente preparación

para la navegación y la elevada tecnología de sus embarcaciones debieron influir también al decidir emprender estos largos viajes, en muchos casos —principalmente para las familias de colonos— sin retorno. La existencia de contactos comerciales previos de algunos pueblos orientales, tales como los cretenses y los micénicos, con algunos puntos del Mediterráneo central y occidental también tuvo que incidir y convertirse en un acicate más para los navegantes fenicios.

Está muy bien atestiguada la presencia de materiales micénicos y anatólicos en las zonas del centro y norte de la Península Itálica durante el período denominado «Villanoviano», previo a la llegada del fenómeno orientalizante, que conectó ya con el mundo etrusco. Asimismo, se han detectado ciertas influencias orientales en algunos yacimientos del interior de la Península Ibérica en la Edad del Bronce (como, por ejemplo, los altares de cuernos del Cerro de la Encantada, en Granátula de Calatrava, Ciudad Real), la aparición en las estelas decoradas del suroeste (pertenecientes a la fase denominada «Geométrica» del mundo tartésico, precolonial) de algunos elementos mediterráneos como los carros de dos ruedas, los escudos con escotadura en «V», la aparición de fíbulas de codo, así como el hallazgo de los célebres fragmentos de cerámicas micénicas recogidas en el Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) en pleno curso medio del río Guadalquivir, lo que se interpreta como una penetración de materiales orientales desde los puntos costeros hacia el interior, como resultado de los primeros contactos que se han venido definiendo por la historiografía como «precoloniales» para indicar que se sucedieron con anterioridad a la llegada de los fenicios a las costas andaluzas y levantinas. Esta mal llamada «precolonización», ya que no fue tal, si observamos que nunca hubo la menor intención de realizar un control territorial, además, se pone en relación con las altas cronologías que se aplican a algunas fundaciones fenicias en Occidente, como Lixus, Gadir o Útica, atribuidas por las fuentes en torno al siglo XI a. C. y

a las que dedicaremos tiempo algo más adelante.

Desde luego, la riqueza minera (en lo concerniente a estaño y plata, fundamentalmente) de los territorios ibéricos debió llegar pronto a los oídos de los ávidos comerciantes y navegantes fenicios. Teniendo en cuenta su magnífica preparación para la navegación, su excelente conocimiento de las corrientes, los vientos y la astronomía (esta última tomada de los caldeos), así como de la tecnología de construcción de los navíos, para los que, además, contaban con espléndidos materiales de construcción, no es difícil imaginar cómo se organizó esta empresa comercial, la primera de esta magnitud desarrollada en el Mediterráneo.

Si tenemos en cuenta, además, el notable desarrollo de la navegación que habían tenido las poblaciones costeras sirio-palestinas, no es extraño que los fenicios sumaran su especial habilidad a los conocimientos previos derivados de la tradición y los orígenes de su pueblo. Citemos por ejemplo, la bien conocida flota ugarítica, que empleó dos tipos de embarcaciones fundamentalmente: una de pequeño tamaño que los textos describen como barco de pesca y otras embarcaciones de mayor tamaño, que fueron empleadas para comerciar con otros puertos cercanos del área cananea y que, sin duda, alcanzaron las costas de Chipre y Egipto. Además, el elevado número de anclas aparecidas en las excavaciones de la ciudad de Ugarit denota la existencia de una poderosa flota. Muchas de estas anclas aparecen vinculadas directamente a espacios religiosos, por lo que se trataría de ofrendas realizadas a las divinidades por los marineros y los patronos de las embarcaciones. Este tipo de ofrenda se hace extensible a todo el mundo fenicio posterior. De ello contamos con un magnífico ejemplo en las pesadas anclas de piedra que han aparecido recientemente en un edificio religioso excavado en Coria del Río (Sevilla), la antigua ciudad fenicia de Caura, al borde mismo del *Lacus Ligustinus,* que se interpretan como ofrendas de los navegantes a Baal Saphon.

Un dato curioso que, además, nos demuestra la importancia, la magnitud y el elevado desarrollo náutico del pueblo fenicio es que muchas de las técnicas de navegación y de orientación marina que pusieron en práctica no fueron superadas hasta la Edad Media y, en muchos casos, hasta el siglo XVI, es decir, más de dos mil años después. Pese a no existir apenas rastros de barcos fenicios (los pecios que se han excavado pertenecen fundamentalmente a navíos ya de época púnica) sí se tiene un conocimiento bastante extenso de ellos, ya que contamos con numerosas referencias textuales y con la representación de los barcos en los relieves asirios.

Tradicionalmente, se ha planteado que el sistema de navegación empleado por los fenicios fue el cabotaje, es decir, la navegación en etapas diarias de forma paralela a la costa, sin perder de vista jamás tierra firme, y deteniéndose, al caer la noche, en diferentes puntos (generalmente puertos y ensenadas naturales, al abrigo de las corrientes y los vientos dominantes). Hoy sabemos que ésta no fue la única técnica de navegación desarrollada por los fenicios, ya que, una vez realizados estudios de visibilidad dentro del Mediterráneo, apreciamos que para alcanzar algunos puntos tales como Cerdeña o Ibiza, los fenicios debieron realizar largas etapas de navegación mar adentro, sin ningún tipo de contacto visual con tierra firme, por lo que conocieron perfectamente los sistemas de navegación de altura. Pese a esto, el cabotaje fue el método arcaico de navegación empleado por los fenicios en sus contactos entre las diferentes ciudades-Estado. Precisamente, la experiencia adquirida a lo largo de siglos de navegaciones de escasa distancia permitió que algo después se transformasen en el pueblo marinero por excelencia provocando la envidia y admiración entre los vecinos.

La enorme profusión de asentamientos fenicios, las pequeñas factorías o escalas marinas, en algunos puntos de las costas del Mediterráneo (como en el caso de la zona malagueña) se había interpretado también como un ejemplo de

esa navegación de cabotaje por la que las expediciones iban deteniéndose en estos puntos para llenar las bodegas de víveres y para, desde luego, comerciar y recoger materiales locales a cambio de productos de lujo manufacturados en Oriente. No parece coherente una explicación centrada en el comercio de cabotaje para estas pequeñas factorías, ya que muchas de ellas no distan ni siquiera entre sí cinco kilómetros, cuando sabemos que las etapas habituales de navegación de cabotaje serían de en torno a los 25 o 30 kilómetros. Tampoco nos ayuda a pensar en la exclusividad de una navegación de cabotaje el hecho de que en algunas zonas costeras no aparezca ningún tipo de asentamiento fenicio en cientos de kilómetros, como es el caso de la costa oranesa, en Argelia.

Así pues, parece que los fenicios dominaron a la perfección la navegación de altura. Para ello debieron aplicar sus conocimientos de astronomía y los sistemas de orientación nocturna mediante las estrellas. Se les suele atribuir el descubrimiento de la orientación mediante la Osa Menor (una constelación que, junto con la Estrella Polar, fue conocida curiosamente, durante muchos años, como «Phoiniké»). Contamos con una preciosa cita de un poeta y astrónomo latino, llamado Manilio, del siglo I d. C. en la que se alude al descubrimiento de la orientación nocturna en la navegación por parte de los fenicios:

> «La Osa Menor da vueltas sobre un círculo más pequeño; es menos grande y menos brillante, pero más importante que la Osa Mayor, según los marinos fenicios; para los cartagineses es el guía más seguro, cuando en el mar buscan una orilla que no pueden ver».
>
> Manilio, *Astronomica,* I, 297-300.

Lo que sí parece evidente es que la navegación fenicia se centraba en los períodos de buen tiempo, en el estío. El viaje de ida y vuelta desde Tiro hasta Cádiz duraba, por lo tanto, dos años, ya que tan sólo contaban con los meses de buen tiempo para emprender la navegación. En el invierno, la meteorología era bastante desfavorable para los barcos de vela y, además, el nivel de espesor de las brumas de otoño o primavera dificultarían enormemente la visibilidad.

Probablemente uno de los puntos de mayor dificultad sería el paso del estrecho de Gibraltar. La existencia de una magnífica bahía como la de Algeciras debió aliviar, en gran medida, a los comerciantes fenicios que, muy probablemente, se agolparían en esa magnífica ensenada natural. La existencia en dicho lugar de una factoría fenicia de envergadura, como el Cerro del Prado (la antigua Carteia), desde luego, parece obligada. Los barcos fenicios esperarían la llegada del buen tiempo o el azote de los vientos de levante moderados para rodear Punta Europa y, de esa forma, tomar la ruta de Gadir y Huelva o la de Tingis y Lixus, en el Marruecos Atlántico.

La navegación, pues, dependía del régimen general de los vientos alisios, y, para aprovechar este motor natural, los fenicios debieron conocer a la perfección las rutas. Algunas de éstas sabemos que habían sido frecuentadas asiduamente desde la Edad del Bronce, como la que unía la isla de Chipre y la de Cerdeña. Probablemente, en Cerdeña, los fenicios conocieron las rutas que llevaban a las islas Baleares y al sureste de la Península Ibérica. Éstas habían sido empleadas ya con anterioridad por navegantes sardos, antes de la llegada de los fenicios. No hay que olvidar que el mundo sardo desarrolló, desde la Edad del Bronce, una importante tecnología naval de la que han llegado hasta nosotros numerosos referentes, principalmente a través de las miniaturas en bronce que hoy se exponen en los museos de la isla, como el de Sassari o el de Cagliari. Además, algunos especialistas defienden que los «B Sharden» que aparecen mencionados en los pilonos del templo egipcio de Medineth Abu, en el que se narra la victoria de Ramsés III sobre los pueblos del mar, serían, de hecho, los propios sardos.

En el largo camino desde el Líbano hasta el extremo occidente, los fenicios frecuentaron dos rutas, en función de las necesidades y del carácter de la empresa. Así pues, una ruta «del norte» que circuló junto a las costas de Anatolia, rodeando Chipre por el norte, penetrando en el Egeo, cruzando el

estrecho de Mesina para concluir en Cerdeña, Baleares y la costa levantina de la Península Ibérica. La ruta «del sur» descendería desde las metrópolis fenicias hacia el delta del Nilo, para, desde ahí, navegar junto a la costa de Libia, Cartago, Orán y superar el estrecho de Gibraltar, donde, como acabamos de ver, alcanzarían el Atlántico.

En las últimas décadas la arqueología ha permitido variar la concepción tradicional de las rutas de navegación fenicias. Hoy se sabe que, una vez alcanzada la Península Ibérica, los fenicios podían optar entre continuar la ruta de las factorías andaluzas o virar hacia el norte, hacia la zona catalana. Las excavaciones en el entorno de las dunas de Guardamar del Segura (Alicante) han permitido contar hoy con una magnífica ciudad fenicia de gran entidad, amurallada desde finales del siglo VIII a. C., entroncando por lo tanto con las más antiguas fundaciones fenicias de Andalucía. Esta ciudad, denominada por el topónimo del lugar en el que se encuentra, La Fonteta, en plenas dunas de Guardamar, está excavada sólo en una pequeña parte. Pese a ello, la espectacularidad y estado de conservación de los restos nos indican que este yacimiento está llamado a convertirse en la principal referencia del urbanismo fenicio en los primeros años de este nuevo milenio.

Además, según avanzan las investigaciones, van apareciendo nuevos datos sobre lo que pudo ser una presencia directa fenicia o, al menos, una mayor intensidad en los contactos con las poblaciones que ocupaban el litoral mediterráneo peninsular. A este respecto hay que mencionar la abundante presencia de material fenicio en muchos de los yacimientos catalanes y el hallazgo de un almacén fluvial fenicio en el Bajo Ebro, en Aldovesta (Benifallet, Tarragona). Muy cerca, al sur del delta del Ebro, ha sido excavado un hábitat fortificado, conocido como Sant Jaume de Mas d'en Serra (Alcanar, Tarragona), que presenta una clara influencia semita, visible gracias a las asociaciones de producciones locales con materiales fenicios del área del estrecho de Gibraltar.

Por otra parte, las investigaciones realizadas por los arqueólogos portugueses han permitido observar que la presencia fenicia no se limitó al entorno del estrecho de Gibraltar y la ría de Huelva. Al igual que en las costas atlánticas de Marruecos, los navegantes semitas alcanzaron el islote de Mogador, por las costas portuguesas sucedió algo similar. Un primer centro fenicio de importancia apareció en Tavira, en el Algarbe portugués. Lo más sorprendente es que a este descubrimiento se han ido sucediendo otros en lugares mucho más septentrionales. Éste es el caso del edificio «singular» de Abul (en la desembocadura del río Sado, muy próximo a la ciudad de Setúbal) una especie de palacio-santuario de tipo oriental. Además, recientemente, la arqueología urbana en Lisboa ha exhumado un conjunto de estructuras arquitectónicas interpretadas como fenicias por el material documentado dentro del registro arqueológico.

Parece, por lo tanto, que según avanzamos en el conocimiento científico de los fenicios más nos sorprende el alcance de la empresa comercial que desempeñaron. Desde luego, si se continúa en esta línea, no será descabellado pensar que dentro de algunos años se podrá demostrar empíricamente que el llamado «periplo de Himilcón», una aventura protagonizada por un marinero cartaginés que alcanzó las Casitérides (Islas Británicas) en busca de materias primas, fue algo más que una leyenda, más aun cuando recientemente están empezando a aparecer materiales fenicios en las costas gallegas.

La navegación en altura también aprovechaba las escalas comerciales que habían ido siendo fundadas para los fenicios. En ellas se aprovisionaban de agua y alimentos, principalmente, y realizaban la reparación de las averías de los barcos. En realidad, en la práctica totalidad del Mediterráneo son escasos los puntos en los que no es visible la costa y tan sólo se recorrerían distancias largas sin avistamiento de tierra firme en los citados casos del canal de Cerdeña y el trayecto desde la isla sarda hasta Baleares. Por el contrario, un serio problema

que se planteaba a menudo a los fenicios era la inestabilidad de los vientos del Mediterráneo, fundamentalmente las largas calmas estivales, que coincidían con las idas y venidas de los grandes barcos mercantes, que tan sólo surcaban las aguas en los meses de verano. Pese a que contaban con remos para desplazarse a falta de vientos, las calmas suponían que los barcos se anclaran durante varios días en las factorías.

Los viajes se realizarían entre los meses de mayo y octubre, fundamentalmente. La velocidad de los barcos dependería de varios factores: por un lado, la existencia o no de vientos favorables, cuya falta suplirían remando, y, por otro, la manejabilidad y agilidad de los diferentes tipos de barcos. Evidentemente, los barcos que emprendían la ruta Tiro-Gadir eran barcos mercantes denominados «bañeras» (*gaulós*), con gran flotabilidad pero muy torpes y pesados para las maniobras.

Los primeros barcos fenicios debieron ser aquellos empleados en el comercio entre las diferentes ciudades costeras fenicias. Éstos fueron barcos de pequeño tamaño, redondeados en la popa que anticiparon lo que serían después los *gauloi.* El *gaulós,* barco mercante por excelencia, debió medir entre 20 y 30 metros, con una anchura que osciló entre los 6 y 10 metros. El calado fue, aproximadamente, de cerca de 2 metros. La popa del barco estaba rematada, a menudo, con una talla en forma de cola de pescado o roleo, mientras que la proa, curvilínea, terminaba con el célebre aplustro o *akrotérion,* una talla zoomorfa frecuentemente con forma de caballo. En el casco, a cada lado, estaban representados dos ojos que tenían que facilitar la visibilidad del barco durante la ruta a la vez que protegerle amedrentando a los enemigos. Estos ojos derivan de los *udjat* egipcios, el tan preciado «ojo de Horus», un símbolo protector que mezclaba en su composición rasgos humanos con los del ojo de un halcón peregrino.

Conocemos, a través de la lectura de las fuentes que este tipo de barco de

carga ya era empleado por la marina mercante cananea, en torno al siglo XIV a. C. Esta flota tenía un elevado grado de organización, aunque su comercio tan sólo se circunscribía a las costas de Oriente y a Chipre. También se empleó este tipo de embarcación en el comercio fluvial a lo largo del segundo milenio a. C. Algunos textos recogidos en las tablillas cuneiformes de Ras-Shamra (Ugarit), mencionan la existencia de algunos barcos cananeos de este tipo navegando por el Éufrates o por el Orontes. Evidentemente, estas embarcaciones debieron ser construidas y flotadas en el mismo río, ya que no existe conexión fluvial entre estos puntos y la costa de Siria-Palestina. Otros textos hacen alusión a las idas y venidas de estas embarcaciones desde la costa de Siria hasta las costas del Sinaí y del delta del Nilo, siempre organizadas en flotas y nunca en solitario.

Las velas del barco de carga eran cuadradas y, por su posición central, únicamente propulsaban a la embarcación con los vientos de popa. El barco era dirigido con un gran timón que partía desde un lateral de la popa con forma de gran remo con una pala muy amplia. La tripulación de este tipo de embarcaciones no superaba los treinta hombres. Las mejores representaciones de este tipo de navío las tenemos en las pinturas funerarias de la necrópolis de Tebas (Egipto), en las que los altos dignatarios y los grandes personajes egipcios se hicieron representar en las paredes de sus tumbas realizando sus actividades comunes, tales como la recepción de las flotas mercantes extranjeras y el recuento e imposición de impuestos a las mercancías antes de permitir su entrada definitiva en los templos egipcios. Un detalle curioso de estas representaciones es que algunos de los *gauloi* fenicios llevan sujeta en la proa un ánfora calada que funcionaría como indicador de posición cuando estas embarcaciones navegaban por la noche formadas dentro de una flota.

Otro tipo de embarcaciones, los barcos ligeros, han sido denominados tradicionalmente *hippoi,* es decir, se han identificado con caballos, precisamente por el uso de la cabeza de este animal como *akrostolion*. Han sido varios los

autores que han identificado el celebérrimo «caballo de Troya» con un *hippos,* es decir, con un barco de guerra. Incluso sobre la propia iconografía del dios Poseidón, representado montando un hipocampo o caballito de mar, se ha postulado acerca de que, en realidad, sería la imagen del dios sobre un *hippos,* surcando el mar. Otras afirmaciones incluso van más allá; el mítico caballo Pegaso, sería, en realidad, una visión romántica de un barco con cabeza de caballo en la que los remos serían las alas. Estos barcos ligeros, con tripulaciones escasas, fueron los que se emplearon durante las grandes exploraciones:

> «... exploró por dos veces las costas del océano Índico; a la vuelta de su segundo viaje, tocó en las costas etiópicas [...] se encontró también con la proa de madera de un navío, en el que estaba tallada la figura de un caballo, y supo que eran los restos de un naufragio de cierta escuadra que partió de Occidente; con ella emprendió de nuevo su viaje de regreso...».
>
> Estrabón, II, 3.

Probablemente, un barco de estas características emplearon algunos de los más célebres exploradores fenicios y púnicos como Himilcón, que alcanzó, según se desprende de las fuentes, las costas de las Islas Británicas, o el célebre periplo financiado por el faraón saíta Necao (XXVI Dinastía), quien contrató a experimentados marineros fenicios para buscar nuevas fuentes de riqueza, llegando incluso a circunnavegar el continente africano, rodeando el cabo de Buena Esperanza.

La propulsión de estos *hippoi* era mixta, es decir, llevaba velas cuadradas y un número de remeros variable, en función de la misión de la embarcación y del tamaño de la eslora de la misma. Los remeros iban acoplados al descubierto y en los espacios libres que quedaban entre las diferentes bancadas se depositaban los víveres y las mercancías (siempre de pequeño tamaño y peso). Por la iconografía existente en la que se representan estos barcos, vemos que las velas y los mástiles eran plegables, es decir, el mástil se doblaba para facilitar ciertas maniobras complicadas, como el atraque de los barcos (tal y como se aprecia en

los relieves del palacio de Khorsabad). También en la *Odisea* tenemos referencias a estos y otros aspectos relacionados con los aparejos:

> «... mas así que Zeus Cronión nos trajo el séptimo día, cesó la violencia del vendaval que causaba la tempestad y nos embarcamos, lanzando la nave al vasto ponto después de izar el mástil y de descoger las blancas velas. Cuando hubimos dejado atrás aquella isla y ya no se divisaba tierra alguna, sino solamente cielo y mar, Zeus colocó por encima de la cóncava nave una parda nube debajo de la cual se oscureció el ponto. No anduvo la embarcación largo rato, pues sopló enseguida el estridente Céfiro y, desencadenándose, produjo gran tempestad: un torbellino rompió los dos cables del mástil, que se vino hacia atrás, y todos los aparejos se juntaron en la sentina. El mástil, al caer en la popa, hirió la cabeza del piloto, aplastándole todos los huesos; cayó el piloto desde el tablado como salta un buzo y su alma generosa se separó de los huesos».
>
> Homero, *Odisea,* XII.

El *hippos* era un barco muy polivalente, dada su versatilidad, su rapidez y su agilidad en la maniobra. Tenemos referencias textuales que mencionan algunas de las expediciones realizadas con *hippoi* en las que se relata la entrada en enfrentamientos directos de estos navíos contra otras embarcaciones. Así, esta embarcación no se trataba de un navío de carga (al no disponer de bodega) ni de guerra (al no reunir las características ofensivas ni defensivas de éstos), se trató, por lo tanto, de la embarcación perfecta para las exploraciones y seguramente fue la que se empleó durante ese período de «precolonización» ya mencionado.

Evidentemente, la flota de guerra presentaba un esquema diferente. En primer lugar, llevaba una tripulación mayor, ya que en este tipo de embarcaciones, bastante más delgadas, la propulsión a remo era la más importante, por lo que se necesitaba un contingente mayor de marineros. La popa de los barcos militares era similar a la de los comerciales, en cambio, la proa era completamente diferente. La proa de una nave militar era el arma ofensiva más importante durante las batallas navales; en ella sobresalía el espolón, es decir, una gran punta de bronce, afilada, que mediante unas complicadas maniobras se trataba de clavar en los cascos de las naves enemigas

provocando así su hundimiento. En este espolón se ubicaban también los *udjat,* los ojos protectores.

En el caso de los barcos de guerra, la dirección de los mismos se realizaba por dos grandes timones ubicados también en popa. En estas embarcaciones la propulsión humana era fundamental, ya que durante los enfrentamientos a menudo se realizaban giros y cambios de dirección bruscos. Además, durante los enfrentamientos, los primeros daños eran sufridos casi siempre en los mástiles y en las velas, que eran intencionadamente incendiadas por los enemigos. De este modo, con el navío desarbolado, únicamente quedaban la potencia y la pericia de los remeros para el desplazamiento.

De entre todos los barcos militares, la *pentecontera* fue el más empleado durante toda la historia fenicia y durante la posterior hegemonía de Cartago. Este barco tenía unos 25 metros de longitud y, como su propio nombre indica, una tripulación de cincuenta remeros dispuestos en dos filas de veinticinco a cada lado. Según parece, el ritmo al que debían remar los tripulantes lo indicaba un flautista. El resto de la tripulación lo componían el capitán, uno o dos pilotos y los encargados de las velas, cuyo número no superaría los diez hombres. Así podemos estimar la tripulación completa de una *pentecontera* en unos sesenta y cinco marineros.

Otro barco que adquirió a lo largo de toda la antigüedad un gran desarrollo y utilización fue la *trirreme,* a la que se le da también un origen fenicio. En este caso, el barco llevaba una tripulación de unos ochenta marineros, contando con los soldados que entraban en acción en caso de combate. La principal novedad de esta embarcación es que los remeros no estaban en línea, sino que se colocaban en tres filas superpuestas, ubicadas de forma alterna para no estorbarse al remar. Este modelo fue evolucionando con posterioridad hasta incluir cuatro y hasta cinco filas de remeros (*tetrera* y *pentera,* esta última la «estrella» durante las Guerras Púnicas).

Las tácticas de ataque y defensa con este tipo de barcos eran fundamentalmente dos: el *diecplus,* es decir, la salida simultánea de toda la flota colocada en línea en dirección al objetivo enemigo para realizar un brusco giro clavando el espolón, y la técnica conocida como *periplus,* que consistía en realizar un giro de gran diámetro alrededor del barco enemigo para girar de repente y enfilar el barco enemigo por un lateral, asestando un golpe definitivo con el espolón. Evidentemente, el éxito de la maniobra radicaba en la preparación, en la coordinación y en la habilidad de los marineros. Es bien sabido que los ejércitos cartagineses durante las Guerras Púnicas estaban compuestos principalmente por mercenarios, por el contrario, a la hora de confeccionar las tripulaciones de los barcos de guerra, tan sólo se contaba con hábiles y expertos marinos, ciudadanos cartagineses en su mayoría.

Una vez vistos los distintos tipos de barcos que componían las flotas fenicias debemos detenernos, aunque sea de una manera breve, en una de las cuestiones que supusieron la clave del triunfo de la marina fenicia y de su gran expansión por todo el Mediterráneo: los materiales y las técnicas de construcción de los navíos. Ya hemos hablado de la abundancia de bosques en el país de Fenicia, que permitió el aprovisionamiento constante de maderas nobles para los astilleros. Sabemos que los fenicios seleccionaron las mejores maderas para fabricar las embarcaciones con las que habían de cruzar de un extremo a otro el mar Mediterráneo. En el texto bíblico que citamos a continuación, el profeta Ezequiel compara la ciudad de Tiro con una de sus embarcaciones:

> «... Tiro tú te lo decías: yo soy de perfecta hermosura. En el corazón de los mares están tus confines; los que te edificaron te hicieron perfectamente hermosa; de cipreses de Sanir hicieron tus quillas, de cedros del Líbano tus mástiles; tus remos, de encinas de Basán; tus bancos, de boj incrustado de marfil, traído de las islas de Kitiim. De lino recamado de Egipto, eran tus velas para servir de enseña; de jacinto y púrpura de las islas de Elisa, tus toldos. Los habitantes de Sidón y de Arvad eran tus remeros, y los más expertos entre ti, ¡oh! Tiro, tus pilotos. Ancianos de Guebal, con sus más hábiles obreros, calafateaban tus junturas...».
>
> Ezequiel, 27, 3-9.

Además de los textos bíblicos, contamos con las referencias de Homero en la *Odisea* tanto sobre la construcción como sobre la reparación de naves. Las embarcaciones fenicias, pues, se realizaban mediante un sistema de lengüetas y cuadernas sujetas entre sí con clavos. Estas cuadernas eran unas piezas de madera, con forma curva, que partían perpendiculares desde la quilla, conformando el costillaje del barco. Las cuadernas eran forradas por otras maderas dispuestas longitudinalmente a lo largo del casco (denominadas «tracas» en términos náuticos). Estas piezas iban sujetas con clavos o con pasadores, o, como en el caso de los barcos fenicios hallados hundidos frente a las costas de Mazarrón (Murcia), con un sistema mixto de pasadores y clavijas. Toda la superficie del casco era posteriormente calafateada con unos productos como la pez y el betún que, al tiempo, protegían la madera de la humedad, soldaban las tablas y las dotaban de impermeabilidad. Las anclas de estas embarcaciones fueron de piedra y, sólo en época púnica, aparecen los primeros sistemas de anclaje con hierro, aunque, de todas formas, las de piedra pervivieron durante varios siglos más. El ancla era una pesada piedra de forma triangular perforada en la zona más estrecha, a modo de argolla, para pasar el cabo que la sujetaba.

Otros datos que muestran la evolución tecnológica y el desarrollo constante de la navegación fenicia los tenemos en los puertos. Las primeras estructuras son las meramente naturales, es decir, el aprovechamiento de ensenadas con buenos fondeaderos, bahías y arrecifes como puertos. Estos puertos «naturales» además son los más abundantes en toda la órbita comercial fenicia. Realmente, las construcciones subacuáticas no se darán hasta finales del siglo IV a. C. A partir de este período helenístico sí aparecen estructuras portuarias en alguna ciudad fenicia (recordemos el caso del gran dique construido por Alejandro de Macedonia, que unía la isla de Tiro con tierra firme). Un paso intermedio lo tenemos en la talla intencionada de superficies rocosas conformando lagunas artificiales o la adaptación de escolleras y arrecifes para evitar el paso del oleaje.

El mejor ejemplo es el del *cothon* de Mozia (Sicilia) o los puertos de Cartago. En el caso siciliano, el puerto se encontraba tallado sobre la superficie calcárea del islote. La estructura, bien visible en la actualidad, junto a la llamada «Puerta Sur» de la ciudad fenicia, tiene una planta cuadrangular de unos 50 x 35,5 metros. El fondo del puerto está también trabajado y presenta una superficie plana, aunque ligeramente inclinada hacia el sur (hacia el exterior). Este pequeño puerto artificial está conectado con el mar mediante un estrecho canal pavimentado con grandes bloques de piedra dejando en el centro un surco longitudinal, que permitió a los barcos resbalar la quilla. La fecha que los investigadores de la misión británica han señalado para esta instalación es la de la segunda mitad del siglo VI a. C., con ciertas reformas datadas entrado el siglo V a. C.

El segundo ejemplo de puerto artificial o *cothon* es el de los dos puertos de Cartago, aunque pertenecen a una cronología bastante posterior. En este caso nos encontramos ante un sistema de doble puerto unido entre sí y con mar abierto mediante unos canales. El puerto rectangular se interpreta como «comercial» y el circular como «militar». En el centro de este puerto militar se encuentra la llamada isla del Almirantazgo, desde donde se controlaba la salida y llegada de los barcos, y a lo largo de toda la circunferencia se encontraba todo un conjunto de hangares o atarazanas dedicadas a la construcción y reparación de las embarcaciones. Estos puertos han sido excavados a lo largo de los últimos años en una serie de misiones, británicas en su mayoría. El problema es que, hasta el momento, no han aparecido indicios que remonten la cronología de estos más allá del siglo III a. C. De todas formas, conocemos por referencias textuales que la antigua ciudad de Cartago tendría otros puertos ubicados en el entorno próximo y no sólo dependería del tráfico marítimo de los dos pequeños puertos descritos. Una de las mejores referencias para el conocimiento de los puertos de Cartago la tenemos en este texto de Polibio:

> «... los puertos se comunicaban entre ellos y tenían una entrada común, desde el mar, de setenta pies

> de ancho, que podían cerrar con cadenas de hierro. El primer puerto era para barcos mercantes y había en él gran cantidad y variedad de aparejos; en el interior del segundo puerto, en su parte central había una isla, y la isla y el puerto estaban surcados a intervalos por grandes diques, los cuales albergaban fondeaderos con capacidad para doscientas veinte naves, y adosados a los fondeaderos, había almacenes para los aparejos de las trirremes. Delante de cada fondeadero había dos columnas jónicas que daban el aspecto continuo de un pórtico al puerto y a la isla. En la isla estaba la residencia del navarca, desde la cual el trompetero daba las señales y el navarca lo controlaba todo. La isla estaba situada a la entrada del puerto y tenía gran altura, de manera que el navarca veía todo lo que sucedía en mar abierto y, a su vez, los que penetraban en el puerto no podían tener una visión clara del interior. Los fondeaderos no eran totalmente visibles al llegar, ni siquiera para las naves mercantes, puesto que estaban rodeados por un doble muro con puertas que permitían el paso a los barcos desde el primer puerto de la ciudad sin atravesar los fondeaderos».
>
> Polibio, Pun. 96.

Otros puertos aprovecharon dobles bahías o lagunas costeras. Ejemplos de este tipo de puertos en «8» son el de Cartago Nova (Cartagena, Murcia) o el del Cerro del Prado-Carteia (San Roque, Cádiz). En muchos de los casos, la inexistencia de un puerto era suplida por los fenicios con el atraque directo de las embarcaciones en las playas.

Algunas estructuras portuarias, en cambio, presentaban un conjunto de obras de ingeniería bastante complejas. Un caso conocido es el de los dos puertos de la ciudad de Tiro; allí, entre el puerto natural (el llamado «sidonio», ubicado al norte de la isla) y el artificial, construido por Ithobaal (denominado «egipcio», al sur de la isla), existía un canal que los conectaba. Algo similar sucedió entre las islas de Kotynousa y Erytheia (Gadir), donde han aparecido algunos vestigios de lo que se ha denominado «Canal Bahía-Caleta», que unía el interior de la bahía de Cádiz con mar abierto.

Parece, pues, evidente, que la gran capacidad naval de los fenicios no sólo se correspondía con los magníficos conocimientos a la hora de construir las embarcaciones, también fue fundamental una excelente técnica de navegación, de orientación, el conocimiento de las principales rutas, corrientes y vientos, la tecnología de construcción de los puertos y el aprovechamiento de los recursos

naturales que las costas ofrecían y que nadie mejor que ellos supo explotar.

Los fenicios de Occidente

Como ha se ha ido adelantando a lo largo de este capítulo, la particular situación política y la superpoblación que padecieron las ciudades-Estado fenicias, junto al déficit agrícola de la región, provocaron el aumento progresivo de colonos que emprendían viaje hasta las lejanas factorías que, hasta los primeros años del siglo VII a. C., habían tenido un carácter eminentemente comercial. En el origen de estos asentamientos estaban las pequeñas escalas comerciales empleadas por los navegantes fenicios como lugares de atraque puntual, de cara a reponer de víveres las bodegas de los barcos, traficar con algunos objetos de lujo y reparar en la medida de lo posible los desperfectos que las embarcaciones podían haber sufrido en la larga ruta.

Paralela a esta salida constante de colonos desde Oriente estaba la angustiosa búsqueda de materias primas y metales preciosos de los gobiernos de las ciudades-Estado fenicias para poder soportar el pago de impuestos a los monarcas asirios a cambio de mantener su autonomía. La ciudad de Tiro pagaba sus tributos en plata, generalmente, así como en hierro, plomo y estaño. La ordenación de estos metales, al no existir la moneda como tal, se regía por una serie de patrones tales como el peso y la calidad. Parece ser que el peso habitual era la llamada «mina» (aproximadamente medio kilogramo) que equivalía a cincuenta «siclos». Conocemos estas referencias del uso de objetos con valor premonetal por algunos textos tales como la Biblia, donde, por ejemplo, se alude al encargo de escudos de trescientos «siclos» de oro que el rey Salomón realizó para su palacio (Crónicas, II, 9).

Sabemos, por otra parte, que detrás de la fundación de la colonia fenicia de Kitión en Chipre (hacia el siglo IX a. C.) estaba el interés constante en las fuentes de metal de la isla mediterránea. Con el ascenso al trono asirio de Tiglatpileser

III (hacia el 750 a. C.), se duplica la presión sobre las ciudades-Estado fenicias, principalmente sobre Tiro, que, tras la conquista de los territorios de Siria y Urartu hacia el 740 a. C., quedó aislada y rodeada por el imperio asirio por todas sus fronteras. Más adelante dedicaremos un capítulo a la incidencia definitiva que tuvo la política expansionista asiria sobre el territorio fenicio. Tan sólo quedaba la salida por mar, y, teniendo en cuenta que para entonces ya habían sido establecidos los primeros asentamientos en las costas africanas, en Sicilia, Cerdeña y la Península Ibérica, la mitad del trabajo estaba ya hecho.

Los asentamientos «coloniales» (aunque preferimos decir «comerciales» dado el escaso grado de colonización llevado a cabo por los fenicios en la mayoría de ellos) que fueron aprovechados por los fenicios tienen un origen casi mítico. Las referencias de los historiadores clásicos nos llevan la fundación de las primeras ciudades fenicias de Occidente hacia el año 1110 a. C., varios siglos antes de lo que nos confirman las excavaciones arqueológicas en esos mismos lugares. Además, las primeras fundaciones son las más alejadas geográficamente del núcleo sirio-palestino. Así, las primeras fundaciones, si atendemos a las referencias textuales, son Lixus (junto a Larache, en Marruecos), Gadir (Cádiz) y Útica (al noroeste de Túnez) (Veleyo Patérculo, 1: 2, 3-8 y 4; Estrabón, 1: 3, 2, y Plinio*, N.H.,* 19, 216). La ciudad de Lixus, según los textos, fue la primera y, al igual que Gadir (que fue la segunda fundación), tuvo en origen un templo dedicado a Melkart, al señor de la ciudad, al dios protector de los navegantes. Los caprichos del destino, además, han querido unir a ambas ciudades, ya que, en los dos casos, las investigaciones arqueológicas no han ofrecido indicio alguno de ocupación fenicia anterior al siglo VIII a. C.

Sólo muy recientemente en la llamada Casa del Obispo de Cádiz han aparecido durante la realización de una excavación de urgencia algunos restos fenicios arcaicos, si bien no se pueden llevar al siglo X a. C., en caso alguno. Según Plinio, la ciudad de Útica, aún en época romana, mantenía intactas las

maderas de cedro con las que se construyó su templo. La fundación de la ciudad, según las fuentes, tuvo lugar en el año 1101 a. C., justo 287 años antes que la de Cartago (que se fecha en el año 814 a. C.), cuya fundación, en la que nos detendremos más adelante, trajo consigo el control por los fenicios de las rutas de navegación en el Mediterráneo central logrando asentarse en las islas de Sicilia y Cerdeña. En un principio, los fenicios ocuparon las dos islas al completo, pero, con la llegada de los griegos a Sicilia a partir de finales del siglo VIII a. C., los fenicios tuvieron que optar por concentrarse en la costa occidental de la isla, en las ciudades de Mozia, Palermo y Solunto.

El caso de Cerdeña es diferente, ya que los fenicios instauraron un control militar fuerte tanto en la costa como en el interior de la isla. Las principales fundaciones fenicias en Cerdeña fueron Bithia, Tharros y Karalis (la actual capital de la isla, Cagliari). Si hasta ahora no queríamos hablar de una «colonización» fenicia en Occidente, por el escaso interés fenicio en el control político del territorio, en el caso de la isla de Cerdeña hemos de variar nuestros planteamientos. La política de asentamientos costeros, sumada a la erección de recintos fortificados en el interior, sobre montes elevados, dejan entrever un claro interés en el control del interior de la isla, de la que sacaron el máximo rendimiento minero y agrícola. En la zona sur de Cerdeña se fundaron las principales ciudades, precisamente para que los puertos se encontrasen más próximos a los circuitos comerciales del Mediterráneo central.

A partir de ahora vamos a realizar un recorrido por los principales asentamientos fenicios de cada una de las regiones que hemos mencionado. Así, vamos a tomar como punto de partida uno de los lugares en los que el mundo fenicio adquirió mayor protagonismo: la isla de Sicilia. Allí los fenicios se establecieron antes incluso que los griegos. Ya Tucídides menciona tales aspectos:

> «Los fenicios se habían asentado a lo largo de toda Sicilia en promontorios costeros, que habían

> fortificado, y en los islotes cercanos a fin de comerciar con los Sículos. Pero cuando los griegos comenzaron también a llegar en gran número, los fenicios abandonaron la mayoría de aquellos sitios y se instalaron a vivir juntos en Mozia, Panormo y Solunto, cerca de los Elymeos, en parte porque buscaban su alianza, y en parte porque desde allí el viaje desde Sicilia a Cartago es más corto».
>
> Tucídides, VI, 2, 6.

Del texto se desprenden, por lo tanto, las dos razones por las que los fenicios ocuparon la isla y fundaron un conjunto de asentamientos urbanos de primera entidad. Por un lado, la isla de Sicilia era un buen mercado para el intercambio de productos. Este mercado se organizó bajo el control de algunos colonos fenicios y se realizó tanto con los indígenas de la isla como con los pueblos de la Península Itálica. Así, la isla mediterránea se transformó en una especie de puerta de acceso de mercancías hacia el interior de Italia. Por otro lado, la magnífica situación geográfica de la isla, ubicada en el centro del Mediterráneo, provocó su transformación en un eje político, económico y militar de primera magnitud entre el norte de África y Europa.

El carácter de la ocupación fenicia en la isla de Sicilia y la posición geográfica en el centro del Mediterráneo trajeron consigo la independencia de toda la zona respecto del conjunto del comercio fenicio. Este hecho propició, además, la incorporación de la isla, a partir del siglo VI a. C., a la órbita cartaginesa, una vez que ésta se alzó con la hegemonía en el Mediterráneo central y occidental. Uno de los asentamientos fenicios más importantes en la isla de Sicilia fue Mozia (en griego Motya). Este enclave, junto con Panormo y Solunto, fue uno de los asentamientos fenicios de mayor entidad urbana y política, al manifestar su control sobre una amplia zona geográfica del entorno. La ciudad se ubica en un islote enfrente de la costa de la actual ciudad de Marsala (Lilibeo en la Antigüedad) al oeste de la isla de Sicilia. Una vez más, se repite el mismo patrón de asentamiento de las ciudades fenicias, es decir, la ocupación de un islote cercano a la costa, en este caso, dentro del llamado «Estanque de Marsala». La ciudad de Mozia, con una superficie total de unas 45 hectáreas, se encontraba,

pues, en una posición magnífica, cercana a la costa de Sicilia y a poca distancia, apenas dos o tres jornadas de navegación, de la ciudad de Cartago, la gran metrópolis fenicia en Occidente. La ciudad, con una población estimada en unos 15.000 habitantes hacia el siglo VI a. C., contaba con todos los elementos propios de un asentamiento comercial y político fenicio. Uno de los rasgos más importantes era la existencia de un puerto artificial o *cothon,* del que ya hemos tenido ocasión de hablar. Por otra parte, la ciudad contaba con un conjunto de necrópolis, que han llegado hasta nosotros en un magnífico estado de conservación, en las que las tumbas más antiguas se fechan en el siglo VIII a. C. También Mozia contó un santuario (denominado Cappidazzu), probablemente dedicado a Baal Hammóm, y un tofet en el que se depositaron contenedores cerámicos con los huesos cremados procedentes de los sacrificios de niños. Una de las construcciones más espectaculares de la ciudad fue la muralla, una obra que por sí misma evoca y simboliza el poder y el prestigio que alcanzó. Este elemento defensivo tiene una longitud superior a los 2.300 metros y está realizado en su totalidad con piedras calizas locales. Presenta, además, un sistema de torres dobles ubicadas a espacios regulares que protegen todo el encintado.

Los primeros indicios de la ocupación de la ciudad se datan en torno al siglo VIII a. C. Parece ser, pues, que en ese período llegó a la zona el primer grupo de fenicios. El asentamiento no alcanzó una categoría de entidad urbana hasta el siglo VI a. C. Fue en ese preciso momento cuando se fechan las reformas más imponentes en la muralla, el puerto o la construcción de un *temenos* o muro que delimitaba la superficie total del espacio sagrado, en la zona del santuario. A lo largo del siglo IV a. C., la ciudad fue perdiendo importancia hasta que se abandonó. Los datos indican que gran parte de la población se trasladó al vecino establecimiento de Lilibeo (Marsala). Parece que la falta de terreno habitable en el entorno de Mozia fue una de las principales causas.

Otro de los asentamientos fenicios de Sicilia fue Panormo. Situada el norte de la isla, la ciudad no ha proporcionado un volumen de datos tan amplios como los de Mozia. Además, dada la continuidad en la ocupación del espacio (Panormo es la actual ciudad de Palermo), la obtención de restos arquitectónicos y de vestigios del entramado urbano se hace bastante más complicada. De la ciudad únicamente se conocen las necrópolis, alejadas del centro urbano. Estos cementerios fueron ocupados desde el siglo VII a. C. También de Palermo se ha estudiado algún resto de la muralla así como la topografía urbana, siendo el actual Corso Vittorio el eje o «plateia» de la ciudad antigua, y se han documentado algunos ejes secundarios *(stenopoi)* como el ubicado en el Palacio Arzobispal.

El resto de asentamientos fenicios en la isla de Sicilia han dejado indicios mucho menores. Conocemos la fundación de Solunto, en torno al siglo VII a. C. Este centro, ubicado a escasos 20 kilómetros de Palermo, presenta un urbanismo regular típicamente helénico, con el trazado viario de tipo hipodámico. La mayor parte de los restos que se han exhumado en la ciudad pertenecen a las fases púnico-helenísticas, no habiendo sido hallados aún los restos fenicios arcaicos que nos mencionan algunos autores clásicos, como es el caso de Tucídides.

Durante la época puramente púnica, en la que la mitad occidental de la isla quedó bajo el dominio de Cartago, sí se documentan nuevos asentamientos como Selinonte. Esta ciudad, ubicada en una posición fronteriza entre la Sicilia púnica y la griega, vivió momentos de esplendor durante la ocupación cartaginesa. También la ciudad de Erice (Eryx) tomó cierta importancia durante la presencia púnica en la isla. Buena muestra de ello son las magníficas murallas que han llegado en un espectacular grado de conservación hasta nosotros (construidas en el siglo IV a. C.).

La ocupación por parte de los fenicios de la isla de Cerdeña, como ya se ha

mencionado, tuvo una motivación bastante diferente. En el caso sardo, los fenicios no sólo se conformaron con la fundación de un conjunto de enclaves costeros en zonas estratégicas. El gran interés en el control de los recursos naturales que la isla ofrecía provocó la organización de un entramado de asentamientos, muchos de ellos con un marcado carácter militar, ubicados tanto en la costa como en el interior. Además, los asentamientos costeros se basaron en patrones distintos a los ya conocidos. En el caso de las fundaciones fenicias en Cerdeña, se ocupó principalmente un pequeño cabo unido a tierra firme por un istmo y no tanto islotes cercanos a la costa.

La ocupación total de la superficie de la isla también responde a la difícil relación mantenida con los indígenas sardos. Los fenicios heredaron en parte la organización del espacio político previo, denominado nurágico y, además, aprovecharon en algunos de sus yacimientos los restos de sus establecimientos militares. Entre el amplio conjunto de fundaciones fenicias en Cerdeña destaca, por encima del resto, la ciudad de Sulcis, ubicada al suroeste de la isla, en una península unida a tierra firme por un estrecho istmo, posiblemente conformado por el aporte constante de sedimentos fluviales (algo similar a lo que habíamos visto en Tiro). Los restos más antiguos corresponden al 750 a. C. y han sido encontrados en el área urbana de la actual población de Sant'Antioco.

En Sulcis quedaron organizados sus puertos al igual que en la ciudad de Tiro. Así pues, han sido detectados dos puertos, uno al norte y otro al sur de la ciudad. Entre los restos conservados de la ciudad destacan las estructuras defensivas, el tofet y las necrópolis. Las murallas, en algunos sectores, presentan un doble paramento realizado con grandes sillares de caliza, almohadillados en algunos casos. El tofet de la ciudad se halló extramuros, alejado del recinto urbano, dentro de un gran espacio de planta cuadrangular. Al igual que habíamos visto en la ciudad siciliana de Mozia, en Sulcis aparecieron los restos de cremaciones infantiles dentro de urnas cerámicas, ubicadas bajo estelas de

piedra. La utilización de este tofet, pues, se alargó desde época fenicia arcaica (siglo VIII a. C.) hasta época romana, lo que indica el fuerte arraigo de los ritos orientales en toda la zona. La necrópolis, por su parte, se caracterizó por la excavación de tumbas de cámara directamente en la roca, un rasgo habitual en el ámbito occidental fenicio.

Todos los datos recogidos parecen indicar que la ciudad fue cabeza de un vasto territorio organizado en su entorno, y que fue defendida por una serie de asentamientos militares en altura, ubicados en el interior, a la espalda de la ciudad. Entre estos asentamientos destacan Pani Loriga y Monte Sirai, como los de mayor entidad de los encontrados hasta el momento. De este grupo de fortificaciones destacamos Monte Sirai, fundamentalmente por su magnífica posición controlando las rutas de comunicación entre la costa de Sulcis y el interior, de las que tiene una perfecta visibilidad. El origen del asentamiento está vinculado con el mundo sardo precolonial, denominado nurágico. La primera ocupación fenicia del cerro se fecha en el siglo VII a. C., de todas formas no será hasta época púnica cuando se fortificó todo el espacio y se construyó una acrópolis en la parte más elevada de la ciudad. Este asentamiento, pese al marcado carácter militar, mantuvo también un espacio sagrado empleado como tofet y un templo. También cabe destacar su organización urbana bien planificada y sus fortificaciones de tipo complejo. En el área sagrada, ubicada al norte de la ciudad, más allá de las necrópolis, destaca, como se ha dicho, un pequeño santuario escalonado con varias sacristías y un altar. El edificio se encuentra presidiendo la zona del tofet.

La ciudad de Tharros fue fundada por los fenicios hacia el siglo VII a. C., al igual que el resto de los asentamientos fenicios de Cerdeña. Ubicada al este de la isla, en la península de Sinis (en el llamado golfo de Oristano), Tharros contó desde época antigua con un recinto amurallado, para la construcción del cual se aprovecharon los restos de los recintos nurágicos previos. La ciudad también

tuvo una necrópolis con tumbas de cámara excavadas en la roca y un tofet, situado a las afueras del yacimiento. El enclave de Tharros presenta el clásico patrón de asentamiento que estamos viendo en las fundaciones fenicias de Cerdeña, es decir, la ciudad se extendió a lo largo de un prolongado y estrecho cabo que penetraba en el mar.

Pese a la extensión y desarrollo de la fundación fenicia, la fase de mayor apogeo de la ciudad llegó con la presencia y el control cartaginés. Parece ser, según los datos que han aportado las últimas excavaciones arqueológicas, que la ciudad de Tharros, hasta la época púnica, funcionó únicamente como una factoría comercial fenicia, y que no adquirió un propiamente urbano hasta el siglo V a. C. Junto con las forticarácterficaciones, en Tharros destaca la existencia de varios templos, algunos de ellos de gran monumentalidad, dado el tamaño de los restos que se conservan dispersos en el entorno. Asimismo cabe destacar la existencia de una planificación urbana bien desarrollada.

Aparte de las ciudades fenicias del entorno costero de Sulcis, se fundaron otros enclaves urbanos de gran importancia en las costas de Cerdeña. La propia capital actual de la isla, Cagliari, tiene su origen en la ciudad fenicia de Karalis. De todas formas, los vestigios que se han encontrado en la ciudad se relacionan más bien con fases previas a la llegada de los fenicios o ya pertenecientes al período de hegemonía de Cartago en la zona. Parte de las murallas medievales y modernas de la ciudad parecen enmascarar, en algunos sectores, los restos de la antigua fortificación fenicia y púnica de Karalis. También cabe destacar las necrópolis, bastante ricas en lo que concierne a los materiales exhumados. Las más conocidas y accesibles son las que se encuentran en la llamada colina de Tuvixeddu.

Al sur de la isla aparecen otros enclaves fenicios de importancia. Nora, que, según las fuentes, fue la primera fundación fenicia en Cerdeña, no ha aportado materiales arqueológicos anteriores a la segunda mitad del siglo VII a. C. pese a

que la célebre estela, que supone casi un «unicum», está fechada por los especialistas a finales del siglo IX a. C. Los materiales más ricos y que más datos aportan pertenecen, una vez más, a la época púnica. Pese a ello, algunos restos arquitectónicos demuestran la ocupación del lugar, como factoría comercial, desde época fenicia. También en este lugar se repite el esquema del doble sistema de puertos, uno al noreste y otro al suroeste. De la ciudad de Nora procede la célebre estela en la que se indica que, durante la fundación de la ciudad por los fenicios, se construyó un templo en honor a una divinidad llamada Pumay. Se conservan algunas manzanas de viviendas fenicio-púnicas y un pequeño templete en la zona del tofet.

Bithia, en la punta más meridional de isla de Cerdeña, dominaba una doble ensenada natural que fue aprovechada como puerto. Por los datos obtenidos en la necrópolis arcaica, la ciudad se fundó en las últimas décadas del siglo VIII a. C. y presentó un gran crecimiento a lo largo del siglo VII y, principalmente, en el VI a. C. También este enclave tuvo su propia área sacrifical o tofet, en este caso ubicado sobre un pequeño islote muy cercano a la zona residencial. Junto con el tofet, en Bithia destaca la presencia de varios templos, alguno de ellos, como el dedicado al dios Bes, de gran complejidad y monumentalidad.

En el yacimiento de Antas se detecta un elemento bastante habitual en los asentamientos fenicios y púnicos que posteriormente fueron reocupados en época romana. Este elemento es el de la continuidad en el tiempo de los espacios religiosos. Así, sobre los restos del antiguo santuario fenicio, edificado con toda probabilidad en los primeros decenios del siglo VII a. C., se construyó un templo púnico dedicado al dios cazador Sid, conocido como *sacellum* de *Sid,* que continuó en forma semítica un culto nurágico dedicado al señor de la naturaleza y padre universal.

Años después, con la ocupación romana de la isla de Cerdeña, se aprovecharon las estructuras previas así como el significado y los matices

sagrados del lugar, construyéndose un templo dórico dedicado al «Sardus Pater Babay». Las estructuras arquitectónicas de este edificio son visibles hoy día y mantienen un estado de conservación bastante aceptable. El templo visible hoy se reconstruyó en época de Caracalla sobre los restos del antiguo templo púnico.

En el caso de la Península Ibérica, existen dos grupos bastante diferenciados de asentamientos fenicios. Por un lado, los pequeños emporios comerciales, tales como las célebres factorías de la costa andaluza y, por otro, las fundaciones que, desde épocas remotas, tuvieron componentes urbanos. De estas últimas, naturalmente las menos frecuentes, brilló una por encima del resto: Gadir. La fundación de Cádiz se incluye dentro de las primeras colonias fenicias del extremo occidente, las más alejadas y, por el contrario, las más antiguas. Gadir, junto a Lixus y Útica conforman, si atendemos a las fuentes textuales, las primeras tres fundaciones fenicias.

Una vez más, los datos obtenidos a partir de las intervenciones arqueológicas en diversos puntos de la bahía de Cádiz nos llevan la cronología de la fundación bastantes años después de la fecha mítica del 1100 a. C. Además, en el caso de Gadir, los restos más antiguos no aparecen en el casco histórico de la ciudad (en la isla de Erytheia), sino en la zona de la desembocadura del río Guadalete, en el yacimiento denominado «Castillo de Doña Blanca» (Puerto de Santa María). En Cádiz los restos más antiguos pertenecen al ámbito de las necrópolis y son posteriores al siglo VII a. C. Sólo en los últimos dos o tres años están apareciendo en las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en el casco urbano de la ciudad, junto a la catedral, algunos materiales del siglo VII y VIII a. C. vinculados a algunas estructuras (suelos de uso y algun muro). Por el contrario, el asentamiento fenicio del Castillo de Doña Blanca presenta ya desde el siglo VIII a. C. unas estructuras arquitectónicas de gran entidad, de entre las que destaca la magnífica muralla. Esta defensa está realizada con una estructura de casamatas, es decir, con dos lienzos paralelos con unos muros perpendiculares o

riostras colocados a intervalos regulares. Estos cuartos internos o casamatas que quedan entre los dos lienzos se solieron emplear como cuerpos de guardia, como almacenes o caballerizas en épocas de paz; en cambio, en períodos de amenaza exterior, las casamatas se rellenaron de escombros macizando la estructura defensiva de esta manera y dándole más consistencia, para resistir cualquier ataque enemigo con arietes o con un destacamento de zapadores. Además, la muralla del siglo VIII a. C. del Castillo de Doña Blanca tenía delante un foso en forma de «V». Tales avances en el campo de la poliorcética denotan la importancia del asentamiento que, para algunos investigadores, supone en sí mismo el ámbito urbano de la propia Gadir.

Estas teorías sobre la organización del espacio urbano de Gadir están siendo debatidas aún hoy. La idea que parece que prevalece es la que afirma que el Castillo de Doña Blanca constituiría el núcleo poblacional, mientras que la isla de Erytheia y gran parte de la de Kotynousa estarían ocupadas por las necrópolis y en la isla de Anfípolis (donde se ubica hoy la población de San Fernando) se encontraría la zona industrial, por la cantidad de estructuras excavadas relacionadas con la metalurgia y con la producción cerámica. No olvidemos que en el extremo opuesto de la isla de Kouthinousa, justo en el pequeño islote conocido hoy como Sancti Petri se encontraba el celebérrimo templo de Melkart. Esta hipótesis se fundamenta, exclusivamente, en los hallazgos arqueológicos recuperados hasta el momento, procedentes fundamentalmente de intervenciones arqueológicas subacuáticas y terrestres en la zona de la Playa de Camposoto. Como hemos dicho, no podemos afirmar con total certeza que esto fuese así.

Además, las últimas intervenciones parecen ofrecer la posibilidad de que existiese un hábitat en la propia Cádiz, a parte del consabido del Castillo de Doña Blanca. Algunos sondeos realizados en la zona de la Torre Tavira (la zona más alta de la ciudad) y, más recientemente, en la llamada «Casa del Obispo»

(junto a la Catedral y el llamado «Campo del Sur») dejan entrever la existencia de un núcleo urbano antiguo. También se postula acerca de la desaparición de gran parte de la ciudad por la acción del oleaje y las corrientes marinas. De todas formas la realidad es que la mayor parte de los restos arqueológicos encontrados bajo el subsuelo de Cádiz pertenecen a cementerios y la mayoría de éstos no se utilizaron con anterioridad al siglo VI a. C.

Puede que la respuesta al problema planteado de Gadir la tengamos bastante cerca; probablemente debamos entender el concepto de Gadir como un conjunto de distintos asentamientos, como «un todo», en el entorno de la bahía. Ya las fuentes nos hablan de la ciudad en plural, es decir, mencionan una «Gadeira», esto es, las «Cádices». Cabe la posibilidad de que, al igual que en el caso de Tartessos, donde los arqueólogos se han pasado décadas buscando la ubicación de la ciudad, al final se entienda el concepto «Tartessos» como un territorio y no como un punto individualizado. Esto también nos es útil a la hora de ubicar la *Mainake* de las fuentes. Posiblemente, los navegantes griegos no llamaron *Mainake* a la factoría fenicia conocida hoy como Toscanos, tal y como han afirmado algunos especialistas, sino a todo un territorio en el que se ubicarían los distintos asentamientos fenicios, tan próximos entre ellos que mantuvieron relación visual y, como en el caso de Cádiz, caracterizados por un tipo de actividades distintas unos de otros. A continuación, nos centraremos en este conjunto de fundaciones fenicias.

El otro gran grupo de asentamientos fenicios en la Península Ibérica lo componen las factorías comerciales. A lo largo de las provincias de Almería, Granada, Málaga y Cádiz se han excavado, durante la segunda mitad del pasado siglo, un gran número de yacimientos. Estos asentamientos presentan unas pequeñas dimensiones (tan sólo Chorreras y Toscanos superan las dos hectáreas). La mayoría de ellos se ubica en promontorios no demasiado elevados y muy próximos a la costa, junto a las desembocaduras de cursos fluviales. De

todos ellos destacan dos grupos: por un lado, los que se encuentran en el entorno de Adra y Almuñécar (provincias de Almería y Granada respectivamente). En esta zona se han excavado tanto asentamientos (como el denominado Cerro de Montecristo, identificado como la antigua ciudad fenicia de Abdera, hoy Adra) como necrópolis (en Sexi, hoy Almuñécar). En esta localidad granadina fueron excavadas tres necrópolis —Cerro de San Cristóbal, Velilla y Puente de Noy— y un pequeño poblado fenicio ocupado desde la primera mitad del siglo VIII a. C. En el abderitano Cerro de Montecristo, por su parte, se tiene constancia de una ocupación continua desde la segunda mitad del siglo VIII a. C. hasta el siglo V a. C.

Por otro lado, tenemos los asentamientos fenicios ubicados en el entorno de los ríos Vélez y Algarrobo (en la actual provincia de Málaga). Allí se encuentran las factorías de Chorreras, Morro de Mezquitilla y Toscanos, otros yacimientos de corte defensivo como el Cerro del Mar y el Cerro de Alarcón, y las espectaculares necrópolis de Trayamar, Lagos y Jardín. Todos estos yacimientos se fechan en la segunda mitad del siglo VIII a. C. y en las primeras décadas del VII. De todos ellos es el que se encuentra dentro del Cortijo de los Toscanos (de donde recibe el nombre) el que presenta unas estructuras más llamativas. Junto a la muralla de la factoría apareció un gran edificio de planta tripartita, con la nave central más ancha, que en un primer momento fue identificado con un gran almacén.

Hoy los avances en la investigación y la aparición de más estructuras de este tipo (edificios de Hazor, de Mozia o de Al Mina, por citar algunos) nos llevan a pensar más en una especie de centro de mercado como aquellos que, al más puro estilo oriental, estaban controlados por una autoridad sagrada y política. La categoría de este asentamiento ha llevado a identificarlo con la Mainake que mencionaban las fuentes griegas. Hoy entendemos que Mainake, probablemente, quedaría configurada por un grupo de asentamientos muy próximos entre sí, en

los que se aprecian unas actividades completamente distintas: en Morro de Mezquitilla se han exhumado un conjunto de viviendas y de talleres metalúrgicos; en Chorreras, la factoría que antes se abandonó de todo este grupo, aparecieron una serie de viviendas ubicadas frente al mar, estructuradas en diferentes terrazas para que desde todas ellas se viese el mar y penetrase la luz solar para iluminar el interior de las casas, y en el Cerro de Alarcón, ubicado más hacia el interior, apareció una potente muralla, en magnífico estado de conservación. Esta estructura defensiva y su disposición en el interior nos indica su función: el control y la vigilancia de los caminos que unían las factorías costeras con el interior.

En lo que concierne a las necrópolis, destaca por su espectacularidad la de Trayamar, que quedó conformada por un grupo de tumbas de cámara realizadas con sillares de caliza y con un pasillo inclinado o *dromos,* como acceso. La magnitud de las estructuras, de las que llegaron a identificarse cinco, y la riqueza de los ajuares llevaron a los excavadores del Instituto Arqueológico Alemán a relacionarlas con los miembros de las clases sociales más importantes, es decir, aquellas que controlaban el comercio en toda esta zona.

Próximos a la actual ciudad de Málaga se encuentran otros yacimientos fenicios. En la propia Malaka han aparecido niveles púnicos del siglo VI a. C. El topónimo de la ciudad MLK ya alude, por sí mismo, a su naturaleza fenicia. El principal problema de la investigación en la capital es la continuidad hasta el presente de la ocupación, lo que dificulta en gran medida disponer de espacios urbanos fenicios concretos, cuyos restos provienen, mayoritariamente, de excavaciones de urgencia y salvamento. Los restos más antiguos proceden de la calle San Pablo y se pueden fechar a finales del siglo VIII. A pesar de este dato, la mayor parte de los materiales exhumados, como hemos mencionado, se ubican cronológicamente a partir del siglo VI a. C.

En un promontorio bastante próximo junto a la desembocadura del río

Guadalhorce, se ha excavado un asentamiento fenicio que se fecha en la segunda mitad del siglo VIII a. C. denominado Cerro del Villar. Este poblado se ubica sobre un antiguo islote. En la zona norte de la isla se fundó un pequeño centro poblacional en el siglo VIII a. C., en un lugar que ofrecía suficientes recursos agrícolas y ganaderos. Se han excavado varias fases constructivas y un área industrial compuesta de hornos y almacenes en la zona periférica.

En la costa malagueña se han ido excavando en los últimos años numerosos asentamientos fenicios menores (Cerro del Castillo de Fuengirola, el Torreón de Estepona o el Cortijo de Montánchez de Churriana, entre otros).

Junto al estrecho de Gibraltar y situado en el fondo de la bahía de Algeciras (Cádiz), en lo que pudo ser un pequeño islote en el estuario del río Guadarranque, los fenicios fundaron otra factoría que, sin lugar a dudas, tuvo gran importancia por el hecho de ubicarse justo antes del paso del Estrecho. Este yacimiento se conoce como Cerro del Prado y presenta niveles del siglo VIII a. C. Las recientes investigaciones efectuadas por un equipo de la Universidad Autónoma de Madrid en la zona han vinculado directamente el abandono de la factoría del Cerro del Prado por causa de la falta de espacio para el crecimiento y desarrollo de la misma y su traslado a un nuevo enclave, la célebre ciudad púnica y romana de Carteia. También en Tarifa se ha mencionado la posibilidad de la existencia de un asentamiento fenicio arcaico del que apenas se conoce la necrópolis (en concreto, un total de cinco hipogeos) en la isla de las Palomas. La zona habitada, muy posiblemente, se ubicó en la zona donde hoy se yergue la fortaleza de Guzmán el Bueno. No podemos olvidar mencionar, aunque sea sucintamente, la existencia de un santuario en la cueva gibraltareña de Gorham, de donde proceden abundantes materiales votivos y amuletos fechados entre los siglos VIII y III a. C.

Cuando parecía que los fenicios se habían centrado exclusivamente en la ruta Tiro-Gadir, en la que se encuadraba, magníficamente, todo el conjunto de

yacimientos fenicios que acabamos de ver, se confirma, en los últimos años, una presencia intensa de fenicios en las costas del Levante español. Así, a partir de la ciudad de Baria (Villaricos, Almería) en la desembocadura del río Almanzora, en la costa almeriense, han ido apareciendo un conjunto de fundaciones fenicias de gran entidad. En Baria apareció un grupo de hipogeos fechados en el siglo VI a. C., así como restos de un importante asentamiento que aún hoy se encuentra en proceso de estudio. Esta ciudad aparece frecuentemente mencionada en los textos clásicos (Plutarco; Valerio Máximo, III, 6, 1, o Aulio Gelio, VI, I, 8) y forma parte de un amplio espacio de gran valor arqueológico que comprende restos romanos, bizantinos y visogodos junto con los mencionados fenicios. La zona excavada ha ofrecido documentación suficiente como para poder hablar de, al menos, cinco fases de ocupación desde finales del siglo VII a. C.

En la margen oriental del río Almanzora y muy próximo a la ciudad de Baria, se ha excavado también un pequeño centro habitacional fechado en el siglo VII a. C. y conocido por el topónimo del lugar, es decir, el Cabecico de Parra.

La desembocadura del río Segura, por su parte, ha ofrecido en los últimos años un volumen de datos sorprendente sobre la presencia fenicia en la Península. Allí se están excavando los restos de una factoría fenicia de gran entidad, denominada con el topónimo de La Fonteta, en el entorno de las dunas de Guardamar (Alicante). Ocupado ininterrumpidamente desde el siglo VIII a. C. hasta cerca del 545 a. C., este yacimiento está llamado a convertirse en los próximos años (y de solucionarse ciertos problemas administrativos) en el abanderado de los estudios fenicios en España. En la fase más antigua, denominada «Fonteta I», aparecieron las trazas de unas obras arquitectónicas realizadas en materiales perecederos que se han relacionado con un embarcadero así como un gran edificio de planta rectangular realizado en tapial. Esta fase se ha fechado en el último cuarto del siglo VIII a. C. Más adelante se construyó una fortificación que se realizó a partir del último cuarto del siglo VII a. C., momento

en el que se ha documentado una reordenación urbana del núcleo arcaico. En esa fase, el antiguo núcleo se fortificó con un recinto defensivo integrado que supuso el retranqueo en parte del espacio habitado. La actuación de dos equipos científicos en varias áreas del yacimiento ha supuesto que tengamos una abundante y rica información sobre la composición técnica de la muralla, si bien han aparecido tramos que presentan distintas técnicas y soluciones edilicias que provocan serias discrepancias en cuanto a la interpretación.

Así, en una de las zonas excavadas de la muralla ésta presenta un esquema compuesto por un paramento a plomada al que fueron adosados dos lienzos en talud. Según una de las interpretaciones, en el lienzo interior aparecieron un conjunto de contrafuertes o tirantes realizados en adobes ubicados para dotar de consistencia al conjunto y para prevenir el arrumbamiento de sectores amplios del lienzo defensivo por motivos sísmicos o geomorfológicos (dado que el asentamiento se ubica sobre una *paleoplaya* con un estrato geológico no muy compacto ubicado a escasos metros del mar). En esa misma zona la muralla se completó con un complejo sistema de obras avanzadas que presentaba un pequeño antemuro que pudo funcionar como parapeto contra las acciones del oleaje más que como *proteichisma,* y un pequeño foso en «V». Asimismo, en esa zona fue exhumada una torre de planta cuadrangular que defendía dos flancos desde la esquina sureste del recinto urbano. Por otro lado, la aparición de unos paramentos transversales fue interpretada por este mismo investigador como evidencias de los fragmentos de muro que pudieron formar parte de una muralla de cajones, aunque, a falta de concluir la excavación de este sector, tal propuesta no quedó confirmada.

En la zona excavada por otro equipo de investigadores, dentro de la denominada, en este caso, «Fase IVa» (600-575 a. C.), la muralla presenta una estructura vertical con dos paramentos y un núcleo interior relleno de arena y cascajo (*emplecton*). Para este equipo, el uso de adobes no está constatado en el

lienzo hasta una fase posterior denominada «IVb» (575-550 a. C.). En este segundo momento de la fortificación de La Fonteta, los dos paramentos están unidos por un núcleo interior realizado con hiladas de adobes del que aún se conservan en pie más de 3 metros, con una anchura en la base de 1,5 metros y en la cima de 80 centimetros. En cualquier caso y a pesar de la controversia que suscita, el yacimiento presenta rasgos inequívocos de una gran complejidad urbana que se materializa en la construcción de la potente fortificación que lo rodeó, simple arquitectónicamente pero tremendamente funcional, buena muestra del dinamismo que se puede observar en las modificaciones y refacciones que sufrieron las defensas de la ciudad en zonas tan próximas y en cronologías bastante similares.

Muy próximo a este asentamiento se encuentra un pequeño yacimiento de corte defensivo conocido como Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar, Alicante), el cual, junto a una espectacular defensa estructurada en casamatas, ha ofrecido materiales cerámicos fenicios del siglo VIII a. C. Se ubicó en el borde del marjal o pequeña albufera que, hacia mediados del siglo VIII a. C. caracterizaba el tramo final del río Segura. La construcción de esta fortificación, rodeando una gran plaza de unos 3.600 metros cuadrados de extensión, encaja cronológicamente con la *Fase I* del vecino asentamiento de la Fonteta que describimos anteriormente.

La fortificación del Cabezo Pequeño del Estaño se caracteriza por presentar una muralla de casamatas o casernas a la que fue adosado un paramento en talud al exterior, dotándola de una anchura total de cinco metros. La defensa del flanco suroccidental del asentamiento, la zona por la que se accede más fácilmente, se completó, además, con la construcción de un gran bastión de planta cuadrangular. Todo el paramento interno a plomada del recinto se encuentra reforzado con grandes contrafuertes equidistantes, buena muestra de una arquitectura planificada y adaptada a un terreno inestable. Entre los distintos

contrafuertes se documentan los accesos —hoy colmatados— a los cuartos internos de la muralla. La existencia de un muro corrido reforzado con contrafuertes y la conservación de los accesos a las casamatas demuestran que no se trató de una muralla de cajones y sí de un modelo fortificado típicamente oriental, cuyos mejores paralelos hemos de buscarlos en *Hazor* o en la propia *Meggido* (Israel).

El recinto del Cabezo Pequeño del Estaño, para el que sus investigadores han propuesto una función de punto de defensa avanzado para proteger la desembocadura del Segura y la factoría de la Fonteta, pudo funcionar, en nuestra opinión, como una gran plaza de armas o un gran recinto en el que, en momentos de peligro (por las crecidas del río y la subida de nivel del agua del marjal o puede que durante algún episodio de inestabilidad social), la población dispersa que habitaba el Bajo Segura podría resguardarse junto con su cabaña ganadera. A pesar de que la construcción del Cabezo Pequeño del Estaño encaja cronológicamente con la fase no fortificada de *Fonteta I,* no creemos necesaria la construcción, por parte de los colonos que habitaban la factoría costera, de una avanzadilla militar para proteger el emporio de unos supuestamente *belicosos* indígenas del interior que ya, en ese momento, habitaban una región tremendamente orientalizada y que convivían con colonos semitas en sus propios núcleos urbanos (como se observa, por ejemplo, en los cercanos yacimientos de Peña Negra, en Crevillente, o Los Saladares, en Orihuela).

Más hacia el norte, se está detectando en los últimos años una serie de indicios que nos llevan a pensar en una mayor intensidad de contactos comerciales fenicios con las poblaciones del nordeste ibérico. Algo completamente opuesto a lo que se pensaba hasta hace apenas unas décadas. No existen yacimientos fenicios como tal en este área, en cambio, sí existen numerosos yacimientos indígenas con una fuerte influencia fenicia. Citemos el edificio de Aldovesta (a unos 15 kilometros de la localidad de Tortosa, en la

provincia de Tarragona) ubicado en el curso bajo del río Ebro. Allí, en un edificio de planta cuadrangular de unos 300 metros cuadrados ubicado en un entorno indígena, han aparecido gran cantidad de materiales de procedencia fenicia (ánforas de transporte fundamentalmente). Asimismo, en otros poblados catalanes fechados durante el período «Ibérico Antiguo» (VII-VI a. C.) se está detectando en el registro material (especialmente anfórico) una fuerte incidencia fenicia, sobre todo derivada del comercio con Ibiza.

No podemos olvidar en este recorrido a las islas Baleares. Allí se detecta una presencia arcaica fenicia entorno al siglo VIII a. C., que tuvo gran desarrollo, en cambio, tal y como nos muestran recientes estudios, parece que la verdadera colonización de las islas tuvo lugar un siglo más tarde, por parte de fenicios procedentes del llamado Círculo del Estrecho (es decir, provenientes de Gadir y de los asentamientos del entorno). La conexión entre los asentamientos baleáricos y Cerdeña fue constante, dada la proximidad entre ambas regiones. Tanto en la isla de Ibiza como en Mallorca, aparecen restos de asentamientos (Ebussum, Na Guardis) necrópolis (Puig des Molins) y santuarios (Illa Plana), con una serie de rasgos que indican la perduración de elementos culturales indígenas, al igual que se había visto en el caso sardo.

Del mismo modo que acabamos de observar con la presencia fenicia en la costa levantina de la Península Ibérica, en el caso atlántico, la arqueología en los últimos años también está confirmando que los comerciantes fenicios no se detuvieron en la zona de Huelva, y que continuaron bordeando la costa en busca de nuevas fuentes de riqueza. Ya dentro del territorio de Portugal, tenemos un importante conjunto de yacimientos fenicios. En el sur del país vecino, en la provincia del Algarbe, se está excavando en la actualidad un yacimiento amurallado en Tavira, que presenta una estructura extensa bastante similar al Castillo de Doña Blanca y que es fechada a partir del siglo VIII a. C. Más al norte, ya en la costa occidental portuguesa, precisamente en una zona de gran

concentración de yacimientos arqueológicos junto a la desembocadura del río Sado, muy próximos a la ciudad de Setúbal, ha aparecido un edificio de tipo «palacio-santuario» con unos esquemas de tipo orientalizante muy claros. Se trata de Abul, un asentamiento fenicio cuyos niveles más antiguos se datan a mediados del siglo VII a. C. Por último, citar los nuevos datos que se están recogiendo en algunas intervenciones urbanas en el casco histórico de Lisboa. Entre el conjunto de estructuras han aparecido numerosos fragmentos de cerámicas fenicias en contextos arqueológicos cerrados. Seguramente, en los próximos años, seremos testigos de nuevos avances en la investigación y en el conocimiento del alcance de la presencia fenicia en las costas atlánticas.

La costa atlántica africana, por su parte, ofrece la presencia de una serie de fundaciones fenicias de gran entidad relacionadas también con el comercio y la adquisición de materias primas. El yacimiento más importante es Lixus, ubicado en la desembocadura del río Loukkos, y muy próximo a la ciudad de Larache; en él son apreciables los restos de las murallas, del caserío y de una zona denominada como «barrio de los templos». Otros yacimientos son Tamuda (cercano a Tetuán, en pleno Estrecho de Gibraltar); Tingis (hoy Tánger), donde se han exhumado tumbas fundamentalmente; Sala (localidad próxima a Rabat), y el más meridional de todos, Mogador, que ocupa un pequeño islote cercano a la costa e identificada omo una factoría comercial «extrema», con unas estructuras habitacionales muy pobres y con un claro interés en el comercio de marfil y en la obtención de metales.

6

Bajo el signo de Baal'. Religión, creencias y ritos

«La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir».

Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida,* capítulo I.

La religión, las creencias y los ritos religiosos de los fenicios darían juego, por sí mismos, como para realizar una monografía. La amplitud y la complejidad del tema nos va a obligar a realizar una síntesis y a incluir, dentro del capítulo que hemos denominado como «documentos», un recorrido por las principales divinidades fenicias y por algunos de los más célebres protagonistas de su mitología, organizados alfabéticamente. La amplitud de este tema viene determinada por un rasgo habitual del pueblo fenicio que ya se ha visto a lo largo del libro, en otras facetas, como es el de aglutinar influjos de diferentes procedencias, y, en el caso de la religión y de los ritos religiosos, se va a producir una especie de sincretismo. Al igual que en otras facetas de la civilización, los fenicios absorbieron ritos y manifestaciones religiosas procedentes de otras culturas y las adaptaron espléndidamente a sus propias necesidades.

Por otra parte, la propia independencia y la constante preocupación por mantener la autonomía de las ciudades fenicias provocaron que cada una de ellas tuviese una serie de divinidades que se fueron convirtiendo paulatinamente en algo que podríamos definir como «nacionales». Además, cada ciudad-Estado

fenicia tuvo su propio panteón divino. Este recurso político, que se apoya en la religión como elemento diferenciador, dificulta tremendamente el trabajo de unificar la religión fenicia bajo un único epígrafe. Pese a ello, existieron un conjunto de divinidades comunes a todas las ciudades, que tuvieron, según el caso, diferentes advocaciones.

El origen de la religiosidad fenicia hemos de buscarlo en el sustrato cananeo previo que fue común a todas las ciudades. Por suerte, el mundo cananeo ha dejado numerosas pistas de cuáles fueron sus principales rasgos religiosos y manifestaciones espirituales. Aparte del amplio volumen de estatuillas religiosas recuperadas en Ugarit o en Biblos, así como los célebres cilindros-sello, la arqueología ha permitido recuperar edificios religiosos concretos que nos confirman el importante conservadurismo de las creencias y los ritos de los fenicios. También el Antiguo Testamento es una fuente importante para el conocimiento de la religiosidad fenicia.

En el mundo cananeo, el dios supremo «El» (el dios «Muy Alto») estaba representado por un toro, que vivía en Oriente. Este dios también aparece representado en el mundo fenicio arcaico con una serie de símbolos solares. «El» luchó contra las fieras para salvar a los hombres, hasta que finalmente murió. Así sus hijos le divinizaron, por lo que desde ese momento las divinidades fenicias descendientes de «El» fueron «hombres divinizados». Este dios «El» tenía una esposa, que era la diosa-Madre. El hijo de ambos era el dios Baal, que encarnaba los elementos, es decir, los fenómenos naturales y los accidentes geográficos. Esta tríada se mantuvo en la religión fenicia, aunque se vio influida enormemente por la religión egipcia, la cual incidió directamente sobre ella a lo largo de varios siglos. Un claro ejemplo de esta especie de «sincretismo» religioso lo tenemos al observar las estatuillas de bronce fenicias que representan a sus divinidades. Tal y como lo indican las inscripciones que las acompañan, se trata de dioses de origen cananeo antiguo, en cambio, por su aspecto y por los

vestidos que presentan, más bien parecen figuras divinas o sacerdotes egipcios. Así, por ejemplo, la Baalat fenicia fue identificada con la diosa Isis-Hathor.

La constante influencia egipcia en las manifestaciones religiosas fenicias también es visible si nos detenemos en analizar las estructuras arquitectónicas. En los templos fenicios se ven constantes referencias a la arquitectura religiosa egipcia, tanto desde el punto de vista de la tipología de las plantas, como desde la tecnología constructiva o las decoraciones. Pese al importante influjo egipcio en la arquitectura religiosa fenicia, hemos de hacer constar que también se observan otros muchos elementos arquitectónicos que podemos definir genéricamente como «orientales», es decir, nos podemos encontrar ante edificios religiosos fenicios con un tipo de planta tripartita al estilo siríaco, con un acceso a través de un patio, tal y como se observa en los palacios orientales desde el tercer milenio a. C., y todo ello rematado con las características decoraciones egipcias y los elementos típicos como las columnas lotiformes, papiriformes o hathoricas, y los remates con cornisas del tipo «gola egipcia». De esta forma, sucedió con la religión como con otras muchas facetas del mundo fenicio, es decir, recibieron numerosas influencias externas manteniendo siempre un importante elemento original muy característico.

En lo que concierne a las divinidades femeninas, la primera de todas fue Astarté, denominada en el mundo fenicio occidental Tanit. La diosa mayor de los fenicios se identificaba con la antigua divinidad mesopotámica Ishtar, madre de los sumerios y diosa de Uruk, y fue asimilada por el mundo griego a Afrodita, aunque en algunas de sus facetas también lo fue a la diosa madre Cibeles.

El dios nacional de Tiro, Melkart, al adquirir la ciudad una posición hegemónica sobre el resto de las ciudades-Estado fenicias, se transformó en la divinidad más importante del mundo fenicio desde el siglo IX a. C. y en la primera, sin ninguna duda, del mundo fenicio occidental (recordemos que, en cierto, modo funcionó como «patrono» de las empresas comerciales en

Occidente). Este dios fue en un principio una divinidad solar que, por la propia idiosincrasia del mundo fenicio, adquirió connotaciones marítimas. El culto a Melkart (asimilado por los griegos a Heracles) tuvo una gran trascendencia en lugares tan alejados de Tiro como Cartago o Gadir. En el caso de la ciudad norteafricana, es conocido el envío, durante muchos años, de un diezmo al templo de Melkart en Tiro y, en Gadir, por su parte, existió un templo dedicado al dios, del que nos han llegado incluso referencias romanas.

La principal divinidad de la ciudad de Sidón fue Eshmun, que fue asimilado por los griegos como Asklepio. El proceso de asimilación de divinidades cananeas por parte de los griegos fue constante; así, tenemos otros ejemplos como la asimilación de Baal Hammon como Cronos o Tanit como Hera, por citar las más importantes. La divinidad sidonia Eshmun, al igual que Melkart, también adquirió gran importancia en la ciudad de Cartago; allí fue edificado un templo en su nombre que parece que sobrevivió a la conquista romana, ya bajo el culto a Esculapio. También otras ciudades fenicias importantes como Amrit o Sarepta mantuvieron ritos dedicados a Eshmun.

El panteón sidonio tuvo como principal referencia divina femenina a Astarté, que fue la protectora de la ciudad en una de sus múltiples advocaciones. A ella erigieron los sidonios espléndidos santuarios, algunos de los cuales han quedado representados en acuñaciones de monedas de épocas posteriores. Esta diosa también tuvo culto en la ciudad de Tiro, especialmente después de la unión política de los dos importantes centros urbanos.

Existieron otras muchas divinidades menores, aunque algunas tuvieron gran difusión en algunos lugares. Entre éstas destaca la figura de Reshef, dios de la luz y del relámpago (que fue asimilado por el mundo clásico como Apolo). Una de las máximas divinidades de Occidente es Baal Hammon, al que se dedicó un gran número de estelas, y cuya figura parece ser que estuvo asimilada por el mundo griego a Zeus, padre de Heracles-Melkart.

Con el ascenso político y económico de la ciudad de Cartago y su conversión en gran potencia mediterránea, a partir del siglo VI a. C., una pareja de dioses alcanzó la hegemonía sobre el resto del panteón fenicio: la diosa Tanit y el dios Baal Hammón. La importancia que esta pareja adquirió en la vida religiosa cartaginesa no tuvo, desde luego, parangón con la que habían tenido en Fenicia. La diosa Tanit, de claro origen fenicio, hasta ese momento había tenido una importancia secundaria en relación con otras divinidades femeninas. De la importancia que llegó a alcanzar en el mundo cartaginés posterior tenemos muestra en la continuación de los ritos en su nombre instaurados ya durante la ocupación romana de los territorios del norte de África, bajo la denominación latina de Juno Celeste. El culto centrado en esta diosa se había extendido, gracias a la hegemonía púnica, por todo el Mediterráneo occidental, con unas características prácticamente idénticas a las de Astarté, con la que fue confundida. Con los cultos a Baal Hammón sucede algo similar a lo que acabamos de ver para Tanit. Se trata de una divinidad secundaria en Oriente cuyo culto adquirió un gran desarrollo en Occidente, tras el despegue político y económico de Cartago.

Otra de las cuestiones importantes de la religión fenicia es la diversidad de lugares en los que los fieles rindieron culto a las divinidades. Los principales lugares de culto fenicios fueron los templos, los cuales han llegado de una manera desigual hasta nosotros. Tenemos, incluso, más ejemplos de edificios religiosos de época cananea que de época fenicia. Pese a ello, sabemos, por el magnífico ejemplo que resulta la edificación del templo de Jerusalén, por encargo de Salomón, que los fenicios fueron grandes constructores de templos. Los templos fenicios no funcionaron exactamente como lugares de culto, ya que eran la morada de los dioses en sí mismos. Unas divinidades generalmente anicónicas, que, tal y como se ha visto en el caso del templo de los obeliscos (betilos) de la ciudad de Biblos, estaban encarnadas en piedras. El concepto de

«templum» fenicio es, por lo tanto, distinto a la idea que tenemos en el caso de las estructuras templarias grecorromanas, las cuales albergaban la imagen del dios. Quizás debamos poner en relación el templo fenicio con los espacios sagrados delimitados arquitectónicamente y denominadas «temenos» en el mundo clásico. Estos espacios, abiertos, tendrían tan sólo un altar en el centro, para la realización de los sacrificios, y un área que delimitaría este espacio. En los templos de plantas más complejas, los ritos sacrificiales se llevarían a cabo en las terrazas o azoteas, ya que se eran cultos al aire libre, que debían efectuarse a la vista de todos los fieles.

Los espacios sagrados abiertos mantendrían, en muchos casos, una planta tripartita muy característica del mundo semita, en la que las dos estancias más importantes serían la *cella,* donde se ubicaría el altar, y, delante de ella, una especie de lugar sagrado en el que se levantaría el betilo. La tercera estancia sería una especie de pórtico o patio, donde se colocarían los exvotos que los fieles llevaban en honor a la divinidad, o como pago por las promesas realizadas. Por ejemplo, en el caso de los santuarios dedicados a divinidades marinas, no sería extraño encontrar en sus patios numerosas anclas de piedra depositadas en mesas de ofrendas.

Otros lugares de culto para los fenicios estaban ubicados en plena naturaleza. Recordemos que algunas montañas de la cordillera del Líbano, tales como el monte Hermón, eran consideradas sagradas, así como los bosques o los árboles. También la escasez de agua en todo el país provocó que los ríos y fuentes también fuesen considerados como bienes sagrados. En la vida religiosa fenicia, al igual que en todo Oriente, el agua tuvo gran importancia como elemento purificador, prácticamente al mismo nivel que el fuego. Ésta es, desde luego, una característica que tipifica claramente a la religiosidad fenicia dentro de la órbita cultural semita. Sabemos también, por ejemplo, que, al igual que otros pueblos semitas, los fenicios y después los cartagineses, despreciaron la carne de cerdo.

Con relación a la prohibición divina del consumo humano de estos animales y los ritos que se deben realizar durante sus sacrificios, contamos con las referencias bíblicas incluidas en Levítico 3 y 11:

> «Éstos son los animales que podéis comer de entre todas las bestias que hay sobre la tierra: cualquiera, de entre las bestias, que posee una pata ungulada con pezuñas hendidas y que rumia podéis comerla. Pero de entre los que rumian o tienen la pezuña hendida no habéis de comer los siguientes: el camello, pues es rumiante, mas no tiene la pezuña hendida; será impuro para vosotros; el conejo, pues es rumiante, mas no tiene la pezuña hendida; será impuro para vosotros [...] el cerdo, pues tiene pata ungulada y pezuña hendida, pero no rumia; será impuro para vosotros. De la carne de ellos no comeréis ni tocaréis su cadáver; son impuros para vosotros [...] con estos animales os contaminaréis: cualquiera que toque su cadáver quedará impuro hasta la tarde, y todo aquel que transporte algo del cadáver de ellos habrá de lavar sus vestiduras y quedará impuro hasta la tarde...».
>
> Levítico, 11, 1-25.

Parece que, a pesar de las prescripciones religiosas en materia de consumo de animales denominados «impuros», así como en lo concerniente a la utilización del agua como elemento purificador, lo que se aprecia es una aplicación religiosa de las costumbres tradicionales semitas en materia de salud e higiene, que son, precisamente, las normas que se mantienen aún hoy en la religión islámica, sin duda heredera directa de estas tradiciones ancestrales.

Desde el punto de vista del sacerdocio y de la organización de la religión fenicia, podemos aportar pocos datos, y, una vez más, hemos de atender más a las referencias que conocemos en el caso cartaginés que a las propias del mundo fenicio oriental. Teniendo en cuenta la dualidad política existente entre el palacio y el templo, la casta sacerdotal debió de estar bien organizada. Además, ambos estamentos estaban íntimamente relacionados, ya que, por ejemplo, la reina tenía el cargo de sacerdotisa. Así, podemos observar una jerarquía dentro del sacerdocio fenicio. Los sacerdotes más importantes serían los miembros de la familia real y algunos aristócratas miembros de las oligarquías de las ciudades, mientras que, un grado por debajo, se encontraban los que dirigían los templos,

tanto desde el punto de vista religioso como del estrictamente económico-comercial.

Los reyes y los sufetas fenicios se encontraron al frente de las ceremonias religiosas. Estos cargos fueron, al igual que los relativos a la vida política, hereditarios, por lo que pasaron de padres a hijos directamente. Dentro de los cargos religiosos, existió uno particularmente importante: el del sacrificante, probablemente de carácter público y temporal.

Dentro del conjunto de templos, también existió cierta jerarquía, siendo los de ciudades como Tiro y Sidón cabecera de la organización de la religiosidad. Por debajo de los sacerdotes y sacerdotisas que rigieron el templo, se desplegó toda una congregación completamente especializada entre la que figuraron los artesanos, escribas, cocineros, barberos que ejecutaron los rituales de afeitado de los cabellos y las prostitutas sagradas, que entregaron su cuerpo a los extranjeros en honor a la divinidad.

La prostitución sagrada se desarrollaba en algunos de los santuarios fenicios más importantes y estaba relacionada con los ritos en honor a la diosa madre Astarté. La fama de los santuarios de Pyrgi, Eryx, Biblos o Pafos se la habían granjeado, en parte, gracias al desarrollo de esta actividad. El rito consistía en que las mujeres, al menos una vez en la vida, debían acudir al santuario de Astarté para ofrecer su cuerpo a los extranjeros que lo visitasen a cambio de dinero u objetos que eran donados a la diosa. Si, por alguna razón, no eran del agrado de los visitantes, debían permanecer meses o incluso años hasta que pudiesen cumplir el rito.

Dentro de los santuarios y templos se llevaron a cabo otras muchas celebraciones y rituales en honor a las divinidades. Entre todo el conjunto de manifestaciones religiosas, destacó, sin lugar a dudas, la celebración de sacrificios previos al inicio de los largos viajes que llevaban las embarcaciones hasta Occidente. Junto a los sacrificios de animales, se realizaron numerosas libaciones

y ofrendas. Estos actos están bien documentados por la ingente cantidad de materiales empleados en ellos que se han exhumado en los santuarios y templos. Las víctimas fueron, fundamentalmente, bueyes, terneras, cabras, corderos y aves. Los sacerdotes que efectuaban el sacrificio percibían una suma de dinero de la persona que hacía la ofrenda además de una parte del animal sacrificado para su consumo.

Otras manifestaciones religiosas, como las danzas rituales, ya de carácter local, las conocemos gracias a las representaciones pictóricas sobre los vasos cerámicos y a las tallas de algunas piezas de marfil. Entre el conjunto de manifestaciones religiosas fenicias nos encontramos ante una de las más llamativas, y que, sin duda alguna, más han trascendido de las que caracterizaron la fenomenología religiosa fenicia y púnica: el molk (moloch) o sacrificio ritual de individuos infantiles en honor a las divinidades.

Antes de detenernos a analizar con detalle esta manifestación religiosa fenicia y púnica, debemos advertir que gran parte de los comentarios que se han realizado sobre la práctica de sacrificios humanos proceden de testimonios aparecidos en las fuentes clásicas, en los que la propaganda anticartaginesa ha mediatizado y emborrado, sin lugar a dudas, la imagen de este rito. Para demostrar esta afirmación basta con traer a colación una referencia latina de época tardía, perteneciente a un autor cristiano que se basa en las referencias antiguas sobre los cartagineses y sus sanguinolentos ritos:

> «... los cartagineses alimentaron siempre, entre ellos, un mal que les era propio e interno: la discordia; y dado que éste les acosaba continuamente para su desdicha, nunca conocieron ningún momento próspero en el extranjero, ni tranquilo en el interior. Es más, cuando entre otros males eran acosados también por la peste, tenían como remedio los homicidios: ofrecían, en efecto, a las personas como víctimas y llevaban al sacrificio a los jóvenes...».
>
> Orosio, *Historias contra los paganos* (ha. 418 a. C.).

Los restos humanos encontrados en los tofets, tan característicos del área

central mediterránea, como hemos tenido ocasión de ver, parece que procedieron de este tipo de ritos. El tofet es un recinto sagrado delimitado por una barrera arquitectónica (generalmente una estructura muraria realizada en sillares) apartada del núcleo urbano. En esta área sagrada se realizaron sacrificios infantiles sobre unos altares de piedra. Los restos fueron cremados posteriormente y las cenizas depositadas en urnas cerámicas cubiertas con una suerte de platos que hicieron la función de tapadera. Estas urnas fueron enterradas a poca profundidad y, sobre ellas, se colocaron estelas votivas de piedra o betilos que señalizaban su existencia. La referencia de los escritores clásicos y de los autores cristianos de la tardía antigüedad tacharon a fenicios y cartagineses de despiadados y salvajes por la realización de estos ritos. A través del análisis de muchas de las sepulturas por médicos forenses ha quedado demostrado que, en muchos casos, los niños fueron sustituidos por monos o por pequeños corderos. Pese a lo que se pueda pensar, la realización de estos sacrificios de sustitución, en los que se cambió a los infantes por animales, no aumentó con el tiempo, ya que desde época arcaica (siglos VIII y VII a. C.) se detecta la presencia de restos de animales cremados dentro de las urnas. Por citar un ejemplo, en uno de los tofets más espectaculares, el de Salambó, en Cartago, en fechas del siglo IV a. C., cerca de un 90 por 100 de las deposiciones sacrificales pertenecen a niños. Los mismos análisis, por otra parte, demuestran que muchos de los restos humanos pertenecen a neonatos o a fetos, por lo que parece que se trataría más de una ofrenda que de un sacrificio como tal.

El sacrificio «Molk» estaba instaurado en Oriente desde los últimos años de la Edad del Bronce. Con claros precedentes en el mundo cananeo, siempre fue realizado en honor a los dioses. Al igual que otros ritos similares en otras culturas —recordemos el sacrificio de Isaac, el de Ifigenia o los realizados en honor a Patroclo—, el molk se celebraba para pedir la protección divina ante la llegada de un peligro inminente o antes de la salida del ejército para acudir a la

guerra. De todas formas, los especialistas hoy se inclinan a pensar más en el tofet como en un área funeraria infantil, que en un recinto sacrifical. Así, pese a la existencia de sacrificios humanos en momentos puntuales, los tofets albergarían, generalmente, los restos de los niños muertos en edades prematuras.

Como hemos ido viendo, a partir de la traducción de textos orientales, fundamentalmente ugaríticos y hebreos, se han podido reconstruir algunos de los aspectos más importantes de la cultura fenicia, y, dentro de ésta, han sido vitales para tratar de reconstruir la religión tanto en el campo de las creencias como en el de las manifestaciones religiosas y rituales. Gracias, por ejemplo, a las tablas cananeas de Ras Shamra (Ugarit) se conocen numerosos ejemplos del ritual cananeo del sacrificio de animales, así como de los ritos funerarios que siempre van unidos a referencias a la inmortalidad del alma. Según esta documentación, los semitas occidentales, entre los que se encontraban los fenicios, concebían la existencia de una dualidad del alma que podemos definir como alma y espíritu. Se trata de dos elementos fundamentales que son, a la vez, distintos y coexistentes. Por un lado, existía el *Nefesh,* el alma vegetativa, que tras el momento del fallecimiento residía eternamente en la tumba. Ésta es, además, la razón de que se denomine *Nefesh* a las estelas y a los monumentos que señalizan en el exterior los sepulcros en los textos semitas (fenicio-púnicos, hebreos, ugaríticos, nabateos, etc.). Un claro ejemplo lo tenemos en el libro bíblico del Génesis, cuando los hijos de Raquel dedicaron a su madre un monumento funerario —npsˇ — para que fuese eternamente recordada:

> «... Y aconteció que al salírsele el alma (pues murió), llamó su nombre Benoní (hijo de mi tristeza) más su padre lo llamó Benjamín (hijo de la mano derecha).
>
> Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén.
>
> Y levantó Jacob un pilar (npsˇ) sobre su sepultura (qbr); ésta es la señal de la sepultura de Raquel hasta hoy».
>
> Génesis, 35, 18-20.

El hecho de que el alma vegetativa resida eternamente en el sepulcro supone, además, una serie de condicionantes; por un lado, el sepulcro debe ser respetado, honrado y protegido y ésta es la razón fundamental por la que abundan en los accesos a los mismos fórmulas de maldición, dedicadas a proteger el sepulcro y, por tanto, el alma del difunto, de violaciones o profanaciones. Por otro lado, el *Nefesh* se identifica, en el interior del cuerpo, con las «entrañas», es decir, con el aparato digestivo. Ésta sería una razón más que suficiente para llenar el interior de la tumba de alimentos en el momento de la deposición y de acudir con cierta regularidad a depositar ofrendas junto al acceso al sepulcro. Parece evidente que el alma residente en la tumba debía ser protegida y alimentada. Así se pueden explicar los abundantes elementos cerámicos que aparecen en el interior de los hipogeos portando alimentos (vino, frutas, carnes y pescados).

Volviendo a la dualidad del alma, en oposición al *Nefesh* estaría el *Rouah,* que se puede castellanizar como *Ruaj* (en el texto hemos querido mantener la nomenclatura francesa, ya que la mayoría de los trabajos que han abordado estas cuestiones están escritos en francés y lo transcriben así directamente del árabe) y que es el alma espiritual, la que abandona el cuerpo en el momento de la muerte, con claras reminiscencias a las creencias básicas orientales. Sabemos de la creencia cartaginesa en el *Rouah* a través de su mención en la inscripción *CIS,* I, 2785. Como se ha señalado*, Nefesh* y *Rouah* se relacionan, además, con un conjunto de órganos corporales diferentes, que son en los que se manifiestan y con los que se identifican: el *Nefesh,* como hemos visto, se encuentra en las entrañas; por ejemplo, en un célebre pasaje bíblico del Antiguo Testamento se da un hecho curioso que ilustra magníficamente el tema que nos ocupa: el hijo de una viuda de la ciudad fenicia de Sarepta resucita, pues su *Nefesh,* que había salido de las entrañas, vuelve a él:

> «Se tendió sobre el niño tres veces y clamó a Yahveh: dios mío, te ruego hagas volver el alma de este

niño a él.

Y Yahveh oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió».

Reyes I, 17, 21-22.

Esto es indicativo, por tanto, de que al *Nefesh,* como ya hemos visto anteriormente, se le puede alimentar. Existe una cierta autonomía del *Nefesh* con relación al ser humano y al difunto: un buen ejemplo de ello lo tenemos, de nuevo, en el primer libro bíblico: ahí aparece la manifestación *«... que mi Nefesh te bendiga»* (Génesis, 27, 23). El *Rouah,* el alma espiritual, reside, por su parte, en la sangre y en el corazón. Las grandes emociones, vinculadas con el *Rouah,* es decir, dolor, placer y la pasión, se sienten en los riñones y en el corazón. Otra referencia bíblica es bastante ilustrativa a este respecto; ésta se encuentra recogida en un texto del profeta Jeremías donde relata cómo un grupo de hombres que se encontraban completamente aterrados se llevaban las manos a los riñones en señal de pánico:

«Inquirid ahora, y mirad si el varón da a luz; porque he visto que todo hombre tenía las manos sobre sus riñones, como mujer que está de parto, y se han vuelto pálidos sus rostros».

Jeremías, 30, 6.

Otro texto bíblico alude a la existencia de una dualidad del alma, distinguiendo en la traducción castellana entre alma (en este caso se corresponde con el *Nefesh*) y espíritu (con el *Rouah*):

«porque la palabra de dios es viva y eficaz y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu...».

Hebreos, 4, 12.

En esta misma dualidad podemos entender otras referencias bíblicas que aluden a la alimentación de los seres humanos y a la abominación de determinados alimentos que se consideran impuros. Estos capítulos bíblicos relatan la prohibición de Yahveh de comer la sangre y las entrañas en general de

los animales sacrificados, porque en ellas residía su alma, su vida (por ejemplo, en Génesis, 9, 4; Levítico, 7, 26; Levítico, 17, 10-11; Deuteronomio, 12, 16, etc.). Éstas debían siempre ser llevadas a los altares para ser ofrecidas a la divinidad. En efecto, la prescripción lleva implícita el mensaje de prohibición de alimentarse del *Nefesh* (entrañas) y del R*ouah* (sangre) de los animales muertos:

> «... Si cualquier varón de la casa de Israel o de los extranjeros que moran entre ellos, comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere sangre, y la cortaré de entre su pueblo.
>
> Porque la vida está en la sangre y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona».
>
> Levítico 17, 10-11.

En resumen, se puede centrar el conocimiento de buena parte de las creencias escatológicas fenicias y púnicas en los dos términos semitas que indicaron la inmortalidad y la dualidad del alma: *Nefesh* (npsˇ) traducido como alma y como monumento funerario y R*ouah* (rh) traducido como espíritu o principio vital. M. H. Fantar comenta que los púnicos se sirvieron del término R*ouah* para designar también el soplo vital y que aún hoy en la lengua árabe se encuentra este mismo término bajo una forma muy similar. De esta forma se vincula a menudo al monumento funerario con un «*Nefesh*», parte del alma que habita en la tumba tras la muerte y así se le denomina en los textos e inscripciones, mientras que el «R*ouah*», el espíritu, es la parte del alma que asciende al cielo. La intención de la búsqueda de la inmortalidad se refleja en la representación del R*ouah* que asciende, mientras que el *Nefesh* queda en la tierra y debe ser honrado —alimentado— y no perturbado, bajo pena de un cruel castigo eterno. La denominación fenicia exacta para el R*ouah* es «*Barlat*», tal y como se observa en esta inscripción:

> Npsˇ llhm tpth
> Brl’t lsrm
> «Su *Nefesh* se abre al alimento

su barlat (*Rouah*) a los cánticos».

Texto *ugarítico,* traducción Villeraud, 1931, 355.

En lo que concierne a los ritos funerarios, no se puede hablar de unas manifestaciones de carácter genérico para todos los territorios fenicios. De esta forma, encontraremos diversos tipos de enterramientos según el ámbito geográfico en el que nos detengamos. Pese a ello, sí existen algunos ritos comunes como son la realización de libaciones sobre las tumbas, para las que se realizaron huecos que conectaban las cámaras sepulcrales con la superficie, y, en algún caso, un complejo sistema de canales para que el líquido circulase. También fue bastante habitual la colocación de ofrendas en el *dromos* o corredor de acceso a las cámaras. En los ejemplos de tumbas más espectaculares, como es el caso de la necrópolis chipriota de Salamina, se realizaron sacrificios humanos y de caballos que quedaron depositados en el interior de las cámaras, junto a los difuntos. En otros casos más «modestos», se colocaron ofrendas de comida en platos junto a las grandes losas que cerraban herméticamente las cámaras mortuorias.

Tanto el análisis arqueológico de las tumbas como el de los ajuares determinan que los fenicios y púnicos trataron siempre de instalar a sus difuntos de una forma cómoda y bajo protección. Las tumbas fueron ubicadas como norma general en el subsuelo, para ser protegidas en primer lugar de su destrucción, para aislar a los difuntos y para preservarlos de cualquier violación. Los fenicios señalaban las tumbas en el exterior al igual que los cananeos y que los hebreos, con unas piedras, talladas o no, a las que denominaron «massebat». Las inscripciones mencionan a menudo el término «massebat entre los vivos» aludiendo a la señalización pétrea como una materialización física del alma del muerto. El «massebat» funcionó en la cultura fenicia como soporte del alma, que de esa manera se mantenía siempre viva.

El tamaño de estos monumentos señalizadores de tumbas ha sido tomado

por la historiografía tradicional como medida para definir la importancia del personaje enterrado; así pues, las clases aristocráticas se enterrarían en los lugares con los monumentos más importantes, aunque ya desde hace muchos años existen dudas sobre si éstos —los turriformes— albergaron enterramientos. Esta duda se la planteó ya hace más de un siglo el profesor S. Gsell analizando si la estructura del monumento de Dougga se encontraba en las proximidades de algún hipogeo, ya que no apareció cámara alguna inmediatamente debajo. También se puso en duda si las pequeñas cámaras aéreas pudieron llegar a albergar alguna vez los enterramientos. Lo mismo sucede en el caso de los ya mencionados Meghazils de Amrit, en Siria. La estructura arquitectónica de los monumentos parece mucho más antigua que los enterramientos que aparecieron debajo, excavados en la roca. En estos hipogeos no hay materiales arqueológicos más antiguos del siglo VI a. C. mientras que los edificios monumentales parecen construidos en los siglos IX u VIII a. C. La explicación se puede encontrar en las investigaciones más recientes; se ha determinado que los monumentos no están ubicados directamente en la vertical de los sepulcros por lo que bien pudieron existir con anterioridad a la excavación de los hipogeos, que aprovecharon la protección simbólica y religiosa de los Meghazils. No se trata de un caso aislado. En otros monumentos han aparecido necrópolis posteriores a su alrededor, dentro de su área de protección sagrada, caso de los de El Haouam, en Túnez, o en el monumento de Pozo Moro, en Albacete.

El difunto podía desarrollar en la tumba una vida material y tenía las mismas necesidades y los mismos gustos que los seres vivos. De ahí que también estuviesen expuestos a peligros de los que se debían proteger a través de los amuletos en metales o pasta vítrea, de figuritas y máscaras apotropaicas en terracota o de hojas de afeitar. La clave del triunfo sobre la muerte fue sin duda la posesión de una tumba. Pocas cosas podían ser más graves que la no posesión

de una sepultura. Se conocen epígrafes funerarios que terminaban directamente con la fórmula *«¡no abrir!»* tanto en inscripciones fenicias como púnicas.

Era habitual que las necrópolis se encontrasen alejadas del núcleo urbano y con un curso de agua por medio. Hemos de tener presente que dentro de la ritualidad funeraria fenicia y púnica se advierte cierto «miedo» a los muertos. De ahí que, al considerar el agua un elemento purificador, coloquen la «ciudad de los muertos» al otro lado de un curso de agua y a una distancia prudencial de la «ciudad de los vivos». Este hecho se constata en numerosos yacimientos fenicios, como en el caso de la ciudad de Tiro, cuyas necrópolis se encuentran al otro lado del curso de agua denominado Ras el-Ain, o en la necrópolis de Trayamar (Algarrobo, Málaga), donde los hipogeos funerarios fenicios se ubican al otro lado del río Algarrobo, justo en la orilla contraria del asentamiento de Morro de Mezquitilla.

Desde el punto de vista de las tipologías de tumbas, podemos decir que existieron varios modelos, generalmente identificados con grupos de población de diferente estatus social, si bien ésta no era una norma fija. El tipo de tumba por excelencia, o, al menos, el que ha aparecido con mayor profusión en la excavación de las necrópolis, es el hipogeo, es decir, la tumba de cámara excavada en la roca. A estos hipogeos se podía acceder desde un pozo vertical o desde un corredor. Este «dromos» podía ser una rampa lisa de piedra o de arena aprisionada, con una inclinación aproximada de unos 25º, o bien estar escalonado. En un principio, las tumbas de cámara pertenecieron a las clases elevadas, ya que el resto de la población —que al menos tuviese el derecho a enterrarse— introdujo los cadáveres en fosas simples o cistas rodeadas de lajas de piedra. Tanto en un tipo de tumba, la más compleja, como en las más sencillas, aparecen los dos ritos fundamentales de enterramiento, es decir, la inhumación y la cremación. Dentro de los hipogeos, que a veces funcionarían como una especie de panteones familiares, podían aparecer individuos

cremados, depositados en recipientes cerámicos o de alabastro y otros inhumados, colocados directamente sobre el suelo, sobre una cama realizada con materias vegetales o ya, más raramente, en sarcófagos.

En algunos casos excepcionales, probablemente vinculados con las dinastías principescas, se realizaron grandes construcciones monumentales de carácter turriforme que fueron denominadas, como se ha visto, «Nefesh», dado su papel como señalizadores del enterramiento y registro material o «alma» del difunto sobre la tierra. Estos monumentos han llegado hasta nosotros en buen estado de conservación tanto en Siria (Amrit) como en otros territorios del Mediterráneo Central y Occidental (Túnez, Libia, Argelia y España). Los *Nefesh* son los únicos testimonios que nos quedan de lo que debió de ser la arquitectura monumental fenicia. En ellos y en sus principales tipos (de uno o dos cuerpos cúbicos con remates piramidales, de cuerpo cilíndrico sobre podio y remate abovedado, macizos o con cámaras sepulcrales) se pueden estudiar los diferentes influjos arquitectónicos que incidieron en la cultura fenicia desde el siglo XII a. C. (asirios, egipcios y posteriormente griegos) y la evolución de la misma hasta desembocar en unos modelos originales de tipo mixto cuyos mejores ejemplos se encuentran en el norte de África ya en tiempos mucho más recientes del siglo III y II a. C. (monumentos de Dougga o Henchir Djaouff en Túnez o los de Sabratha en Libia).

La norma general es que durante el período fenicio el rito empleado fuese la cremación de los difuntos, y que, posteriormente, ya durante la época denominada púnica, el rito funerario por excelencia fuese el de la inhumación. De todas formas, no se puede hablar de unas normas fijas en lo que concierne a la ritualidad, ya que en muchos hipogeos de las necrópolis fenicias y púnicas se han detectado unas pervivencias de los ritos funerarios de la cremación combinados con inhumaciones. Este detalle puede demostrar que los hipogeos funcionasen como panteones familiares y que, por lo tanto, tuviesen un uso

continuado en el tiempo, albergando, así, los restos de varios miembros de una misma familia. Por otra parte, la inclusión de sepulturas con ambos ritos funerarios parece indicar, principalmente en el caso de las necrópolis del área de Cartago, una total permisividad a los matrimonios mixtos de individuos cartagineses y otros procedentes de otras áreas mediterráneas, tales como Grecia o Etruria. En estos lugares existieron ritos diferentes de enterramiento y estuvo aun generalizada la cremación, en fases ya tardías del siglo IV a. C. Además, esta teoría se confirma con el análisis epigráfico de algunos epitafios tallados en los accesos a las cámaras sepulcrales, en los que se leen nombres semitas junto a otros de raíz griega o itálica.

Muchas de estas tumbas de cámara presentaron una señalización en el exterior. Conocemos, por ejemplo, las estructuras piramidales construidas sobre los hipogeos de la necrópolis de Amrit, en el Siria. También son bien conocidas otras estructuras funerarias ya de época más tardía que llevaron señalización en la superficie. Tal es el caso de las necrópolis púnicas de Útica o Cartago (Túnez) y la de Cabo Espartel y Mogogha es-Srira (Marruecos). Muchas de estas tumbas presentaron estructuras tumulares en la superficie. Estas estructuras estaban realizadas generalmente de una forma sencilla, mediante la acumulación de piedras de mediano y pequeño tamaño. En algún caso, estos túmulos estuvieron realizados con adobes. La totalidad de las sepulturas que presentaron señalización en el exterior fueron saqueadas, ya desde época antigua, como es natural por otra parte. Algunos de los mejores ejemplos de tumbas que han llegado intactas hasta nosotros han sido, precisamente, aquellas que no tenían ningún tipo de señalización exterior y que, por lo tanto, no daban pistas de su ubicación a los saqueadores.

Ejemplos de hipogeos funerarios fenicios los tenemos repartidos por toda la órbita geográfica que ocupó este pueblo. Citemos, por ejemplo, los casos de las tumbas de cámara de Solunto (Sicilia) o las de Monte Sirai (Cerdeña). En el caso

español tenemos abundantes ejemplos de tumbas de cámara. Los casos más espectaculares los tenemos en los hipogeos de Trayamar, en la desembocadura del río Algarrobo (Málaga) y la necrópolis de Villaricos (la antigua ciudad de Baria) en la provincia de Almería. En estos casos peninsulares, las tumbas de cámara se relacionan habitualmente con «príncipes» orientales residentes en la costa. Lo que parece evidente, una vez analizado detenidamente el material adscrito tanto a los ajuares como a los rituales de deposición de los enterramientos, es que las sepulturas pertenecieron a las clases dirigentes de la empresa comercial fenicia en el extremo occidental del Mediterráneo, que se habían establecido, varias generaciones atrás, en las costas de Iberia. Otros rasgos culturales indicativos de los clanes fenicios de Occidente, que se extraen a partir del estudio del material de las tumbas, son el alto grado de conservadurismo y la pervivencia de las tradiciones y los gustos antiguos. Algunos ejemplos los tenemos en la presencia de materiales de lujo de procedencia egipcia, conservados como reliquia o antigüedad por los fenicios (como el caso de las urnas de alabastro con cartuchos en jeroglífico de la necrópolis de Puente de Noy, en Almuñécar, Granada). Otro ejemplo significativo lo tenemos en los dos sarcófagos antropomorfos hallados en Cádiz, que fueron encargados a algún taller sidonio y transportados por mar hasta Gadir para guardar los restos de algún rico comerciante fenicio que quiso reposar de igual manera que lo habían hecho generaciones atrás sus antepasados orientales.

7

La conquista: el final del universo fenicio

> «Allí vinieron unos fenicios, hombres ilustres en la navegación, pero falaces, que traían innúmeros joyeles en su negra nave...».
>
> Homero, *Odisea,* XV, 415-416.

> «... consideró Cambises, por una parte, que no sería razón forzar a la empresa a los fenicios, que de buen grado se habían entregado a la obediencia de los persas, y, por otra, vio claramente que la fuerza de su marina naval dependía de la armada fenicia...».
>
> Herodoto, III, XIX.

Apuntar una fecha exacta para el fin de la cultura fenicia es prácticamente imposible. Por el contrario, sí tenemos bien organizadas cronológicamente las diferentes invasiones y destrucciones a las que se vieron sometidas las ciudades-Estado fenicias a lo largo de los siglos. La fuerza y el arraigo de la civilización fenicia en muchos de los lugares que ocuparon históricamente imposibilitaron la pérdida de las tradiciones culturales, religiosas o lingüísticas, a pesar de la dominación extranjera.

Sabemos que, en muchos lugares de la costa sirio-palestina o del norte de África, la conquista de asirios, babilonios, persas, macedonios o romanos no borró en modo alguno el sustrato cultural previo de origen cananeo. Recordemos algunas de las menciones que el obispo de Hipona, San Agustín, hizo sobre algunos habitantes de su diócesis, los cuales mantenían ritos religiosos de origen oriental y hablaban unos dialectos que, pese a tener una gran

influencia beréber, mantenían una evidente raíz cananea (citadas en el primer capítulo).

La pérdida de independencia por parte de las ciudades fenicias tanto en Oriente como en Occidente no trajo implícita la pérdida de la memoria cultural y de la tradición. Para explicarlo, tengamos presente el gran conservadurismo que caracterizó históricamente a los fenicios. Si habíamos visto que, tanto en la religión como en otras muchas manifestaciones culturales tales como la escultura o la arquitectura, los fenicios se habían caracterizado por un gran inmovilismo y cierto rechazo a las innovaciones, esta tendencia se reforzaría a la hora de mostrar su independencia ante las situaciones de conquista, para mostrar, en su propia riqueza cultural, el rechazo al opresor. Es curioso cómo, a pesar de la unidad cultural, las metrópolis fenicias no formaron una liga común, de corte militar, que defendiese sus intereses políticos y su autonomía frente a los invasores asirios y babilónicos.

Los grandes imperios orientales tuvieron, como uno de sus objetivos fundamentales, el dominio de la costa fenicia. Manteniendo la autoridad sobre ese grupo de ciudades, tenían controlado el comercio exterior mediterráneo. Asirios, babilónicos y persas tuvieron, como objetivo firme, el control de estos puertos comerciales de primera magnitud. Partiendo, en un primer momento, de incursiones militares para demostrar su potencia, atemorizando a las dinastías locales fenicias, pasaron a ejercer medidas coercitivas más fuertes, tales como la exigencia creciente de tributos. Sólo cuando estas medidas no eran suficientes, pasaban a invadir militarmente los territorios y, de esta manera, ejercer un control directo de la región costera.

El primer gran enemigo de la independencia de las ciudadesEstado de Fenicia fue el imperio asirio. Precisamente, en la presión constante de los asirios a las ciudades costeras fenicias, que habían prosperado gracias al comercio, se basa una de las hipótesis más clásicas para explicar el inicio de la empresa comercial

de occidente. El imperio asirio mantuvo el control sobre extensos territorios gracias a la organización de un poderoso y numeroso ejército, el cual, a través de medidas coercitivas, se encargaba de cobrar los tributos de muchos de los pequeños Estados «protegidos» entre los que, sin duda, se encontraban los fenicios. Evidentemente, no sólo se ocuparían de recibir los tributos sino que, en muchos casos, se encargarían de obtener botines de guerra, mediante el saqueo constante de las ciudades prósperas de Siria-Palestina y Mesopotamia. Como es lógico, un imperio tan poderoso como el asirio necesitaba una salida al mar, y el control militar sobre las ciudades fenicias paliaba, sin duda, esa necesidad vital.

La posición geográfica del imperio asirio le proporcionó el control directo sobre las antiguas rutas comerciales de Oriente, así como sobre los valles del Tigris y el Eufrates. Para el mantenimiento de un imperio tan vasto, así como para la organización de un ejército tan poderoso, los príncipes asirios necesitaban ingentes cantidades de metales para realizar pagos a las tropas, compuestas de mercenarios, fundamentalmente. Uno de los principales problemas con los que tuvieron que luchar los asirios fue el paulatino despoblamiento de los territorios conquistados. Al terror de la población a los sanguinarios soldados asirios se unía el miedo a la ruina total de los gobernadores de las ciudades y de los comerciantes por culpa de las exigencias de fuertes tributos. Esto provocó que amplios grupos de población se exiliasen y se concentrasen en las zonas costeras mediterráneas y en los montes Zagros. De esta forma, los asirios tenían el poder sobre extensos territorios, aunque prácticamente despoblados.

Las relaciones entre Tiro y el imperio asirio parece que, al menos en un primer momento, eran pacíficas. Los asirios, incluso, promovieron el comercio privado de mercancías como los metales y el marfil, principalmente, lo que beneficiaba directamente a la metrópolis fenicia. Los primeros testimonios del

pago de tributos por parte de los ciudadanos de Tiro proceden de los Anales de Asurnasirpal II (876 a. C.). Este hecho no afectó en modo alguno a la independencia de la ciudad, permitiéndole, incluso, obtener un monopolio sobre el comercio de ciertas mercancías que ellos mismos canalizaban desde los puertos egipcios hasta Asiria. Ésta es una de las razones, además, que explican la supremacía de Tiro sobre el resto de las ciudades de Fenicia.

Con el paso del tiempo, se detecta una variación en el tipo de productos con los que se pagaban los tributos desde Fenicia a Asur, la gran capital del imperio asirio. Si en un primer momento los productos intercambiados eran materias primas, paulatinamente este tipo de intercambio se fue transformando en el pago mediante objetos de lujo. Otro tributo con el que los monarcas fenicios agasajaban a sus iguales asirios eran las cacerías de animales salvajes. Una de las razones de la búsqueda constante de metales y otros materiales propicios para la elaboración de objetos de boato radicaba en la necesidad de mantener abastecidos de este tipo de objetos a los altos dignatarios asirios. Además, los reyes asirios llevaron hasta su Corte materiales de construcción y arquitectos fenicios para la construcción de los palacios, algo similar a lo que ya había realizado el rey Salomón para embellecer Jerusalén.

Una de las máximas complicaciones por las que tuvieron que pasar las ciudades fenicias fue el hecho de encontrarse en una zona en la que existían intereses opuestos de diferentes potencias. Si ya hemos mencionado el acoso constante de las tropas asirias en la zona, no debemos perder de vista a la gran potencia del sur, es decir, Egipto. El país del Nilo empleó los pequeños reinos fenicios como «Estados tapón», es decir, como barreras políticas, militares y geográficas que le protegiesen de los ejércitos asirios.

El reinado del faraón Seshonq I marcó un hito importante como fue el ataque militar contra la ciudad de Jerusalén. Con estas acciones militares, los faraones de la XXII Dinastía trataban de recuperar algo del prestigio internacional

perdido y recuperarse, aunque sólo fuese en parte, de la larga decadencia en la que se veían inmersos desde hacía varias generaciones. Estas incursiones de las tropas egipcias en la zona que nos ocupa trajeron consigo un desarrollo de un cierta actitud «filoegipcia» en oposición a los asirios. Algunas ciudades de Fenicia, como Biblos, por citar uno de los ejemplos más característicos, vieron en la presencia egipcia una solución y una salida a la difícil situación planteada por la presión ejercida por los asirios. Estos impulsos fueron correspondidos, además, por los egipcios, que apoyaron la formación de algunas coaliciones militares fenicias que lucharon contra las fuerzas del rey Salmanasar III de Asiria (858-825 a. C.). En un primer momento, las victorias militares cayeron del lado de la coalición de fenicios y egipcios, pero rápidamente y mediante sangrientas incursiones militares, el poder asirio restableció el pago del tributo a las ciudades de Tiro, Sidón y Biblos, que, por otra parte, habían logrado mantener su autonomía política.

Con la muerte del monarca asirio Salmanasar III, a finales del siglo VIII a. C., se inició un período de tranquilidad que fue rápidamente aprovechado por los fenicios —principalmente por los de Tiro— para recuperar el monopolio comercial. Además, las luchas sucesorias por el trono del imperio permitieron a las ciudades-Estado fenicias sacudirse momentáneamente la presión fiscal y la coerción militar. Salvo algunas incursiones militares como la de Adad Nirari III, contra algunos asentamientos costeros en el 805 a. C., en la que, según describen los anales, recibió el tributo de Sidón y Tiro, las urbes fenicias mantuvieron una situación propicia para el desarrollo del comercio.

La situación varió radicalmente con la llegada al poder del rey Tiglatpileser III, en el 744 a. C. Con este monarca al frente del imperio, se volvió a instaurar la coerción militar y se volvieron a exigir los pagos de impuestos de una forma regular. Además, llegado el momento, este monarca pasó a ejercer directamente el control directo, es decir, la dominación de los territorios fenicios.

El cruce de intereses de egipcios y asirios en la zona fenicia trajo consigo la ruptura de la sociedad de las ciudades-Estado. De esta forma, surgieron dos facciones, una compuesta por las familias reales, los sacerdotes, nobles y gobernadores, y otra compuesta por los nuevos ricos, burgueses y oligarcas de las ciudades, enriquecidos por el comercio a larga distancia. El primer grupo apoyaba la alianza y el mantenimiento de las relaciones con los asirios, y el segundo se oponía a la situación inmovilista y se inclinaba más por estrechar los lazos con Egipto. La división interna de la sociedad fenicia provocó aún un mayor debilitamiento político y militar. Evidentemente, el mantenimiento del pago de tributos a los monarcas asirios perjudicaba en gran medida a los comerciantes, ya que exigían una serie de mercancías de lujo que eran en las que se fundamentaba la riqueza de las nuevas élites mercantiles. En cambio, la alianza con los egipcios podía suponer la pérdida de autonomía sobre los territorios. Esto, desde luego, perjudicaría más a los viejos terratenientes, nobles y miembros de la casa real, que basaban su riqueza en la agricultura, la ganadería y la explotación forestal.

La división de la sociedad se aprecia perfectamente si nos acercamos con detenimiento a la evolución histórica de la ciudad de Tiro, que, en este preciso momento, como veremos en el siguiente capítulo, queda interrelacionada con la fundación de la ciudad de Cartago, en el norte de África. En Tiro, el rey Muto mantenía una posición fiel a los nobles y a los grandes terratenientes que apoyaban el mantenimiento de las relaciones tributarias con Asiria. Su hija, Elissa (también llamada Dido), por el contrario, estaba casada con Acerbas, el sumo sacerdote del dios Melkart, como sabemos, dios protector de la navegación y del comercio a larga distancia. Acerbas, desde su situación, se había enriquecido enormemente gracias a las ofrendas y tributos ofrecidos a la divinidad de la que él era intermediario, tanto en el templo de Tiro, como en los templos erigidos en honor a la divinidad por los diferentes asentamientos

comerciales. Como es natural, el pago de estas mercancías de lujo a los asirios perjudicaba en gran medida los intereses de Acerbas. Tras la muerte de Muto, su sucesor, Pigmalión, quien, pese a ser menor en edad a Elissa, usurpó su regencia y, tras asesinar a Acerbas, quiso apoderarse de todas las riquezas, persiguiendo a su hermana y a los que eran sus partidarios. De esta forma, Elissa tuvo que exiliarse junto a algunos de los nobles que le eran fieles. Así, alcanzaron las costas del norte de África y fundaron la «nueva ciudad», Kart Hadash, es decir, Cartago, en el 814 a. C. Más adelante nos adentraremos en estas cuestiones sobre la fundación de Cartago, donde se unen la realidad y la leyenda.

La división de la sociedad y los problemas internos se terminaron con la invasión de Tiglatpileser III y con la política agresiva de sus sucesores, Salmanasar V, Sargón II y Senaquerib (705-680 a. C.). Partiendo de la ocupación directa del norte del país por parte de las tropas, Tiglatpileser III dejó las ciudades de Biblos, Tiro y Sidón como «autónomas», aunque sometidas al pago de un fuerte tributo. Durante el reinado de Senaquerib llegaron a conformar, incluso, algo similar a una liga para combatir al imperio asirio. Este hecho «novedoso» en la historia de Fenicia supuso el inicio de una nueva política represiva de los asirios con todas las ciudades rebeldes. De esta manera, Tiro sufrió un asedio de cinco años, según nos indican las fuentes, y su rey, Luli, tuvo que exiliarse finalmente a Chipre, donde murió años después. Tras estas convulsiones, los asirios impusieron una dinastía gobernante en la ciudad de Sidón, bajo su control directo. Este hecho supuso la definitiva pérdida de la hegemonía comercial y económica de los tirios sobre el resto de las ciudades-Estado de Fenicia.

Tras el fin de esta política agresiva y represiva asiria, los egipcios volvieron a tomar protagonismo, al querer participar y beneficiarse también de las riquezas de una zona tan económicamente estratégica. Por esa causa, fomentaron y apoyaron económica y militarmente las rebeliones locales que se fueron

sucediendo en todas las ciudades en contra del poder asirio. Todos estos movimientos insurgentes fueron de nuevo aplastados tras otro conjunto de acciones militares violentas, tales como el saqueo de la ciudad de Sidón, en el 667 a. C. Tras la destrucción de Sidón, la ciudad de Tiro tuvo que claudicar finalmente y ceder todos los territorios continentales. Así, tras la firma de este acuerdo, la que había sido «madre mediterránea» había quedado reducida tan sólo a un pequeño asentamiento urbano sobre el islote, tal y como fue en origen. El resto del territorio pasó a formar parte de la que se llamó provincia asiria de Tiro. Este hecho histórico supuso la emigración masiva de fenicios a las colonias de Occidente y la despoblación de grandes superficies de territorio. La despoblación de los territorios continentales de Fenicia fue inversamente proporcional al crecimiento al que se vieron sometidas las antiguas factorías comerciales fenicias. Pertenecientes a este período, por ejemplo, se detectan grandes crecimientos de población en algunos puntos como Cartago o como Mozia.

Durante el reinado de Asurbanipal, la ciudad de Tiro emprendió una nueva rebelión, con el apoyo de Egipto. Sufrió de nuevo un sitio en el 668 a. C. pero no llegó a ser tomada; una vez más, su situación insular había sido definitiva para mantener su independencia. Con la decadencia absoluta del Imperio Asirio, tras la toma de Nínive por Nabucodonosor II de Babilonia en el 612 a. C., y con el ascenso al poder de la coalición formada por babilonios y persas hacia el 610 a. C., las ciudades fenicias disfrutaron de un cómodo «impasse» que fue sólo ficticio, ya que las aspiraciones económicas y políticas del imperio babilónico fueron, al menos con relación a las ciudades fenicias, las mismas que habían mostrado los asirios. De esta forma, en el 586 a. C., las tropas de Nabucodonosor II entraban en Tiro tras un largo asedio de trece años, en el que los isleños habían aguantado gracias a los abastecimientos constantes de alimentos, por vía marítima, por parte de los egipcios. La presencia babilónica en

la ciudad terminó con la dinastía tiria, colocando un gobernador imperial al frente de la ciudad.

> «Y sucedió que el año veintisiete, el día uno del primer mes, se me dirigió la palabra de Yahveh, diciendo: "Hijo del hombre, Nabucodonosor, rey de Babilonia, ha forzado a su ejército a una notable operación contra Tiro: toda cabeza ha quedado calva y toda espalda desollada; pero no ha obtenido de Tiro para él ni para su hueste la paga de la operación que ha realizado contra ella..."».
>
> Ezequiel, 29, 17-18.

Finalmente, la invasión persa de toda la zona (539 a. C.) llevó a las ciudades fenicias a formar parte de una de las satrapías del gran imperio aqueménida. La situación que disfrutaron los fenicios bajo el yugo persa parece que fue más cómoda que la que habían «gozado» con asirios y babilonios. Los persas permitieron que los fenicios se organizasen bajo el poder de sus propios reyes, manteniendo en la ciudad representantes políticos y militares persas que garantizaron la lealtad al emperador. Pese a que Fenicia había perdido su independencia y su posición como potencia económica, aún mantenía una importante flota que suponía un apoyo fundamental en las aspiraciones de los persas. Tal y como se ha visto en la cita de Herodoto que se ha colocado encabezando este capítulo, la marina fenicia fue fundamental en la guerra de persas y griegos. Además, el apoyo militar a los persas contra los griegos no disgustaba en absoluto a los fenicios, pues de esta forma tenían la oportunidad de enfrentarse a sus históricos rivales comerciales.

La ciudad de Sidón fue reconstruida en época persa y llegó incluso a albergar uno de los palacios de los reyes. De estas estructuras palaciegas ya hemos tenido la ocasión de hablar con anterioridad, cuando mencionábamos el hallazgo de un conjunto de estructuras arquitectónicas típicamente aqueménidas, como los capiteles con prótomos de toro, del mismo estilo decorativo que los del palacio de Susa. Hacia el 380 a. C. se vivió en Fenicia el último intento por alcanzar la independencia. El rey Tennes de Sidón, aprovechando que el gran ejército persa

estaba ocupado en mantener controladas las revueltas en los territorios de Egipto y del Asia Menor, trató de recobrar la independencia. Una vez más Eshmun les abandonó; la acción fracasó; Sidón fue arrasada por Artajerjes III, prendida fuego y los supervivientes fueron vendidos como esclavos.

La pérdida de poder económico de las ciudades fenicias fue constante, quedando en segunda línea de importancia por detrás de otros puertos persas del Mediterráneo o el Egeo. Uno de los últimos episodios heroicos que tenemos de las ciudades fenicias es el del asedio de la ciudad de Tiro (332 a. C.) por parte de las tropas de Alejandro de Macedonia, que combatieron la resistencia de la ciudad mediante la construcción de un gran dique que unió la isla con tierra firme y que es, como ya hemos visto con anterioridad, la causa de que la ciudad actual de Sur no se ubique sobre un islote y que, por el contrario, quede unida al continente por un istmo. Una vez más, y pese a la posición aventajada que disfrutó Sidón durante la ocupación persa, fue Tiro la que opuso la más dura resistencia a las tropas griegas de Alejandro Magno.

Con la presencia de los griegos, se observó una adopción creciente de la cultura helena en los territorios fenicios. No era extraño que un pueblo tradicionalmente acostumbrado a recibir impulsos culturales de procedencia diversa, no tardase demasiado en ajustarse a la nueva situación. Algunas referencias de este período mencionan la creación en Sidón de una escuela filosófica estoica. Las ciudades de Tiro, Biblos y Sidón mantuvieron, a lo largo de toda la Antigüedad, su prestigio como focos culturales de primera importancia. Otro de los ejemplos de este nuevo *sincretismo* cultural lo tenemos en la transformación de la nomenclatura semita de los dioses fenicios tradicionales al griego.

Por último, tras la descomposición del imperio de Alejandro Magno, toda Fenicia pasó a formar parte del imperio seleúcida y, tras la derrota de éste, en el 64 a. C., Cneo Pompeyo la incorporó a la provincia romana de Siria.

8

Una vía de escape: la fundación de Kart-Hadash (Cartago)

«La ciudad de Cartago está emplazada en un golfo. Por su posición tiene forma alargada, como una península, rodeada de mar en su mayor parte, y también por un lago...».

Polibio, I, 73.

«¡Ah, infeliz Cartago! ¡desdichada ciudad! Ya no tienes para defenderte aquellos hombres fuertes de antaño que iban más allá de los océanos para edificar templos en tus costas. Todos los países trabajaban para ti, y las llanuras del mar, aradas por tus remos, balanceaban tus cosechas».

Flaubert, *Salammbô*.

En este capítulo no pretendemos resumir, ni mucho menos, la historia de Cartago. Ni siquiera vamos a realizar una aproximación a lo que fue, lo que significó y lo que trascendió en la historia del Mediterráneo. Continuando, pues, nuestro rumbo a bordo de la ya maltrecha nave fenicia, llegamos a la que, sin duda, fue la más importante de sus fundaciones.

Abandonando definitivamente la tierra cananea, trataremos de describir qué elementos culturales fenicios tuvieron continuidad en la que se alzaría como gran potencia mediterránea entre los siglos VI y II a. C. Una historia que esta nueva metrópolis fenicia protagonizó desde la caída de Tiro hasta el fin de las Guerras Púnicas, cuando fue destruida (146 a. C.) y vio su protagonismo

sustituido por Roma.

La complicada situación por la que pasaban las ciudades fenicias provocó un giro radical en el desarrollo de las colonias. Fue a partir del siglo VI a. C. cuando los establecimientos fenicios de Occidente, con la ciudad de Cartago al frente, iniciaron un período de despegue económico basado, fundamentalmente, en la autonomía política y en la independencia comercial.

Ya habíamos mencionado los traslados de grupos numerosos de colonos que abandonaron su patria para afincarse en las colonias de ultramar, con la intención de huir de la tensa situación existente en Fenicia. Este crecimiento de población significó un aumento de riqueza proporcional que, además, se vio beneficiado por el resquebrajamiento de los lazos económicos que unían a las colonias con sus metrópolis. Además, aparte de la población llegada desde las metrópolis fenicias, hasta Cartago se desplazó un numeroso grupo de libios que vieron en la creciente ciudad un excelente escaparate y un magnífico mercado donde dar salida a sus productos y a su artesanía.

Dada la situación por la que pasaban las ciudades-Estado fenicias, fue Chipre la que en un primer momento se aupó como principal nexo conectado con los establecimientos fenicios de Occidente. Este hecho se dejó notar en algunos influjos artísticos chipriotas apreciables en la cultura material cartaginesa de los primeros años. De todas formas, no podemos hablar de una relación causa-efecto para explicar el empobrecimiento paulatino de muchos de los centros fenicios de Occidente. La caída de las metrópolis fenicias en mano de los invasores no fue la única causa por la que los centros fenicios occidentales iniciaron el declive, ya que muchos de éstos habían comenzado a abandonarse con anterioridad a la toma de Tiro por Nabucodonosor II de Babilonia.

Evidentemente, la pérdida de independencia en Tiro y en las principales ciudades de Fenicia provocó que la demanda de productos y materias primas que suponían la base económica de las colonias cayese casi por completo.

Además, la propia evolución interna de Cartago, sumada a la riqueza implícita derivada del aumento poblacional procedente de las emigraciones desde Oriente, la auparon al frente de todo el conjunto de fundaciones fenicias en Occidente. Cartago, por su parte, no padeció la crisis de las metrópolis fenicias, pues ya habían inclinado su comercio hacia otro tipo de productos, que no eran tan sólo aquellos que se demandaban desde Oriente. Así pues, el final de las relaciones comerciales entre los asentamientos de Occidente y Fenicia no afectó de la misma forma a Cartago que al resto.

Para Cartago, que contaba con un mercado bastante más amplio y abierto, fue más fácil sobreponerse y dar un giro a la situación para aumentar los beneficios. Además, la ciudad supo recoger el testigo de Tiro como potencia militar. Siempre hubo una conexión especial entre ambas ciudades y parece que desde su propia fundación, desde el momento en que ya fue denominada como «Nueva Ciudad», estaba llamada a convertirse en la sucesora de Tiro. Estos datos se fundamentan en la estrecha relación que ambas ciudades, metrópolis y colonia, tuvieron. Las fuentes clásicas (Diodoro de Sicilia, XX, 14) una vez más son clarificadoras: Cartago, de forma voluntaria, envió durante siglos ofrendas anuales consistentes en una décima parte de los ingresos a Tiro. No se trataba, pues, del pago de un impuesto; era un tributo agradecido a su *madre* fundadora. Estas ofrendas se destinaban, además, al templo de Melkart en Tiro, por lo que estaban recubiertas de un halo religioso, cargado de ritualidad, que ponemos en relación con el papel jugado por esta divinidad a la hora de patrocinar las expediciones y sancionar la fundación de colonias.

Tanto su posición geográfica como los beneficios obtenidos por el desarrollo del comercio hicieron que Cartago se configurase como la protectora del resto de las antiguas colonias vecinas. Precisamente, la nueva posición de Cartago, liderando las ligas y tratados político-económicos firmados entre las distintas ciudades, sumada a su potente flota militar, fue una de las causas directas de la

configuración del denominado imperialismo cartaginés y de la creciente rivalidad con Roma. En este hecho difirió la manifestación de poder de los cartagineses de la que habían demostrado los fenicios. Si éstos, desde una idéntica organización estructurada en ciudades-Estado, se habían centrado únicamente en la fundación de establecimientos comerciales sin demasiado interés en un control territorial, los cartagineses, por su parte, tomaron como ejemplo la colonización griega por el Mediterráneo y sí tuvieron intención de ejercer un control territorial en las diversas regiones.

Desde un primer momento, Cartago demostró ser diferente al resto de las fundaciones fenicias. Ya desde su origen más remoto, los fenicios imprimieron un carácter completamente diferente a la ciudad. Desde el punto de partida, Cartago tuvo una idiosincrasia completamente opuesta al resto de las colonias. Puede que el relato de la huida de Elissa de Tiro y la fundación de una nueva capital sea tan sólo una leyenda más de las que inundan las mitologías de los pueblos mediterráneos. Lo que resulta evidente es que la naturaleza de la ciudad se muestra distinta desde el principio. Cartago surge como ciudad, como una nueva capital. No es ni un asentamiento defensivo, de control de territorio, ni una factoría comercial, ni una escala o fondeadero. Puede que incluso la existencia de esa riqueza de datos sobre los mitos de su fundación nos dé una pista de la importancia de la ciudad. Cartago cuenta con su propia leyenda, al igual que los grandes centros urbanos del Mediterráneo en la Antigüedad. Por eso, en gran parte, nos vemos obligados a entender Cartago como la natural continuadora del mundo fenicio. Más allá que una simple colonia, la ciudad norteafricana se configuró como una extremidad más de ese desmembrado cuerpo que compuso la cultura fenicia.

Probablemente, el origen de la fundación de Cartago Nova (hoy Cartagena) en el sureste de la Península Ibérica por parte de los bárquidas pueda asemejarse a lo que fue la fundación de Cartago por parte de los tirios. Los bárquidas,

dentro de la política imperialista desarrollada en Iberia, se ocuparon de fundar una serie de ciudades, en las que, a través de los trasvases de población y desde el despliegue de un aparato propagandístico que equiparaba a los miembros de la familia Barca con auténticos príncipes helenísticos, controlaban totalmente el territorio y todas sus fuentes de riqueza. Además, estrecharon los vínculos con los régulos ibéricos de cara a mantener la paz en la medida de lo posible, una actitud similar a la que tuvieron los tirios durante la fundación de Cartago. Con esta comparación no quiero decir que los fenicios de Tiro quisiesen desarrollar una política imperialista en el norte de África. Pero lo que es evidente es que los motivos que llevaron a los tirios a fundar esa «nueva capital» fueron completamente distintos a los que hasta ese momento les movían a la hora de erigir las factorías comerciales. Cartago fue una extensión de Tiro, su vía de salida cultural, política y humana. Ambas ciudades mantuvieron unos lazos estrechos. Cuando la gran metrópolis africana se convirtió en la principal potencia mediterránea, jamás dejó de enviar tributos a Tiro. Incluso en pleno siglo IV a. C., cuando los cartagineses lograron zafarse de la pretendida invasión por parte de Agatocles, tirano de la ciudad de Siracusa, enviaron como agradecimiento numerosas ofrendas al templo de Melkart de la ciudad fenicia.

De todas formas, pese a la presencia de elementos culturales orientales en la sociedad cartaginesa, hemos de señalar que Cartago tuvo su propia identidad, precisamente fruto de esa mezcla de diferentes impulsos culturales recibidos. Una de las muestras de su propia identidad la tenemos en el conservadurismo y la pervivencia de las tradiciones. Ya hemos comentado en estas páginas la presencia de rasgos culturales fenicio-púnicos en momentos ya avanzados del imperio romano, que se detectan en algunas de las provincias romanas que habían formado parte de los territorios controlados por Cartago hasta el final de la Segunda Guerra Romano-Cartaginesa.

En las relaciones con Oriente, Cartago supuso, sin lugar a dudas, una válvula

de escape, una salida a la dramática situación que se estaba desarrollando en Fenicia. Tal y como se ha titulado este capítulo, Cartago se convirtió en la continuadora natural del mundo fenicio. Pero no confundamos los términos: la ciudad norteafricana no se convirtió en una imitación de las ciudades de Fenicia, ni siquiera fue tan importante y numerosa la llegada de exiliados desde Oriente; lo que queremos decir es que Cartago supuso la continuación de la civilización fenicia, una puerta abierta al futuro por donde siguieron existiendo, y perpetuándose en algún caso, muchas manifestaciones culturales, políticas y sociales de la antigua tierra cananea. Pese a ello, la cultura cartaginesa fue una cultura híbrida. El enorme potencial y el enorme bagaje cultural fenicio no impidió que en Cartago se manifestasen y perdurasen numerosos elementos líbicos y beréberes. Además, a través de los estrechos contactos con la cultura griega, a partir de las guerras de Sicilia, Cartago y todo el mundo púnico en general recibieron también influjos procedentes de la cultura helenística, de la cual podemos decir que vino a sustituir, en todo el Mediterráneo, a la denominada «orientalizante» de la que, sin duda, los fenicios habían sido protagonistas y los encargados de difundirla hasta el más recóndito lugar.

Pese a la imagen tradicional bárbara, sanguinaria y pérfida de la civilización cartaginesa, pese a los falsos tópicos asumidos históricamente como verdaderos, basados fundamentalmente en las parciales opiniones de los escritores latinos, que se encargaron de menospreciar a su enemigo histórico, Cartago se muestra hoy ante la historia como nexo cultural que se encargó de unir Oriente y Occidente, de estrechar la mano a diferentes pueblos y conformar una sólida base sobre la que se construyó una comunidad mediterránea, que no alcanzó, como es lógico, el desarrollo de la griega, pero que bien podría haberlo logrado de no verse truncadas sus aspiraciones por la aparición de un poderoso e invencible enemigo: Roma.

La cultura híbrida, la mezcla de elementos orientales, semitas, griegos y

beréberes, generó una civilización rica, porque precisamente en la variedad y en el mestizaje está la riqueza. Si ya habíamos alabado la cultura fenicia como aglutinadora de tradiciones orientales ancestrales, la cartaginesa absorbió aquélla, la asimiló y la fundió con las tradiciones preexistentes en el área líbica y con aquellas que fueron aprehendiendo en sus contactos más o menos violentos con los griegos de Sicilia.

Partiendo de la leyenda, Cartago, tal y como nos ha llegado a través de las fuentes escritas clásicas, fue fundada por una princesa fenicia exiliada. De un autor latino llamado Justino (XVIII, 4-5) que, al parecer, recogió la noticia de uno griego llamado Timeo de Taormina, nos ha llegado la más concisa explicación de la leyenda de la fundación de la ciudad de Cartago. Ya habíamos visto los problemas existentes en la Corte de Tiro tras la muerte del rey Muto (o Mattan). Sus dos hijos, Pigmalión y Elissa (también llamada Dido), se disputaron la sucesión. Elissa contrajo matrimonio con su tío paterno, Acerbas, un rico sacerdote de Melkart, que reunía en su entorno poder político y militar. Parece ser que Pigmalión, por miedo a perder su posición, asesinó a Acerbas y persiguió a su hermana, quien, junto a sus fieles, huyó de Tiro. Las fuentes nos indican que la princesa «fugitiva» y su séquito se refugiaron en Kitión, en la isla de Chipre. Allí la comitiva recogió un grupo de ochenta doncellas que fueron donadas por el templo de Astarté a Elissa (según otras interpretaciones, la princesa y sus fieles raptaron las doncellas) para que se uniesen en matrimonio a los acompañantes de la princesa. Los oráculos sagrados indicaron a Elissa que debía fundar una nueva ciudad «Kart Hadash» (que significa «ciudad nueva»), es decir, una nueva capital. Fue entonces cuando la princesa tiria y todo el grupo que le acompañaba desembarcaron en las costas de África. Allí, rápidamente, la astuta princesa buscó los pactos con los libios de la zona, con los que ya se habían mantenido relaciones comerciales. Aquí es donde la historia se convierte en mito y el mito en leyenda; una de las más hermosas leyendas de la

Antigüedad: Elissa adquirió a un régulo local, para fundar su ciudad, el terreno que abarcase una piel de buey extendida. La astucia de la hermosa princesa quedó demostrada cuando cortó en finas tiras la piel, y obtuvo la superficie suficiente como para fundar la ciudad. Este rey Libio, llamado Hiarbas, ingeniosamente engañado por Elissa, quedó prendado de su belleza e inteligencia hasta el punto de querer a toda costa tomarla como esposa. Elissa no accedió y tuvo que suicidarse finalmente, antes de caer en manos del libio o perjudicar a su pueblo. Parece ser que el nombre de Byrsa (que significa «piel de buey»), con el que se conoce a la colina en la que se ubicó el centro político de la ciudad de Cartago, recuerda la piel cortada en tiras por Elissa para delimitar el terreno de la ciudad.

Según se desprende de las fuentes, parece evidente que la ciudad de Cartago, pues, fue una fundación realizada directamente por la casa real de Tiro. Otra de las cuestiones sobre la que abundan las noticias aportadas por los autores clásicos es la fecha de la fundación de la ciudad. Gran parte de estos documentos concluyen por determinar una fecha: el año 814 a. C. La arqueología, por su parte, ha dictaminado sentencia: los materiales más antiguos exhumados en la ciudad de Cartago (todos ellos cerámicos) se datan a mediados del siglo VIII a. C.

Entre los materiales más antiguos de la ciudad destaca un conjunto de fragmentos de cerámicas griegas pertenecientes al período geométrico (siglo VIII a. C.) que ha generado un interesantísimo debate científico sobre los orígenes y la fundación de la ciudad. Precisamente, estas piezas determinan cronologías algo más modernas para la fundación de la ciudad. De todas formas, hemos de ser conscientes de que uno de los mayores problemas cronológicos que presenta la civilización fenicia es que sus cerámicas se fechan a partir de la comparación con las piezas griegas, que son las mejor estudiadas y seriadas de la Protohistoria, por lo que se trata, pues, de dataciones relativas no del todo exactas.

Parece ser que no existen fragmentos cerámicos fenicios que puedan dar una fecha concreta, ya que se trata de un tipo de materiales muy estereotipados que bien pueden pertenecer a talleres de producción local. Así, desde esa perspectiva, no parece lógico pensar en la existencia de cerámicas fenicias orientales con anterioridad a la conformación de talleres locales. Estas producciones se fecharían hacia el último cuarto del siglo VIII a. C. Con los aportes de los estudios de los materiales cerámicos encontrados tanto en el ámbito urbano, como en el tofet y en la ciudad, parece confirmarse la fundación de la ciudad hacia el 770-780 a. C. Teniendo en cuenta la fecha mítica del 814 a. C. para su fundación, no parece descabalado pensar, en mi opinión, que la fecha fijada por los distintos autores clásicos sea la correcta, si tenemos en cuenta que los materiales cerámicos nos otorgan una datación parcial, ya que la ciudad podía haber sido fundada con anterioridad a la llegada y utilización de esos materiales de raigambre griega. Por otro lado, en las últimas excavaciones en la ciudad ha aparecido una serie de construcciones denominadas «mapalia», que presentan una estructura arquitectónica simple con zócalos de mampostería y alzados de adobes crudos. Estas estructuras pueden darnos, en unos años, la clave de la fecha de la fundación de la ciudad. Evidentemente, si Cartago ya existe a mediados del siglo VIII a. C. como ciudad, probablemente tuviese una fase preurbana ligeramente anterior, en la que bien pueden ubicarse estas «mapalia». El poeta latino Virgilio describe en su obra cumbre, *La Eneida,* cómo el héroe troyano, hijo de Anquises y Afrodita, fue testigo directo de la construcción de Cartago:

> «Eneas admira esta obra, hasta no hace mucho constituida por simples chozas; admira sus puertas, la animación y el adoquinado de sus calles. Los tirios trabajan arduamente; prolongan las murallas, levantan la ciudadela, unos construyen los puertos, otros colocan asientos profundos en los teatros ¡Oh, dichosos aquellos cuyos muros se levantan ya del suelo, dice Eneas y, alzando sus ojos, contemplan los techos que coronan la ciudad!».

Virgilio, *Eneida,* I, 421-427.

Pese a las décadas que distancian la fecha de fundación de la ciudad, según indican las fuentes, por una parte, y según demuestra la arqueología, por otra, lo que es evidente es que hasta el momento Cartago es la colonia fenicia más antigua de todo el Occidente. Teniendo en cuenta que ninguna de las fechas míticas de las fundaciones de Gadir, Lixus o Útica en torno al 1100 a. C., ha quedado ratificada por los materiales arqueológicos hallados, Cartago, pues, se aúpa como el primer gran centro comercial fenicio en el Mediterráneo occidental.

En la organización de la sociedad cartaginesa se reflejó la fenicia. Así pues, la sociedad se organizó en torno a los comerciantes y los artesanos. En pocos años, Cartago se convirtió en un puerto internacional de primera magnitud, ubicado en una posición estratégica inmejorable. Sabemos que la ciudad de Cartago y sus alrededores eran completamente cosmopolitas. Sus puertos se caracterizaron por un trasiego constante de extranjeros, fundamentalmente griegos. Conocemos también la composición de sus ejércitos, con mercenarios procedentes de los más variopintos lugares. Precisamente, los mismos mercenarios que, tal y como magníficamente narra Polibio, se sublevaron contra el Senado de Cartago por no recibir los salarios pactados. Por otra parte, a partir del estudio minucioso del registro arqueológico, se detecta la existencia de grupos de población con rasgos culturales acentuados que los distinguen, como son, por ejemplo, los chipriotas.

Además, algunos textos políticos como los aristotélicos señalan la tolerancia como una de las facetas más curiosas de la mentalidad cartaginesa. Una tolerancia apoyada firmemente en la constitución que fomentó, entre otras muchas cuestiones, la convivencia. Si nos fijamos en algunas de las necrópolis púnicas del área de Cartago y el Cabo Bon, somos conscientes del elevado grado de mestizaje de la población. Por ejemplo, y como ya hemos mencionado a lo largo del libro, en los epitafios que fueron grabados en las paredes de las tumbas

de cámara de las necrópolis de Kerkouane, Korba o Sidi Salem, en Túnez, se leen perfectamente antropónimos de raíz líbica, fenicia, griega o itálica. Pocos ejemplos, pues, más clarificadores de lo que debió ser una sociedad abierta al exterior, acostumbrada a interrelacionarse con otros pueblos. Una sociedad, al fin y al cabo, bastante alejada de esa imagen distorsionada que la historiografía clásica ha configurado.

De esos mismos textos se desprende la idea comúnmente aceptada por la historiografía de que la afamada (y alabada, como hemos visto) constitución cartaginesa sufrió importantes cambios a lo largo del tiempo y en caso alguno se mantuvo inmutable. Es importante mencionar que, desde el siglo V en Cartago, se vino abajo gran parte del sistema oligárquico de naturaleza cerrada que se había mantenido en pie desde los orígenes de la fundación de la ciudad por parte de los primeros colonos fenicios. Con el auge de la clase aristocrática, que se caracterizó, a la vista fundamentalmente de los textos literarios, de una mayor flexibilidad, se destruyó un sistema fuerte que había mantenido a Cartago en primera línea. Junto a la emergencia de las clases aristocráticas, la asamblea popular adquirió de forma paulatina una mayor importancia, superando con creces los intentos de la formación de tiranías, como la de los Magónidas, similar a las griegas.

En paralelo también a la aparición de una aristocracia fuerte, a partir principalmente del mediados del siglo IV a. C. (a la par que se generalizó la construcción de monumentos funerarios de aspecto turriforme) Cartago varió su naturaleza eminentemente marina (y talasocrática por lo tanto) en un Estado de claro corte agrario. La aparición de este nuevo modelo de Estado agrario y el crecimiento de la clase social aristocrática trajeron consigo la aparición de unos magistrados «supremos» de características similares a la de los cónsules romanos, que vigilaron a los militares y a aquellos que monopolizaron el control del comercio marítimo. Estos mismos magistrados fueron, sin duda, los que

controlaron la emergencia de la célebre familia bárquida.

A partir del siglo III a. C. se sucedieron varias reformas, como la aparición de una asamblea del pueblo que representó al conjunto de los ciudadanos y cuyos poderes fueron creciendo a lo largo de los años. Los poderes fueron tan amplios que a mediados del siglo III a. C., llegaron a elegir generales e incluso llegando a reunirse de forma espontánea cuando era necesario (en principio no podía convocarse por sí misma). Todo parece indicar que durante las Guerras Púnicas la democratización social de Cartago provocó que la asamblea popular se pusiese al frente de los designios de la ciudad y del territorio controlado por ésta. Pese a ello, al frente se mantuvieron los aristócratas que, en ese momento, se apoyaron en la población ciudadana para poner en práctica sus políticas. La institución política que venimos definiendo como asamblea popular en Cartago se documenta también en otras ciudades púnicas, a partir del siglo IV a. C. y principalmente en el Mediterráneo Central; así, en leyendas monetarias de Sicilia se lee «asamblea del pueblo». En otros lugares aparece referenciada en época tardía (en lengua neopúnica) como en las insulares Gozo y Pantelleria así como en los núcleos sardos de Karalis, Sulcis, Bithia o Tharros y en las africanas Leptis o Lixus.

El control que tuvo Cartago sobre los territorios mediterráneos, según los datos históricos obtenidos de las fuentes, está más cerca de una *epikrateia,* es decir, un señorío o una jurisdicción, que de una *eparxia,* es decir, un control imperial. Algo completamente diferente a lo que pudo suceder en el caso de los asentamientos norteafricanos, donde parece que ejerció cierto imperialismo.

A través de las fuentes literarias también conocemos cómo a lo largo del siglo IV a. C. Cartago y su territorio padecieron fuertes convulsiones políticas que se gestaron fundamentalmente tras el hecho que marca el inicio del recorrido, que no es otro que la desastrosa derrota de Himilcón durante el intento de conquista de la ciudad siciliana de Siracusa, fechado en el 396 a. C. Esta derrota supuso el

final del liderazgo de la dinastía de los Magónidas y el auge de la figura de Hanón el Grande, quien, tras haber desarrollado la expansión púnica por las costas africanas, inició un período hegemónico centrado en el control del ejército. Pese a ello, si atendemos a las referencias extraídas de Diodoro (XX, 44) apreciamos cómo se dieron numerosos enfrentamientos en el seno del poder político (golpes de Estado de Hanón y de Bomílkar, destituciones, etc.) que tuvieron su punto culminante en la incursión de Agatocles, tirano de Siracusa, que llegó a sitiar Cartago hacia el 311-310 a. C.

Con todas estas disputas en el poder se produjeron fuertes transformaciones en la política púnica, sobre todo en relación con el exterior mediterráneo. Las rivalidades políticas trajeron consigo el auge de la clase aristocrática que se puso al frente de la ciudad con la instauración del llamado consejo o tribunal de los Cientocuatro. La derrota en la Primera Guerra Púnica (o Primera Guerra Romano-Cartaginesa) y la pérdida de los territorios de Sicilia occidental supuso el ajusticiamiento de numerosos generales del ejército. Al dominar la potente armada, la clase aristocrática alcanzó el poder absoluto.

A pesar de las relaciones pacíficas entre Cartago y Roma, cuyos pactos habían sido firmados desde el 509 a. C., y a pesar de los compromisos escritos de respeto a las zonas de influencia comercial y a no atacar a los aliados, los acontecimientos se fueron sucediendo de una manera vertiginosa a la par que Roma se iba alzando como la gran potencia mediterránea. Ni siquiera las renovaciones del acuerdo firmadas en 348 a. C. y 306 a. C., en las que Cartago salió bastante beneficiada territorialmente, pudieron detener un conflicto bélico que marcó sin duda el futuro de las relaciones mediterráneas y el final histórico de la metrópolis norteafricana al final de la Tercera Guerra en 146 a. C.

No es éste el lugar en el que describir las Guerras Púnicas, aunque sí hemos de tener en cuenta los cambios sufridos en la composición política y económica de Cartago, como cierre a nuestro análisis de la gran heredera de las *poleis*

fenicias. Entre los procesos más importantes está el de la pérdida del control político sobre todos los territorios insulares y la reducción del espacio geográfico africano, que quedó limitado al entorno inmediato de la capital. Otro de los procesos que se pueden destacar es la presencia de los príncipes Barca (Amílkar, Asdrúbal y Aníbal) en la Península Ibérica y el traslado de la idea de *eparxia* al territorio hispano. Las fuentes mencionan la fecha del 237 a. C. como la del desembarco de Amílkar en Gadir con la finalidad de conquistar la Península, un territorio bien conocido por los cartagineses desde antiguo y sobre el que tenían intereses comerciales y coloniales.

La conquista de Iberia la debemos entender en el marco histórico de las Guerras Púnicas. El dominio de Iberia suponía una válvula de escape y una recuperación de los recursos económicos y demográficos que se habían perdido a lo largo de la guerra y de la pérdida de espacios tan importantes como Sicilia o Cerdeña. En conjunción con el proceso político y militar hay que tener en cuenta que los militares y altos funcionarios cartagineses que llegaron a la Península traían consigo sus creencias y sus manifestaciones y ritos religiosos. A ello debemos sumar el conocimiento por parte de los indígenas de estas mismas cuestiones desde tiempo atrás, dado el constante trasiego de comerciantes fenicios y cartagineses por las costas de Iberia desde época arcaica.

Pero, como hemos mencionado, la presencia púnica no se limitó a las islas centro-mediterráneas o a Iberia. En los territorios norteafricanos ésta se materializó desde el siglo VI a. C., pero tuvo mucha más fuerza un siglo después, continuando un modelo político-económico sucesor del establecido siglos atrás por los fenicios. En el litoral africano los cartagineses se asentaron en Bizerta, Tabarka, Hippona (Hippo, la actual Annaba, a la que el calificativo de «Regius» se lo puso Massinissa I, al transformarla en su residencia).

Otras pequeñas localidades dejan entrever restos de lo que fue o bien una presencia púnica directa en el lugar, o un alto grado de influencia en las

necrópolis, así, tenemos por ejemplo las poblaciones de Chullu (hoy Collo); Igilgi (hoy Gigel), donde, según Polibio (III, 33, 12) Aníbal transportó un contingente de 4.000 soldados de infantería, y Salda (hoy Begaya). En otras localidades se detecta presencia púnica y contienen, en sus topónimos, el prefijo púnico R's, que se traduce por «cabo» o el sufijo 'z , que se traduce a su vez por «fuerte», tales como la ya mencionada Russikada, Rusazus, Russipisi, Rusuccuru, Russubicani y Rusguniae. Otras localidades son bastante más conocidas y ya han sido objeto de estudios detallados por investigadores y especialistas en arqueología fenicio-púnica como Tipasa, Icosium (Argel), Iôl (Cherchel), Les Andalouses, Siga, Portus Magnus o Mersa Madakh.

En todas las ciudades que acabamos de citar la presencia púnica está bastante bien atestiguada. El caso de la ciudad de Tipasa es sin duda el más llamativo: la importancia de la ciudad refleja que se trató de mucho más que de un simple asentamiento de carácter comercial. Por último, otros establecimientos han dejado en su toponimia rasgos inconfundibles de lo que bien pudo ser un origen cartaginés, manteniendo el prefijo Qart-, el cual alude a la ciudad (tal y como sucede con otras fundaciones fenicias y púnicas mediterráneas como la propia Cartago o las hispanas Cartagena, Carteia y puede que Carmona), éstas son, siguiendo con la costa argelina, Cartennae (hoy Ténès), Carmarata y Cartylis.

La región magrebí que fue denominada en la Antigüedad bajo el nombre de Numidia se corresponde exactamente con la zona este de la actual Argelia, en todo el territorio circundante de la ciudad de Constantina (la antigua Cirta), en un cuadrado de aproximadamente 225 kilómetros de lado que comprende regiones montañosas como el Atlas Sahariano, los montes de Constantina y el Aurès, el desierto, las mesetas y los lagos salados, y la costa mediterránea. En la costa marroquí la presencia púnica es bastante más residual, aunque hay vestigios en Tánger (probablemente la *Thymiaterion* fundada por Hanón a dos jornadas de navegación de las columnas de Hércules). Destaca la necrópolis de

Ras-Achakar, donde aparecieron tumbas de cámara con huevos de avestruz típicamente cartagineses entre los objetos del ajuar. Las ciudades de Banasa, de Volúbilis o de Tamuda han proporcionado materiales procedentes del Mediterráneo central que debieron alcanzar esa zona de la mano de comerciantes cartagineses.

Por otro lado, la ciudad de Kuass, ubicada entre Tánger y Lixus, destacó como un centro de producción cerámica de influencia púnica muy importante. Pese a que la presencia púnica está bien atestiguada en la costa marroquí, la realidad es que no podemos presentar ningún monumento púnico o *punicizante* en todo el territorio, fundamentalmente porque a partir del siglo V a. C. la presencia púnica en Marruecos decae y es ése precisamente el inicio del período de construcciones de monumentos en el ámbito cartaginés.

El caso de Libia es diferente al compartir territorio con la Cirenaica, en donde el grado de helenización fue mucho mayor que en la propia Cartago. En esta zona, desde mediados del siglo IV a. C., la clase aristocrática disfrutó de un momento de apogeo económico y político que conllevó incluso el mantenimiento de la independencia de la Grecia de Alejandro Magno. El enorme poderío de la región Cirenaica trajo consigo la necesidad de ampliar territorios hacia el oeste (la llamada «Gran Sirta»), lo que chocó con los intereses de Cartago. De este conflicto se cuenta con el testimonio aportado por la leyenda de los hermanos Filenos, dos adalides de Cartago que dieron su vida para ganar territorio a los cirenaicos.

La influencia política y cultural púnica nunca llegó más allá de la zona de Sirta, donde se ubicó el célebre altar de los Filenos, y la razón principal fue con seguridad el elevado nivel cultural, altamente helenizado, de los pueblos de la Cirenaica. Una de las principales razones que se esgrimen habitualmente para explicar el elevado nivel de helenización de la Cirenaica es la proximidad geográfica a Grecia y al oeste de Egipto. Además, desde mediados del siglo IV a.

C., la Cirenaica se caracterizó, tal y como hemos visto, desde el punto de vista político y social por un tremendo auge de la clase aristocrática, quizás por encima incluso del que tuvo Cartago en las mismas fechas.

Vecina a la Cirenaica, el territorio libio de Tripolitania mantuvo por su parte una importante presencia de elementos culturales y poblacionales cartagineses. Junto con la fundación de las tres grandes ciudades (Oea, Sabratha y Leptis) que dieron el nombre a la región, el territorio y la cultura cartaginesa adquirieron un gran arraigo en el interior. De hecho, para la historiografía tradicional romana, uno de los principales problemas de la «romanización» de Libia radicó en el elevado índice de «punicización» del territorio. Precisamente este hecho provocó que Roma llevase a cabo un proceso de urbanización y refundación de las antiguas ciudades púni-

cas manteniendo durante largo años las instituciones púnicas y a las aristocracias urbanas púnicas en el poder. De todos estos aspectos contamos con buenos indicios en el caso de las estelas bilingües latinas y púnicas que se mantuvieron hasta las primeras décadas del siglo II d. C.

La organización de las ciudades de la Tripolitania romana es también un dato importante y de primera mano para comprender la presencia púnica en la región. Durante la conquista y los primeros años de presencia romana se mantuvieron intactas las instituciones municipales y la organización política, incluso manteniendo la clásica figura púnica del juez o sufeta, que, por ejemplo, en el caso de Leptis, se perdió cuando la ciudad se convirtió en *Colonia* nada menos que en 109 d. C. Pese a la pérdida de la figura del sufeta, durante la presencia romana en la región se dieron títulos traducidos directamente de los títulos municipales púnicos como «*Amator patriae*» o «*Amator civium suorum*». No haremos demasiado hincapié en el mantenimiento de la lengua púnica (el propio emperador Septimio Severo fue educado en Leptis en latín, griego y neopúnico). Si la incidencia cultural púnica fue alta en el ámbito urbano aún lo fue más en el

rural, como se ha visto a través del estudio de los textos de San Agustín.

El dominio cartaginés en el territorio del interior de la actual Argelia debió de ser precario. Se conoce la reivindicación constante de Massinissa de los territorios que consideraba «de sus ancestros», lo que desencadenó la Tercera Guerra Púnica. En época tardía, durante el llamado período «bárquida», la «punicización» de los territorios tomó unos matices muy diferentes. Buena muestra de ello es la intención de formar ese «estado» que hemos visto anteriormente en la Península Ibérica basado en una organización del territorio similar a la que se empleó en Cerdeña y en las regiones norteafricanas, sustentada en un control efectivo y directo sobre el territorio, diferente, por tanto, a la desarrollada en Sicilia.

Se realizó una distinción entre súbditos y aliados en función de la diferencia de trato entre los territorios conquistados por la fuerza (que implicaron derechos de conquista) y los que permanecieron en manos de aliados (generalmente descendientes de fenicios, como Gadir) que, muy probablemente, surtieron con efectivos militares y con impuestos a la administración política y militar bárquida. Un hecho distintivo fue la fundación de ciudades (Akra Leuke, Cartago Nova) y la ordenación del territorio siguiendo un concepto de frontera estable (vigilado mediante las célebres *Turres Hannibalis*). Evidentemente estos centros urbanos púnicos debieron actuar como focos difusores de influjos culturales y la presencia de efectivos militares y de funcionarios de la administración, en contacto con la sociedad ibérica ya de por sí orientalizada culturalmente, debió de desembocar en la formación de una cultura híbrida, mezcla de la incidencia cultural proveniente de diversos agentes fenicios, púnicos, líbicos e indígenas.

9

Documentos

Desde nuestro planteamiento inicial, el cual hemos tratado de mantener a lo largo de toda la redacción de este libro, se ha intentado realizar un recorrido a lo largo de los rasgos más importantes y característicos del pueblo fenicio, como una de las culturas que han funcionado como pilares sobre los que se ha construido la cultura mediterránea. Por ello no queríamos dejar de abordar el tema de las fuentes escritas que nos han permitido reconstruir parte de este período de la historia, de nuestra propia historia.

Hasta la organización de la arqueología como una disciplina científica, dotada de método, a lo largo del siglo XIX, las referencias que se tenían de la existencia de la cultura fenicia provenían únicamente de las fuentes escritas de época clásica y medieval, si bien estas últimas bebían de las anteriores. De ahí que la visión histórica del pueblo fenicio fuese tan desigual como las propias fuentes. Si unas nos acercaban a la historia de forma casi milagrosa con veracidad y objetividad casi empíricas, otras muchas proporcionaron visiones sesgadas, falseadas y, en muchas ocasiones, absolutamente alejadas de la realidad. Con los inicios de las investigaciones arqueológicas y con la conformación paulatina de un método arqueológico cada vez más coherente, racional y riguroso, las fuentes históricas antiguas pasaron a convertirse en el principal apoyo de los investigadores, y en un recurso de vital importancia para completar muchos de los datos obtenidos en las prospecciones y excavaciones. De todas formas, y

pese al despegue de los estudios arqueológicos; la mejora de los medios de intervención y análisis; la aplicación de ciencias auxiliares tales como los sistemas expertos, fotografía digital y SIG (Sistema de Información Geográfica) y los estudios lingüísticos y epigráficos, las fuentes textuales aún son una pieza clave del rompecabezas fenicio, ya que aportan datos sobre numerosas cuestiones que la arqueología y sus ciencias auxiliares, no son, hasta el momento, capaces de resolver.

Junto a la selección de referencias que se van a exponer a continuación, y que pertenecen a inscripciones y textos históricos (fuentes asirias, babilónicas, egipcias, grecorromanas y bíblicas), vamos a incluir también algunos otros datos que no se han comentado a lo largo del texto, pero que son bien conocidos y nos acercan más, quizás de una forma más humana, a la personalidad de los fenicios. Entre estos últimos documentos realizaremos un recorrido alfabético por las principales figuras mitológicas de este pueblo y concluiremos insertando unos cuadros cronológicos, que creemos bastante útiles y oportunos en un libro que tiene como principal objetivo la divulgación histórica, en los que figurarán las listas de los monarcas fenicios y los principales hitos y avatares históricos.

Mitos y leyendas de los fenicios a la luz de las fuentes escritas clásicas

Un primer grupo de citas que vamos a incluir hace alusión a los comentarios efectuados por autores clásicos sobre el origen primitivo del pueblo fenicio, sobre las leyendas de sus orígenes y los inicios de las navegaciones:

> «... de Libia y Poseidón nacieron gemelos, Agénor y Belo. Agénor marchó a Fenicia donde reinó y fue origen de la gran estirpe; por ello diferiremos hablar de él. Belo permaneció en Egipto y fue rey: se casó con Anquino, hija de Nilo, y tuvo gemelos, Egipto y Dánao [...] Agénor marchó a Fenicia, donde, una vez casado con Telefasa, procreó una hija, Europa, e hijos Cadmo, Fénix y Cílix; algunos dicen que Europa no era hija de Agénor sino de Fénix. Zeus, enamorado de ella, se transformó en toro manso y sobre su lomo la llevó por mar hasta Creta. Unida allí a Zeus engendró a Minos, Sarpedón y Radamantis [...] Cuando Europa desapareció, su padre Agénor envió a los hijos en su busca,

prohibiéndoles regresar sin ella. También fueron con ellos su madre, Telefasa, y Taso, hijo de Poseidón, o, según Ferecerides, de Cílix. Incapaces de encontrarla tras intensa búsqueda, determinaron no volver a su hogar y se establecieron en diferentes regiones; Fénix en Fenicia, y Cílix cerca, y toda la zona bajo su dominio, cerca del río Píramo, la llamó Cilicia. Cadmo y Telefasa vivieron en Tracia; igualmente Taso, tras fundar la ciudad de Tasos en una isla cerca de Tracia, la habitó...».

Apolodoro, II, 1, 4-III, 1, 1.

«Los de Tasos, que proceden de los fenicios que con Taso, hijo de Agénor, partieron de Tiro y de toda Fenicia en busca de Europa, ofrecieron en Olimpia un Hércules cuya base es, como la misma estatua, de bronce. La altura de la estatua es de diez codos, tiene la clava en la mano derecha y en la izquierda el arco. He oído que en Tasos veneraban al mismo Hércules que los tirios, pero que al unirse a los griegos rindieron también el mismo culto al Hércules hijo de Anfitrión...».

Pausanias, V, 25, 12.

«... queriendo yo cerciorarme de esta materia donde fuera posible, y habiendo oído que en Tiro de Fenicia había un templo dedicado a Hércules (Melkart), emprendí viaje para aquel punto. Lo vi ricamente adornado de copiosos donativos, y, entre ellos, dos vistosas columnas, una de oro acendrado en copela, otra de esmeralda, que de noche en gran manera resplandecía. Entré en conversación con los sacerdotes de aquel dios y, preguntándoles desde cuando fue su templo erigido, hallé que tampoco estaban acorde con los griegos acerca de Hércules, pues decían que aquel templo había sido fundado al mismo tiempo que la ciudad, y no contaban menos de dos mil trescientos años desde la fundación primera de Tiro...».

Herodoto, II, XLIV.

Los fenicios y la expansión por el Mediterráneo a través de las fuentes clásicas:

Otro amplio volumen de documentación procedente de las fuentes textuales clásicas alude a la expansión comercial mediterránea:

«Los fenicios, que, desde una época lejana, navegaban sin cesar para hacer comercio, habían fundado muchas colonias sobre las costas de Libia y un cierto número de otras en las regiones occidentales de Europa. Habiendo triunfado en sus empresas, acumularon grandes riquezas y resolvieron navegar hacia el mar que se extiende fuera de las columnas de Hércules, y que es llamado Océano. En primer lugar fundaron en Europa, cerca del paso de las columnas, una ciudad a la que, por ser península, dieron el nombre de Gadeira, y en ella dispusieron todo como convenía a la naturaleza del lugar, así como un suntuoso templo dedicado a Hércules, e introdujeron magníficos sacrificios celebrados a la manera fenicia...».

Diodoro de Sicilia, V, 20.

«... los fenicios navegaron por fuera de las columnas de Hércules y fundaron ciudades, no sólo allí, sino también en medio de las costas de Libia, poco después de la guerra de Troya...».

Estrabón, I, 3, 2.

Un importantísimo grupo de documentos clásicos hace referencia a la fundación de las colonias fenicias en Occidente, especialmente a la de Gadir:

«... por aquella época la flota de Tiro que dominaba el mar fundó Gades en el extremo de Hispania, y en el término del mundo, en una isla rodeada por el Océano, separada del continente por un estrecho muy breve. Pocos años más tarde, en África fue fundada por los mismos Útica...».

Veleyo Patérculo, 1, 2 y 3.

«... sobre la fundación de Gadir he aquí lo que dicen recordar sus habitantes: que un cierto oráculo mandó fundar a los tirios un establecimiento en las columnas de Hércules; los enviados para hacer la exploración llegaron hasta el estrecho que hay junto a Calpe, y creyeron que los promontorios que forman el estrecho eran los confines de la tierra habitada y el término de las empresas de Hércules; suponiendo entonces que allí estaban las columnas de las que había hablado el oráculo, echaron el ancla en cierto lugar de más acá de las columnas, allí donde hoy se levanta la ciudad de los exitanos. Mas como en este punto de la costa ofreciesen un sacrificio a los dioses y las víctimas no fueron propicias, entonces se volvieron. Tiempo después, los enviados atravesaron el estrecho, llegando hasta una isla consagrada a Hércules, situada junto a Onoba, ciudad de Iberia, y a unos mil quinientos estadios fuera del estrecho; como creyeron que estaban allí las columnas, sacrificaron de nuevo a los dioses; mas otra vez fueron adversas las víctimas y regresaron a la patria. En la tercera expedición fundaron Gadir, y alzaron el santuario en la parte oriental de la isla, y la ciudad en la occidental».

Estrabón, Libro III, 5, 5.

Otros textos aluden al desarrollo de la navegación fenicia. Entre estos documentos, destaca uno de Herodoto (del siglo V a. C.) que relata la circunnavegación del continente africano por un grupo de marineros fenicios contratados por el faraón de la dinastía egipcia saíta Necao:

«La Libia (nombre con el se conoce a la totalidad del continente africano) se presenta en verdad como rodeada de mar, menos por aquel trecho en el que linda con Asia.

Este descubrimiento se debe a Necao, rey de Egipto, que fue el primero, a mi entender, en mandar hacer la averiguación, pues retirándose de aquel canal que empezó a abrir desde el Nilo hasta el seno arábigo, despachó en unas naves a ciertos fenicios, dándoles orden de que volviesen por las columnas

de Hércules al mar Boreal o Mediterráneo, hasta llegar a Egipto. Saliendo, pues, los fenicios del mar Eritreo, iban navegando por el mar del Noto; durante el tiempo de su navegación, así que venía el otoño, salían en cualquier costa de Libia que les cogiese, y allí hacían sus sementeras y esperaban la siega.

Recogida su cosecha, navegaban otra vez; de suerte que, pasados dos años, al tercero, doblando por las columnas de Hércules, llegaron a Egipto, y referían lo que a mí no se me hará creíble, aunque acaso lo sea para algún otro, a saber: que navegando alrededor de Libia tenían el sol a mano derecha.

Éste fue el modo como se hizo tal descubrimiento por primera vez».

Herodoto, Libro IV, XLII.

Del mismo autor procede una de las más célebres referencias que aluden al invento de la escritura alfabética, por parte de los fenicios, y cómo ésta fue tomada por los griegos:

«Ya que hice mención de los fenicios venidos en compañía de Cadmo, de quienes descendían dichos gerifeos, añado entre otras muchas artes que enseñaron a los griegos establecidos ya en su país, una fue la de leer y escribir, pues antes de su venida, a mi juicio, ni aún las figuras de las letras corrían entre los griegos. Eran éstas, en efecto, al principio, las mismas que usan todos los fenicios, aunque andando el tiempo, según los cadmeos, fueron mudando de lenguaje, mudaron también la forma de sus caracteres. Los jonios, pueblo griego, eran comarcanos por muchos puntos en aquella sazón con los cadmeos, de cuyas letras, que habían aprendido de estos fenicios, se servían, bien que mudando la formación de algunas pocas, y según pedía toda buena razón, al usar tales letras las llamaban letras fenicias, como introducidas en Grecia por los fenicios».

Herodoto, Libro V, LVIII.

Otra referencia de este autor, incluida en el Libro VII de su célebre *Historia,* hace alusión al origen y a la marina de los fenicios:

«El total de las galeras subía a 1.207, las que estaban suministradas por las naciones siguientes: los fenicios concurrían con trescientas, juntamente con los sirios de Palestina, quienes armaban sus cabezas con cascos muy semejantes a los de los griegos [...] Tenían estos fenicios, conforme dicen, su asiento en el mar Eritreo, de donde pasaron a vivir a las costas de Siria, cuya región y todo lo que hasta Egipto se extiende se llama Palestina».

Herodoto, Libro VII, LXXXIX.

También las fuentes clásicas recogen, dentro de ese especial interés por

desestimar la civilización fenicia y púnica, algunas cuestiones referentes a la religiosidad y en especial a la cuestión de los sacrificios humanos como muestra de la crueldad y barbarie de este pueblo:

> «la nación que Dido (Elissa) fundó cuando se estableció en Libia, donde se acostumbra a satisfacer a los dioses con sacrificios humanos y a ofrecer a los dioses a sus niños pequeños, algo horrible de relatar, sobre altares de fuego. Cada año la suerte era echada y la tragedia se repetía, recordando los sacrificios ofrecidos a Diana en el reino de Thoas...».
>
> Silio Itálico, *Púnica,* IV, 766.

Ya habíamos mencionado en el texto que tras la incursión militar de Agatocles, tirano de Siracusa, los cartagineses habían dedicado un rico conjunto de ofrendas al templo de Melkart en Tiro como agradecimiento. Al tiempo, volvieron a instaurar en Cartago un rito fenicio ascentral: el Molk o sacrificio humano. Diodoro de Sicilia lo refiere en la cita que se incluye a continuación:

> «Estimaron que Cronos les era hostil. En efecto, aquellos que antes habían sacrificado a este dios los mejores de sus hijos, compraban ahora secretamente niños que alimentaban para después enviarlos al sacrificio. Según se averiguó, se supo que algunos de los niños inmolados habían sido sacrificados en lugar de otros. Habiendo considerado estos asuntos, y viendo al enemigo acampado delante de sus murallas (los ejércitos de Agatocles), experimentaron un temor religioso ocasionado por la idea de haber descuidado los honores tradicionales debidos a los dioses. Ardiendo en deseos de reparar sus errores, eligieron doscientos niños de entre los más considerados y les sacrificaron en nombre del Estado. Otros, que habían sido acusados, se ofrecieron ellos mismos; su número llegó a ser de trescientos. Había en Cartago un estatua de Cronos en bronce, las manos extendidas, la palma en alto, e inclinadas hacia el suelo, de forma que el niño que allí era colocado, rodaba y caía en una fosa llena de fuego».
>
> Diodoro de Sicilia, XX, 14, 4.

Textos Orientales

Del amplio grupo de fuentes de procedencia oriental que hacen alusión a los fenicios destacan, fundamentalmente, los anales de los reyes asirios. En ellos quedan reflejados numerosos aspectos cotidianos del mundo fenicio, vistos

desde la mirada de la gran potencia enemiga. En muchos casos, se ensalza en estos textos el universo fenicio como una manera de dar aún más importancia y trascendencia a las victorias de los reyes de Asiria:

> «Llegué al monte Líbano. Talé y me llevé troncos de cedro para el templo de Anu y Adad, los grandes dioses que son mis señores. Seguí mi ruta hacia Amurru y la conquisté toda. Recibí el tributo de Biblos, Sidón y Arados...».
>
> Anales de Tiglatpileser I (1100 a. C.).

> «... en aquella ocasión me apoderé de toda la extensión del monte Líbano y llegué al Gran Mar del país de los Amurru. Lavé mis armas en el profundo mar y ofrecí sacrificios de ganado a los dioses. El tributo (de los habitantes de las costas) de Tiro, Sidón, Biblos, Mahallata, Maiza, Qaiza, Amurru y Arvad, que es una isla en el mar, consistió en oro, plata, estaño, cobre, recipientes de metal, prendas de lino de guarniciones multicolores, monos grandes y pequeños, ébano, madera de boj y marfil de colmillos de morsa. Recibí su tributo y abrazaron mis pies. Ascendí a las montañas del Amanus y talé troncos de cedros, pinos bravos, cipreses y pinos, y ofrecí sacrificios de ganado a mis dioses. Hice esculpir una estela conmemorando mis hazañas y heroicas gestas y la erigí allí. Envié los maderos de cedro del monte Amanus al templo Esarra para la construcción de un santuario iasmako como recinto para los festivales, sirviendo a los templos de Sin y Asmas, los dioses que nos otorgan la luz».
>
> Anales de Asurnasirpal II en Kalah, III, 85-90.

Las inscripciones fenicias, fundamentalmente de carácter votivo, han proporcionado, principalmente, datos referentes a la religión y a las manifestaciones sagradas realizadas en honor a los dioses. Otros grupos de estelas pertenecen a consagraciones de templos, por lo que los datos que se extraen, son, de nuevo, religiosos:

> «Soy Yehawmilk, rey de Biblos, hijo de Yeharbal, nieto de Urimilk, rey de Biblos, a quien la Dama, la Señora de Biblos, hizo rey de Biblos. He estado llamando a mi dueña, la Señora de Biblos, y ella ha oído mi voz. Por ello, he hecho para mi dueña, la Señora de Biblos, este altar de bronce que se halla en este patio y esta puerta de oro que está delante de esta inscripción mía, con el disco solar alado de oro engastado en una piedra preciosa, que se halla sobre esta puerta de oro, y este pórtico con sus columnas y los capiteles que están sobre ellas, y su tejado...».
>
> Inscripción de Biblos, siglo V a. C.

> «Una casa construida por Yehimilk, rey de Biblos, que restauró también aquí todas las casas

arruinadas. Baal-Shamin y la Señora de Biblos y la Asamblea de los Sagrados dioses de Biblos prolonguen los días y años de Yehimilk en Biblos, porque es un rey justo y un soberano recto en presencia de los Sagrados dioses de Biblos...».

Inscripción de Biblos, siglo X a. C.

«Sarcófago que ha hecho Ithobaal, hijo de Ahiram, rey de Gubal (Biblos) a Ahiram, su padre, como residencia para la eternidad. Y si un rey o un gobernador o un jefe del ejército sube contra Gubal y abre este sarcófago, que el cetro de su dominación sean sus restos mortales, que el trono de su realeza sea volteado y que la paz huya de Gubal...».

Inscripción del Sarcófago de Ahiram.

Textos Bíblicos

Los datos que han resultado más valiosos desde el punto de vista histórico han sido aquellos extraídos de la Biblia. Hemos de pensar que la Biblia, además de un libro sagrado para los cristianos, es una fuente histórica de primera mano para aquellos que versan sus investigaciones sobre el Próximo Oriente en época Antigua. Las referencias en el Antiguo Testamento a los fenicios, a sus ciudades, a sus monarcas y a sus recursos naturales, son constantes. El Antiguo Testamento recoge gran parte de tradiciones y referencias orientales que han sido claves para el entendimiento de numerosos procesos históricos que se desarrollaron desde épocas muy remotas en la zona sirio-palestina. Entre los documentos más importantes, que ya hemos tenido ocasión de comentar en el texto, están los pactos comerciales entre los reyes Hiram de Tiro y Salomón de Israel. En la Biblia tenemos detallados los pactos realizados entre los dos monarcas, así como todo lo referido a la construcción del templo y el palacio de Jerusalén, por medio de maestros fenicios, y el uso de la madera de los cedros sagrados traídos desde los bosques del Líbano. Además de las referencias a los pactos realizados entre los dos reyes, a partir de la lectura del Antiguo Testamento, extraemos numerosos detalles técnicos y constructivos, ya que se describe con minuciosidad todo el proceso de construcción del templo y el

palacio, los materiales, las medidas, y la organización de los espacios interiores. Por otra parte, las descripciones de la ciudad de Tiro (que veremos en Isaías, 23, y en Ezequiel, 26-28) han sido fundamentales para el conocimiento de la ciudad antigua, ya que han completado los exiguos datos que se han recogido a partir de las intervenciones arqueológicas en la ciudad y en sus necrópolis. La Biblia también ha aportado al conocimiento del mundo fenicio la descripción de algunas rutas comerciales y la mención de algunos puertos alejados hasta donde llegaron los barcos mercantes fenicios. Es de sobra conocida la mención a la ciudad de *Tarsis* (II Crónicas, 3) que se suele identificar como Tartessos, en la costa suroccidental de la Península Ibérica, pero que parece más bien que alude a algún asentamiento comercial en las costas del mar Rojo o el océano Índico.

A partir de aquí vamos a transcribir algunas de las referencias bíblicas más importantes que se manejan por los especialistas del mundo fenicio. Tales transcripciones pensamos que, ubicadas en un capítulo final como es éste, completan el conocimiento y amplían la visión de conjunto sobre este pueblo.

En primer lugar vamos a incluir las menciones que se realizan en el *Libro de los Reyes* a los recursos naturales del país del Líbano, y a la sacralidad de sus bosques, cuyas maderas fueron requeridas por el rey Salomón para edificar la «Casa» de dios y su palacio.

Preparativos para la construcción del Templo:

> «Jiram, rey de Tiro, envió a sus servidores cerca de Salomón, cuando oyó que le habían ungido rey en sustitución de su padre; pues Jiram había sido siempre amigo de David. Y Salomón envió a decir a Jiram: "Tú sabes que David, mi padre, no pudo edificar una casa en nombre de Yahveh, su dios, por causa de las guerras en que 'sus enemigos' le envolvieron. Hasta que Yahveh les puso bajo la planta de sus pies. Pero ahora Yahveh, mi dios, me ha concedido reposo por todos los lados; no existe enemigo ni suceso adverso. He aquí, pues, que me propongo construir una Casa al Nombre de Yahveh, mi dios, como predijo Yahveh a mi padre al decir: 'El hijo tuyo que pondré en tu lugar sobre tu trono, ése edificará la casa a mi nombre'. Ahora bien, ordena que corten para mí cedros del Líbano, y mis servidores acompañarán a tus servidores, y yo te pagaré el salario de tus servidores con arreglo a cuanto me indiques; pues tú sabes que no existen entre nosotros hombres que conozcan el corte de la madera

como los sidonios".

Cuando Jiram oyó las palabras de Salomón se alegró mucho y exclamó: "¡Bendito sea hoy Yahveh, que ha concedido a David un hijo sabio sobre ese numeroso pueblo!". Y envió Jiram a decir a Salomón: "He oído lo que me enviaste a indicar. Haré cuanto deseas en lo que toca a maderas de cedro y maderas de ciprés. Mis súbditos las bajarán del Líbano al mar, y yo las haré expedir en almadías por mar hasta el lugar que me señales; allí las haré descargar y tú las tomarás; en cuanto a ti, cumplirás tu deseo suministrando víveres a mi casa".

Así, pues, Jiram proveía a Salomón de maderas de cedro y maderas de ciprés a su plena voluntad. Y Salomón suministraba a Jiram veinte mil coros de trigo para el sustento de su casa y veinte coros de aceite de olivas machacadas. Eso daba Salomón a Jiram todos los años. Yahveh concedió a Salomón sabiduría, como le había predicho, y hubo paz entre Jiram y Salomón, que entrambos pactaron alianza.

El rey Salomón impuso una prestación personal a todo Israel y consistía la prestación en una leva de treinta mil hombres. Él los enviaba al Líbano, a diez mil por mes, alternativamente: un mes estaban en el Líbano y dos meses en su casa. Adoniram estaba al frente de la prestación. Tenía, además, Salomón setenta mil hombres dedicados al transporte y ochenta mil canteros en la montaña; sin contar los oficiales nombrados por los intendentes de Salomón y que andaban al frente de los trabajos en número de tres mil trescientos, los cuales dirigían a las gentes que trabajaban en la tarea. El rey ordenó que extrajeran piedras grandes, piedras costosas para cimentar el Templo en piedras sillares. Luego las labraban los canteros de Salomón y los canteros de Jiram, así como los gibleos (ciudadanos de Biblos); y preparaban las maderas y las piedras para construir el Templo...».

I Reyes, 5.

Aparte de los datos sobre los materiales de construcción, las referencias bíblicas aluden también a la capacidad técnica de los arquitectos fenicios y sus operarios. Por otro lado, la descripción detallada de la construcción del templo nos aporta datos fundamentales para el conocimiento de las técnicas constructivas, la metrología y la ordenación de los espacios arquitectónicos.

Construcción del Templo:

«Y sucedió que en el año cuatrocientos ochenta de la salida de los israelitas del país de Egipto, el cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel, en el mes de Ziv, o sea, en el segundo mes, comenzó a edificar la Casa para Yahveh. La Casa que construyó el rey Salomón a Yahveh tenía sesenta codos de longitud, veinte de anchura y treinta codos de altura. El Vestíbulo de delante del Templo de la Casa tenía veinte codos de longitud a lo ancho de la Casa [y] diez codos de latitud a lo largo de la Casa. Hizo también a la Casa ventanas de alféizares con celosías. Y construyó, adosada al muro de la Casa, una edificación todo alrededor, a lo largo de los muros de la Casa en derredor del Santuario (Hekhal) y del Santísimo (Debir), luego hizo habitaciones laterales todo alrededor. La edificación en su piso inferior

tenía una anchura de cinco codos, la parte media tenía una anchura de seis codos y la planta tercera tenía una anchura de siete codos, pues se habían dispuesto unas reducciones en torno a la Casa por la parte exterior [de sus muros], para no interferirse en los muros de la Casa. Por lo que respecta a la Casa en su construcción, fue construida en piedra intacta desde la extracción: ni [ruido] de martillo, ni cincel ni instrumento alguno de hierro se oyó en la casa durante su edificación. La entrada a las habitaciones del piso bajo hallábase al costado derecho de la casa y mediante una escalera de caracol subíase a las habitaciones de la planta central y desde ésta a las habitaciones de la tercera. Una vez que hubo construido la casa y la hubo acabado, techó la Casa con artesonados y paneles de cedro. Luego construyó la edificación aneja adosada a toda la Casa; su altura [en cada piso} era de cinco codos y estaba trabada con la Casa mediante maderas de cedro.

Y la palabra de Yahveh fue dirigida a Salomón, diciendo: "[Por lo que respecta a] ésta Casa que estás edificando, si caminas según mis leyes, practicas mis dictámenes y guardas todos mis mandamientos, caminando según ellos, entonces cumpliré mi palabra respecto a ti, la cual hablé a David, tu padre, y moraré en medio de los israelitas y no abandonaré a mi pueblo Israel".

Construyó, pues, Salomón la Casa y la acabó. Luego revistió las paredes de la Casa interiormente con maderas de cedro; desde el suelo de la Casa hasta las vigas del techo recubrió el interior de madera, recubriendo además el pavimento de la Casa con planchas de ciprés. También guarneció los veinte codos de la parte posterior de la Casa con planchas de cedro, desde el suelo hasta las vigas, y destinó su interior para Debir, o sea el Santísimo. De cuarenta codos era la Casa, o sea el Hekhal (Santuario), delante del Debir. El [revestimiento de] cedro, en el interior de la Casa, estaba tallado en forma de coloquíntidas y guirnaldas de flores: todo era de cedro, no aparecía la piedra.

El Santísimo lo había dispuesto en el fondo de la Casa, en el interior, para colocar allí el Arca de la Alianza de Yahveh. Tenía el santísimo veinte codos de longitud, veinte codos de anchura y veinte codos de alto y lo recubrió de oro acendrado, pero el Altar lo hizo de cedro. Luego recubrió interiormente la Casa de oro acendrado e hizo pasar unas cadenillas áureas por delante del Santísimo, que revistió de oro. Recubrió, pues, de oro toda la Casa, toda la Casa íntegramente, y asimismo cubrió de oro todo el Altar que estaba ante al Santísimo...».

I Reyes, 6.

En el siguiente texto, tenemos una magnífica descripción del entorno natural del país fenicio.

La tala del cedro:

«Y el año undécimo, el mes tercero, el día uno del mes, acaeció que me fue dirigida la palabra de Yahveh, para decir: "Hijo del hombre, di a Faraón, rey de Egipto, y a su multitud:

¿A quién asemejarte en tu grandeza?
Mira; a un cedro del Líbano,
de hermoso ramaje, umbrosa fronda

y elevada altura.
y entre las nubes
se alza la copa.
Las aguas le habían hecho crecer,
el océano primitivo lo había alzado,
y condujo sus corrientes
en torno al lugar donde estaba plantado,
e hizo pasar sus acequias
por todos los árboles del campo.
De esta suerte era su altura más elevada
que todos los árboles de la campiña,
y se multiplicaron sus ramas
y se extendió su ramaje
debido al agua copiosa que le hacía crecer.
En sus ramas anidaban
todas las aves del cielo,
y bajo sus ramas parían
todas las bestias del campo;
y a su sombra habitaban
numerosas naciones.
Hermoso era por su magnitud,
por la extensión de sus ramas,
porque tenía sus raíces
junto a aguas abundantes.
Ningún cedro le igualaba
en el huerto de dios;
los cipreses no eran comparables a su ramaje,
y los plátanos no emulaban su fronda:
ningún árbol en el huerto de dios
era equiparable a su belleza.
Hermoso lo había yo hecho
por la abundancia de su ramaje
y lo envidiaban todos los árboles del Edén
que había en el huerto de dios".

Por esto así ha dicho Adonai Yahveh: Por cuanto ha cobrado altura y ha alzado su copa por entre las nubes y se ha engreído su corazón por su eminencia, lo entragaré en manos del príncipe de las naciones, que lo tratará libremente con arreglo a su maldad: lo he rechazado. Y lo han talado extranjeros, las más feroces naciones, y lo han derribado; sobre los montes y por todos los valles han caído sus ramas, y su fronda ha sido quebrantada por todas las barrancadas del país; todos los pueblos

de la tierra se han apartado de su sombra y lo han abandonado...».

Ezequiel, 31.

En la siguiente cita, Hiram de Tiro envía a uno de los afamados artesanos fenicios, para que trabaje a las órdenes directas de Salomón.

Edificación del templo de Jerusalén:

«Pensó, pues, Salomón, construir un edificio al nombre de Yahveh y un palacio real para sí. Contó Salomón setenta mil cargadores y ochenta mil canteros en la montaña, y al frente de ellos tres mil seiscientos sobrestantes. Luego envió a decir Salomón a Jiram, rey de Tiro: "Como hiciste con David, mi padre, a quien enviaste cedros para que edificase una casa para habitarla, haz también conmigo; he aquí que voy a construir un edificio dedicado al Nombre de Yahveh, mi dios [...]"; contestó Jiram, rey de Tiro, con un escrito que envió a Salomón: "por amor de Yahveh a su pueblo, te ha constituido rey sobre ellos". Y añadía Jiram: "¡Bendito sea Yahveh, Dios de Israel, que hizo los cielos y la tierra, que ha dado al rey David un hijo sabio, dotado de prudencia e inteligencia, que va a construir un edificio para Yahveh y un palacio real para sí! Ahora, pues, he enviado un hombre experto, dotado de inteligencia, Juram-Abí, hijo de una mujer de las hijas de Dan, pero cuyo padre era de Tiro. Sabe trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, las piedras y las maderas, la púrpura roja, la púrpura violácea, el lino fino y el carmesí, y grabar toda clase de grabados e idear toda obra de arte, que le sea confiada, de acuerdo con tus artistas y los artistas de mi señor David, tu padre [...] nosotros cortaremos maderas del Líbano según tus necesidades y te las llevaremos en balsas por mar a Joppe, y tu las subirás a Jerusalén.

Comenzó Salomón a construir la casa de Yahveh en Jerusalén, sobre el Monte Moriá, en el que se había aparecido Yahveh a David, su padre, en el lugar que había preparado David en la era de Ornán el Yebuseo. Empezó a construir en el mes segundo, el año cuarto de su reinado.

Esto es lo establecido por Salomón al construir la Casa de dios: la longitud de codos en la medida antigua, sesenta codos: la anchura, veinte codos. El vestíbulo, que se hallaba frente al Santuario de la Casa, tenía de anchura diez codos, y la longitud correspondiente a la anchura de la Casa era de veinte codos, y su altura veinte codos; y lo revistió por dentro de oro puro. Y la Casa Mayor la revistió de madera de ciprés que recubrió de buen oro y esculpió palmas y cadenillas. Recubrió, además, la Casa de piedras preciosas como ornato. El oro era oro de Parvaim. Revistió también de oro la Casa, las vigas, los dinteles, las paredes y las puertas; y esculpió querubines en las paredes [...]

... hizo también (Juram-Abí) diez candelabros de oro, según su prescripción, y los colocó en el Templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. Hizo asimismo diez mesas, que colocó en el Templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. Hizo, además, cien aspersorios de oro. También hizo el Atrio de los Sacerdotes y el gran Vestíbulo y las puertas para el Vestíbulo; y sus puertas las recubrió de bronce. En cuanto al Mar, lo colocó al costado derecho, al este, frente al sur. Hizo también Jiram las ollas, las paletas y los aspersorios [...]

... al cabo de veinte años de haber edificado Salomón la Casa de Yahveh y su palacio, que las

ciudades que había dado Jiram de Tiro a Salomón, las reconstruyó Salomón y estableció en ellas a los hijos de Israel [...] entonces marchó Salomón a Esyon Geber y Elath, a la orilla del mar, en el país de Edom. Y envío Jiram, por medio de sus servidores, navíos y servidores de Salomón a Ofir, y cogieron allí

cuatrocientos cincuenta talentos de oro y los llevaron al rey Salomón...».

Crónicas II, 2-4.

Asimismo, los pactos comerciales entre Hiram de Tiro y Salomón quedaron perfectamente descritos en los textos bíblicos:

«... y acaeció que al cabo de veinte años de haber estado edificando Salomón las dos casas: el Templo de Yahveh y el palacio real, como Jiram, rey de Tiro, hubiera suministrado a Salomón maderas de cedro, maderas de ciprés y oro a toda su voluntad, dio entonces el rey Salomón a Jiram veinte ciudades en el país de Galilea. Salió de Tiro Jiram para ver las ciudades que habíale dado Salomón, y, como no le agradaran, dijo: ¿qué ciudades son éstas que me has dado, hermano?, y las denominó "País de Kabul", hasta el día presente. Jiram había enviado al rey Salomón ciento veinte talentos de oro...».

I Reyes, 9.

«... y el rey Salomón regaló a la reina de Saba todo lo que manifestara desear, además de corresponder a lo que ella le había traído al rey. Luego emprendió el regreso y marchó a su tierra con sus servidores.

Y era el oro que llegaba a Salomón en un año seiscientos sesenta y seis talentos de oro, sin contar con los de los traficantes y mercaderes, que también traían. Y también todos los reyes de Arabia y los gobernadores del país traían oro y plata a Salomón. Hizo el rey Salomón doscientos paveses de oro batido, empleando en cada pavés seiscientos siclos de oro batido, y trescientos escudos de oro batido, empleando en cada escudo trescientos siclos de oro. Y los puso el rey en la Casa del Bosque del Líbano. Hizo también el rey un gran trono de marfil y lo revistió de oro puro. Seis gradas tenía el trono y un escabel de oro por detrás de éste, y brazos a un lado y a otro del lugar del asiento; y dos leones estaban al lado de los brazos; y doce leones estaban allí sobre las seis gradas a un lado y otro. No se había hecho cosa semejante en ningún reino. Todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro, y todos los objetos de la Casa del Bosque del Líbano, de oro puro. No había plata; pues no era nada estimada en los días de Salomón. Porque el rey poseía naves que iban a Tarsis con los súbditos de Jiram; y una vez cada tres años venían las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales...».

II Crónicas, 9.

Las referencias a Tarsis han sido muy controvertidas, ya que, etimológicamente, el vocablo parece tener relación con el ámbito de Tartessos,

al suroeste de la Península Ibérica. Por el contrario, la mayoría de los investigadores se inclinan más por ubicar Tarsis en la zona del Golfo Pérsico o ya en las costas del océano Índico, fundamentalmente por el tipo de animales que allí se capturaban y que eran llevados hasta la corte de Salomón en Jerusalén.

Otro grupo importante de referencias bíblicas al mundo fenicio son aquellas que se recogen en los testimonios de los profetas Isaías y Ezequiel. Estas citas, fundamentalmente, son importantes ya que nos aportan datos concretos de la ciudad de Tiro. Las referencias hacen alusión al oráculo, profecías y lamentos sobre su destrucción.

Oráculo sobre Tiro:

> «¡Ululad, naves de Tarsis,
> porque devastado está vuestro baluarte!
> de vuelta del país de Kittim
> el hecho les ha sido revelado.
> ¡enmudeced habitantes de la costa!,
> mercaderes de Sidón,
> cuyos mensajeros recorrían la mar,
> incluso por las inmensas aguas [...]
> Avergüénzate, Sidón, baluarte del mar,
> porque ha hablado el mar para decir:
> "no he estado de parto, ni he parido,
> ni he criado jóvenes,
> ni he nutrido doncellas".
> Cuando llegue la noticia a Egipto,
> se sobresaltarán por la nueva de Tiro.
> ¡Pasad a Tarsis, ululad, habitantes de la costa!
> ¿Es ésta vuestra ciudad exultante,
> cuya antigüedad remonta a los días de antaño
> y cuyos pies la condujeron lejos para allí morar?
> ¿Quién ha proyectado esto contra Tiro,
> la distribuidora de coronas,
> cuyos comerciantes eran príncipes,
> y sus negociantes, honorables de la tierra?

Yahveh de los ejércitos lo ha proyectado
para zaherir el orgullo
de toda una magnificencia,
para tratar con desprecio a todos los honorables de la tierra.
Cultiva tu país como el Nilo, hija de Tarsis;
ya no hay puerto.
Él ha extendido su mano contra el mar,
ha hecho temblar los reinos;
Yahveh ha ordenado respecto a Canaán
destruir sus fortalezas y ha dicho:
"Ya no volverás más a triunfar,
oh doncella forzada, hija de Sión.
Levántate y pasa a Kittim;
tampoco allí habrá reposo para ti"».

Isaías, 23.

Castigo de los habitantes de Tiro:

«He aquí que Yahveh devasta la tierra,
y la asola, y desfigura su faz,
y dispersa sus habitantes.
Y así ocurrirá al pueblo y al sacerdote,
al esclavo y a su dueño,
a la sierva y a su señora,
al comprador y al vendedor,
al que presta y al que toma el préstamo,
al acreedor y al deudor.
La tierra será completamente asolada, saqueada del todo,
porque Yahveh ha proferido esta palabra.
De duelo está, languidece la tierra;
está marchito, languidece el orbe,
marchitos están el cielo y la tierra.
La tierra ha sido profanada bajo sus habitantes,
porque han violado las leyes, han transgredido
el precepto, han roto la Alianza perpetua.
Por eso la maldición ha devorado la tierra
y se han hecho culpables quienes habitan en ella...».

Isaías, 24.

Yahveh castiga los ritos paganos, la avaricia y el orgullo fenicio:

«... porque Yahveh de los ejércitos tiene un día
contra todo soberbio y altanero,
contra todo elevado, que será abatido;
contra todos los cedros del Líbano,
altos y sublimes,
y contra todas las altas montañas,
contra todas las colinas elevadas,
contra toda torre eminente,
contra toda muralla fortificada,
contra las naves (fenicias) de Tarsis
y contra los navíos de mercancías preciosas.
Entonces se abatirá el orgullo humano
y se humillará la altivez de los hombres,
y sólo Yahveh será ensalzado en aquel día
y los ídolos del todo desaparecerán...».
Isaías, 2, 12-18.

Profecía contra Tiro:

«Ahora bien, en el año undécimo, el primero del mes, se dirigió la palabra de Yahveh, diciendo: "Hijo del hombre, por cuanto que Tiro ha dicho acerca de Jerusalén:

¡Ea! ¡ha sido quebrantada la puerta de los pueblos! ¡ha revertido a mí! ¡me voy a colmar! ¡está en ruinas!

Por esto, así ha dicho Adonai Yahveh:

¡heme contra ti, oh Tiro!

Levantaré contra ti pueblos numerosos, como el mar levanta sus olas:

Y derruirán las murallas de Tiro, y demolerán sus torres, y barreré de ella su polvo, y la dejaré como roca desnuda,

Tendedero de redes será en medio del mar,

Pues yo he hablado —oráculo de Adonai Yahveh—

Y servirá de botín a las naciones.

En cuanto a sus hijas, situadas en el campo, serán matadas a espada,

Y se sabrá que yo soy Yahveh".

Pues así ha dicho Adonai Yahveh: He aquí que haré venir contra Tiro, desde el norte, a Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes, con caballos, carros y jinetes y un tropel de gente, un pueblo numeroso [...]

Así ha dicho Adonai Yahveh a Tiro: "al estrépito de tu derrumbamiento, al gemir de tus víctimas, cuando se realice la mortandad en medio de ti, ¿no se conmoverán acaso las islas?

Descenderán de sus tronos todos los príncipes del mar, depondrán sus mantos y de sus vestiduras recamadas se despojarán, de terrores se vestirán, se sentarán sobre la tierra y temblarán a cada instante y estarán consternados con motivo de ti. Y entonarán sobre ti una alegría y te dirán:

¡Cómo has perecido, habitada de las marinas aguas,
la ciudad renombrada,
la que era poderosa en el mar,
ella y sus moradores,
los que infundían su terror
a cuantos aquél habitaban!
Ahora tiemblan las islas,
En el día de tu caída,
Están aterradas las islas que hay en el mar al ver tu fin"».

Ezequiel, 26.

Lamentación por la ciudad de Tiro y por su príncipe:

«¡Oh tú, la asentada a la entrada del mar,
que comercias con los pueblos
por numerosas costas!,
así ha dicho Adonai Yahveh:
Tiro, tú te has dicho:
Yo soy de "perfecta hermosura."
En el corazón de los mares estaban tus fronteras;
Tus constructores hicieron perfecta tu hermosura [...]
Los habitantes de Sidón y Arvad eran tus remeros;
los más hábiles, ¡oh Tiro!, que había en ti,
Eran tus timoneles.
Los ancianos de Gebal (Biblos) y sus peritos
actuaban en ti reparando tus averías.
Todas las naves del mar y sus marineros
se hallaban en ti para asegurar tu comercio.
Gentes de Persia, Lidia y Put
formaban parte de tu ejército como guerreros tuyos;
suspendían en ti escudo y casco;
y te daban brillo.

Los hijos de Arvad su ejército guarnecían tus murallas todo en torno, y los gammadíes tus torres:

suspendían sus escudos de tus muros todo alrededor; ellos completaban tu hermosura. Tarsis comerciaba contigo por la abundancia en todo recurso: plata, hierro, estaño y plomo daban por tus mercancías [...]

Tu fortuna y tus mercancías, tu comercio, tus marineros, tus pilotos, tus calafates, los que aseguraban tu comercio y todos tus hombres de guerra que había en ti y toda la comunidad que existía en tu interior, caerán en el corazón de los mares el día de tu ruina...».

Ezequiel, 27.

«Hijo del hombre, di al príncipe de Tiro [...]:

Por cuanto se ha enorgullecido tu corazón y has dicho: "Un dios soy, una residencia divina habito en medio del mar" cuando eres hombre y no dios, y has equiparado tu corazón al corazón de Dios, con tu sabiduría y tu inteligencia te has hecho una fortuna y has acumulado oro y plata en tus tesoros.

Por la magnitud de tu sabiduría y tu comercio has aumentado tu fortuna y has engreído tu corazón [...] por eso he aquí que voy a atraer contra ti a extranjeros, los más despóticos entre las naciones, que desenvainarán sus espadas contra tu bella sabiduría y profanarán tu esplendor; te harán descender hasta la fosa y morirás, como los muertos violentamente, en el corazón de los mares...».

Ezequiel 28, 1-8.

¿Quién es quién en la mitología fenicia?

Dentro de este capítulo de «documentos» en el que estamos introduciendo numerosas cuestiones que hemos considerado necesarias incluir dentro de nuestro recorrido, pero que nos hemos visto obligados a resumir, están los principales personajes protagonistas de la mitología fenicia. Algunos de los nombres que se van a citar a continuación ya han sido mencionados en el texto y son suficientemente conocidos. Otros los traemos aquí por vez primera con la intención de que no queden en el olvido. Teniendo en cuenta la gran complejidad de la religión fenicia, que, como ya hemos tenido oportunidad de ver, es el resultado de las numerosas fuentes de la que bebe, nos hemos visto obligados, una vez más, a seleccionar los principales nombres de la mitología más puramente fenicia. De cada uno de ellos, se ha incluido una breve reseña orientativa. Evidentemente se trata de un pequeño glosario en el que hemos tratado de recoger, de manera general, los aspectos más llamativos de las

divinidades más conocidas. A propósito y dada la naturaleza de este texto divulgativo no hemos recogido las muchas divinidades locales existentes en cada territorio ni tampoco hemos querido entrar en discusiones científicas, algunas muy vivas hoy día, sobre la advocación de las divinidades o los sincretismos religiosos entre divinidades fenicias e indígenas.

Acmones. Divinidad progenitora, de la que proceden el Cielo y la Tierra.

Adon. «Adonis» en griego. Era también un título genérico de los dioses (significaba amo, dueño, señor), pero llegó a convertirse en divinidad especial, personal y puede que en una de las más importantes de Fenicia. No conocemos su verdadero nombre, a menos que fuera el Tamuz babilónico. Era un dios joven, una divinidad de la vegetación, singularmente de la primavera, que renace a una nueva vida después del invierno, por lo que no es extraño que se identificara con el egipcio Osiris y que ambos mitos se influyeran con mucha intensidad. Esta propiedad de renacer provocó que apareciese constantemente aludido en los sepulcros y en las estelas funerarias.

Agrotes. Divinidad protectora de la agricultura, a la que también se suele mencionar como su inventora. Agrotes mostró a los hombres el uso de los aperos de labranza.

Aleyin. Hijo menor de Baal, espíritu y genio de la naturaleza, de las fuentes y los humedales; tenía el poder de hacer crecer las plantas. Tenía como misión hacer surgir agua de los manantiales y fuentes, para el necesario riego de todas las plantas y su crecimiento. La humedad dependía de él y, por esto mismo, se constituía en espíritu de fuentes, manantiales, arroyos y ríos. El término Aleyin significaba «el que cabalga sobre las nubes», pues él producía la lluvia y gracias a su acción había suficiente vegetación en la tierra. Era una deidad imprescindible dentro de la mitología de los pueblos fenicios.

Anat. Hermana del dios Aleyin. Era la encargada de esparcir el rocío a la Tierra, llamada esta acción por los narradores de mitos como «la grasa de la

Tierra». Cuando llega el alba, y el Sol sale, sus rayos rebotan contra el rocío que Anat depositara durante la noche y toda la Tierra adquiere un color plateado símbolo de pureza.

Antilíbano. Gigante que protegía las ciudades fenicias. Las montañas en las que habitaba tomaron su nombre así como la función de dar protección al país fenicio.

Astarté. Ashtart es la asimilación fenicia de una diosa mesopotámica conocida por los sumerios como Inanna e Ishtar por los acadios. Fue, entre los cananeos, la divinidad femenina más importante, «madre creadora de los dioses», que tenía por misión infundir sabiduría a los dioses y procurarles consejo cuando a ella acudían en demanda de ayuda. Ella era la personificación de la fecundidad de las tierras y los animales, y diosa del amor. Recibía especial adoración en Gubal (Biblos). En la Biblia se la conoce como Ashtarot, en su forma plural y en Babilonia, como Ishtar. Pero en Biblos se la conocía como Baalat (es decir, «señora»), evidentemente, la versión femenina de Baal (que quiere decir «señor»). Representaba el culto a la madre naturaleza, a la vida y a la fertilidad, así como la exaltación del amor y los placeres carnales. Con el tiempo se tornó en diosa de la guerra y recibía cultos sanguinarios de sus devotos. Se la solía representar desnuda o apenas cubierta con velos, de pie sobre un león. Astarté se corresponde en la mitología griega en parte con la diosa Afrodita y en parte con Deméter. De las palabras Astarté, Ishtar, viene la palabra latina *stella* «estrella».

Baal. La palabra *ba'al* significa señor, dueño, amo. Era la deidad cananea más importante porque para ellos controlaba la lluvia, las tormentas y, por lo tanto, la agricultura. Los cananeos creían que él les proporcionaba la prosperidad económica por medio de buenas cosechas y grandes rebaños. Aunque parece que el rey Omri introdujo a Baal, el dios de Tiro, en Israel, fue Acab quien promovió su adoración cuando construyó un templo para este dios pagano en Samaria para complacer a Jezabel, su esposa fenicia. El mito cuenta que Baal,

dios de las tormentas, de la lluvia y de las montañas, en unión con su esposa Baalat, es decir, «Señora», tuvieron un hijo, Aliyan, quien junto con su padre luchó contra Mot, dios de la sequía y el mundo inferior. Baal fue asimilado a Melkart en Tiro, a Adonis en Biblos y a Amón o Hammón en Cartago. En la mitología mesopotámica, *Baaltis* es el nombre que recibe una divinidad femenina que completaba a Baal. Era considerada por los fenicios y los sirios como la esposa o la hermana de este dios. Se le suele identificar con Venus y por otros como la hermana de Astarté y esposa de Saturno y se le calificaba como la señora de la vida.

Baal Hammón. Era el principal dios fenicio adorado en la colonia de Cartago, generalmente identificado por los griegos como Cronos y por los romanos como Saturno. *Baal* significa «señor», sin embargo, el significado de *hammón* es incierto. En su nombre se hacían sacrificios humanos como ofrenda religiosa.

Belial. Espíritu de los infiernos que fue expulsado del paraíso por Baal, por incitar a los demás ángeles a rebelarse. Según los textos tenía una gran hermosura.

Bes. Deidad de origen egipcio de aspecto anodino y de porte mediocre que se representaba con un cuerpo panzudo y rechoncho, casi enano; los cartagineses colocaban con frecuencia la efigie de la deidad en la proa de sus navíos. Fue la divinidad principal en la isla de Ibiza que incluso llevaba su nombre (Ybusim) apareciendo siempre representada en sus acuñaciones monetarias. Se trataba de un dios protector que a menudo aparecía representado en los relieves de las estelas y los monumentos funerarios así como en los amuletos que acompañaban a los difuntos de cara a protegerlos en su viaje al más allá.

Dagón. Nació como el grano divinizado, es decir, estaba asociado con el trigo, pero luego se volvió el más popular de los dioses fenicios del mar y significó esencialmente «pez».

Dido (Elissa). La mítica fundadora de Cartago, hermana de Pigmalión y esposa

de Acerbas. Tuvo que huir de Tiro al enterarse que su hermano trataba de apoderarse de la riqueza de su marido, al que había asesinado. Llegando a las costas de Libia, adquirió a un régulo local, llamado Hiarbas o Jarbas, la tierra que cupiese en la piel de un buey. Dido cortó en tiras la piel tomando así el terreno suficiente como para fundar la ciudad de Cartago. Jarbas quedó prendado de la inteligencia y la belleza de la reina, por lo que quiso tomarla como esposa. Al no acceder Dido a la petición, Jarbas amenazó con atacar la nueva ciudad con toda su fuerza. Dido, antes de ceder o perjudicar a su pueblo, decidió suicidarse, atravesando su vientre con una espada.

El. Era la primera de las deidades, no habiendo existido antes que él ninguna otra generación de dioses y, así, ocupaba el puesto superior en la jerarquía. Se le asoció con el astro-rey, es decir, con el Sol, siendo adorado, desde tiempo inmemorial, por diversos pueblos de etnia semita. Estaban sometidos a «El» pueblos enteros. La tierra le debía su fertilidad, los océanos, mares, ríos y manantiales, el agua. «El» distribuía el tiempo, y, según la leyenda, su morada se hallaba bastante cercana al nacimiento de los ríos. Sin «El» no hubiese habido, decían, ni mañana, ni tarde, ni noche, ni tampoco días o años. Todo, pues, estaba bajo el control de «El». Era el dios fundamental de la cananea Ugarit, sabio y justo, que gobernaba a los hombres ya los que comunicaba sus órdenes mediante los sueños.

Eshmun. Dios fenicio de la medicina, principal divinidad en el panteón de Sidón. Era el señor de esta ciudad y su cometido era la curación. Siempre, desde sus orígenes, fue una divinidad de la salud y de la vida, por lo que los griegos lo tradujeron por Asclepios. Su versión femenina, Ashima, se adoraba en la ciudad de Hamat, en el norte de Siria.

Hadad. Dios del aire, de la tormenta, los relámpagos, la lluvia y el viento. Según las creencias de los marineros fenicios, su voz sonaba en las tormentas.

Hipsuriano. Primogénito de la primera pareja conformada por seres humanos,

al que se le atribuye una gran habilidad artesanal, por lo que se le consideró patrón protector de los artesanos.

Melkart. Principal figura divina del panteón tirio. Probablemente fuese el mismo Baal. Su nombre indica que se trata del «señor de la ciudad», protector de todas las fundaciones urbanas realizadas por los tirios en sus navegaciones por Occidente. Era originariamente un dios agrícola, del campo, la vegetación y la fecundidad, por lo que su ritual comprendía una serie de ritos de muerte y resurrección cíclicos anuales, coincidentes con las estaciones del año; pasó luego a ser considerado «rey de la ciudad», que es el significado etimológico de su nombre, y como patrono de la ciudad de Tiro se transformó también en dios de la navegación y de los navegantes. Los tirios le consideraban el guía de sus viajes marítimos y exploraciones y, por ello, a esta divinidad estuvo consagrado primitivamente el templo de la antigua ciudad de Gadir ubicado en el islote de Sancti Petri.

Menrumo. Hijo de los gigantes, es un dios que enseñó a los hombres en los orígenes a vestirse con pieles de animales y a hacer fuego. En su honor los fenicios establecieron el culto a los muertos.

Molk (Molok). Es esta una divinidad a la que rindieron cultos numerosos pueblos de origen semita. En su honor se realizaban unos sacrificios en los que las víctimas eran niños menores a dos o tres años. Las representaciones figuradas de esta divinidad tenían los brazos extendidos para recibir los sacrificios. El culto a Molk tuvo gran desarrollo en algunos lugares de Occidente y principalmente tuvo especial seguimiento por el pueblo cartaginés. A menudo se realizaron sacrificios de sustitución, es decir, los niños fueron sustituidos por monos o corderitos, algo similar a lo que hizo Abraham cuando en lugar de sacrificar a su hijo Isaac, empleó un cordero. Otras teorías de investigadores dicen que Molk sería en sí mismo el acto del sacrificio y no una divinidad, por lo tanto.

Much. Dios maligno opuesto a Aleyin que se encargaba de destrozar las cosechas enviando sequías y propagando plagas.

Muth. Dios de los muertos. Señor del más allá temido por los fenicios. Muth o Mot tuvo un papel de fuerza caótica enemiga de Baal, que suponía el orden. Mot es la divinidad adversaria del dios Baal. Baal, el dios *poliade*, le venció y devolvió a los infiernos. De hecho las principales figuras divinas fenicias a menudo son protagonistas de una victoria sobre la muerte y de un retorno a la vida, como sucede con Melkart y Adonis.

Refaim. Clase privilegiada que habita un mundo subterráneo y que está directamente guiada por Baal *vencedor de Mot* (el dios que vence a la muerte). El término *Refaim* aparece mencionado ya en los textos de Ugarit y en el Antiguo Testamento y se traduce como «sanadores».

Resef. Dios fenicio de la guerra, aunque posee otros perfiles, como el de divinidad sanadora. Se le identificó con el griego Apolo, pero también con Melkart. En la Península Ibérica contamos con abundantes representaciones de este dios, por lo que podemos pensar que tal popularidad atestigua que el proceso colonial fenicio no se desarrolló sin violencia.

Sapas. Tenía el poder de predecir el futuro y, según la leyenda hallada en unas tablas de arcilla de Ras Shamra, participó en la lucha entre los dos rivales más célebres de toda la mitología fenicia, es decir, los dioses Aleyin y Much. Fue la diosa Sapas quien auguró la derrota de Much ante Aleyin y le maldijo, como se recoge en la tablilla: «Que Aleyin no tenga piedad de ti. ¡Que arranque las puertas de tu morada! ¡Que rompa el cetro de tu soberanía! ¡Que derribe el trono de tu realeza!». Sapas, según la mitología fenicia, dotaba de luz a los propios dioses guiándoles hacia la salvación cuando éstos habían perdido el rumbo. Ésta era la razón por la que se la conocía con el sobrenombre de «antorcha de los dioses». Tenía, además, una función de emisaria de los dioses para participar en litigios y contiendas. Cuenta la leyenda que en la lucha que

mantenían los dioses Aleyin y Much, participó para ayudar decisivamente a Aleyin. Recibió órdenes del propio Baal a través de la diosa Anat, que también ejercía de recadera de los dioses.

Siga. Diosa fenicia, citada en época tardía, muy influida por el conocimiento de la diosa griega Atenea, con la que guarda muchas concomitancias.

Taaut. Dios fenicio al que se atribuyó la invención de las artes, de la escritura y las ciencias.

Tanit. Conocida en Occidente (o asimilada a) como Astarté, fue la esposa de Baal. Su culto, tal y como se ha visto, tuvo un gran desarrollo en Cartago. Según algunas versiones, Tanit era la personificación del planeta Venus y, por ende, simbolizaba el amor y el afecto; recibía, en este caso, el nombre de Astarté y se decía de ella que era la cara de Baal. Así, de hecho, aparece mencionada en numerosas estelas púnicas. Se la ha comparado con la diosa Hera, la esposa de Zeus, según la mitología clásica, pues los cartagineses la adoraban como reina de los dioses y, por lo mismo, la reconocían como esposa del gran Baal Hammón.

Tsaphon o *Safón*. Era el señor del norte, idéntico al cananeo Hadad y a veces se le designaba también con este nombre. Era dios del cielo y de la atmósfera, de la tempestad y del rayo y se representaba con una lanza que clavaba en el suelo.

Usus. Uno de los dioses marineros por excelencia. En las creencias de los navegantes fenicios, Usus era el padre inventor de la navegación, que enseñó a los hombres a vaciar un tronco de madera para construir una barca.

10

Cronología

Cronología de hitos de la historia fenicia (fechas a. C.)

3000. Progreso de tribus llamadas cananeas que desde Arabia se asientan en las costas mediterráneas.

2700. Fecha aproximada de la fundación de Tiro.

2200. Fundación de Berytos (la actual Beirut, capital del Líbano).

1680. Los hicsos toman Egipto arrasando en su camino las ciudades de Canaán.

1480. Tutmosis III toma las ciudades costeras de Canaán.

1200. Incursión de los «pueblos del mar». Ugarit, Biblos y Sidón son arrasadas.

1150. Fenicia se independiza de Egipto, aprovechando la crisis política del país del Nilo.

1100. Fundación mítica de Gadir, en el extremo del Mediterráneo, junto a las columnas de Hércules.

1000. Relaciones comerciales entre Hiram I de Tiro y Salomón.

Despegue de Tiro como gran potencia comercial.

900. Los fenicios inician la empresa comercial mediterránea.

814. Fundación de Cartago.

800. Fundación de numerosas colonias y factorías por Occidente.

678. Sidón se alza contra los asirios; se inicia la cruenta represión.

667. Destrucción de Sidón.

607. Fenicia cae bajo el yugo babilónico.

586. Nabucodonosor II asedia Tiro.

573. Destrucción de Tiro.

539. Invasión persa de los territorios fenicios.

359. Artajerjes III sitia Sidón, que cae en sus manos en el 338 a. C.

332. Fin del imperio persa; Fenicia en manos de Alejandro Magno.

197. Los romanos derrotan a Filipo V de Macedonia.

64. Fenicia incorporada a la Siria Romana por Cneo Pompeyo.

Cuadro Cronológico de los reyes de Asiria, Tiro e Israel (Período comprendido entre las fundaciones míticas de las colonias fenicias de Occidente y la conquista de Tiro)

1100 a. C.

Imperio Asirio: Tiglatpileser I
Tiro: —
Israel: Jueces

1000 a. C.

Imperio Asirio: Asur Rabi
Tiro: —
Israel: Saúl

950 a. C.

Imperio Asirio: Tiglatpileser II
Tiro: Abibaal
Israel: David

940 a. C.

Imperio Asirio: —
Tiro: Hiram I
Israel: Salomón

930 a. C.
Imperio Asirio: Asurdan II
Tiro: Baal Eser I
Israel: Jeroboam

920 a. C.
Imperio Asirio: —
Tiro: —
Israel: Nadab

900 a. C.
Imperio Asirio: Adad Nirari II
Tiro: Abdastrato
Israel: Zimri

880 a. C.
Imperio Asirio: Tukulti Ninurta II
Tiro: Ithobaal
Israel: Omri

860 a. C.
Imperio Asirio: Asurnasirpal II
Tiro: —
Israel: Ahab

840 a. C.
Imperio Asirio: —
Tiro: —
Israel: Ozoquías

830 a. C.
Imperio Asirio: Salmanasar III
Tiro: Baal-azor II
Israel: Joram

810 a. C.
Imperio Asirio: Sansi-adad V
Tiro: Mattan II
Israel: Jehú

800 a. C.
Imperio Asirio: Adad Nirari III
Tiro: Pigmalión
Israel: Joacaz

790 a. C.
Imperio Asirio: —
Tiro: —
Israel: Joas

780 a. C.
Imperio Asirio: Salmanasar IV
Tiro: Ithobaal II
Israel: Jeroboam II

770 a. C.
Imperio Asirio: Asurdan III
Tiro: —
Israel: Zacarías

740 a. C.
Imperio Asirio: Asur Nirari V
Tiro: —
Israel: —

730 a. C.
Imperio Asirio: Tiglatpileser III
Tiro: Hiram II
Israel: Menahem

720 a. C.

Imperio Asirio: Salmanasar V
Tiro: Mattam III
Israel: Isaías

710 a. C.

Imperio Asirio: Sargón II
Tiro: Luli
Israel: Oseas

700 a. C.

Imperio Asirio: Senaquerib
Tiro: —
Israel: —

680 a. C.

Imperio Asirio: Asahardón
Tiro: Baal I
Israel: —

660 a. C.

Imperio Asirio, Tiro e Israel: Asurbanipal

«Porro in occiduam plagam
ab his columnis gurgitem esse interminum,
late patere pelagus, extendi salum.
Nullus haec adiit freta;
nullus carinas aequor illud intulit,
desint quod alto flabra propellentia,
nullusque puppim spiritus caeli iuuet:
dehinc quod aethram quodam amictu uestiat
caligo, semper nebula condat gurgitem,
et crassiore nubilum perstet die».

«Desde estas columnas hacia

la región occidental, hay un abismo inacabable, y el piélago se abre ampliamente, y el mar se ensancha. Nadie se ha dirigido hacia estos mares, nadie ha introducido las quillas en esta llanura marina, ya porque falten en alta mar, los vientos que empujen, ya porque ningún soplo del cielo ayude a popa, ya, además, porque la niebla cubra la atmósfera con una especie de velo, ya porque las tinieblas escondan siempre el abismo y haya continuamente un cielo de una luz más oscura».

Avieno, *Ora marítima,* vv. 380-389.

Bibliografía

Fuentes Literarias

AGUSTÍN DE HIPONA (SAN), «Epistola ad Romanos inchoata», en *Obras Completas,* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, Expositio 13.

APOLODORO, *Biblioteca,* traducción y notas de Margarita RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA, Madrid, Gredos, libros II, 1, 4, y III, 1, 1.

ARISTÓTELES, *Política,* traducción Patricio de Azcárate, Madrid, Espasa Calpe, I, 1252-1253; II, 11, 1272a-1273b; II, 8, y V, 7, 4 1307a.

AVIENO, «Descriptio orbis Terrae», en *Testimonia Hispaniae Antiquae,* I, edición de Julio MANGAS y Domingo PLÁCIDO, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, vv. 610-620.

— *Ora marítima,* edición de A. SCHULTEN, Weidmannsche Buchhandlung, 1955, vv. 333-380, 380-389.

DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca histórica,* traducción de Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, libros V, 20; XX, 14, y XX, 44.

ESTRABÓN, *Geographica,* edición de Javier GÓMEZ ESPELOSÍN, Gonzalo CRUZ ANDREOTTI y Marcos GARCÍA QUINTELA, Madrid, Alianza Editorial, libros I, 3, 2; II, 3; II, 5, 5; XVI, 23.

FLAVIO JOSEFO, *Antiquetates Iudaicae,* Madrid, Gredos, VIII, 315-324.
HERODOTO, *Obra Completa,* Madrid, Gredos, libros II, XLIV; III, XIX; IV, XLII; V, LVIII, y VII, XXXIX.

HOMERO, *Odisea,* edición de M. FERNÁNDEZ GALIANO, Madrid, Gredos, XII;

XV, 423-426; XV, 415-416.

— *Ilíada,* traducción, prólogo y notas de A. CRESPO, Madrid, Gredos, XXIII, 740-745.

JUSTINO, *Epitome of Pompeius Trogus «Philippic histories»,* traducción de J. S. Watson, XVIII, 3, 5.

MANILIO, *Astronomica,* introducción de F. CALERO, traducción y notas de F. CALERO y M.ª J. ECHARTE, Madrid, Gredos, I, 297-300.

OROSIO, *Historiarum Adversus Paganus,* traducción y notas de Eustaquio SÁNCHEZ SALOR, Madrid, Gredos, IV, 19, 1.

PAUSANIAS, «Descripción de Grecia», en *Obra Completa,* traducción y notas de M. C. HERRERO, Madrid, Gredos, V, 25, 12.

PLINIO, «Historia natural», en *Obra completa,* Madrid, Gredos, XIX, 216.

POLIBIO, *Punica*, traducción y notas de M. BALASCH, Madrid, Gredos, 96.

POMPONIO MELA, *Chorographia,* traducción de C. GÚZMAN, Murcia, Universidad de Murcia, I, 12.

SILIO ITÁLICO, *Punica,* París, Miniconi-Devallet, IV, 766.

TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso,* traducción y notas de J. J. TORRES ESBARRANCH, Madrid, Gredos, VI, 2, 6.

VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana,* Madrid, Gredos, 1:2, 3-8 y 4.

VIRGILIO, *Eneida*, traducción Eugenio de Ochoa, Madrid, Edaf, I, 421-427.

Bibliografía General

ACQUARO, E., «Il santuario fenicio di Tharros», *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, 49, 1976-1977, pp. 29 41.

— *Cartagine. Un impero sul Mediterraneo,* Roma, 1978.

— *Gli insediamenti fenici e punici in Italia,* Roma, 1988.

— «Cerdeña», *Los fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 210-225.

— *Momenti Precoloniali nel Mediterraneo Antico,* Roma, 1988.

— «Tharros fra Fenicia e Cartagine», *Atti II Congresso Internazional di Studi Fenici e Punici II*, Roma, 1991.

ACQUARO, E.; AUBET, M.ª E., y FANTAR, M. H., *Insediamenti fenici e punici nel Mediterraneo occidentale,* Roma, 1993.

ALBRIGHT, W. F., *Arqueología de Palestina,* Barcelona, 1962.

ALMAGRO GORBEA, M.; ARTEAGA, O.; BLECH, M.; RUIZ MATA, D., y SCHUBART, H., *Protohistoria de la Península Ibérica,* Barcelona, 2001.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J., *Excavaciones Arqueológicas en la necrópolis de* Baria (Villaricos), Campañas de 1975 y 1978, Madrid, 1984.

— *Orfebrería fenicio-púnica del Museo Arqueológico Nacional,* Madrid, 1986.

ALVAR EZQUERRA, J., «La navegación prerromana en la Península Ibérica», *Archivo Español de Arqueología,* 52, Madrid, 1981.

— «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo», en *La caída de Tiro y el Auge de Cartago,* V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1990), Ibiza, 1991, pp. 19-27.

ALVAR EZQUERRA, J., y GONZÁLEZ WAGNER, «La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica», *Gerión,* 6, Madrid, Universidad Complutense, 1988, pp. 169-185.

ARRIBAS, A., y ARTEAGA, O., *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga),* Granada, 1975.

ARRUDA, A. M., «Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (ss. VIII-VI a. C.)», *Cuadernos de Arqueología Mediterránea,* 5-6, Barcelona, 1999-2000.

ARTEAGA, O., «Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar», en *Actas de la Mesa redonda «La baja época de la cultura ibérica»*, Madrid, 1981.

— «La liga Púnica Gaditana. Aproximación a una visión Histórica Occidental,

para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa, en el Mundo Mediterráneo», en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia Púnica en los Territorios Hispanos,* VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1993), Ibiza, 1994, pp. 25-59.

— «Paradigmas historicistas de la civilización Occidental. Los fenicios en las costas mediterráneas de Andalucía», *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología,* 4, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 131-171.

ASTRUC, M., *La necrópolis de Villaricos,* Madrid, 1951.

AUBET SEMMLER, M.ª E., «Los fenicios en España. Estado de la cuestión y perspectivas», *Aula Orientalis,* 3, 1985, pp. 9-38.

— «Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas», en *Los fenicios en la Península Ibérica,* Sabadell, 1986, pp. 9-38.

— «Cerro del Villar 1987. Informe de la primera campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía,* vol. II, actividades sistemáticas, 1987, pp. 310-316.

— «España», *Los fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 226-242.

— «Cerro del Villar 1989. Informe de la segunda campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía,* vol. II, 1989, p. 378.

— «El impacto fenicio en el interior del mediodía peninsular», *La cultura Tartésica y Extremadura, Cuadernos Emeritenses,* 2, Mérida, 1990.

— «Die Phönizische Niederlassung vom Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», *Madrider Mitteilungen,* 32, Madrid, 1991, pp. 29-51.

— *Tiro y las colonias fenicias de Occidente,* Barcelona, 1994.

— «El comercio fenicio en Occidente», en *I Fenici ieri oggi domani,* Roma, 1995, pp. 227-244.

— (ed.), *Los fenicios en Málaga,* Málaga, Universidad de Málaga, 1997.

— «Fenicios y púnicos», en *Los iberos, príncipes de Occidente,* Barcelona, 1998, pp. 44-45.

— «Arquitectura colonial e intercambio», en *Fenicios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios,* Guardamar del Segura, Alicante, 2000, pp. 13-45.

AUBET SEMMLER, M.ª E.; MAAS-LINDEMANN, G., y SCHUBART, H., «Chorreras. Un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo», *Noticiario Arqueológico Hispano,* 6, 1979, pp. 91-138.

AUBET SEMMLER, M.ª E., y OLMO LETE, G. DEL (eds.), *Los fenicios en la Península Ibérica,* 2 vols., Sabadell, 1986.

AZUAR, R.; ROUILLARD, P.; GAILLEDRAT, E.; MORET, P.; SALA, F., y BADIE, A., «L'établissement orientalisant et ibérique ancien de "La Rábita", Guardamar del Segura (Alicante, Espagne). Première et seconde campagnes de fouille, juin 1996 et avril 1997», *Trabajos de Prehistoria,* 55, 2, Madrid, 1998, pp. 111-126.

BARNETT, R. D., «The Sea peoples», en *Cambridge Ancient History,* Cambridge, 1969.

— *A Catalogue of the Nimrud Ivories,* Londres, 1975.

BARRECA, F., «La colonizzacione fenicio-punica in Sardegna alla luce delle nuove scoperte», en *Simposio de Colonizaciones,* Barcelona, 1974, pp. 1-13.

— «La Sardegna Fenicia e Punica. "Archittetura e urbanistica"», en *Storia della Sardegna antica e moderna,* vol. II, Sassari, 1974, pp. 215-225.

— «Venti anni di scavi a Monte Sirai», *Nuovo Bulletino Archeologico Sardo,* 1, 1984, pp. 143-157.

— «Recenti scoperte in Sardegna. 2. Fluminimaggiore (Cagliari). Nuove scoperte ad Antas», *Rivista di Studi Fenici,* 13, 1985, pp. 266-267.

— *La civiltà fenicio-punica in Sardegna,* Sassari, 1986.

BARTOLONI, P., *Stele archaiche del tofet de Cartagine,* Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1996.

BAUMGARTEN, A. L., *The Phoenician History of Philo of Biblos. A Commentary,* Leiden, 1981.

BAURAIN, C., y BONNET, C., *Les Phéniciens, marins de trois continents,* París, 1992.

BELÉN DEAMOS, M.ª; ESCACENA CARRASCO, J. L.; LÓPEZ ROA, C., y RODERO RIAZA, A., «Fenicios en el Atlántico. Excavaciones españolas en Lixus. Los conjuntos "C. Montalbán" y "Cata Basílica"», *Complutum, Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda,* 6.1, Madrid, 1996, pp. 339-358.

BENDALA GALÁN, M., «Los Cartagineses en España», en *Historia general de España y América,* t. I, 2, Madrid, 1987, pp. 115-170.

— «Tartessos, el arte de las colonias fenicias», en *Introducción al Arte Español. La Antigüedad,* Madrid, 1990, pp. 61-95.

— «El mundo feniciopúnico y su expansión mediterránea», en *Prehistòria de les Illes de la Mediterrània Occidental (X Jornades d'Estudis Històrics Locals),* Palma de Mallorca, 1992, pp. 375-391.

— *Tartesios, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua,* Madrid, 2000.

— «Panorama arqueológico de la Hispania Púnica a partir de la época Bárquida», en GARCÍA-BELLIDO, M.ª P., y CALLEGARIN, L. (coords.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental,* Madrid, 2000, pp. 75-88.

— «La influencia feniciopúnica en Alicante y su ámbito geográfico y cultural», *Canelobre,* 48, *Las ciudades y los campos de Alicante en Época Romana,* Alicante, 2003, pp. 21-33.

BENDALA GALÁN, M.; BLÁNQUEZ PÉREZ, J., y ROLDÁN GÓMEZ, L., «Nuevas aportaciones sobre la ciudad púnica de Carteia», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos,* vol. I, Cádiz, 2000, pp. 745-758.

BENICHOU-SAFAR, H., *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires,* París, 1982.

— «Tophets et necrópoles puniques», en TROUSSET, P. (coord.), *L'Afrique du*

Nord Antique et Medievale. VIe Colloque International sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord I. Necrópoles, rites et monuments funéraires, Guingamp, 1995, pp. 91-102.

BLANCO FREIJEIRO, A., «Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península», *Archivo Español de Arqueología,* 29, Madrid, 1956, pp. 3-51.

— «El capitel de Cádiz», *Zephyrus,* 11, Salamanca, 1960, pp. 157-159.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J., y OLMOS ROMERA, R., «El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete: el timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico», *Arqueología en Albacete,* Madrid, 1993, pp. 83-108.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; ROLDÁN GÓMEZ, L., y BENDALA GALÁN, M., «La ciudad de *Carteia* (San Roque, Cádiz) en época púnica», en GONZÁLEZ BLANCO, A., *et alii* (eds.), *Estudios Orientales,* 5, 6. *El Mundo Púnico. Religión, Antropología y Cultura Material, Actas del II Congreso Internacional del Mundo Púnico (Cartagena, 2000),* Murcia, pp. 137-155.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. Mª., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente,* Salamanca, 1975.

— «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma 1979,* Roma, 1983, pp. 311-373.

— «Los túmulos de Villaricos (Almería), Setefilla y Carmona (Sevilla), Cástulo (Jaén), Torre de Doña Blanca (Cádiz) y de Marruecos y sus prototipos orientales», en *Homenaje a Luis Siret. Cuevas del Almanzora, 1984,* Sevilla, 1986, pp. 537-556.

— «La colonización fenicia en la Alta Andalucía (Oretania). Siglos VIII-VI a. C.», *Rivista di Studi Fenici,* XIV, 1, Roma, 1986, pp. 53-80.

— *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente,* Madrid, 1992.

— «Biblos. La ciudad más antigua del mundo», *Revista de Arqueología,* 211,

Madrid, 1998, pp. 24-31.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.ª, *et alii*, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977», *Excavaciones Arqueológicas en España,* 102, Madrid, 1979.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.ª; RUIZ MATA, D., y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva), campaña de 1978», *Huelva Arqueológica,* V, Huelva, 1981, pp. 149-335.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.ª; ALVAR EZQUERRA, J., y GONZÁLEZ WAGNER, C., *Fenicios y Cartagineses en el Mediterráneo,* Madrid, 1999.

BONDI, S. F., «Un tipo di inquadramento architettonico fenicio», *Atii del 1.ᵉ Convegno Italiano sul Vicino Oriente Antico,* Roma, 1978, pp. 147-156.

— «Arquitectura y urbanismo», en *Los Fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 248-283.

BONDI, S. F., y TUSA, V., «La Sicilia fenicio-punica», *La Sicilia Antica I,* Palermo, 1979, pp. 143-218.

BONNET, C., «Le culte de Melqart à Carthage: un cas de conservaturisme religieux», *Religio Phoenicia. Studia Phoenicia IV,* Bruselas, 1986, pp. 209-222.

— *Astarté,* Roma, 1996.

BONNET, C.; LIPINSKI, E., y MARCHETTI, P. (eds.), *Religio Phoenicia. Studia Phoenicia IV,* Bruselas, 1986.

BRAEMER, F., *L'Architecture domestique du Levant à l'Âge de Fer,* París, 1982.

BUNNENS, G., *L'Expansion Phénicienne en Méditerranée. Essai d'interpretation fondé sur une analyse des traditions littéraires,* Bruselas, 1979.

CASSON, L., *Ships and Seamanships in the Ancient World,* Princeton, 1971.

CELESTINO PÉREZ, S., y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXXV, 2 vols., Madrid, 2005.

CIASCA, A., «Malta», en MOSCATI, S. (dir.), *Los Fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 206-209.

— «Fenicia», en MOSCATI, S. (dir.), *Los Fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 140-151.

— «Documentti di architettura fenicia e punica a Malta», en *Atti del II Congresso Internazionale sulle Studi Fenici e Punici.* Roma, 1991, pp. 755-758.

CIASCA, A., *et alii*, *Mozia,* Roma, 1989.

CINTAS, P., «Fouilles puniques à Tipasa», *Revue Africaine,* XCII, 1949, pp. 1-68.

— *Céramique Punique*, Túnez, 1950.

— «Deux campagnes de fouilles à Utique», *Karthago,* II, Túnez, 1951, pp. 157-161.

— *Contribution à l'etude de l'expansion carthaginoise au Maroc,* París, 1954.

— «Nouvelles recherches à Utique», *Karthago,* V-VI, Túnez, 1954-1955, pp. 96-117.

— «Materiaux de construction employés à Carthage», *Karthago,* 10, París, 1959, pp. 137-139.

— *Manuel d'Archeologie Punique I,* París, 1970.

— *Manuel d'Archeologie Punique II,* París, 1976.

CINTAS, P., y GOBERT, E. G., «Les tombes puniques du Jebel Mlezza», *Revue Tunisienne,* t. XXXVI, Túnez, 1939, pp. 135-198.

COSTA, B., y FERNÁNDEZ, J. H. (eds.), *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos,* Ibiza, 1998.

CORZO SÁNCHEZ, R., «El nuevo sarcófago antropoide de la necrópolis gaditana», *Boletín del Museo de Cádiz,* 2, Cádiz, 1979-1980, pp. 13-24.

— «Los fenicios, señores del mar», *Historia 16. Historias del Viejo Mundo,* 8, Madrid, 1985.

DAY, J., *Moloch. A God of human sacrifice in the Old Testament,* Cambridge, 1989.

DESANGES, J., y LANCEL, S., *Bibliographie analytique de l'Afrique Antique XV*, Roma, 1984.

— *Bibliographie analytique de l'Afrique Antique XVI,* Roma, 1986.

DÍES CUSÍ, E., *La arquitectura fenicia de la Península Ibérica y su influencia en las*

culturas indígenas, Valencia, 1995.

— «La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica», en RUIZ MATA, D., y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica,* Madrid, 2001, pp. 69-122.

DU MESNIL, R., *Études sur les dieux phéniciens hérités par l'Empire Romain,* Leiden, 1970.

DUNAND, M., «Recherches archéologiques dans la région de Marathus, note préliminaire», *Annales Archéologiques de la Syrie,* III, Damasco, 1953, pp. 153-176.

DUNAND, M., y SALIBY, N., *Le temple de 'Amrith dans la pérée d'Aradus. Institut français d'archéologie du Proche Orient, CXXI*, París, 1985.

DUNAND, M.; SALIBY, N., y KHIRICHIAN, A., «Les fouilles de Amrith en 1954. Rapport Préliminaire», *Annales Archéologiques de la Syrie,* IV-V, Damasco, 1954-1955, pp. 189-204.

ELAYI, J., «Remarques sur un type du mur phénicien», *Rivista di Studi Fenici,* VIII, 2, Roma, 1980, pp. 165-180.

— *Sidón, cité autonome de l'Empire perse,* París, 1989.

ESCACENA CARRASCO, J. L., «Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista», *Spal,* 11, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002, pp. 69-105.

— «Darwin y Tartessos», en CELESTINO PÉREZ, S., y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anejos de AEspA,* XXXV, Madrid, 2005, pp. 189-219.

ESCACENA CARRASCO, J. L., y FERNÁNDEZ TRONCOSO, G., «Tartessos fortificado», en *Actas Congreso Internacional Fortificaciones en el entorno del Bajo Guadalquivir,* Alcalá de Guadaira, 2002, pp. 110-127.

FANTAR, M. H., *Kerkouane, cité punique du Cap Bon (Tunisie),* 3 vols., Túnez, 1984-1986.

— «Fortification punique: Les murailles de Kerkouane», en *La fortification dans l'histoire du monde Grec,* París, 1986, pp. 241-250.

— «Les phéniciens en Algerie, Tunisie et en Libye», *Les dossiers, Histoire et Archéologie,* 132, Dijon, 1988, pp. 92-95.

— «El norte de Africa», en *Los fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 166-187.

— *Carthage. Approche d'une civilisation,* 2 vols., Túnez, 1993.

— «Les études phéniciennes et puniques en Tunisie à travers des experiences personelles», *I Fenici, ieri oggi domani,* Roma, 1995, pp. 317-326.

— *Kerkouane. Cité punique au pays berbère de Tamezrat,* Túnez, 1998.

— *Los fenicios en el Mediterráneo,* Barcelona, 1999.

— «L'Urbanisme et la architecture puniques: le cas de Kerkouane», en *Fenicios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios,* Guardamar del Segura, Alicante, 2000, pp. 71-87.

FERNÁNDEZ, J. H., y COSTA, B. (eds.), *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos,* XI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1996), Ibiza, 1998.

FERNÁNDEZ JURADO, J., *Tejada la Vieja. Una ciudad Protohistórica. Huelva Arqueológica*, IX, Huelva, 1989.

— «Tartessos y Huelva», *Huelva Arqueológica,* X-XI, Huelva, 1990.

— «Influencia fenicia en la arquitectura tartésica», en *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica, Museo de Ibiza,* Ibiza, 1991, pp. 164-173.

— «Fenicios en Tartessos», en *Fenicios y Territorio,* Alicante, 2000, pp. 89-98.

FERNÁNDEZ MIRANDA, M., y CABALLERO ZOREDA, L., *Abdera. Excavaciones arqueológicas en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería). Excavaciones Arqueológicas en España,* 85, Madrid, 1975.

FERRER ALBELDA, E., *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España,* Sevilla, 1996.

— «La religión púnica en Iberia: lugares de culto», en GONZÁLEZ BLANCO, A., *et alii* (eds.), *Estudios Orientales 5, 6. El Mundo Púnico. Religión, Antropología y Cultura Material, Actas del II Congreso Internacional del Mundo Púnico (Cartagena, 2000),* Murcia, 2000, pp. 107-118.

GARBINI, G., *I Fenici. Storia e Religione,* Nápoles, 1980.

GARCÍA MENÁRGUEZ, A., «El Cabezo Pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura», en *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura,* Murcia, 1994, pp. 269-280.

GARCÍA Y BELLIDO, A., *Fenicios y Cartagineses en Occidente,* Madrid, 1942.

— «Materiales de Arqueología hispano-púnica. Jarros de bronce», *Archivo Español de Arqueología,* 29, Madrid, 1956, pp. 85-104.

— «Inventario de los jarros púnico-tartéssicos», *Archivo Español de Arqueología,* 33, Madrid, 1960, pp. 44-63.

GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M. P., y BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., «Relación entre el proceso histórico: Tartessos/Colonización fenicia y la Alta Andalucía», *Complutum Extra, Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda,* 6.1, Madrid, 1996, pp. 327-338.

GELB, I. J., *Historia de la Escritura,* Madrid, 1993.

GONZÁLEZ BLANCO, A.; CUNCHILLOS LLARRI, J. L., y MOLINA MARTOS, M. (coords.), *El Mundo Púnico. Historia, sociedad y cultura,* Coloquios de Cartagena, I, 1990, Murcia, 1994.

GONZÁLEZ PRATS, A., «Las importaciones y la presencia fenicia en la Sierra de Crevillente (Alicante)», *Aula Orientalis,* 4, 1986, pp. 279-302.

— «La presencia fenicia en el Levante peninsular y su influencia en las comunidades indígenas», en *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1986-1989),* Ibiza, 1991, pp. 109-118.

— «La Fonteta, una ciudad fenicia de Occidente», R*evista de Arqueología,* 190, 1997, pp. 8-13.

— «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultado de las excavaciones de 1996-1997», *Rivista di Studi Fenici XXVI,* 2, Roma, 1998, pp. 191-228.

— *La Fonteta, 1996-1998. El Emporio fenicio de la desembocadura del río Segura*,

Alicante, 1999.

— (ed.), *La cerámica fenicia en Occidente. Centros de producción y áreas de comercio, Actas del I Seminario Internacional sobre Temas Fenicios,* Guardamar del Segura, Alicante, 1999.

GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ SEGURA, E., y GARCÍA MENÁRGUEZ, A., «La Fonteta. 1997. Memoria Preliminar de la segunda campaña de excavaciones ordinarias en la ciudad fenicia de la desembocadura del río Segura, Guardamar (Alicante)», *La cerámica fenicia en Occidente. Actas I Seminario Internacional sobre Temas Fenicios,* Guardamar del Segura, Alicante, 1999, pp. 257-301.

GONZÁLEZ WAGNER, C., *Fenicios y Cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos,* Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1983.

— *Los Fenicios,* Madrid, 1989.

— *Historia del Cercano Oriente,* Historia *Salamanca* de la Antigüedad, Salamanca, 1999, pp. 227-263.

— *Cartago,* Madrid, 2000.

GRAN AYMERICH, J. M. J., «Málaga, fenicia y púnica», en *Los fenicios en la Península Ibérica,* Sabadell, 1986, pp. 127-147.

— «Málaga fenicio-púnica y el Estrecho de Gibraltar», *Actas del Congreso Internacional: «El Estrecho de Gibraltar»,* (Ceuta, 1987), Madrid, 1988.

— (ed.)*, Málaga phénicienne et punique. Recherches franco-espagnoles (1981-1988),* París, 1991.

GRAS, M.; ROUILLARD, P., y TEIXIDOR, J., *L' univers phénicien,* París, 1985.

GSELL, S., *Les monuments antiques de l'Algerie,* 2 vols., París, 1901.

— *Atlas archéologique de l'Algérie,* París, 1911.

— *Historie Ancienne de l'Afrique du Nord,* 8 vols., París, 1923-1928.

— *Promenades Archéologiques aux environs d'Alger (Cherchel, Tipasa, le Tombeau de la Chrétienne)* , París, 1926.

GUERRERO AYUSO, V., *Navíos y navegantes en las rutas de Baleares durante la Prehistoria,* Palma de Mallorca, 1994.

HARDEN, D. B., *Los fenicios,* Barcelona, 1985.

HERODOTO, *Historia,* 3 vols., Madrid, 1985.

ISSERLIN, B. S. J., y PLAT TAYLOR, J. DU, *Motya, a phoenician and carthaginian city in Sicily,* vol. I, Leiden, 1974.

JIDEJIAN, N., *L'Archeologie au Liban,* Beirut, 1998.

JIMÉNEZ FLÓRES, A. M., *Ritual Funerario y sociedad en las necrópolis fenicias de época arcaica de la Península Ibérica,* Écija, 1996.

JODIN, A., *Mogador. Comptoir phénicien du Maroc atlantique,* Rabat, 1966.

KARAGEORGHIS, V., *Chipre,* Serie Archaeologia Mundi, Ginebra, 1968.

— *Kition. Mycenean and Phoenician Discoveries in Cyprus,* Londres, 1976.

— (ed.), *Archaeology in Cyprus. 1960-1985,* Nicosia, 1985.

— «Chipre», en *Los Fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 152-165.

KATZEN STEIN, H. J., *The history of Tire,* en Jerusalén, 1973.

KEMPINSKI, A., y REICH, R., *The Architecture of Ancient Israel,* Jerusalén, 1992.

KRINGS, V. (ed.), *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de recherche,* Leiden, 1995.

KUKAHN, E., «El sarcófago sidonio de Cádiz», *Archivo Español de Arqueología,* XXIV, Madrid, 1951.

LANCEL, S., *La colline de Byrsa à l' époque punique,* París, 1983.

— *Cartago,* Barcelona, 1994.

— «L'Archéologie monumentale *partim* Occident», en KRINGS, V. (ed.), *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de recherche,* Leiden, 1995, pp. 132-135.

— «Architecture militaire, civile et domestique *partim* Occident», en KRINGS, V. (ed.), *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de recherche,* Leiden, 1995, pp. 397-411.

— «Algérie», en KRINGS, V. (ed.), *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de

recherche, Leiden, 1995, pp. 786-795.

— *Aníbal,* Barcelona, 1997.

LANDSTRÖM, B., *Sailing ships,* Londres, 1969.

LARONDE, A., y GOLVIN, J. C., *L'Afrique Antique. Histoire et Monuments. Libye, Tunisie, Algérie, Maroc,* París, 2001.

LEICK, G., *A Dictionary of Ancient Near Eastern Architecture,* Londres, 1988.

LIPINSKI, E. (ed.), *Phoenicia and the East Mediterranean in the first Millenium B. C.,* Lovaina, 1987.

— *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique,* París, 1992.

LONGERSTAY, M., «Représentations de navires archaïques en Tunisie du Nord. Contribution à la chronologie des Haouanet», *Karthago,* XXII, Túnez, 1990, pp. 33-44.

LÓPEZ CASTRO, J. L., «Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?», en *La caída de Tiro y el Auge de Cartago,* V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1990), Ibiza, 1991, pp. 73-85.

— «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación», en *Actas del Seminario «La colonización fenicia, 100 años de investigación»,* Almería, 1992, pp. 11-79.

— «Los libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la Península Ibérica», *Rivista di Studi Fenici,* XX, Roma, 1992, pp. 47-65.

— *Hispania Poena. Los Fenicios en la Hispania Romana,* Barcelona, 1994.

LÓPEZ PARDO, F., *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana,* Madrid, Universidad Complutense, 1987.

— «Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica», *Archivo Español de Arqueología,* 63, Madrid, 1990, pp. 7-41.

— «Los enclaves fenicios en el África Noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas», *Gerión,* 14,

Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1996, pp. 251-288.

LÓPEZ PARDO, F., y SUÁREZ PADILLA, J., «Traslados de población entre el Norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico», *Gerión,* 20, I, Madrid, 2002, pp. 113-152.

MAAS-LINDEMANN, G., «Chorreras-1980», *Madrider Mitteilungen,* 24, Madrid, 1983, pp. 76-103.

— «La primera fase de la colonización fenicia en España según los hallazgos del Morro de Mezquitilla (Málaga)», en *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura,* Murcia, 1994, pp. 281-292.

MAAS-LINDEMANN, G., y SCHUBART, H., «Jardín», *Madrider Mitteilungen,* 16, Madrid, 1975, pp. 179-186.

MANGAS MANJARES, J., y PLÁCIDO SUÁREZ, D. (eds.), *Avieno. Testimoniae Hispaniae Antiqua I,* Madrid, 2000.

MARGUERON, J. C., *Recherches sur les palais mésopotamiens de l'Âge du Bronze,* París, 1982.

MARKOE, G. E., *Phoenicians,* Avon, 2000.

MARTÍN CAMINO, M., «Colonización fenicia y presencia púnica en Murcia», en *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cultura,* Murcia, 1994, pp. 293-324.

— «Cartagena durante época Bárquida: precedentes y estado de la cuestión», en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica,* Ibiza, 1998, pp. 9-25.

MARTÍN RUIZ, J. A., *Catálogo documental de Los Fenicios en Andalucía,* Sevilla, 1995.

MASCORT, M. T.; SANMARTI, J., y SANTACANA, J., *El jaciment protohistòric d'Aldovesta i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional,* Tarragona, 1991.

MATA PARREÑO, C., «Las influencias del mundo fenicio-púnico en los orígenes y desarrollo de la cultura ibérica», en *III Congrès International des Ètudes Phéniciennes et Puniques (Tunis, 1991),* vol. II, Túnez, 1995, pp. 225-244.

— «La Segunda Guerra Púnica y su incidencia en los pueblos indígenas de la costa mediterránea peninsular», en *La II Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1998),* Ibiza, 2000, pp. 27-49.

MAYET, F., y TAVARES DA SILVA, M. C., «L'Establissement phénicien d'Abul (Portugal)», *Comptes Rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres,* 2, París, 1994, pp. 171-188.

MAZZA, F., «Le formule di Maledizione nelle iscrizioni funerarie e votive fenicie e puniche», *Rivista di Studi Fenici,* III, Roma, 1975, pp. 19-30.

MAZZA, F.; RIBICHINI, S., y XELLA, P., *Fonti Classiche per la Civiltà Fenicia e Punica I. Fonti Letterarie Greche dalle Origini alla fine dell'età Classica,* Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1988.

MEDAS, S., «La marina de Cartago: la primera gran flota del Mediterráneo Occidental», *Revista de Arqueología,* 151, Madrid, 1993.

MEDEROS MARTÍN, A., y RUIZ CABRERO, L. A., «La fundación de Sexi-Laurita (Almuñécar, Granada) y los inicios de la penetración fenicia en la Vega de Granada», *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología,* 11, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992, pp. 41-67.

MOLINA FAJARDO, F., *Almuñécar en la antigüedad. La necrópolis feniciopúnica de Puente de Noy,* Granada, 1982.

— *Almuñécar, Arqueología e Historia,* 3 vols., Almuñécar, 1983-1986.

— «Almuñécar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios», en *Los fenicios en la Península Ibérica,* Sabadell, 1986, pp. 193-216.

MONTET, P., *Byblos et l'Egypte, quatre campagnes de fouilles, 1921-1924,* 2 vols., París, 1929.

MOREL, J. P., «Kerkouane, ville punique du Cap Bon. Remarques archéologiques et historiques», *Mélanges de l'École Française de Rome et Athénes,* 81, Roma, 1969, pp. 473-518.

— «Nouvelles données sur le commerce de Carthage punique entre le VII

siècle et le II siècle avant J.-C.», en *Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord. Actes du IV Colloque International, Strasbourg, 1988. Tome I. Carthage et son Territoire dans l'Antiquité,* París, 1990, pp. 67-100.

— «Carthage, Marseille, Athènes, Alexandrie (notes sur le commerce de Carthage avec quelques métropoles méditerranéennes)», en *Actes du III Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques,* Túnez, 1995, pp. 264-281.

— *Vie et mort dans la Carthage Punique d'après les fouilles de Byrsa (VIIeIIe Siècles av. J. C.),* Túnez, 2000.

MOSCATI, S., *Fenici i Cartaginesi in Sardegna,* Roma, 1968.

— *L' Épopée des Phéniciens,* París, 1971.

— *I Fenici e Cartagine,* Turín, 1972.

— «L'espansione fenicia nel Mediterraneo occidentale», en NIEMEYER, H. G. (ed.), *Phönizier im Westen. Madrider Bëitrage,* 8, Mainz am Rhein, 1982, pp. 5-12.

— *L'enigma dei fenici,* Milán, 1982.

— (dir.), *Los fenicios,* Barcelona, 1988.

— «Una civilización descubierta de nuevo», en *Los fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 16-23.

— «¿Quiénes fueron los fenicios?», en *Los fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 24-25.

— «Fenicio o punico o cartaginese», *Rivista di Studi Fenici,* XVI, Roma, 1988, pp. 3-13.

— «Bibliografia degli scritti sul mondo fenicio e punico», *Rivista di Studi Fenici,* XXV, 2, Roma, 1997, pp. 121-137.

MOSCATI, S., y ACQUARO, E., *Madre mediterranea,* Roma-Nápoles, 1987.

MUÑIZ COELLO, J., «Málaga y la colonización Púnica en el Sudeste peninsular», *Habis,* 5, 19, Sevilla, 1974.

NIEMEYER, H. G., «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función», en *Los fenicios en la Península Ibérica,* Sabadell, 1986, pp. 109-126.

— «Expansion et colonisation», en KRINGS, V. (ed.), *La civilisation phénicienne*

& punique. Manuel de recherche, Leiden, 1995, pp. 247-264.

NIEMEYER, H. G., y SCHUBART, H., «Toscanos und Trayamar», *Madrider Mitteilungen,* 9, Madrid, 1968, pp. 76-105.

OLCINA DOMÉNECH, M., y PÉREZ JIMÉNEZ, R., *La ciudad ibero-romana de* Lucentum *(El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público,* Alicante, 1998.

— «Lucentum: la ciudad y su territorio», en *Canelobre, 48. Las ciudades y los campos de Alicante en Época Romana,* Alicante, 2003, pp. 91-119.

OLMO LETE, G. DEL, «El *continuum* cultural cananeo. Pervivencias cananeas en el mundo fenicio-púnico», en *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura,* Murcia, 1994, pp. 61-86.

PADRÓ Y PARCERISA, J., «El deu Bes: introducció al seu estudi», *Fonaments,* 1, Barcelona, 1978, pp. 19-41.

— «Los fenicios y la distribución de objetos egipcios en el extremo occidente mediterráneo», en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* vol. I, Roma, 1983, pp. 67-75.

PAIRMAN BROWN, J., *The Lebanon and Phoenicia, Ancient texte ilustrating their physical geography and native industries,* vol. 1, *The physical setting and the forest,* Beirut, 1969.

PELLICER CATALÁN, M., «Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)», *Excavaciones Arqueológicas en España,* 17, Madrid, 1963.

PERRA, C., *L'Architettura templare fenicia e punica di Sardegna: Il problema delle origini orientali,* Oristano, 1998.

— «Sulle origini dell' architettura templare fenicia e punica di Sardegna», *Rivista di Studi Fenici,* XXVIII, 1, Roma, 1999, pp. 43-77.

PETTINATO, G., «I rapporti politici di Tiro con l'Asiria alla luce del Tratatto tra Asarhaddon e Baal», *Rivista di Studi Fenici,* III, 1975, pp. 145-160.

PICARD, G. Ch., y PICARD C., *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal. IIIe Siècle avant Jésus-Christ,* París, 1958.

— *The life and Death of Carthage. A survey of punic history and culture from its birth to the final tragedy,* Londres, 1968.

— «Recherches sur l'Architecture Numide», *Cartago,* 19, París, 1980, pp. 15-31.

— *Vie et Mort de Carthage,* París, 1980.

POLANYI, K.; ARENSBERG, C. M., y PEARSON, H. W. (dir.), *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos,* Barcelona, 1976.

PONSICH, M., *Nécropoles phéniciennes de la region de Tanger,* Tánger, 1967.

— *Lixus. Le quartier des temples,* Rabat, 1981.

— «Le Maroc phénicien», *Les dossiers, Histoire et Archéologie,* 132, Dijon, 1988, pp. 84-87.

PORADA, E., «Notes on the sarcophagus of Ahiram», *Journal of the Ancient Near Eastern Society of Columbia University,* 5, Washington, 1973, pp. 355-372.

PRADOS MARTÍNEZ, F., «La Arqueología Púnica. El descubrimiento de una cultura y el nacimiento de una disciplina científica», en *Arqueologia Peninsular. História, Teoria e Prática. Actas do 3.º Congresso de Arqueologia Peninsular,* vol. 1, Oporto, 2000, pp. 301-310.

— «Los influjos egipcios en el mundo fenicio y púnico. Un acercamiento al *estilo arquitectónico egiptizante*», *Boletín de la Asociación Española de Egiptología,* Madrid, 2000, pp. 167-178.

— «La democratización de la muerte en el mundo púnico. Las necrópolis de Kerkouane (Túnez)», *Revista de Arqueología,* 241, Madrid, 2001, pp. 28-39.

— «Una aproximación a los influjos tecnológicos y tipológicos de la arquitectura púnica en el mundo ibérico», *Africa, Serie REPPAL, Revue des Etudes Phéniciennes et Puniques et des Antiquités Libyques,* XII, Túnez, Institut National du Patrimoine, 2002, pp. 79-102.

— *Introducción al estudio de la Arquitectura Púnica,* Madrid, 2003.

— «Pasado, presente y futuro de las investigaciones sobre el mundo púnico: una revisión ante el nuevo Milenio», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid,* 27 (2001), Madrid, 2004, pp. 63-78.

— «La Beatitud Divina: una ideología oriental clave para el desarrollo de la arquitectura monumental púnica», *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Anejos AEspA,* XXXIII, Madrid, 2005, pp. 635-649.

— «*Memoria del Poder*. Los monumentos funerarios ibéricos en el contexto de la arquitectura púnico-helenística», en *Actas del Seminario Casa de Velázquez-Universidad Autónoma de Madrid. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid,* 28-29 (2002-2003), Madrid, 2005, pp. 203-226.

PRADOS MARTÍNEZ, F., y BLÁNQUEZ PÉREZ, J., «Las fortificaciones coloniales de la Península Ibérica. De los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos», en *Paisajes Fortificados de la Edad del Hierro Peninsular y su contexto europeo,* Madrid, 2007, pp. 5-27.

PRITCHARD, J. B., *Ancient Near Easter Texts relating the Old Testament (ANET)*, Princeton, 1955.

RAMÓN, J., «El yacimiento fenicio de Sa Caleta», en *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1986-1989),* Ibiza, 1990, pp. 177-196.

— «El nacimiento de la ciudad fenicia de la Bahía de Ibiza», en *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura,* Murcia, 1994, pp. 325-367.

RAMOS SÁINZ, M. L., *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica,* Madrid, 1986.

REDFORD, D. B., *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times,* Princeton, 1992.

RIBICHINI, S., «Mito e storia: l'immagine del Fenici nelle fonti classiche», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* vol. II, Roma, 1983, pp. 443-448.

— *Poenus Advena. Gli dei Fenici e l'interpretazione classica,* Roma, Consiglio

Nazionale delle Ricerche, 1985.

— «Questions de mythologie phénicienne d'après Phylon de Biblos», R*eligio Phoenicia. Studia Phoenicia,* IV, Bruselas, 1986, pp. 41-52.

— «Concezioni dell'oltratomba nel mondo fenicio e punico», en *Archeologia dell'Inferno,* Verona, 1987, pp. 147-161.

— *Il tofet e il sacrificio dei fanciulli,* Sassari, 1987.

— «Creencias y vida religiosa», en MOSCATI, S. (dir.), *Los Fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 104-125.

— «I fratelli Fileni e i confini del territorio cartaginese», en *Atti del II Congresso Internazionale sulle Studi Fenici e Punici,* Roma, 1991, pp. 393-400.

RIBICHINI, S., y XELLA, P., *La religione fenicia e punica in Italia,* Roma, 1994

ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J., y MARTÍNEZ, S., *Carteia,* Madrid, 1998.

— (dirs.), *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz) 1994-1999*, Sevilla, 2006.

ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J.; MARTÍNEZ, S., y BERNAL, D., *Carteia II,* Madrid, 2003.

ROUILLARD, P.; GAILLEDRAT, E.; MORET, P., y SALA, F., *Fouilles à la Rábita de Guardamar, II (Guardamar del Segura, Alicante), L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe Fin VIe s. av. J.-C.),* Madrid, Casa de Velázquez, 2006.

RUIZ DE ARBULO, J., «Rutas marítimas y colonizaciones en la Península Ibérica. Una aproximación náutica a algunos problemas», *Itálica,* 18, Roma, 1990, pp. 79-115.

RUIZ MATA, D., «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Sta. María, Cádiz)», *Madrider Mitteilungen,* 27, Madrid, 1986, pp. 87-115.

— «Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Sudoccidental, según las excavaciones del cabezo de San Pedro (Huelva), San Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María,

Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)», en *Homenaje a Luis Siret. Cuevas del Almanzora 1984,* Sevilla, 1986, pp. 537-556.

— «La colonización fenicia en la Península Ibérica», en *Historia General de España y América,* t. I, 2, Madrid, 1987, pp. 31-92.

— «El Castillo de Doña Blanca, yacimiento clave en la Protohistoria peninsular», *Revista de Arqueología,* 85, Madrid, 1988, pp. 40-48.

— «Los fenicios en la bahía de Cádiz, según el Castillo de Dña. Blanca», en *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica,* Ibiza, 1991.

— «Los fenicios en época arcaica —siglos VIII-VII— en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión», en *Estudos Orientais VI. Os fenicios no territorio portugués,* Lisboa, 1993, pp. 23-72.

— «Fenicios, tartesios y turdetanos», en *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a. C.). Huelva Arqueológica XIV,* Huelva, 1997, pp. 325-365.

RUIZ MATA, D., y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica,* 2001, Madrid.

RUIZ MATA, D., y PÉREZ, C. J., *El poblado fenicio del castillo de Dña. Blanca (El Puerto de Sta. María, Cádiz),* Puerto de Sta. María, Cádiz, Biblioteca de Temas Portuenses, 1995.

SAADE, G., *Ougarit, métropole Cananéene,* Beirut, 1979.

SADER, H., «Den Ruinen entsteigt die Vergangenheit. Archäologie in Beirut», *Antike Welt,* 5, 1997, pp. 397-406.

SANMARTÍ GREGO, J., «El comercio fenicio y púnico en Cataluña», en *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica,* Ibiza, Trabajos del Museo de Ibiza 24, 1991, pp. 119-136.

SARTRE, A., «Tombeaux antiques de Syrie du Sud», *Syria,* LX, París, 1983 pp. 83-100.

— «Architecture funéraire de la Syrie», en DENTZER, J. M., y ORTHMANN, W. (eds.), *Archéologie et Historie de la Syrie,* II, Saarbrüken, 1989, pp. 423-446.

SARTRE, M., «La Syrie à l'Epoque hellénistique», en DENTZER, J. M., y ORTHMANN, W. (eds.), *Archéologie et Historie de la Syrie,* II, Saarbrüken, 1989, pp. 31-44.

SAULCY, F. de, *Voyage autour de la Mer Morte et dans Terres Bibliques en 1850-1853,* París, 1853.

SCHAEFFER, C., *Ugaritica,* IV, París, 1962.

SCHUBART, H., «Morro de Mezquitilla. Campaña de 1976», *Noticiario Arqueológico Hispano,* 6, Madrid, 1979, pp. 176-218.

— «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», *Huelva Arqueológica,* 6, 1982, pp. 71-99.

— «Los fenicios en Iberia», *Historia 16,* 94, 1984, pp. 60-66.

— «Morro de Mezquitilla 1982», *Noticiario Arqueológico Hispano,* 23, Madrid, 1985, pp. 143-174.

— «El asentamiento fenicio del s. VIII a. C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)», en *Los fenicios en la Península Ibérica,* Sabadell, 1986, pp. 59-83.

SCHUBART, H., y ARTEAGA, O., «El mundo de las colonias fenicias occidentales», en *Homenaje a Luis Siret, Cuevas del Almanzora. 1984,* Sevilla, 1986, pp. 499-525.

— «La colonización fenicia y púnica», *Historia de España,* 1, capítulo 6, Barcelona, 1994, pp. 431-469.

SCHUBART, H., y MAAS LINDEMANN, G., «Toscanos. El asentamiento fenicio Occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1971», *Noticiario Arqueológico Hispano,* 18, Madrid, 1984, pp. 39-210.

SCHUBART, H., y NIEMEYER, H. G., «Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo», *Excavaciones Arqueológicas en España,* 90, Madrid, 1976.

SCHUBART, H.; NIEMEYER, H. G., y PELLICER CATALÁN, M., «Toscanos, la

factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1964», *Excavaciones Arqueológicas en España,* 66, Madrid, 1969.

SHARON, I., «Phoenician and greek Ashlar construction techniques at Tel Dor», *Bulletin of the American School of Oriental Research,* 267, 1987, pp. 21-42.

SIRET, L., *Villaricos y Herrerías,* Memorias de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1908.

SPANÒ GIAMMELLARO, A., «Les phéniciens et les puniques en Sicile», *Dossiers d'Archéologie,* 225, Dijon, 1997, pp. 22-32.

STERN, E., *The Material Culture of the land of the Bible in the Persian Period, 538-332 B. C.,* Jerusalén, 1982.

— (ed.), *The New Encyclopedy of Archaeological Excavations in the Holy Land I-IV,* Jerusalén, 1989.

— «The phoenician architectural elements in Palestine during the late iron age and the persian period», en *The architecture of Ancient Israel,* Jerusalén, 1992, pp. 302-309.

TARRADELL, M., «Las excavaciones en Lixus (Marruecos)», *Ampurias,* 12, Barcelona, 1951, pp. 186-189.

— *Marruecos Púnico,* Tetuán, 1960.

TEJERA GASPAR, A., «Enterramientos infantiles de inhumación en las necrópolis fenicio-púnicas del Mediterráneo occidental», en *XIII Congreso Nacional de Arqueología,* Zaragoza, 1975, pp. 781-790.

— «Origen y paralelos de las tumbas fenicias de Andalucía», *Habis,* 6, Sevilla, 1975, pp. 197-212.

— *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental (Estudio tipológico),* Sevilla, 1979.

TORE, G., «Ricerche e studi di archeologia fenicio-punica in Sardegna (1989-1994)», en *I Fenici ieri oggi domani,* Roma, 1995, pp. 449-454.

TRONCHETTI, C., *I Sardi,* Milán, 1988.

TSIRKIN, Y., «Socio-political structure of Phoenicia», *Gerión,* 8, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp. 29-43.

TUSA , V., «La presenza fenicio-punica in Sicilia», en NIEMEYER, H. G. (ed.), *Phönizier im Westen, Madrider Beiträge,* 8, 1982, Mainz am Rhein, pp. 95-108.

— «Sicilia», en *Los fenicios,* Barcelona, 1988, pp. 186-205.

— «I Fenici in Sicilia: ieri, oggi, domani. Ricerche, scoperti, progetti», en *I Fenici ieri oggi domani,* Roma, 1995, pp. 455-472.

VITA, J. P., *El ejército de Ugarit,* Madrid, 1995.

— «Los antecedentes de la marina fenicia: barcos en Ugarit», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos,* Cádiz, 2000, pp. 281-289.

VVAA, *La Religione Fenicia. Matrici orientale e sviluppi ocidentali. Atti del Colloquio di Roma, 1979,* Roma, 1981.

VVAA, *La caída de Tiro y el auge de Cartago,* V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1990), Ibiza, 1991.

VVAA, *The Architecture of Ancient Israel. From the Prehistoric to the Persian Periods,* Jerusalén, 1992.

VVAA, *La problemática del infanticidio en las sociedades fenicio-púnicas,* IX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica, Ibiza, 1994.

VVAA, *I Fenici, ieri oggi domani,* Roma, 1995.

VVAA, *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos,* XI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1996), Ibiza, 1998.

WAGNER, P., *Die ägyptische Einfluss auf die phönizische Architektur,* Bonn, 1980.

WALKER, J. M., *Las Civilizaciones del Próximo Oriente,* Madrid, 1996.

WESTERBERG, K., *Cypriote Ships from the Bronze Age to c. 500 B.C.,* Goteborg, 1983.

WHITAKER, Y. I., *Motya. A Phoenician colony in Sicily,* Londres, 1921.

WRIGHT, G. E., *Arqueología Bíblica,* Madrid, 1975.

XELLA, P., «Le polythéisme phénicien», *Religio Phoenicia. Studia Phoenicia,* IV,

Bruselas, 1986, pp. 29-40.

— *Baal Hammon. Recherches sur l'identité et l'histoire d'un dieu phénicopunique,* Roma, 1991.

— (ed.), *Archeologia del Inferno,* Verona, 1997.

YON, M., «L'architecture monumentale *partim* Orient», en KRINGS, V. (ed.), *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de recherche,* Leiden, 1995, pp. 119-130.

— «Vie des cités et urbanisme *partim* Orient», en KRINGS, V. (ed.), *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de recherche,* Leiden, 1995, pp. 362-368.

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

San Sotero, 6 - 28037 MADRID
Composición digital: El Taller Editorial

Índice


creative
commons